

CATORCE MIL AÑOS

Santiago de Chile

CATORCE MIL AÑOS





Santiago, patrono de la ciudad

Los nombres dados por los conquistadores a nuestras ciudades no fueron un asunto baladí. A diferencia de las europeas, acá sus fundadores les asignaron siempre un nombre nuevo, que revela una sensible carga de sentimientos, generalmente oculta por otras áreas de su acción. Se ha dicho que la toponimia de las diversas regiones indianas revela la nostalgia por la tierra de origen, el pueblo, la propia familia, el apellido y sus títulos. No está ausente el recuerdo galante de esposas y gobernadoras, pero ganan los nombres relacionados con la Virgen María, los misterios de la fe, y todo el santoral: la religiosidad del fundador.

Aquí se inscribe el de la capital de Chile, Santiago Apóstol, que lo comparte con otras 632 ciudades, pueblos, lugares y jurisdicciones en las tres Américas. El apóstol Santiago El Mayor es una figura particularmente destacada en la Sagrada Escritura: hermano de Juan; pariente inmediato de Jesucristo; primer obispo de Jerusalén; primer mártir, en el año 62, de los Doce; presunto autor de la Carta de su nombre, incluida en el canon del Nuevo Testamento, y en expresión de san Pablo, una de las "columnas" de la Iglesia.

Pero el nombre de Santiago no es sólo la Sagrada Escritura o un patronato, es toda la historia de la península, de su fe, y no sólo de España, sino de Occidente. La peregrinación de toda Europa, desde el siglo XI, a la veneración de las reliquias del apóstol en Santiago de Compostela constituye un acontecimiento único y unificador, sin duda religioso, pero también cultural. El nombre de nuestra ciudad se incluye, así, dentro de un mundo que excede toda especie de provincialismo, integrándolo en un desbordante caudal, una civilización, una cultura, en resumen, en un gran desafío.

Gabriel Guarda Geywitz, O. S. B.



MUSEO CHILENO
DE ARTE
PRECOLOMBINO

Dentro de la fructífera relación editorial que durante tres décadas ha unido al Museo Chileno de Arte Precolombino con el Banco Santander, produciendo 27 libros acerca de nuestro patrimonio precolombino y etnográfico, la presente es una edición singular. Ella adquiere ribetes de especial importancia por la celebración de los doscientos años del nacimiento republicano de Chile.

Para conmemorar esta oportunidad quisimos editar una publicación que diera cuenta de la historia de la ciudad de Santiago, desde sus más remotos orígenes hasta nuestros días. Nos pareció también de relevancia rescatar la presencia de san Santiago, el patrono olvidado de la ciudad y origen de su nombre. La figura del apóstol peregrino, protector de los ejércitos españoles, fue transformada y venerada por los pueblos andinos como el *illapu* –el relámpago–, que para ellos simbolizaba la fuerza y el vigor.

Aunque la ciudad es una creación hispana, nos interesó enfatizar la continuidad que, como todos los países americanos, nuestro país tiene con sus ancestros precolombinos y marcar la esencia mestiza que tiñe la ciudad y sus habitantes. El conquistador fundaba ciudades en los lugares donde había población nativa suficiente para que las "sirviera" y abasteciera, de modo que un sustrato indígena abundante siempre fue esencial como origen de los incipientes intentos urbanos de la conquista española.

También asumimos la tarea de reflexionar sobre Santiago desde nuestro edificio, antiguo testigo de su historia. El solar que hoy ocupa el Museo fue entregado en 1555 por don Pedro de Valdivia al primer corregidor de Santiago, y desde entonces ha tenido diversos usos, entre ellos como Palacio de la Real Aduana, Biblioteca Nacional y Tribunales de Justicia.

Agradecemos al Banco Santander por esta nueva oportunidad de colaborar en una iniciativa cultural de envergadura nacional, a la Comisión Bicentenario, por su patrocinio, y a la Ley de Donaciones Culturales por hacer posible esta publicación.

Clara Budnik Sinay
Presidenta
Fundación Familia Larraín Echenique

Pablo Zalaquett Said
Alcalde
Ilustre Municipalidad de Santiago


G. Marchi

Santander

Con motivo de la celebración del Bicentenario de la República de Chile, Banco Santander ha editado este volumen especial de la serie que publica anualmente con el Museo Chileno de Arte Precolombino. Se trata de un libro acerca de la historia de la capital de nuestro país, que rescata no sólo su historia como ciudad fundada por don Pedro de Valdivia, sino que además se remonta a la prehistoria, cuando Santiago fue albergue de pueblos nómades y sedentarios que habitaron el valle del Mapocho, hace más de diez milenios. De ahí su nombre, *Santiago de Chile: Catorce mil años.*

Santiago es una ciudad de contrastes, de grandes epopeyas, profundas transformaciones y constante progreso. Sus tierras fecundas y plenas, enmarcadas por una imponente cadena montañosa, han cobijado a la capital de Chile que ha sabido mantenerse y enriquecer su propia tradición acogiendo valiosos talentos extranjeros.

Esta publicación es una suerte de memoria viva. Los estudiosos que han trabajado en ella han realizado una minuciosa labor de rescate de la historia de la ciudad, que vive de tanto en tanto profundos golpes que nos recuerdan la vulnerabilidad de nuestra condición frente a la fuerza de la naturaleza. A su vez, nos remonta a nuestros orígenes mestizos. Su nombre es el del apóstol Santiago, patrono de España y símbolo de la fe común que une a ambos países.

Como siempre, quiero agradecer el apoyo de la Ley de Donaciones Culturales, de la Comisión Bicentenario que nos ha beneficiado otorgándonos el Sello Bicentenario, de la Ilustre Municipalidad de Santiago y a nuestro socio en esta publicación, el Museo Chileno de Arte Precolombino.



Mauricio Larraín Garcés
Presidente
Banco Santander



Introducción

Hace tres años, cuando comenzamos este proyecto, nos era difícil creer que nunca se había publicado una historia ilustrada de Santiago que diera cuenta de su prehistoria e historia. Este desafío fue un estímulo para difundir un testimonio gráfico de los vestigios de cada época, habida consideración de los incendios, terremotos e inundaciones que se han convertido en un rasgo identitario de esta ciudad, como de otras de Chile.

A través de los ocho capítulos del libro, damos cuenta de la tenaz voluntad de los habitantes de la ciudad para mantenerla frente a los continuos embates de la naturaleza. Ya los conquistadores se esforzaron en establecer una ciudad capital en este confín del mundo, lo que se afinca en los siglos siguientes y se consagra en la Independencia del país, con Santiago como capital de la nueva República. En el siglo XIX, la Ilustración dejó su impronta de riqueza y esplendor en el entorno. Durante el siglo pasado, la ciudad protagonizó importantes movimientos sociales y su población creció exponencialmente hasta transformarla en una metrópoli. La última parte de la obra está destinada a analizar las perspectivas y los puntos neurálgicos que se deben abordar para el futuro habitar de la ciudad.

Dado el carácter reciente de la historia del siglo pasado, los últimos capítulos asumen un estilo más ensayístico que histórico, separándose en ocasiones el texto de la imagen. Hasta el Centenario, la narración histórica corre paralela con un relato iconográfico cronológico. Después, el orden temporal está dado por las imágenes, mientras el texto se estructura en torno a fenómenos sociológicos y urbanísticos.

Esta publicación está destinada a todo público interesado en asistir al nacimiento de una modesta aldea con pretensiones urbanas, y que hoy es una metrópoli, con sus oportunidades y problemas. Se trata de un esfuerzo editorial que, finalmente, celebra a nuestra ciudad capital, Santiago de Chile.

◀◀ p. 2. *Santiago Apóstol en las navas de Tolosa,* relieve en madera policromada atribuida al Maestro de San Roque, siglo XVII. Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago.

◀◀ p. 4. *Vista de Santiago desde Peñalolén*, óleo de Alejandro Cicarelli, 1852. Banco Santander, Santiago.

◀◀ p. 6. *Venta de sandías en la Alameda*, óleo de Juan Mochi, *ca.* 1880. Banco Santander, Santiago.

◀ p. 8. Cordillera de Santiago vista desde la Quinta Bellavista del arzobispo Mariano Casanova al pie del cerro San Cristóbal, óleo de Pedro Lira, *ca.* 1890. Banco Santander, Santiago.



Después de la lluvia

Cristián Warnken Lihn

Después de la lluvia, las montañas que rodean Santiago no parecen reales. Nos sobrecogen como una visión o un sueño. Emergen de pronto, blancas e inaccesibles, en la hora más pura del día. Nos sorprenden como surgidas de la nada, ¡pero siempre estuvieron ahí! Fuimos nosotros los que no las habíamos visto. ¿Dónde estábamos entonces? ¿En qué estaba extraviada nuestra mirada? Ante el silencio imponente de estas cumbres, ante su majestad, todo acá abajo parece tan pequeño. Tanta ceguera, tanto activismo inútil, tanto parloteo vacío. No las habíamos visto porque ya no sabemos contemplar. Después de la lluvia, estas montañas, únicas en el mundo, se levantan, olas petrificadas de piedra y nieve. Como un mar escondido que antes hubiera cubierto una espesa neblina. Por eso, Santiago es un puerto debajo del cielo.

No es sólo el aire impuro de la ciudad, es la mirada que envejece la que las ha cubierto de olvido. Sólo un niño en su cuaderno limpio del primer día de clases podría dibujarlas de nuevo. Nosotros les hemos dado la espalda. Dicen que los dioses no dejan nunca ver su rostro. Estas montañas que circundan el valle, alguna vez fueron dioses. ¿O, tal vez, son fósiles gigantes de un paraíso que perdimos? Ellas, las eternas, nos han dado la cara, y nosotros hemos corrido a refugiarnos en nuestras cavernas, en nuestros talleres. Ésa ha sido nuestra respuesta: huir de la belleza que nos rodea.

Pero hay un momento necesario en que cada habitante de esta ciudad debiera pararse solo ante estas montañas. Ojalá un día después de la lluvia. Y contemplarlas como las contemplaron los primeros habitantes y los españoles, que también se encontraron a boca de jarro con ellas. Me imagino el silencio de Pedro de Valdivia ante estas cumbres. Porque para ver estas montañas por dentro, hay que callar.

Fueron los poetas los que, mucho tiempo después, sacaron la voz para ver por primera vez estas piedras y este cielo. Ellos levantaron el vuelo. Por ellos cruzó rauda esta luz única que se da al caer la tarde, en estas latitudes. Omar Cáceres,

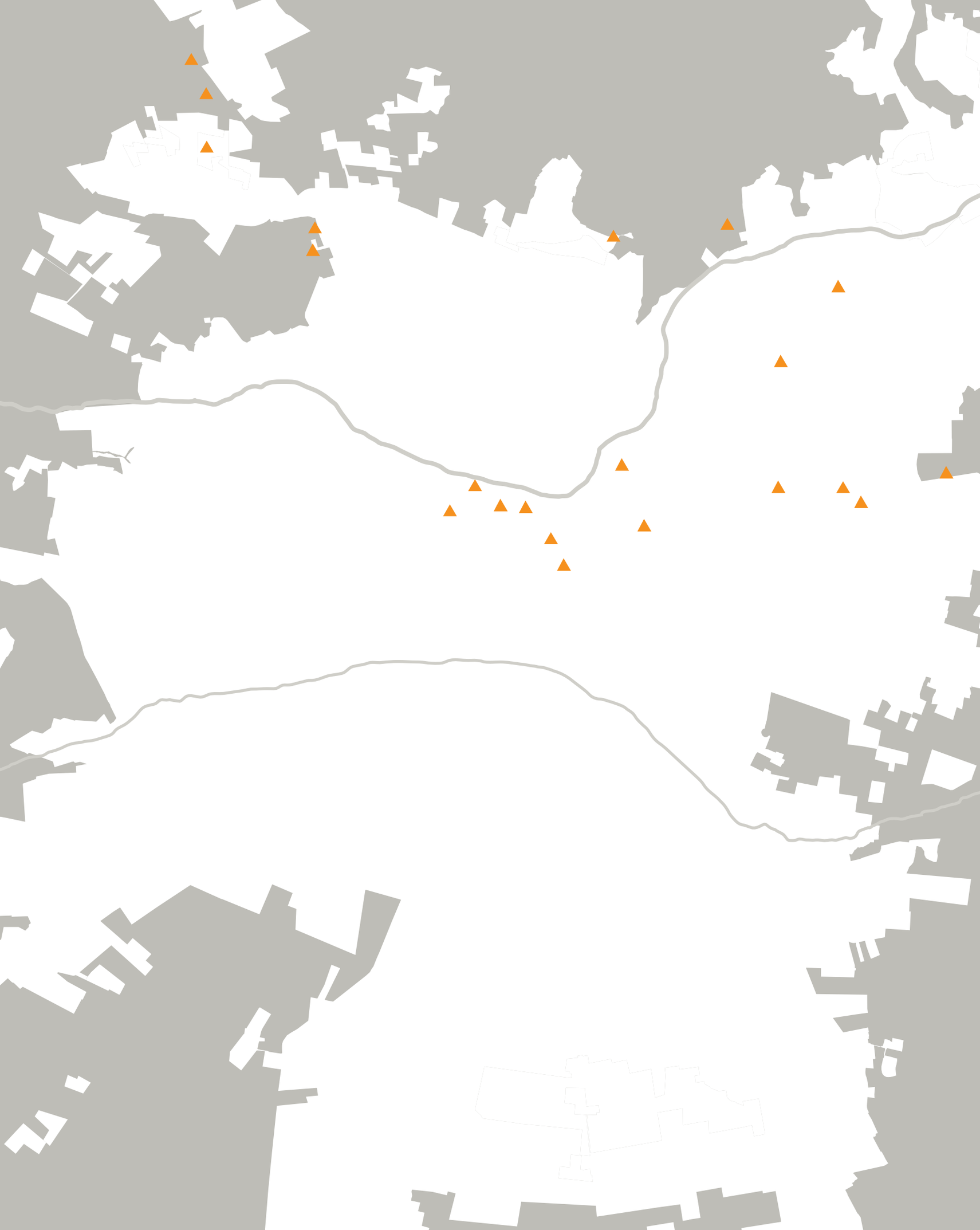


poeta de la década del treinta y violinista de una orquesta de ciegos, dijo: "Solitario como una montaña diciendo la palabra entonces". Ese verso misterioso todavía resuena en el aire.

Solitarios como una montaña diciendo la palabra entonces: así nos sentimos cada vez que llueve en Santiago. Un aire puro, jubiloso, frío baja desde las cumbres y limpia el valle. Y nos embriaga, y entonces creemos que todo es posible, que todos podemos ser bautizados de nuevo, que todos tenemos derecho a cambiar de nombre. Que nada está escrito para siempre. Que éste es el primer día del mundo. Y que, a pesar de todo, todavía podemos decir "entonces".

Cuando nos damos cuenta de eso, levantamos la vista y recordamos que vivir bajo las montañas es una invitación a alzar el vuelo, a planear sobre las cosas con mirada de cumbre. A no quedarnos a ras de suelo, a no hundirnos. A no descender más bajo de lo que ya estamos.

Nos tocó nacer aquí, en este lugar de la tierra. No en otro. Y nos fueron regalados estos días puros después de la lluvia. ¿Qué haremos con ellos? ¿Qué haremos con las montañas? ¿Las dejaremos desaparecer de nuestro horizonte, como excedentes de una grandeza perdida? ¿O las reconquistaremos con una nueva mirada que ilumine todo como un relámpago? Todo está aquí por hacerse, abierto. Ésa es la maravilla de vivir en América. Que podemos empezar de nuevo, sin dar cuenta de nada a nadie, a ningún pasado que nos pese. Ligeros de equipaje, podemos partir un día de lluvia y caminar con nuestra soledad a cuestas hasta alcanzar las cumbres que están tan cerca. Porque nunca, en ningún lugar del mundo, las cumbres estuvieron tan cerca. Y nosotros, tan lejos de ellas.





Capítulo I

Santiago antes de la ciudad

12.000 a.C. - 1541

Luis Cornejo Bustamante

Introducción

La cuenca del Mapocho, donde hoy se ubica la ciudad de Santiago con algo más de cinco millones de habitantes, tiene una larga historia como lugar de asentamiento humano. Su clima templado, sus abundantes cauces y sus innumerables recursos naturales, fueron fundamentales para la instalación y el posterior desarrollo de la capital de Chile. Sin embargo, el atractivo que ella ofrece atrajo a los humanos desde mucho tiempo antes de la llegada de los europeos. Hoy sabemos que ya hace 14.000 años arribaron a este territorio los primeros grupos humanos que fundaron la saga histórica de la actual ciudad de Santiago y el paisaje en que se enmarca. En este capítulo intentaremos dar cuenta de esta ignorada historia que, en buena parte, se encuentra oculta bajo las casas, las calles y los edificios de la ciudad, en los campos agrícolas que la rodean o en las escarpadas montañas que definen su carácter. Desafortunadamente, este territorio hoy urbanizado no ha sido estudiado arqueológicamente de manera homogénea, por lo que para ofrecer un panorama tendremos que recurrir al marco general del conocimiento de la prehistoria del valle central.

Los conquistadores

Los vestigios más antiguos de presencia humana en territorio chileno datan de hace unos 16.500 años y han sido registrados cerca de Puerto Montt, en el sitio Monte Verde. Dada su antigüedad, las evidencias de estos primeros colonizadores son muy escasas y, por ahora, no se han encontrado en la cuenca de Santiago. No obstante, los datos del sitio Tagua Tagua,[1] localizado unos 180 km al sur, nos permiten suponer que todo este territorio fue inicialmente poblado al menos hacia el año 12.000 a.C. Estas primeras poblaciones, descendientes directas de quienes entraron a América desde Asia a través del estrecho de Bering, arribaron en medio de uno de los cambios climáticos más importantes de la historia de la Tierra, la transición entre el Pleistoceno o Edad de Hielo y el Holoceno. Durante este primer período de la historia chilena, llamado por los arqueólogos Paleoindio, las poblaciones basaban una parte de su subsistencia en la caza de herbívoros de gran tamaño hoy extintos, como los mastodontes, los perezosos gigantes o los caballos americanos, los que habitaban en las planicies y bordes de lagunas. Un territorio adecuado para que los primeros "santiaguinos" ubicaran a estos animales se encuentra en la parte occidental del valle, especialmente en las tierras pantanosas cercanas al actual Aeropuerto de Santiago, donde, de hecho, es relativamente frecuente el hallazgo de restos fosilizados de estos animales, aunque hasta ahora no se han encontrado asociados a actividad humana.

Espinos, de la serie *Herbario del valle central*. Enrique Zamudio, 1997. Posible visión del paisaje en el valle de Santiago antes de 1535.



Sabemos muy poco de estos primeros conquistadores. Su tecnología era simple, pero les permitía cazar animales de gran tamaño, como los mastodontes, y se basaba en gran medida en herramientas hechas de piedra. Aproximadamente 10.000 años a.C., con la imposición definitiva del ambiente más cálido y árido del Holoceno, semejante al actual, se produce la extinción de la megafauna del Pleistoceno. En estas condiciones, los cazadores debieron concentrarse en la fauna actual, entre la que destacó, como presa principal, el guanaco. Además de su valor alimentario, este camélido proveía de materias primas tales como huesos, tendones y cuero. Junto con la caza de una gran diversidad de otros animales, estas poblaciones complementaban su dieta con la recolección de los vegetales propios de los distintos pisos ecológicos de la alta montaña a la costa.

Muy probablemente, la forma de vida en este período, llamado por los arqueólogos Arcaico, no era muy distinta a la de los primeros conquistadores del territorio, agrupándose en pequeños grupos unidos por parentesco, que mantuvieron una forma de vida de alta movilidad. Sus restos se han encontrado principalmente en sus lugares de vivienda, abrigos rocosos ubicados en los valles cordilleranos de los ríos Maipo y Mapocho, en las vegas de Farellones, la quebrada de El Manzano o las nacientes del río Maipo. Durante el largo período de la historia en que ellos fueron los señores de Santiago, ocurrieron algunos cambios en aspectos como la tecnología de sus armas de caza, la importancia de la recolección de vegetales para su alimentación o la manera en que realizaban sus desplazamientos por el territorio. Estos cambios han llevado a los arqueólogos a definir cuatro subperíodos dentro del Arcaico,[2] siendo en el último cuando estos cazadores recolectores ocuparon todo el territorio.

Pero el modo de vida de estas poblaciones no se terminó con la llegada de la vida sedentaria, la alfarería y los cultivos, hacia el año 300 a.C. Estas innovaciones, que significaron un profundo cambio cultural para una parte importante de las poblaciones de Chile Central, no fueron adoptadas por todos los grupos. En algunas regiones subsistió el modo tradicional de vida nómade y cazador recolector hasta, al menos, la Colonia.[3]

▲ Rostro cerámico de la cultura Llolleo, en el que destaca el tipo de ojos en forma de grano de café que es común en la alfarería temprana en varias partes de Sudamérica. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.

▶ Tumba en el sitio El Mercurio, de la cultura Llolleo, a los pies del cerro Manquehue. Las excavaciones que permitieron este hallazgo se desarrollaron entre 1988 y 1990.



Los primeros caseríos y aldeas





▲ Dos de las principales presas de caza en Chile Central, el huemul *(Hippocamelus bisulcus)* y el guanaco *(Lama guanicoe)*. Grabados publicados por el abate Juan Ignacio Molina, Bolonia, Italia, 1776. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

▶ Puntas talladas en roca de los dardos de los cazadores recolectores. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.

Alrededor del año 300 a.C. la vida de los pobladores de Santiago comenzó a enfrentar cambios de una magnitud no antes vista. Este proceso se desarrolló a partir de la incorporación en este territorio de dos importantes innovaciones: la alfarería y los cultivos, cuya importancia en un principio no fue significativa.[4] Probablemente, llegaron como bienes de prestigio obtenidos a través de intercambios realizados por los cazadores recolectores con poblaciones del norte y del otro lado de la cordillera. Sin embargo, al avanzar el tiempo, algunas de estas poblaciones ya podían ser caracterizadas como horticultoras y semisedentarias, y para ellas la manufacturación de vasijas de alfarería era de trascendental importancia.[5] Esto era evidente en la vida diaria, en el uso de ollas y vajillas; en funciones sociales y ceremoniales, en la utilización de gran cantidad de jarros dedicados a servir líquidos, tal vez algún tipo de bebida alcohólica, así como en la presencia de vasijas en los ajuares funerarios de los difuntos, que probablemente materializaban ciertos aspectos ideológicos.

Estos grupos vivían en pequeños caseríos familiares que formaban parte de agrupaciones sociales más grandes, cada una de las cuales ocupaba una localidad determinada, y se concentraban a lo largo de las riberas de los principales cursos de agua de los valles de Chile Central.[6] Algunas de estas agrupaciones ocupaban la cuenca de Santiago y sus restos se han encontrado en todo su ancho. En la parte norte, destacan asentamientos como los encontrados en El Mercurio, a los pies del cerro Manquehue; los ubicados en torno a la Plaza de Armas de Santiago, o en la Quinta Normal. Más al este se observa otra importante concentración de asentamientos cerca de la confluencia del río Mapocho con el Maipo.

La localización muy cerca de los cursos de agua se debía a que la simple tecnología hortícola de estas poblaciones, carente de sistemas de riego como canales o represas, exigía aprovechar al máximo las condiciones de mayor humedad de los suelos cercanos a los cauces, especialmente aquellos con escurrimientos relativamente superficiales, como los del río Mapocho o del













estero Lampa. Estos alimentan napas freáticas superficiales, que generan las condiciones de humedad adecuada para la técnica de cultivos que practicaban estas poblaciones.

La dependencia de los cursos de agua de estos asentamientos puede haber tenido una representación simbólica en el sitio El Mercurio,[7] donde la mayor parte de las tumbas de los individuos adultos tenía como ofrendas entre tres y quince cantos rodados obtenidos desde el cercano curso del río Mapocho. Aunque esta situación es difícil de interpretar, sin duda ellos pudieron escoger para realizar sus ofrendas otras rocas de varios lugares igualmente cercanos al sitio, tal como las estribaciones del cerro Manquehue que rodean el lugar. De esta manera, la proveniencia de los cantos rodados debió ser significativa en el ritual y las creencias relacionadas con la muerte de estos grupos. De hecho, la utilización de cantos rodados como parte de los ofertorios funerarios se ha detectado en varios otros sitios correspondientes a este período.

Otro rasgo cultural conspicuo de estas poblaciones es la forma e iconografía de las vasijas de cerámica. Esta última es principalmente producto de diseños incisos que forman patrones geométricos, aunque también son recurrentes los modelados que representan rostros humanos o que reproducen vegetales, generalmente calabazas. Junto con esto, destaca la virtual inexistencia de policromía, siendo habituales las vasijas monocromas de colores negro, gris o café. Sin embargo, un excepcional estilo de vasijas rompe con esta tendencia, ya que presentan complejos diseños pintados con hierro oligisto, una sustancia con un marcado brillo metálico. Desafortunadamente, este estilo sólo se conoce a través de fragmentos, ya que las vasijas no fueron nunca depositadas dentro de los ajuares funerarios, que es donde usualmente se recuperan piezas completas.



Fragmentos de vasijas de cerámica con decoración de campos rellenos con incisos punteados, característica de los grupos Bato. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.









A pesar de las similares características culturales, no podemos afirmar que durante este período existiera una unidad cultural, ya que se han identificado claramente al menos dos grupos que presentan diferencias en su organización social, su economía, sus ritos funerarios y su alfarería.[8] Por un lado, están los grupos que los arqueólogos identifican como Llolleo, sedentarios y dependientes de los cultivos, y, por el otro, se han detectado grupos Bato, que mantendrían algo de la movilidad de los antiguos cazadores recolectores y no serían tan dependientes de la horticultura. Pese a estas diferencias, nada impidió que estos dos grupos compartieran el territorio y, de hecho, en la agrupación de asentamientos que existió en torno al río Mapocho se pueden encontrar sitios Bato (los de Quinta Normal) y Llolleo (El Mercurio). Este panorama político liberal, permitió incluso la coexistencia con otros pueblos marcadamente distintos, como los grupos cazadores recolectores nómades que no adoptaron el modo de vida hortícola y siguieron ocupando las tierras montañosas del norte y del este. Estos cazadores recolectores tardíos,[9] como continuadores de sus antepasados arcaicos, en muchos casos siguieron habitando los mismos asentamientos, razón por la cual han sido encontrados en los aleros por toda la cordillera, en lugares como El Manzano, El Arrayán o Los Queltehues, y en el cordón de Chacabuco, en sitios con piedras tacitas como Rungue o Montenegro.

◀ Botella Llolleo con asa puente y rostro humano modelado proveniente del cementerio El Mercurio. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.

▼ Vasijas de cerámica Llolleo donde es posible apreciar algunos de los elementos característicos de muchas de las primeras alfarerías de Sudamérica, tales como el asa puente, los ojos granos de café o las cejas en arcos (cementerio El Mercurio). Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.









▲ Vasija con decoración pintada geométrica, que refleja el cambio cultural que significó el surgimiento de la cultura Aconcagua. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.

▶ Cuenco de la cultura Aconcagua con diseño de tres aspas llamado trinacrio por los especialistas. En algunos casos, las aspas del trinacrio giran hacia la derecha, como en el dibujo, y en otros, a la izquierda.

La gente del trinacrio

Hacia el final del primer milenio de nuestra era, el panorama cultural de esta región se enfrenta a otro cambio de importancia, aunque esta vez el origen del cambio parece radicar en factores sociales y culturales.[10] La creciente importancia en la subsistencia de los cultivos originó un aumento de la población y una paulatina necesidad de un modo de vida sedentario y de control de los territorios de cultivo, al menos para los grupos Llolleo. En este panorama social, que seguramente trajo consigo algún grado de tensión, se produjo el arribo de una ideología totalmente distinta al modo de vida imperante hasta ese momento, que impulsó la adopción de una visión del mundo inspirada en ideas nacidas en distantes tierras del norte, cuyo contenido más profundo es por ahora difícil de comprender, pero que se hace evidente por sus efectos en la cultura local.

Estas nuevas ideas, sin embargo, no encontraron terreno fértil en todos los grupos de Chile Central; una parte importante de las poblaciones de la cuenca de Rancagua mantuvo su antiguo modo de vida hasta tiempos muy tardíos. No obstante, la mayoría de las poblaciones de la cuenca de Santiago sí adoptaron esta nueva ideología; en cerca de cincuenta años, cambió especialmente la manera como enterraban a sus muertos y la forma y la decoración de la alfarería. Estos cambios incluyeron decoraciones pintadas en negro sobre la superficie naranja de las vasijas, destacando entre ellas un diseño llamado "trinacrio", que muchas veces decora el exterior de los ceramios. Además hay una importante modificación en las formas de las vasijas: se comienza a utilizar profusamente un plato esférico, que antes no se usaba, y pierden importancia los jarros, todo lo cual representa cambios socioculturales relativos a la forma y la oportunidad en que se comía o se bebía.





Por su parte, los antiguos ritos funerarios en los cuales los muertos eran sepultados en las mismas áreas de viviendas, dieron paso a la creación de cementerios separados de las habitaciones, generalmente caracterizados porque las tumbas están incluidas en pequeños montículos o túmulos. A la vez, la dependencia en los cultivos y el modo de vida sedentario se volvieron muy marcados. Los estudios de la dieta realizados por medio del análisis químico de los esqueletos demuestran que el principal componente de la dieta de estos grupos era el maíz.[11]

Este grupo humano –denominado por los arqueólogos cultura Aconcagua,[12] porque sus primeras evidencias se encontraron en dicho río– fue una población cuyo territorio más propio fue la cuenca de Santiago, ocupando desde los valles bajos de la cordillera hasta la costa. Sus asentamientos se encuentran dispersos de manera más amplia en el valle, comparado con lo que ocurría en el período anterior, ya que el dominio de ciertas técnicas de regadío les permitió irrigar tierras más alejadas de los cursos de agua y aprovechar mejor las numerosas vertientes. Esto produjo una ocupación mucho más amplia de la cuenca, con pequeños caseríos habitados por familias, cercanos a otros ocupados por vecinos, afines o parientes.[13] Las viviendas eran de materiales ligeros, con bases de piedra y muros de ramas con barro o "quincha", muy similares a las que aún es posible encontrar en viviendas rurales de la Región de Coquimbo.

Estas poblaciones subsistían fundamentalmente sobre la base de la agricultura, por lo que no ocuparon de manera sistemática los valles más altos de la cordillera del Mapocho, dejando estos territorios libres para los cazadores recolectores que siguieron viviendo en ellos, incluso hasta la Colonia. Probablemente, los Aconcagua establecieron intercambios económicos con ellos, obteniendo la obsidiana y las rocas silíceas que utilizaban para confeccionar sus características puntas de flecha triangulares con aletas.

Los primeros conquistadores imperiales





▲ Enfrentamiento entre el ejército imperial Inka y los indígenas de Chile Central. Dibujo de Felipe Guamán Poma de Ayala, Lima, *ca.* 1612/1615.

▲ Retrato de Topa Yupanqui, según los registros históricos el décimo Inka y que podría ser quien conquistó el valle de Santiago. Felipe Guamán Poma de Ayala, Lima, *ca.* 1612/1615.

▶ *Maka* encontrada en Chile Central, forma característica de alfarería Inka que incorpora elementos decorativos Diaguita. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.

Quinientos años después de que la ideología llegada desde el norte trasformara la vida de las poblaciones de Chile Central, en una fecha aún no precisada entre el año 1400 y 1470 d.C., este territorio fue anexado al *Tawantinsuyu*, nombre dado por los Inka a su imperio, que llegó a ser el más vasto de la América precolombina.

Muy probablemente el proceso de incorporación al territorio fue bastante rápido, con una mezcla entre poderío militar y diplomacia, mecanismo de anexión utilizado por los Inka en forma recurrente. En muchos casos, ante la imponente capacidad militar inka, los dirigentes locales prefirieron allanarse a la ocupación para así mantener sus privilegios, preservando parte de su cultura e instituciones sociales. No sabemos si fue exactamente eso lo que pasó en el encuentro entre los Aconcagua y el Imperio, pero dada la continuación de muchos elementos de la cultura local, es dable pensar que la anexión no fue una aplastante conquista militar.[14]

En la incorporación de la cuenca de Santiago el Imperio recurrió a otro mecanismo político que había utilizado en otras partes. Todo parece indicar que la dominación efectiva de Chile Central fue llevada adelante con la ayuda de los Diaguita, población local de los valles de Elqui, Limarí y Choapa que llegó a ser una de las más importantes aliadas de los Inka en el *Kollasuyu*,[15] nombre dado a la provincia del *Tawantinsuyu* que incluía Bolivia, parte de Argentina y la sección septentrional de Chile.

Así, el resultado cultural de esta anexión al *Tawantinsuyu* fue el sincretismo entre las características de las tres sociedades involucradas: la Inka, la Diaguita y, por cierto, la Aconcagua. De esta amalgama surgió una nueva cultura local, en la que se mantuvieron muchos aspectos de la vida Aconcagua pre-Inka, pero se incorporaron directamente y reinterpretaron conceptos Inka y Diaguita. Uno de los aspectos en que mejor se puede apreciar esta situación es en la cerámica recuperada de las basuras domésticas y de los ajuares de las tumbas, que se caracteriza por la incorporación de iconografía de origen Inka-Diaguita en vasijas de forma Aconcagua o, a la inversa, vasijas de forma Inka-Diaguita en que se representaron diseños Aconcagua.

La presencia del Estado cusqueño, si bien pudo no haber sido demasiado cruenta para la población local, significó la imposición de muchos elementos sociales y económicos nuevos. Por un lado, la expansión inka hacia lo que hoy es Chile parece haber estado asociada a la búsqueda de uno de los recursos más significativos de esta región, las abundantes fuentes de minerales como el cobre y el oro,[16] en cuya explotación debía trabajar parte de las poblaciones locales. A la vez, impusieron una forma de organización que dividía los valles





en dos mitades, la mitad superior y la inferior, cada una con sus propios dirigentes, aunque el dirigente o *curaca* de la parte superior tenía predominancia sobre el de la inferior; sobre estos *curacas* locales existía una autoridad imperial. En el caso de la cuenca de Santiago, las crónicas dejadas por los españoles a su llegada hablan de que Vitacura sería una de las autoridades locales, mientras que Quilikanta sería el representante del Imperio. Estas autoridades estaban a cargo de satisfacer las necesidades económicas del Imperio y de asegurar que el territorio siguiera bajo el dominio inka.

Para lograr la permanencia de la dominación se recurría a la presencia militar, que cumplía sus labores en los *pukaras* o fortalezas, como la que aún se conserva en el cerro Chena, actual comuna de San Bernardo. Otro mecanismo de dominación quizá más sutil, aunque igual o más efectivo que las armas, fue el sistema de caminos o *Qhapaq Ñan* por el cual se movían tributos, ejércitos y funcionarios del Estado, sirviendo como un sistema expedito de comunicación. A la actual ciudad de Santiago el camino llegaba desde el norte por la actual avenida Independencia, para luego cruzar un puente y llegar al centro administrativo o tambo principal que se encontraba quizá en el mismo centro de la capital. Desde aquí el *Qhapaq Ñan* se dividiría en dos: un brazo iría hacia el sur, conectando instalaciones como el *pukara* de Chena o el establecimiento de Chada, para llegar hasta la cuenca de Rancagua, donde se ubica el *pukara* del Cerro Grande de La Compañía. Por su parte, el segundo brazo se internaría a la montaña por el río Maipo donde, cruzando el portezuelo de Piuquenes, se accedía a la otra vertiente de los Andes. Este ramal andino conectaría el santuario del cerro Peladeros y el establecimiento de Laguna del Inka.

Desde este último camino probablemente salía una variante que se internaba hacia el sur por el curso superior del río Maipo, hasta llegar a un lugar conocido como Puente de Tierra, por tratarse, precisamente, de un puente natural sobre el caudaloso torrente del río. En ese lugar se instaló un pequeño asentamiento, sólo una edificación con dos recintos asociados, uno de los cuales tiene un clásico grabado serpentiforme inka, pero que contiene un *topu* o monolito de piedra que habitualmente utilizaron los Inka para señalar una frontera territorial. Esta instalación es geográficamente coincidente con la última edificación inka conocida en el valle central, el *pukara* de Cerro Grande de La Compañía en la cuenca de Rancagua, lo que podría indicar que la última frontera del *Tawantinsuyu* se encontraba cerca del paralelo 34 de latitud sur, unos 75 km al sur de la ciudad de Santiago.[17]

Probablemente el medio de dominación inka más poderoso se encontraba en el campo simbólico y religioso. Donde quiera que se extendió el Imperio se introdujo también la religión inka, aunque sin eliminar completamente las creencias locales, lo cual se materializaba en la



Pukara en la cumbre del cerro Chena, con el típico patrón cuadrangular de la arquitectura inka, restaurado en la década de 1970.

Piedra tallada que provendría de una *waka* Inka localizada en el cerro Huelén, hoy Santa Lucía, probablemente relacionada con rituales sobre la agricultura y el agua. Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago.





construcción de *wakas* o lugares de culto ubicados en los cerros. Una de estas *wakas* pudo ubicarse precisamente en lo que hoy es el centro de la ciudad de Santiago, en la cumbre del cerro Santa Lucía, antes llamado Huelén, muy cerca de un importante asentamiento inka, probablemente un centro administrativo, que se ubicaría en este lugar.

Posiblemente desde ese lugar se extrajo en el siglo XIX una piedra ritual inka que representa campos de cultivos y canales a la manera de una maqueta, la que hoy se encuentra inserta en el muro de una antigua propiedad de Benjamín Vicuña Mackenna. Esta casa fue construida con rocas extraídas del mismo cerro durante la ejecución del parque que allí existe, una de las obras de desarrollo urbano que este personaje implementó en su calidad de Intendente de Santiago a fines del siglo XIX. Comúnmente estas rocas se localizaban en las *wakas* más importantes del imperio Inka, siendo algunas de las más conocidas las que se encuentran en Cusco y Apurimac (Perú), en Ingapirca (Ecuador) o Samaipata (Bolivia), destacando la importancia religiosa de los cultivos y de las fuentes

▲ Escudillas de cerámica provenientes del valle de Santiago. Con la llegada del imperio Inka los alfareros incorporaron elementos Diaguita en sus vasijas, especialmente distintos tipos de triángulos opuestos. Museo Arqueológico de Santiago – Museo de Artes Visuales, Santiago.

▶ Escudillas de cerámica Inka, provenientes del valle de Santiago. Además de diseños geométricos Diaguita, se incorporaron diseños ornitomorfos que son propios de la tradición alfarera llegada desde el Cusco. Museo de Colchagua y Museo Regional de Rancagua.





de agua para una economía esencialmente agrícola como la inka.

A la vez, sobre la montaña más prominente y visible de la cuenca, el cerro El Plomo (5450 msnm), se desarrolló uno de los rituales más importantes del *Tawantinsuyu*, el sacrificio humano, que llamaban *kapaqocha* u "obligación real". Estos rituales generalmente involucraban el sacrificio de niños o jóvenes especialmente elegidos que debían cumplir con la "obligación real" de llevar el mensaje de los hombres a las divinidades. La ceremonia incluía una serie de ritos dirigidos por sacerdotes especializados, que tenían su clímax cuando el niño ricamente ataviado era llevado a la cumbre de una montaña, donde moría y era enterrado junto con un imponente ajuar. La *kapaqocha* generalmente se efectuaba ante importantes contingencias como las guerras, la enfermedad del gobernante, y durante los ritos anuales en honor a *Inti*, la suprema divinidad solar Inka.

En la ceremonia efectuada en la cumbre del Plomo participó, seguramente, una gran cantidad de oficiantes y autoridades inkaicas y locales, que debieron peregrinar junto al niño hasta la cumbre. Para este objeto se preparó un descanso que contaba con un conjunto de recintos, ubicados en una cota más baja del cerro. El santuario en la cumbre, presenta la recámara de forma cuadrada donde fue sepultado el niño de unos ocho años de edad. Antes de los ritos finales, la cara del niño fue pintada con pigmentos rojos y amarillos y fue vestido con un *unku* o camisa color negro con flecos de lana y una manta gris (*yacolla*) con listas rojas y azul-verdosas. Calzaron sus pies con un par de *hissku* o mocasines de cuero y en sus muñecas pusieron brazaletes de cobre. Especial atención recibió su peinado, un elemento central en la estética personal andina, compuesto de más de doscientas trenzas, sobre el que se dispuso un cintillo de color negro o *llauto*, con hebras negras que le tapaban la cara, signo indudable de la alta alcurnia del niño. Por último, sobre su cabeza lucía un adorno de plata con dos medialunas y un tocado de plumas.



Epílogo

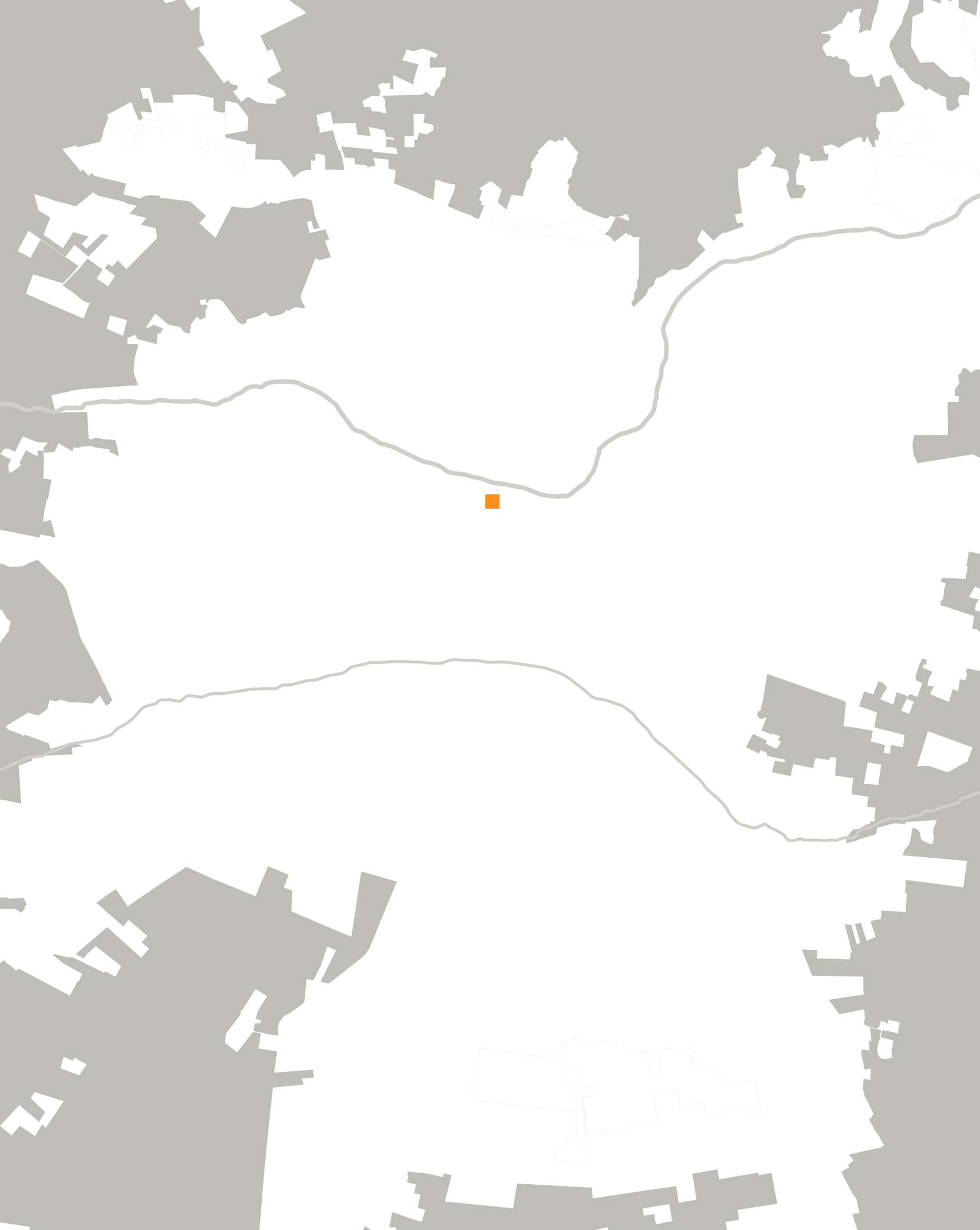
El complejo panorama social, político y cultural surgido con el impacto del estado Inka en Chile Central, que además incluyó a poblaciones Huarpes traídas de la actual provincia argentina de Cuyo, tuvo una corta existencia, al menos en la larga secuencia histórica de la región. En 1535, poco más de cien años después de que el *Tawantinsuyu* incorporara a la cuenca de Santiago, Cusco, el centro de su Imperio, fue golpeado por la demoledora fuerza de los invasores españoles. Sin embargo, cuando en 1541 Pedro de Valdivia arribó a la cuenca de Santiago, y aunque habían pasado seis años desde la caída del *Tawantinsuyu*, aún sobrevivía la estructura política y económica impuesta por los Inka. Es probable que el rol protagónico que jugaron los Diaguita en la anexión de Chile Central al Estado cusqueño, resultara en que ellos continuaran administrando estos territorios con las políticas aprendidas de los Inka, ahora para su propio beneficio.

Pese a lo anterior, el abrasador modelo de colonización traído por los españoles terminó con el dominio sobre estas tierras de los sucesores de aquellos asiáticos que cruzaron el puente de Bering hace miles de años, los verdaderos conquistadores de América.



◀ Momia del cerro El Plomo, cordillera de Santiago. Cuerpo saponificado de un niño sacrificado y parte del ajuar con que fue sepultado. Algunas de las bolsitas de cuero contienen dientes de leche y recortes de uña y pelo, presumiblemente del mismo niño. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.

▶ Camélido de oro, figurilla parte del ajuar con que fue sepultado el niño en la cumbre del cerro El Plomo. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.





Capítulo II

De campamento a ciudad

1541 - 1646

Hernán Rodríguez Villegas

Elección del espacio

La expedición de Pedro de Valdivia buscaba conquistar las tierras al sur del despoblado de Atacama, para asentarse y gobernarlas en nombre del emperador Carlos V. Desde que salió de Cusco, la recientemente tomada capital Inka, el capitán español decidió que su primera misión en el territorio conquistado sería fundar una ciudad que fuera "puerta para la tierra de adelante" y posiblemente imaginó el paisaje donde la ubicaría.[1] Los españoles, inkas y yanaconas que integraron la fallida expedición de Diego de Almagro –que regresó de Chile después de haber recorrido parte de su geografía–, le habían descrito su infructuoso viaje. También los cusqueños conocían las características de este territorio pues lo habían integrado a sus dominios en el vasto imperio del *Tawantinsuyu*.

Hacía un siglo que el Inka había llevado su poderío hasta los valles de Chile, estableciendo una relación con sus naturales, a veces pacífica, otras violenta. Además había extendido un camino, tenía representantes o gobernadores en los principales valles y pueblos, estaba vinculado con los caciques y principales de la tierra y desplazaba súbditos y pobladores desde el norte hasta los nuevos valles conquistados, al sur, donde construía tambos y ampliaba cultivos. En este contexto, la expedición de Valdivia avanzó dificultosamente, sumando pequeños grupos de españoles que se fueron plegando en el camino, provenientes de otras empresas de conquista, fracasadas o inconclusas. Salieron 11 hombres de Cusco y llegaron 145 al valle de Copiapó, donde Valdivia, el Adelantado, tomó posesión de su jurisdicción y la llamó Nueva Extremadura.

La expedición siguió el Camino del Inka, o *Qhapaq Ñan*, dejando atrás los fértiles valles de Limarí y Choapa, poblados por los Diaguita, y se detuvo en Quillota, en el valle de Aconcagua. A pesar de su abundante agua, fértil y poblado paisaje, Valdivia siguió adelante. Cruzó los cerros de Batuco y bajó al extenso llano que contiene los cauces de los ríos Maipo y Mapocho –que en *mapudungun*, la lengua hablada por los indígenas de este territorio, quiere decir "valle de gente"–, hasta cuya orilla avanzó en diciembre de 1540. Encontró un enorme y verde territorio, profusamente cultivado, enmarcado al oriente por la gigantesca cordillera de los Andes, todavía cubierta de nieve, por las altas cumbres de Pudahuel, al poniente, y al sur por la ininterrumpida cadena montañosa de Pirque, Angostura y Aculeo. La comarca estaba en plenitud, todavía en primavera, el suelo cubierto de pasto tierno y floridos árboles y arbustos, con agua abundante cantando en cauces y acequias que regaban generosas chacras de maíz y quínoa. Por sobre el tupido follaje de quillayes y peumos, debieron verse numerosas columnas de humo, delatando hogares de los indígenas locales y yanaconas, hasta ese momento súbditos del *Tawantinsuyu*. Valdivia consideró que éste era el lugar para fundar.

Representación ideal del "fuerte de Santiago de Chile". Grabado anónimo publicado en la *Historia general de los hechos de los castellanos* por Antonio de Herrera, Madrid, España, 1730. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.



Definición de marco y traza

Cuentan las crónicas que Valdivia hizo campamento en la ribera norte del Mapocho, en el sector que luego se llamó la Chimba (en quechua: "de la otra banda"), y que allí quiso hacer fuerte y ciudad. Pero se le acercó el cacique del valle del Maipo, Loncomilla, y le dijo que fundara ciudad al otro lado del río, más al sur, donde los inkas habían tenido población. Es posible que la invitación de Loncomilla definiera el lugar de Santiago; también es posible que Valdivia la aceptara porque ese terreno, al sur del río, permitía replicar la distribución y la traza de Lima, la "Ciudad de los Reyes", fundada en 1535.

Nada quedaba al azar en la fundación de una ciudad americana bajo las normas que dispuso el emperador Carlos V en 1523. Estas pautas tenían su origen remoto en tradiciones romanas y castellanas, así como en conceptos filosóficos enunciados por destacados teólogos, como Santo Tomás de Aquino. Una nueva forma urbana, damero y plaza, se reprodujo explosivamente en el continente: casi trescientas fundaciones en menos de un siglo. El proceso se iniciaba con una asamblea de notables, con la asistencia de conquistadores y conquistados, a los que se les comunicaba el inicio de un nuevo orden, regido por la cruz de Cristo y la corona del Emperador. A la ceremonia que se realizó en el valle del Mapocho acudieron Quilakanta, gobernador del Inka, y 12 caciques y señores de la tierra. Para fundar la ciudad, el cacique Huelén Huara entregó sus terrenos y luego el representante del Inka lo compensó con similar cantidad de tierra en Talagante, río abajo.

Según indican los documentos del Cabildo, el 12 de febrero de 1541 –o el 24 como señala Valdivia en sus cartas– se procedió a fundar la ciudad y nombrarla Santiago de la Nueva Extremadura, en honor del santo apóstol patrono de España. El peñón de Huelén, próximo al lugar donde se hizo la fundación, se bautizó con el nombre de Santa Lucía, por ser el día de la mártir. Se llamó San Cristóbal al alto cerro que dominaba la ciudad desde la otra banda del río, mismo santo protector que se dio al cerro de Lima. Actuó de improvisado secretario Juan de Cárdenas y de alarife el soldado Pedro de Gamboa, quien



Fundación de Santiago. Pintura preparatoria de Pedro Lira, Santiago, 1887/1888. Colección Banco Santander, Santiago.

Fundación de Santiago. Pintura de Pedro Lira realizada en 1888 por encargo del Gobierno para exponerse en el Pabellón de Chile de la Exposición Internacional de 1889, en París. Antes de viajar, este cuadro se expuso en Santiago donde ganó el Certamen Arturo Edwards 1888. Museo Histórico Nacional, Santiago.

marcó un punto en el que se clavó la cruz, a partir de la cual se trazó un cuadriculado como tablero de ajedrez, con manzanas de 138 varas castellanas separadas en calles de 12 varas.[2] Una manzana se destinó para la Plaza Mayor, a una distancia del río Mapocho similar a la que hay entre la plaza de Lima y el río Rímac. Luego, las manzanas se dividieron en cuatro solares que se distribuyeron entre instituciones y vecinos.[3] Primeramente a la Iglesia, a la que se dieron dos solares al poniente de la Plaza Mayor para que la nueva población levantara un templo que, con la advocación de la Asunción de la Virgen María y transformada en la Catedral de Santiago, se encuentra hasta hoy en el mismo lugar. El gobernador Valdivia tomó para sí un solar al norte de la plaza, y se dio al Cabildo el solar contiguo, repartiéndose los restantes entre los conquistadores y soldados. De esta manera, la ciudad comenzó a levantarse con la ayuda de los naturales que, mediante el sistema de mitas, ayudaron a levantar capilla, bodega, un tambo grande y algunas casas, todo muy sencillo, de madera, barro y paja.



r libro de la fundacion desta Cabdª de Sanctiago del mes de setiembre q
se fundó en nuestra villa de Malaga y nombre primero de ellos fue
dores ppales mayor domo y veedor y depositario y escribano y de todas las cosas q
cumplidos y de empleo y otros oficios desta dicha Cabdª en cabildo este
dicho dia mes y año de suso escriptos

r A doze dias del mes de febrero año de mill e quinientos e veynte e nueve años
fue fundada esta Cabdª en nombre de dios y de la bendita madre y
de la apostol Santiago. y el muy magnº señor Juº de Valdivia theniente de
corregidor y Capitan general por el muy Illustre señor don Francisco pizarro corregidor y
Capitan general en las provincias del peru por su magd. y puso nombre
la Cabdª de Santiago del mediterraneo y desta provincia y nombre
de nuestra señora y aquella tierra de que fue repartidor desta
vinculo una gobernacion desta provincia y nombre

r Jueves veynte dias del mes de enero de dicho año nombro el dicho
señor theniente de corregidor y Capitan general los alcaldes ordinarios
mayor domo pral de la Cabdª para todos los alcaldes ordinarios
la justicia en nombre de su magd. como buen y justo nombre y los dichos
dores proveyeron en lo tocante al dicho oficio de la vara mayor domo
y pral otrosi nombraron por fiel executor de esta dicha Cabdª
en todo el dicho termino y tierra de esta dicha villa y puerto
de Malaga con todos los derechos y salarios en el dicho oficio
acostumbrados y pertenecientes al dicho oficio. con fianzas bastantes
a los magnos y muy nobles señores. Juan de Ximenez y Juan de Salas
justicias por sus altezas ordinarios en la villa de Malaga y su puerto
de villages y de nuestro señor el rey de Castilla por su alcalde
por dichos oficiales. y por mayor domo de entrambos por pral dicho
theniente

r Viernes veynte dias del mes de enero de dicho año. en dicho
theniente llamar a cabildo a los dichos señores alcaldes dichos oficiales
de suso nombrados y al mayor domo pral. y en presencia de mi
dicho escribano estando juntos en Malaga hasta tanto que hiziese
cabildo hasta tanto que hiziese cabildo en la dicha villa de Malaga
cabildo uso y costumbre del dicho señor theniente. tomo y recibio juramento
en forma debida de derecho a los dichos señores alcaldes y
visto de juntos y cada uno por si juraron a dios y a santa maria
y a las palabras de los santos quatro evangelios donde mas y mas largamente
son escriptos de decir y hablar verdad en todo lo que supieren
cierto de si fueren preguntados y cada uno por si fuere preguntado
que bien y fielmente usen de los dichos oficios en nombre de su magd
bien y como buenos oficiales deben hacer y guardar en todo
y por todo segun y como en virtud de los dichos oficios y cada uno
de ellos deben hacer y guardar. y el dicho theniente
tomo y recibio juramento en forma debida de derecho a los dichos
oficiales de suso nombrados que bien y fielmente usen de los dichos
oficios y cada uno de ellos. y que guarden y cumplan todos
los mandamientos que por su magd. y por el dicho theniente
les fueren mandados y cada uno de ellos. y que sean buenos
y fieles executores de justicia en todo lo que por su magd. y por el dicho
theniente les fuere mandado y cada uno de ellos. y que
de lo que supieren y entendieren que conviene al servicio de su magd
y al bien de la republica de esta dicha villa y puerto de Malaga
y de todos los vecinos y moradores de ella lo hagan saber
y declarar al dicho theniente para que provea en ello lo que
mas convenga al servicio de su magd y al bien de la republica
de esta dicha villa y puerto de Malaga y de todos los vecinos
y moradores de ella y que en todo lo demas que
a los dichos oficios pertenece y cada uno de ellos
hagan y cumplan todo lo que buenos y fieles
oficiales son obligados y deben de hacer



Nace una identidad que perdura

En septiembre de 1541, a pocos meses de fundada la ciudad, mientras Valdivia se encontraba con parte de sus hombres en el sur, el cacique Michimalonco cayó sobre Santiago. Destruyó e incendió todo lo que se había construido, a excepción de una empalizada junto a la plaza, donde se protegieron los españoles sobrevivientes. A raíz de este asalto se reemplazó la estacada por una gruesa muralla de adobe en torno a un amplio recinto que podía contener a toda la población, al costado norte de la plaza.

La consolidación de la ciudad fue un proceso que demoró mucho tiempo. Durante los diez años siguientes, al menos, Santiago parecía un efímero campamento sujeto a las permanentes urgencias que requería la defensa de las nuevas ciudades que comenzaban a fundarse en el sur, hacia donde se desplazaba la lucha entre españoles y naturales. En 1544 los conquistadores controlaban hasta el valle del río Maule y en 1549 se llegó a un acuerdo de paz con el belicoso cacique Michimalonco. Posteriormente, en 1554, el gobernador Valdivia murió luchando en Tucapel y dos años más tarde Lautaro convocó a un alzamiento general del pueblo mapuche contra los españoles. Pero, en general, la lucha entre ambos bandos se mantuvo alejada de Santiago.

Desde el momento de su fundación, la ciudad comenzó a adquirir características que han perdurado y que señalan su identidad, más allá de la inmutable geografía andina y de algunos paisajes que todavía pueden encontrarse en su periferia. Lo más significativo de Santiago es la permanencia de su traza, extendida en el triángulo que formaron dos cauces del río Mapocho, dividido por el peñón del Santa Lucía. Un cauce caudaloso y permanente, al norte, y otro esporádico, al sur, llamado Cañada, para descargar excesos de agua en inviernos lluviosos. El cerro, el río y la Cañada fueron el marco de la primera traza de Santiago.

Sobre esta acotada geometría se levantaron inicialmente ranchos y cercos. Posiblemente, costaba entonces distinguir la rigurosa cuadrícula urbana bajo el pastizal y los aniegos producidos por el riego, porque el agua fue siempre una presencia constante en la ciudad. Se aprovecharon las acequias inkaicas que existían a ambos costados del Huelén y se continuaron hacia el poniente, siguiendo la dirección natural de las aguas, cruzando por el interior de las manzanas. Allí, un ligero quiebre en la línea divisoria de los solares permitió que todos ellos tuvieran acceso al agua y transformaran su terreno en chacra o huerto, donde desde temprano hubo viñas y olivares en su traza y, más tarde, floridos jardines. Andando el tiempo, los solares se dividieron pero conservaron su acceso a las acequias, lo que obligó a situar las puertas de entrada sobre las vías que corren de oriente a poniente, en el sentido del agua. Por ello es que las antiguas casas de la ciudad tenían portadas a las calles



◀◀ pp. 40-41. Libro Becerro o primer volumen de las actas del Cabildo de Santiago, escritas sobre pergamino desde 1543 a 1563. Archivo Nacional de Chile, Santiago.

◀ Milagrosa aparición de la Virgen durante el ataque a Santiago, el 11 de septiembre de 1541. Grabado anónimo basado en dibujo del padre Alonso Ovalle S. J., Roma, Italia, 1646. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

▲ Estatua ecuestre de Pedro de Valdivia en la Plaza de Armas de Santiago. Escultura del español Enrique Pérez Comendador realizada en Madrid, España, 1960.

Moneda, Agustinas, Compañía, Merced, Monjitas, Catedral o Santo Domingo, y nunca a las calles en sentido norte-sur.

La Plaza Mayor o Plaza de Armas, espacio característico de la identidad de Santiago, se definió entonces. El punto donde el alarife Gamboa colocó la cruz fundacional y la primera estaca de la traza es hoy el eje de la plaza, el centro de la ciudad, el kilómetro cero de todas las distancias de Chile. También entonces se definieron los usos de dos de sus cuatro fachadas o bordes, destinándose a la Iglesia el costado poniente, y al Gobierno el norte, como en Lima.

Administración y gobierno

El Cabildo, constituido en marzo de 1541, tuvo dos alcaldes y cinco regidores, que se elegían anualmente entre vecinos y moradores. Era vecino aquel que tenía casa poblada e indios encomendados, y morador el residente destacado, mayoritariamente los mercaderes. El Cabildo administraba y tutelaba la nueva ciudad, velando por su crecimiento, orden y progreso. Las actas de sus sesiones, que desde entonces se comenzaron a archivar, formaron criterio y crearon jurisprudencia para lo doméstico, lo oficial, lo religioso y lo profano. Se preocupaban del aniego de las calles, de la festividad del santo patrono, de la cría de caballares en los solares o de la recepción del gobernador del rey, de la corta de ladrillos y tejas o del protocolo para dirigirse al obispo. Correspondió al Cabildo definir las dos calles por donde debían transitar las carretas cargadas al interior de la ciudad –las actuales Bandera y MacIver– para salvaguardar el tráfico y la mantención de las otras vías. Durante los primeros años el Cabildo no tuvo casa y sesionó en los ranchos pajizos de los cabildantes o en la Iglesia Mayor, también de paja. Valdivia, primer gobernador del reino, tuvo casa propia en un solar al norte de la plaza, que luego vendió al Cabildo, quedando su solar disponible para construir el "palacio" del gobernador.

Durante la llamada Guerra de Arauco los gobernadores residían mayoritariamente en Concepción y "bajaban" a pasar el invierno en Santiago, ciudad que tuvo el privilegio de recibir lucidamente a muchos de ellos y también el piadoso deber de dar sepultura a otros tantos. En abril de 1552 una cédula de Carlos V le dio un escudo de armas y en mayo otro documento le confirió los títulos de "muy noble" y "muy leal" ciudad. Entonces, Santiago tenía sólo 19 solares asignados, siete casas construidas con quincha, barro y techo de paja; un par de cuartos para la Real Contaduría y Cajas Reales; la casa del gobernador, también pajiza; una iglesia rústica en construcción, y el resto eran ranchos. Entre las mejores casas estaban las de Francisco de Aguirre, Pedro de Miranda y Alonso de Escobar, todas en la Plaza Mayor. La de Pedro de Villagra, gobernador en 1554, consistía sólo en un par de cuartos, sin ventanas.



▲ Escudo de armas de "la muy noble y leal ciudad de Santiago", otorgado por el emperador Carlos V en 1552. Frontis de la Ilustre Municipalidad de Santiago.

▶ El maestre de campo general Álvaro Núñez de Pineda, retratado por su hijo Francisco Núñez de Pineda Bascuñán en su obra *Cautiverio feliz*, Santiago, *ca.* 1673. Original en Archivo Nacional de Chile, Santiago.




El Exmo Sor
Dn Garcia Hurtado
de Mendoza, Marques de
Cañete Governo el Reino
de Chile qdo el Sr Marques
su Padre hera Virrei deste
del Perv. Entrò en esta Ciudad
en 8. de Enero de 1590.
Regresò à España..
12.

Población y sociedad



Cuando la guerra de la conquista se trasladó al sur, la ciudad comenzó a desarrollarse y se asignaron los solares vacíos en su traza. La construcción de más casas marcó el inicio de las primeras muestras de sociabilidad entre sus moradores. Un avance significó la llegada de Marina Ortiz de Gaete en 1555, viuda de Pedro de Valdivia que venía con un numeroso grupo de mujeres españolas que luego establecieron hogares. Dos años más tarde se designó a don García Hurtado de Mendoza como gobernador de Chile, quien arribó con un elevado número de acompañantes. En 1569 llegó el nuevo gobernador Melchor Bravo de Saravia, también junto a familiares y comitiva.

En 1575 el Cabildo había repartido 166 solares en la traza de la ciudad y los cronistas se refirieron a Santiago como "ciudad deleitosa" (1571), "pueblo de paz y recreación" (1581) y "comarca muy apacible y agradable a la vista, con mucha recreación de huertas y jardines" (1601).[4] Si bien la jurisdicción de la ciudad era enorme y abarcaba desde Quillota a Cauquenes, en su traza no había más de doscientas casas a fines del siglo XVI y se calcula que vivían en ella ochocientos españoles y unos tres mil indios y mestizos, la mayoría de ellos instalados en rancherías. Estas comenzaron a extenderse en tres direcciones: hacia la Chimba, al otro lado del río; tras el convento de San Francisco, al sur de la Cañada, y al extremo poniente de ésta, en el sector que se conoció como Chuchunco.

◀ Don García Hurtado de Mendoza, gobernador de Chile entre 1557 y 1561 y posteriormente Virrey del Perú. Pintura anónima del siglo XVII, en la Galería de los Virreyes del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia, Lima, Perú.

▲ La ciudad de Santiago. Dibujo de Felipe Guamán Poma de Ayala en su obra *Nueva corónica i buen gobierno,* Lima, *ca.*1612/1615.





Capitalidad

Dos situaciones derivadas del enfrentamiento con los naturales incidieron en el desarrollo de la ciudad de Santiago. Una fue la retirada del frente de guerra de la zona central hacia el sur, quedando en relativa paz el territorio al norte de los ríos Maule y Longaví, lo que permitió proyectar y levantar más y mejores construcciones. Otra fue el gran levantamiento mapuche de 1599, iniciado con la derrota y muerte del gobernador Martín García Oñez de Loyola en Curalaba, y la posterior pérdida de las ciudades y fuertes al sur del río Bío Bío, lo que obligó a su población a emigrar al norte e incluso a regresar al Perú. Santiago recibió a muchos vecinos de las localidades destruidas, que aumentaron la población de la ciudad y la de los campos circundantes. El desastre de Curalaba motivó también, en 1609, la instalación del tribunal de la Real Audiencia, que se vino desde Concepción, ciudad fronteriza y peligrosa. Es en este momento cuando se define la capitalidad de Santiago, tema que no quedó claramente resuelto durante el siglo XVI, tanto por indecisión del gobernador Valdivia como de la Corona. Durante la primera mitad del siglo XVII Santiago se consolidó y fueron mayores y más ricos sus templos, edificios públicos y casas principales.

◀ Tribunal de una Audiencia. Letra capitular dibujada e iluminada, sobre pergamino, de la Ejecutoria de Hidalguía de Antón de Azoca y su familia, hecha en Sevilla en 1538. Antón fue hermano de Santiago de Azoca, compañero de Pedro de Valdivia, vecino fundador de la ciudad de Santiago en 1541 y su Alcalde, en 1563 y 1573. Archivo Nacional de Chile, Santiago.

▲ El emperador Carlos V representado en la Ejecutoria de Hidalguía de Antón de Azoca y su familia, hecha en Sevilla en 1538. Archivo Nacional de Chile, Santiago.



Iglesia y servicios

En la *Geografía y descripción universal de las Indias* de Juan López de Velasco (1575) se clasificaron las 260 ciudades fundadas hasta entonces por la Corona de España en América. Santiago ocupaba el decimoquinto lugar y entre los méritos que sustentaba están el número y el lucimiento de sus templos y conventos. Hubo además seis ermitas que se construyeron por devoción de los vecinos, en lo que entonces eran los extramuros de la ciudad: la de la Virgen del Socorro al sur de la Cañada, donde se veneró la imagen que trajo el fundador Pedro de Valdivia; la de Santa Lucía, en el cerro Huelén; la de la Virgen de Montserrat, al pie del cerro Blanco, en la Chimba, levantada por Rodrigo de Quiroga y su esposa Inés Suárez; la de San Saturnino, protector de temblores, construida al pie del Santa Lucía, en la Cañada; la de Santa Ana levantada en un solar que fue tejar y luego se donó para hacer plaza, capilla y parroquia (la segunda de la ciudad) a partir de 1635, y la de San Lázaro, al poniente de la Cañada. Es interesante advertir que algunas de estas ermitas fueron construidas sobre previos adoratorios indígenas, como el del cerro Huelén o Santa Lucía y quizá también el cerro Blanco.

◂▸ pp. 50-51. Virgen del Socorro, traída por Pedro de Valdivia a la Conquista de Chile en 1540. Madera tallada y policromada, posiblemente española o napolitana, *ca*. 1500. Altar mayor de la iglesia de San Francisco de Santiago.





En 1549 llegó la primera congregación de religiosos, los mercedarios. El Cabildo les dio un terreno junto a la ermita del Socorro donde estuvieron hasta que recibieron en donación cuatro solares en la traza, donde hasta hoy se encuentran. Cuatro años después llegaron los franciscanos y el Cabildo les asignó un terreno junto a la ermita del Santa Lucía donde estuvieron hasta el año siguiente. Luego, Pedro de Valdivia los llevó al terreno que habían ocupado los mercedarios junto a la ermita del Socorro, en la Cañada, donde todavía permanecen. En 1557 llegó la Orden Dominica y recibió del gobernador Pedro de Mesa cuatro solares cercanos a la plaza, donde comenzaron a construir la iglesia y el convento bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario, edificios cuyo destino se conserva hasta hoy. En 1593 llegaron los padres de la Compañía de Jesús y, por compra y donación, obtuvieron dos solares –uno con la casa ya edificada de Martín Ruiz de Gamboa–, donde habilitaron convento e iglesia en consagración a San Miguel. Dos años más tarde llegaron los padres agustinos y obtuvieron en donación cuatro solares también próximos a la plaza, con la casa que fue de Francisco de Riberos, y donde todavía está su iglesia, dedicada a Nuestra Señora de Gracia.

La primera congregación de religiosas que hubo en la ciudad fue de monjas agustinas, que en 1576 obtuvo del Cabildo y del vecino Antonio González Montero la donación de dos manzanas donde instalaron su monasterio de la Limpia Concepción, a dos cuadras de la Plaza Mayor. En la primera mitad del siglo XVII llegó una nueva congregación de religiosas, las monjas de Santa Clara. Vinieron en 1604, huyendo de la destrucción de la ciudad de Osorno y se instalaron en cuatro solares que adquirieron al oriente de la Cañada, con dineros que aportó la Corona. En cien años de vida, Santiago acogió a dos parroquias y siete órdenes religiosas, instituciones que siguen existiendo y, entre las cuales, seis de ellas continúan ocupando el mismo terreno que obtuvieron en su fundación.

La Iglesia estuvo vinculada a dos servicios públicos fundamentales para la ciudad: salud y educación. Desde temprano existió el Hospital del Socorro, fundado por Pedro de Valdivia junto a la ermita de ese nombre en la Cañada. Atendido primero por los franciscanos que tuvieron contiguo su convento, desde 1617 quedó a cargo de los hermanos hospitalarios de San Juan de Dios, que le dieron su nombre. En la parroquia del Sagrario, o Iglesia Mayor de la plaza, hubo desde el inicio escuela de primeras letras, práctica que se repitió en las parroquias que se crearon con posterioridad. Estudios superiores para religiosos hubo desde 1622 en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, creada por los dominicos en su convento.



◀ Artesonado de la iglesia de San Francisco de Santiago. Realizado con madera de La Dehesa con anterioridad a 1618 y atribuido a Mateo Lepe.

▶ Iglesia de la Compañía de Jesús en Santiago. Grabado anónimo basado en dibujo del padre Alonso Ovalle S. J., Roma, Italia, 1646. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

Espacios públicos, la plaza y los templos

La arquitectura de las iglesias revelaba la importancia de la ciudad y, en ese sentido, sobresalían la Catedral y los templos de mercedarios, franciscanos, dominicos, jesuitas y agustinos. Destacaban también las casas del Cabildo, las Cajas Reales y la Audiencia.

La Catedral o Iglesia Mayor tenía tres naves en sentido norte-sur, con frente a la calle Catedral y costado sobre la plaza, con cantidad de altares y retablos. Era de piedra blanca, con una torre de adobes. La iglesia de La Merced se construyó primero en adobe y luego en ladrillo y durante la primera mitad del siglo XVII no dejó de ampliarse y mejorarse, lo mismo que su claustro. La iglesia de San Francisco comenzó a levantarse en piedra en 1591 y se concluyó con un notable artesonado de madera, hecho por el carpintero Mateo Lepe, que se conserva hasta hoy. La iglesia de Santo Domingo era también de piedra, con tres naves y quince capillas, descollando entre ellas la del Rosario, cuyo interior era "todo de pincel y dorado", misma decoración que había en los altares que cerraban las cuatro esquinas del claustro.[5] La iglesia de San Miguel, de los jesuitas, se inició en 1605 y se concluyó treinta años más





pp. 54-55. Sillería de coro de la iglesia de San Francisco de Santiago. Talla anónima con decoración de estilo renacentista, *ca*. 1630/1640.





tarde, toda en piedra blanca y "adornada con un famoso retablo por todas partes lleno".[6] La iglesia de San Agustín, finalmente, se comenzó tarde, en piedra, y sus tres naves seguían decorándose en 1640.

Los artesanos asumieron la construcción de la ciudad, y experimentaron con nuevos materiales y estructuras para adaptarse a las condiciones del clima y asegurarse contra ocasionales temblores. Surgieron maestros adoberos, tejeros y carpinteros de todo tipo, lo mismo que canteros, talladores y pintores, que levantaban casas blanqueadas a la cal, con generosos techos y aleros de tejas, portadas de piedra o ladrillo, amplios patios empedrados de huevillo y cuartos interiores "orlados de romanas labores".[7] Hubo maestros, aprendices y peones, que se concertaban para reparar o ampliar viviendas o levantar las nuevas, incluidos los nobles edificios del Gobierno y de la Iglesia.

Si la grandiosidad o riqueza se aprecia en la arquitectura o la decoración de los templos, la vitalidad se revela en la plaza, como expresión elocuente de la vida urbana, tanto en sus fiestas y regocijos como en el cotidiano comercio que atrae al vecindario. Síntesis de la población, cruzarla con oídos atentos permitía saber qué pasaba en el vecindario, en la modesta actividad de las rancherías o en el solemne devenir de los conventos. Desde 1556 la plaza era mercado público o "tiánguez", lugar de venta diaria de vituallas, verduras y comidas, ropas, zapatos y sombreros, donde trabajaban los barberos, los herreros, y donde empleadores y empleados mantenían una activa bolsa de trabajo. También, desde su origen, la plaza fue campo de presentaciones y desfiles, espacio de procesiones y fiestas, de devoción y jolgorio, paseo del Estandarte, toros, carreras, cañas y sortijas. Se cerraban las bocacalles y las cuatro fachadas se convertían en palcos o proscenios donde se instalaban sillas. Había dos frentes muy importantes, reservados a las autoridades principales: el de la Catedral y la casa del obispo, y el del Cabildo, Audiencia y casa del gobernador. En los otros dos, donde se colocaba el pueblo, había variedad de casas y hasta un sitio baldío, donde se mataban animales una vez a la semana.



◀ Puerta de la Gran Sacristía de la iglesia de San Francisco de Santiago. Talla anónima con decoración de estilo mudéjar, *ca.* 1620.

▲ Pila bautismal de la parroquia del Sagrario de la Catedral de Santiago. Encargada por el obispo Juan Pérez de Espinosa y fundida en cobre por Miraval en 1603. Capilla de la parroquia del Sagrario, Santiago.



Crecidas y temblores

El desarrollo de Santiago debía enfrentarse a varios desafíos, independiente de las vicisitudes de la Guerra de Arauco que, a partir del siglo XVII, se concentró en la zona del río Bío Bío, territorio que luego se llamó La Frontera. Los mayores problemas se debían a causas naturales: los desbordes del río y los terremotos.

El Mapocho, cuyo caudal era regularmente pequeño, "chico y ruin" al decir de algunos cronistas, podía aumentar dramáticamente a causa de los deshielos o de las lluvias y entraba a la ciudad recuperando el antiguo cauce seco de la Cañada y corriendo aguas abajo por calles de dirección oriente-poniente como Monjitas, Santo Domingo o San Pablo. Eso ocurrió en 1574, 1609 y 1620, por lo que, desde temprano, el Cabildo buscó la forma de levantar unos tajamares en la ribera sur del río, que hicieran un muro de contención para sus crecidas, lo que primeramente se hizo con "patas de cabra" o estructuras de madera rellenas con piedra.

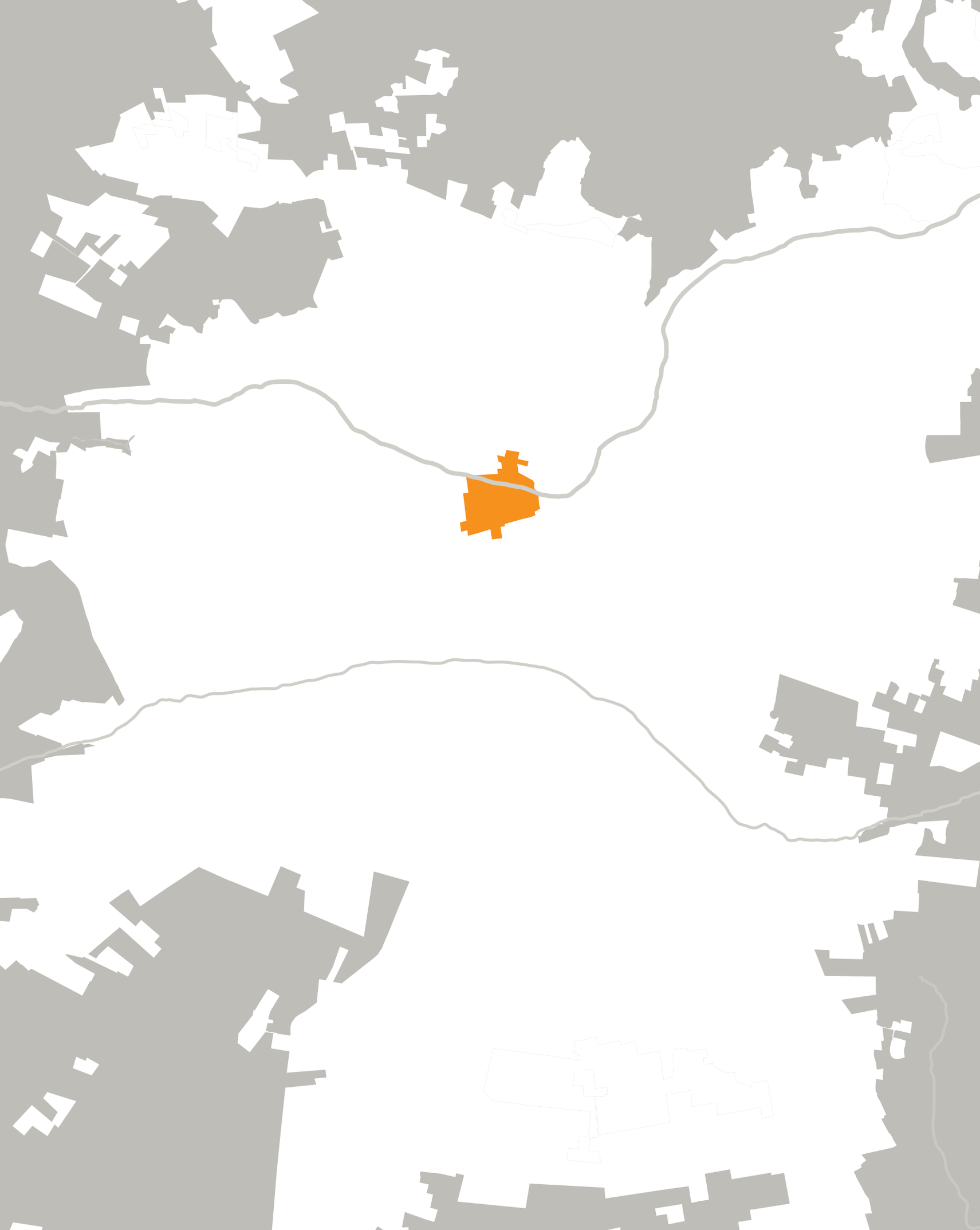
Los movimientos telúricos fueron un riesgo más grave, por lo desconocido de su alcance. El primer terremoto más significativo fue en 1575, que un cronista describió como "al principio fácil, con solo una manera de sentimiento" y que luego "tomó tanto ímpetu que traía las casas y edificios con tanta braveza que parecía acabarse todo el pueblo". Hubo otro temblor fuerte en 1580 y un tercero, mayor, en 1643. El más destructivo sucedió la noche del lunes 13 de mayo de 1647. No lo precedió ningún ruido y fue violento y larguísimo y, al decir del oidor Nicolás Polanco de Santillana, duró dos credos rezados. El obispo Gaspar de Villarroel contó que "no hubo sino un instante entre el temblar y el caer" y cayó "tan a plomo la ciudad y con tanto silencio que nadie creyó sino que en su casa había sólo sucedido".[8]

Murieron cerca de mil personas, casi un cuarto de la población, sin contar otras víctimas del amplio territorio que abarcó este terremoto desde el Choapa al Maule.



◀ Imagen del Crucificado conocida como Señor de Mayo. Talla policromada de fray Pedro de Figueroa, *ca.* 1610, venerada como milagrosa desde el terremoto del 13 de mayo de 1647. Iglesia de San Agustín, Santiago.

▲ Señor de Mayo con la Virgen María y San Juan, y a sus pies la Magdalena y una monja carmelita. Pintura anónima *ca.* 1700/1750 realizada para el monasterio del Carmen de San José de Santiago.





Capítulo III

Años de superación, reconstrucción y cambios

1647 - 1730

Hernán Rodríguez Villegas

Cambio y olvido

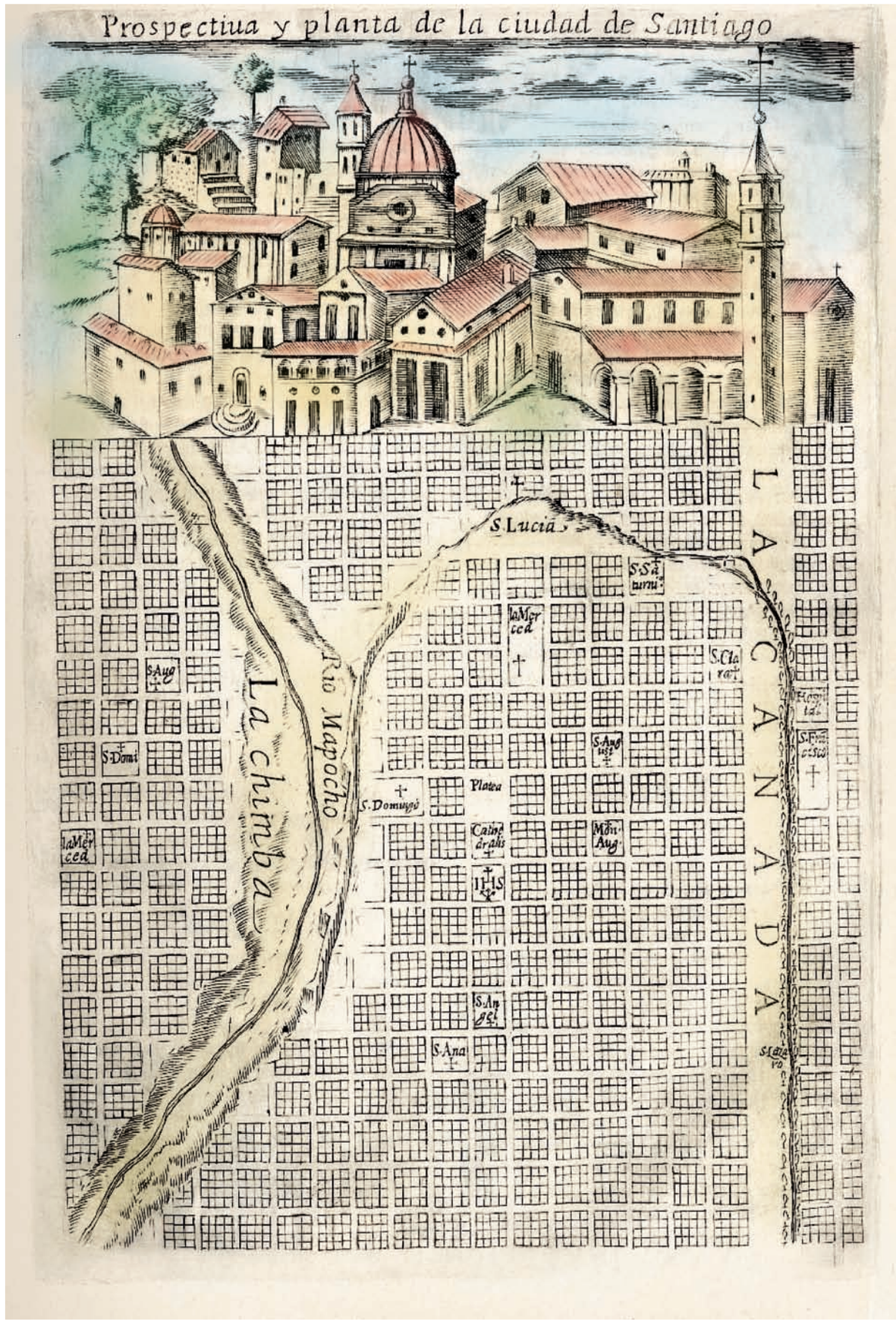
El "terremoto magno" de 1647 significó la muerte del 15% de la población de Santiago, de acuerdo a las cifras del Cabildo, o 25%, de acuerdo a las de la Real Audiencia. Estos cálculos no consideraron las numerosas víctimas que debió haber en el amplio sector que afectó el sismo, que nunca fueron contabilizadas. Pero las pérdidas materiales alcanzaron porcentajes mucho mayores, ya que ningún edificio de la ciudad quedó libre de daño, cuando no de destrucción completa. No es raro entonces que los horrorizados vecinos pensaran en cambiar la localización de la ciudad, como si esa decisión permitiera borrar el pasado y comenzar de nuevo.

Sufrimientos y prodigios

Llovió sobre mojado en la destruida ciudad. Desde mayo no dejó de temblar y el invierno, ese año, fue especialmente frío; incluso llegó a nevar copiosamente sobre las ruinas de Santiago. Se sumó a lo anterior una grave epidemia de tifus, el temido "chavalongo", que cobró la vida de cerca dos mil naturales, drama que afectó la vida cotidiana de la población y la hizo perder parte importante de su fuerza laboral. La suma de adversidades y dolores exacerbó el espíritu religioso de los santiaguinos, quienes comenzaron a vivir atentos al surgimiento de milagros y sucesos prodigiosos, buscando revelaciones en fenómenos de la naturaleza y en imágenes sacras, que intermediaban entre el hombre pecador y Dios Todopoderoso. Así sucedió con el Cristo de la Agonía de los padres agustinos, que inexplicablemente se mantuvo incólume durante el terremoto que asoló el templo donde se encontraba, a excepción de su corona de espinas que bajó de las sienes al cuello y no pudo subírsele. La devoción de los sobrevivientes entendió este suceso como una señal milagrosa y esperanzadora, y lo llevó en procesión entre las ruinas, bendiciendo a los muertos y consolando a los heridos. Desde entonces, la imagen del Señor de Mayo recorre las calles de Santiago en el aniversario del terremoto, recordando la fragilidad de este mundo y la eternidad del otro.






Prospectiua y planta de la ciudad de Santiago
S. Lucia
Rio Mapocho
La chimba
LA CANADA
Platea
S. Domugo
S. Ana
S. Aug
S. Dom
S. Clara
S. Aug
Mon. Aug
S. Ana
S. Lazaro

Crisis en la economía

No sólo la destrucción y la muerte a raíz del terremoto y la peste influyeron en el apesadumbrado ánimo de los santiaguinos. Ya desde 1635, los precios de los productos chilenos –especialmente el trigo– venían bajando dramáticamente en el mercado de Lima, acarreando pobreza y, muchas veces, ruina a numerosos productores de la ciudad, cuya economía empezó a verse muy afectada. Para más calamidad, en 1652 la Corona devaluó la moneda, lo que significó un mayor costo para todos los artículos que debían importarse. Comenzó también a faltar el trabajo, especialmente en los campos, y muchos indios y mestizos buscaron refugio en Santiago con la esperanza de encontrar ocupación. La realidad de los más pobres se hizo insostenible y el Cabildo se vio obligado a repartir alimentos en los arrabales que rodeaban la ciudad: en la Chimba, al norte; en la chacra de Cuduyupa y la Ollería, al oriente; tras el convento de los franciscanos y la parroquia de San Isidro, al sur, y en Chuchunco y la llamada quinta de Saravia, al poniente. Para colmo de males, en 1655 surgió un violento alzamiento del pueblo mapuche, que pronto alcanzó hasta el río Maule. En Santiago se enarboló el Estandarte Real en señal de peligro y todos los vecinos fueron obligados a asistir a la guerra o a sostenerla económicamente. Hasta se pensó en fortificar o cerrar la ciudad, idea que pronto se diluyó, porque desapareció el peligro inmediato del levantamiento, y porque nunca hubo recursos para hacerlo.

Pero a pesar del terremoto, la epidemia y la permanente crisis económica, entre autoridades y vecinos de la ciudad se fue fortaleciendo la idea de perseverar, de reconstruir, de refundar Santiago en su traza original.

> "Tardó en levantarse de nuevo [...] bastante disminuida, ya que pocas fueron las casas que se reconstruyeron de más de un piso, y los templos lo fueron con gran sencillez. A pesar de las actividades de los habitantes y de la generosidad de autoridades y vecinos, por falta de dinero suficiente, la reconstrucción se llevó a efecto tan lentamente que, cuatro años después del siniestro, la mayoría de los santiaguinos vivían aún en ranchos de paja. Sólo algunos afortunados habían logrado levantar pequeñas casas de madera y solamente en la Plaza Mayor existían unas pocas tiendas".[1]



◀◀ pp. 62-63. *San Francisco niño da pan a los pobres*. Cuadro de la serie de la vida de San Francisco pintada en Cusco, *ca.* 1668-1684, para el convento de San Francisco de Santiago. Museo de San Francisco, Santiago.

◀ Perspectiva y planta de la ciudad de Santiago. Grabado anónimo basado en dibujo del padre Alonso Ovalle S. J., Roma, Italia, 1646. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

▶ Caja de caudales. Hierro forjado, siglo XVI. Museo Histórico Nacional, Santiago.





Impuestos y obras públicas

La ciudad tenía entonces alrededor de cinco mil habitantes y sus "términos" o confines, abarcaban los corregimientos de Quillota, Aconcagua, Santiago, Melipilla, Colchagua y Maule. Su administración dependía del Cabildo, institución permanentemente desfinanciada, lo que le impedía realizar obras públicas básicas que la población requería con urgencia. Pero las necesidades que surgieron luego del terremoto hicieron que esta situación se volviera crítica. Para solucionarla en parte, se estableció el cobro de un impuesto que permitió financiar el fondo de "propios" de la ciudad, destinado a realizar obras de adelanto material para el vecindario y a cubrir los gastos de administración. Los productores o comerciantes comenzaron a pagar un cuartillo por cada quintal que exportaban, dinero que permitió ir abordando necesarias obras de bien público.

Los tajamares, que defendían la ciudad de las crecidas del río, se repararon y ampliaron sucesivamente entre 1613 y 1678. Hacia 1680 el carpintero José García construyó sobre el Mapocho el puente de cal y ladrillo que comunicaba la calle de las Monjas Claras, hoy MacIver, con la de la Recoleta, en la Chimba. En 1659, y durante las siguientes tres décadas, se realizó el empedrado de las calles más próximas a la Plaza Mayor, para que no se hundieran en el barro las carretas en días de lluvia. Entre 1670 y 1672 se implementaron las acequias y tuberías que trajeron agua desde la Quebrada de Ramón, agua cristalina y no barrosa, como la del río. De la misma época data la pila de agua potable de la Plaza, obra del maestro fundidor de cañones Alonso Meléndez. El capitán Meléndez –que vino desde el sur, donde estaba acuartelado– convirtió su oficio bélico en una bella creación artística con refinados detalles, y su pila, hecha de bronce macizo, sigue haciendo cantar el agua a través de las 33 bocas de sus surtidores. La pila de Meléndez siguió un largo periplo desde su instalación en la Plaza en 1672. Se trasladó a la Recoleta Franciscana en el siglo XIX, luego al cerro Santa Lucía y, finalmente, en el siglo XX, se dispuso al interior del Palacio de la Moneda, donde permanece hasta hoy. Las pilas de Meléndez han tenido la rara virtud de conservarse, al menos dos de ellas: la de la Plaza y la que hizo para el interior del monasterio de las monjas agustinas, hoy frente a la iglesia de Zapallar.


SE ESTA
SIENDA
ADSTEC
ENSAN
ORADO

Monasterios e iglesias

Se reconstruyeron iglesias y conventos, y nuevas fundaciones religiosas se llevaron a cabo con posterioridad al terremoto. En 1678 las monjas clarisas de la Victoria se trasladaron a la casa que les legó el capitán Alonso del Campo Lantadilla en la Plaza Mayor, donde levantaron capilla y, a poco andar, dieron el nombre de Monjitas a una de las calles de la ciudad. En 1690 vino de Chuquisaca (hoy Sucre, Bolivia), un grupo de religiosas a fundar un Carmelo, y se instaló en la propiedad que les regaló el capitán Francisco Bardesi, en la Cañada. Pocos años más tarde, levantaron la iglesia y claustro del Carmen de San José. En la misma época, los franciscanos hicieron un colegio en la Cañada, al poniente de su iglesia y al mismo lado de la calle. Llevó el nombre de San Diego en recuerdo de su benefactor, el obispo Diego de Humanzoro. Más al poniente por la Cañada, siempre en la vereda sur, los jesuitas establecieron su noviciado bajo la advocación de San Francisco de Borja. Todavía queda su capilla, con fachada gótica y dedicada a San Vicente de Paul. Los agustinos también hicieron colegio en la Cañada, San Miguel, esquina del callejón que tomó el nombre de Colegio y que hoy es Almirante Barroso. Siempre en la Cañada, vereda norte, esquina de la actual calle San Martín, se levantó la parroquia de San Lázaro. Más abajo, en el mismo costado, en lo que eran potreros y vegas, se erigió la capilla de San Miguel, cuya fachada se desplazó sobre la calle para que se viera desde la ciudad. En el mismo lugar se construyó mucho más tarde la actual iglesia de la Gratitud Nacional.



◀◀ p. 66. Pila de la Plaza de Armas de Santiago, hoy en el Palacio de la Moneda, fundida en cobre por el capitán armero Alonso Meléndez por encargo del gobernador Juan Henríquez, 1671.

Pila del monasterio de Santa Clara la Antigua de Santiago, hoy en la plaza de Zapallar, fundida en cobre por el capitán armero Alonso Meléndez, Santiago, 1682.

◀◀ p.67. Detalle del cañón de la pila del monasterio de Santa Clara la Antigua de Santiago, hoy en la plaza de Zapallar.

▶ Claustro principal del convento de San Francisco de Santiago. Arquería de cal y ladrillo construida entre 1623 y 1628.





Infinitos jardines

La abundancia de agua y el clima benigno fueron una bendición para Santiago. Cuando el cronista Jerónimo de Quiroga describió la ciudad en 1690, mirándola desde la cima del cerro Santa Lucía, dijo que se veía cubierta de árboles frutales y que se proyectaba hacia el horizonte "en infinitos jardines".[2] Años más tarde, en 1712, el viajero francés Amédée-François Frézier también alabó la rica vegetación de los patios, "que presentan todos los agrados del campo por su fruta y verdura" y apreció el sistema de acequias de riego, como "una comodidad inestimable que no se encuentra sino en poquísimas ciudades de Europa [...] proporcionan el agua a todos los jardines y a todas las calles cuando se desea". Fue crítico en cambio con la pobre arquitectura de las casas y las iglesias, todas bajas las primeras y de dudoso gusto y excesiva decoración las últimas. Sólo la iglesia de los padres de la Compañía de Jesús, en San Miguel, le pareció de un estilo apropiado, en forma de cruz latina y "abovedada sobre un orden dórico".[3]

La fisonomía de Santiago –escribe Francisco Antonio Encina en su *Historia de Chile*– había cambiado poco con la reedificación.[4] Al finalizar el siglo XVII continuaba siendo la extensa y apacible villa de casas bajas, espesos muros de adobe y techos de grandes tejas color ladrillo, sobre las cuales los yuyos amarillos ponían en la primavera una nota pintoresca al colchón de musgo y gramíneas que empezaban a verdeguear con las primeras lluvias. El son de las campanas, los gritos de los pregoneros, la algazara de los muchachos que jugaban, el mugir de las vacas y, de tarde en tarde, el pesado rodar de las carretas o el ruido de una calesa que atravesaba al lento paso de la mula, interrumpían el silencio de las calles desiertas.



◀ Claustro del convento de los padres mercedarios en Santiago, construido inicialmente en 1556 y reconstruido sobre sus mismos cimientos en 1756 y 1860.

▶ Jardín de un claustro. Detalle de un cuadro de la serie de la vida de San Francisco pintada en Cusco, *ca.* 1668-1684, para el convento de San Francisco de Santiago. Museo de San Francisco, Santiago.



Vida en la Plaza Mayor

El centro de la actividad y de la información de la ciudad era la Plaza Mayor. En parte adoquinada y de tierra el resto, a diario acogía un mercado de abastos y alimentos, venta de ropa, calzado, artesanías y oficios. Allí se vendían aves, pájaros y animales, para trabajo o por su carne, que era despostada en ese mismo lugar. A la Plaza acudían empleados y empleadores, a contratar los trabajos y servicios más diversos. Por ella se paseaban los pregones, dando cuenta en voz alta de las decisiones del Cabildo, de la Audiencia y del Gobernador.

La Plaza era además corral de toros, campo de juegos y fiestas, escenario de procesiones sacras y desfile de milicias con ocasión de Corpus Christi, de Santiago Apóstol, del nacimiento o muerte de las personas reales, de la llegada de un nuevo Gobernador, o del paseo del Estandarte Real. Suerte de gran salón de la ciudad, podía ofrecer espacios a las autoridades civiles y las religiosas, a militares y civiles, al vecindario noble y al pueblo. Algunos sobre balcones o estrados, otros en buenas sillas, los más de pie o sentados en el suelo. Especial gravitación sobre la Plaza tenían los gremios del comercio, los que normalmente fueron el brazo del Cabildo para organizar y dar mayor lucimiento a los festejos. En 1654 los gremios agrupaban a carpinteros, silleros, bronceros, hojalateros, herradores, plateros de oro y de plata, barberos, sastres, zapateros, sombrereros, sederos, santeros, carroceros y coheteros, los que en cada celebración llenaban el día de explosiones y la noche de luces.



Cambios sociales

La segunda mitad del siglo XVII fue para Santiago, además, un período de cambios sociales. Los descendientes de los primeros conquistadores, de alguna manera la nobleza fundacional de la ciudad, fueron reemplazados por una nueva clase dirigente compuesta, básicamente, por comerciantes y funcionarios.

La caída de los precios de Lima, la carestía de los insumos, y la mayor complejidad de los negocios, hicieron que la mayoría de los descendientes de conquistadores vendieran las propiedades de sus mayores y disminuyeran su tren de vida, muchas veces trasladándose a vivir modestamente en lejanos campos. Aparecieron en cambio altivos funcionarios de la Corona y agresivos comerciantes, peninsulares todos, que pronto sustituyeron a la antigua nobleza fundacional.

◀ *Entierro de San Francisco.* Cuadro de la serie de la vida de San Francisco pintado en Cusco por Juan Zapaca Inca en 1684, para el convento de San Francisco de Santiago. Museo de San Francisco, Santiago.

▲ La plaza de Cusco con sus portales. Detalle del cuadro anterior.

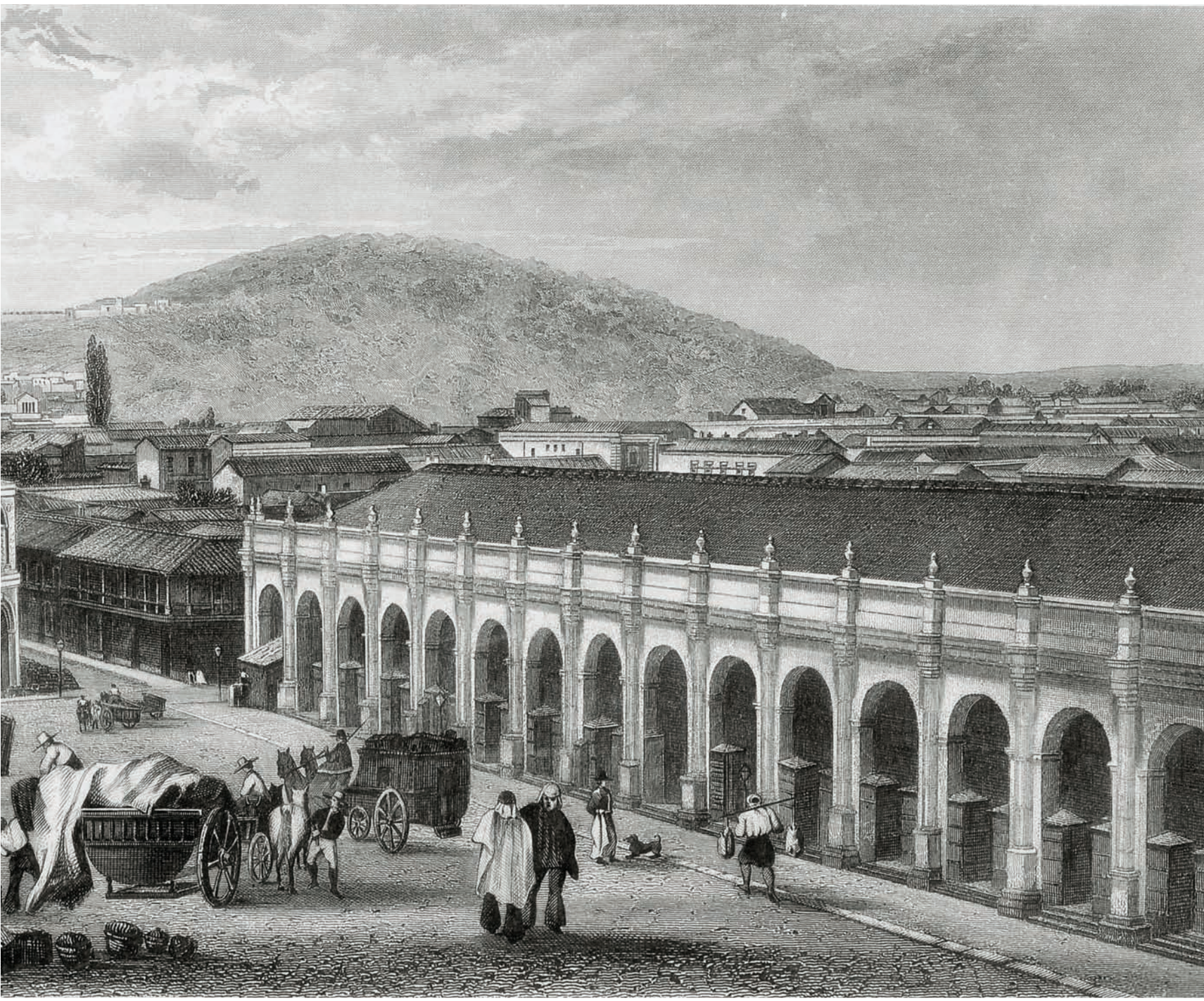
Si bien Santiago era sede de la gobernación y de la Audiencia del llamado Reino de Chile, los gobernadores vivían preferentemente en Concepción. Ahí se encontraba el ejército y el permanente desafío del conflicto bélico con el pueblo mapuche. Sólo a partir de la segunda mitad del siglo XVII la ciudad de Santiago empezó a tener mayor presencia de gobernadores y su casa en la Plaza Mayor –exageradamente llamada "palacio"– se comenzó a ocupar con más frecuencia. Ahí vivieron, entre 1664 y 1717, los gobernadores Francisco de Meneses, Juan Henríquez, José de Garro, Tomás Marín de Poveda, Francisco Ibáñez de Peralta y Juan Andrés de Ustariz. Compartieron el cargo y también la crítica de haber encabezado administraciones muchas veces corruptas, en las que ellos, sus parientes o protegidos, participaron en negociados, abusos y excesos que dieron pie, en numerosas ocasiones, a escandalosas denuncias y destituciones, interminables juicios y, a veces, durísimos castigos.

En la segunda mitad del siglo XVII aparecieron también hábiles comerciantes que obtuvieron enormes fortunas gracias a negocios con Lima, Buenos Aires y España, sobre todo exportando granos e importando bienes de uso corriente. A poco andar, adquirieron valiosas haciendas, levantaron grandes casas y aspiraron a constituirse en vecinos distinguidos e, idealmente, nobles. Es el caso de Pedro de Torres, que se enriqueció comerciando con Perú: exportaba cueros, sebo y fruta seca y recibía a cambio arroz y azúcar, que vendía a altos precios. Largos años trabajó asociado con los portugueses Francisco Pazos y Francisco López, que murieron en Chile, ricos y expatriados, esperando la firma del decreto que los autorizara para regresar a Portugal. Torres recibió sus herencias y triplicó su fortuna, tras muchos pleitos y coyunturas no siempre transparentes. En 1684, su riqueza le permitió instituir el primer mayorazgo de Chile, a la usanza de los de Castilla. Esta costumbre permitía mejorar la situación de los hijos mayores adjudicándoles ciertos bienes, generalmente propiedades de renta o cargos destacados, para perpetuar el lustre y la importancia de la familia. Así, María, la única hija de Torres pasó a ser la doncella más rica de Chile. Ella debía heredar el mayorazgo que incluía la hacienda de San José de la Sierra, al pie de la cordillera de Santiago, y dos solares en la Plaza Mayor, con una lujosa casa y un portal con 19 tiendas. Además del mayorazgo, Torres quiso obtener un título de marqués, pero la Corona no le dio respuesta. En vez, hizo Conde de Sierra Bella al suegro de su hija, funcionario de la Real Audiencia de Charcas. Torres murió en 1722 y el portal que levantó con su fortuna no conservó su nombre sino el título de su consuegro, Sierra Bella, y más tarde el de sus descendientes, Fernández Concha.

De cara al siglo XVIII

A medida que avanzó el siglo XVII la ciudad se fue reconstruyendo y su población transformándose en la más numerosa del país, subrayando la capitalidad de Santiago y atrayendo en forma creciente a nuevos pobladores. Llegaba gente de escasos recursos que venía tras la posibilidad de encontrar trabajo y que se instalaba al borde de la traza urbana, ampliando o dando origen a nuevos arrabales. Hacia 1700 la ciudad tenía entre once y doce mil habitantes, de los cuales un 56% eran españoles, 19,5% indios, 14% mulatos, 6,5% negros y 4% mestizos.[5] Entonces, el territorio del Corregimiento de Santiago limitaba al norte con el valle de Colina, al sur con el río Maipo, al oriente con los faldeos cordilleranos y al poniente con los cerros de Pudahuel y Tango.

El paso del tiempo hizo desaparecer algunos de los desafíos que la ciudad había enfrentado desde su fundación, como la guerra, cuya permanente presencia se fue desvaneciendo luego de que se sofocara el alzamiento mapuche de 1655. Sin embargo se mantuvieron otras dificultades, como el río, que siguió siendo un peligro incontrolable. Su caudal, convertido en torrente, continuaba botando tajamares y puentes, y cada crudo invierno los vecinos volvían a angustiarse. Los temblores, pequeños o grandes, fueron otro gran problema para Santiago. Sus habitantes trataron, cada vez, de adaptar y mejorar sus construcciones, para hacerlas menos



▲ Portal de Sierra Bella en Santiago, construido originalmente por Pedro de Torres en el siglo XVII y reconstruido en el XVIII por sus descendientes, los Condes de Sierra Bella. Grabado de Aubert impreso por Ch. Chardon, Francia, *ca.* 1840. Museo Histórico Nacional, Santiago.

vulnerables al incontrolable movimiento de la tierra. Casas más bajas, muros más achos, densas enmaderaciones, todo se puso en juego para que la arquitectura –y las vidas– perduraran.

Con respecto a los usos y las costumbres, la estética y el gusto, los habitantes de Santiago tuvieron modelos distantes en Lima y Madrid y los más próximos, en Cusco y Potosí, la mítica ciudad que creció como metrópoli al pie de un cerro de plata. De los talleres de Alto Perú vinieron los objetos más preciados para las casas e iglesias: pinturas, imágenes, alacenas, papeleras y bargueños. La importación de pinturas, especialmente, fue objeto de comercio corriente. A lomo de mula y enrolladas, las telas recorrían paisajes desolados hasta llegar a Santiago, donde se colocaban en bastidores y se enmarcaban con madera de canelo, roble o patagua. Algunos vecinos acaudalados y la mayoría de los conventos reunieron verdaderas pinacotecas que se usaban con propósitos de evangelización y era usual que, en el día del santo, los claustros se abrieran para que la gente entrara a mirar la vida ejemplar del celebrado, como San Agustín, Santo Domingo y Santa Teresa. En el claustro principal del convento de San Francisco en la Cañada, actual Alameda, se exhibió desde fines del siglo XVII la vida del santo en 54 lienzos que llegaron de Cusco. Tres o cuatro autores, indios y mestizos, pintaron el nacimiento, la vida, los milagros, la santidad y el último trance de Francisco de Asís, en escenarios que reproducen la mágica realidad del Nuevo Mundo, donde conviven naturalmente seres mortales y espirituales, ángeles y demonios, que fueron parte de la vida cotidiana en la sociedad americana de esa época.



▲ Santiago Peregrino. Pintura realizada por el alemán Joseph Ambrosi S. J. en 1766, basada en un grabado europeo, para la iglesia de la Compañía en Santiago. Museo de la Catedral de Santiago.

▶ Apóstol Santiago. Escultura en bronce, de autor anónimo, instalada en la fachada de la Catedral de Santiago por el arquitecto italiano Ignacio Cremonesi, durante la intervención que inició en 1898.







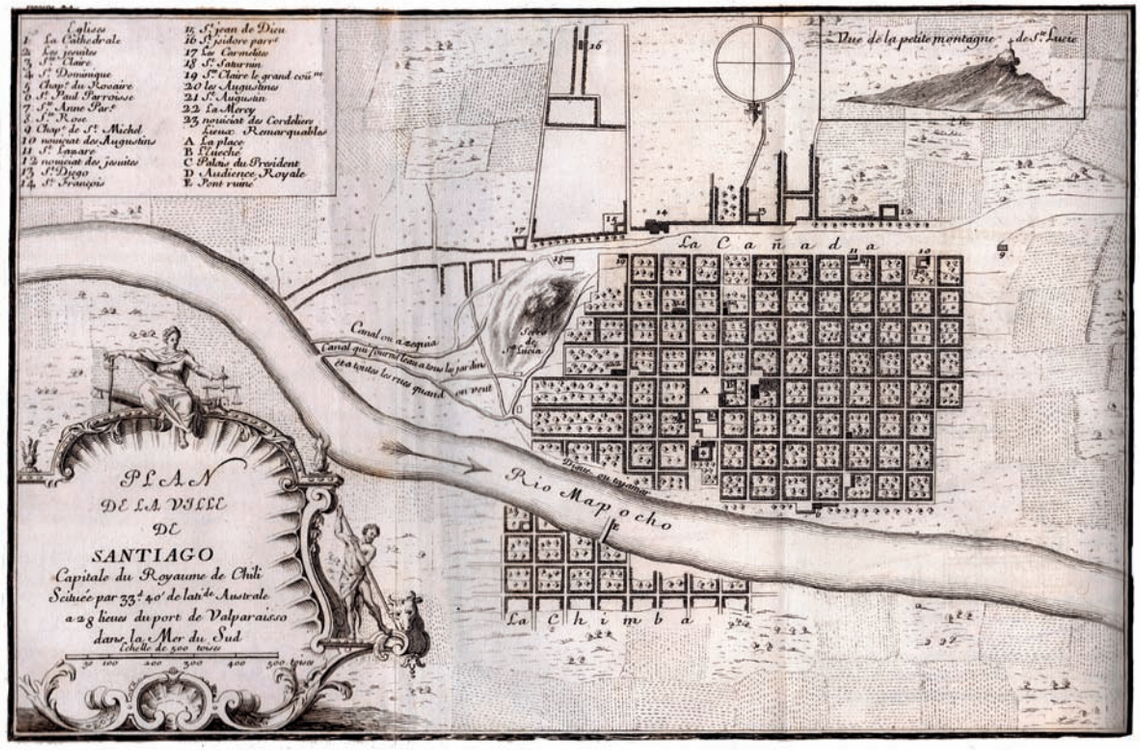
Capítulo IV

Plenitud colonial, barroco y neoclásico

1730 - 1818

Hernán Rodríguez Villegas





Nuevo siglo y nuevo rey

El siglo XVIII trajo cambios significativos al imperio español, los que, con más lentitud que prisa, alcanzaron hasta Santiago. El 1º de noviembre de 1700 murió el rey Carlos II y quince días más tarde lo sucedió un francés, Philippe d'Anjou, distante sobrino que asumió como Felipe V y reemplazó a la familia Hausburgo por la de Borbón. Su coronación modificó no sólo la política, las alianzas y la administración, sino también las costumbres. La corte, habitualmente vestida de riguroso negro, adoptó la colorida y empolvada etiqueta francesa. Mientras, el océano Pacífico, hasta entonces mar español, se transformaba en ruta habitual de navíos franceses que transportaban científicos, viajeros y, sobre todo, contrabando. A Chile, antes de los cambios administrativos del nuevo Gobierno, llegaron géneros de Francia y hasta el joven más modesto de Santiago deseaba vestir una casaca con seda de Lyon.

Felipe V rey de España, pintura de autor anónimo basada en el retrato del rey que realizó Miguel Jacinto Meléndez en Madrid, 1705. Museo Histórico Nacional, Santiago.

Plano de la ciudad de Santiago realizado por Amédée-François Frézier (1712).

Los cambios se hacían necesarios porque, en general, la conducta de las autoridades dejaba bastante que desear. A medida que se fue asentando la pacificación de la Araucanía, los gobernadores residieron más tiempo en Santiago, en su "palacio" de la Plaza de Armas –actual solar del Correo– donde algunos se dedicaron a lucrar directa o indirectamente del contrabando y de otros empeños económicos. Muchos de ellos debieron expiar estas corrupciones en los juicios de residencia que se les aplicaron más tarde en Lima al dejar el cargo. Sólo en 1717 comenzó a notarse el tránsito de hausburgos a borbones, iniciándose una saga de gobernadores respetables, cuyo norte fue el buen gobierno. Para entonces la ciudad ya estaba consolidada y repuesta de los daños que produjo el "terremoto grande" de 1647.

En 1712 el viajero Amédée-François Frézier, ingeniero del rey de Francia, hizo el primer plano relativamente exacto de la ciudad, cuyos límites eran el cerro Santa Lucía al oriente y la actual avenida Norte Sur al poniente; el suburbio de la Chimba al norte y las calles y chacras

contiguas a la Cañada al sur. Identificó 23 edificios religiosos y como lugares destacados señaló la Plaza, las residencias del obispo y del gobernador, la Audiencia y las ruinas del puente de ladrillo que se había construido treinta años antes. Con especial dedicación dibujó el canal que sacaba agua del río y que permitía regar los jardines y limpiar las calles de la ciudad, que describió como "un gran huerto embalsamado por el aroma de las flores y el rumor de las acequias".[1]

Terremoto de 1730. Reconstrucción y constructores

La visión bucólica de Santiago se desplomó violentamente la madrugada del 2 de julio de 1730. Tres terremotos continuos derrumbaron los edificios, pero dieron tiempo para que arrancara la población: hubo sólo tres muertos. Cayeron las torres de la ciudad y la mayoría de los templos y edificios públicos. Todas las casas se dañaron, pero aun así tuvieron que acoger a cientos de monjas y novicias que perdieron sus monasterios. Nuevamente la ciudad debía partir de cero.

No fue fácil la reconstrucción de Santiago, ya que los socorros que vinieron del virreinato y de la Corona hubo que distribuirlos en el vasto territorio comprendido entre La Serena y Concepción, donde el terremoto tuvo además características de maremoto y asoló por completo las poblaciones de la costa. Pero una vez más, el Gobierno, el Cabildo y la población se sobrepusieron y Santiago comenzó a reedificarse. Esta vez, dos localidades sirvieron de modelo: Lima, capital del virreinato donde se levantaban edificios del nuevo estilo –el barroco mestizo–, y la lejana región de Baviera, en Alemania, de donde vino un selecto conjunto de maestros que marcó desde entonces al que llamamos estilo colonial.

La Compañía de Jesús, última de las grandes congregaciones que llegó a la ciudad en 1593, impulsó un ambicioso plan de producción que, entre otras cosas, cubrió las artes y los oficios. Para ello, trajo de Alemania a medio centenar de hermanos formados en el brillante y expresivo estilo barroco bávaro. Eran arquitectos, ebanistas, escultores, pintores, plateros, herreros, relojeros y loceros, a quienes correspondió un lugar destacado en el desarrollo de las Bellas Artes en Chile. Su principal centro de actividad fue el Colegio Máximo de San Miguel en la actual manzana del Congreso Nacional, donde se capacitó a albañiles; se confeccionaron rejas, clavos y bisagras; se hizo carpintería de puertas y ventanas; se hilaron y tiñeron telas, se confeccionaron sombreros y zapatos, y se enseñó a sastres y bordadores. También hubo talleres en la chacra de la Ollería –hoy Avenida Portugal– y en la hacienda de Calera de Tango, próxima a Santiago.



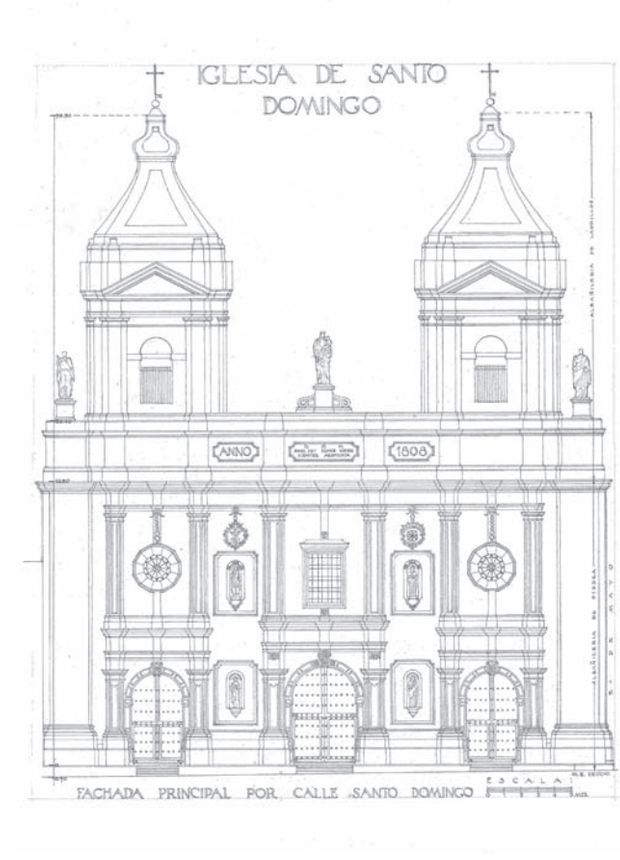
▲ San Sebastián, talla policromada realizada por el alemán Juan Bitterich S. J. *ca*. 1730, Santiago, para la capilla de Bucalemu, trasladada más tarde a la iglesia parroquial de Los Andes.

▶ Mueble de sacristía de la iglesia de la Compañía de Santiago, realizado por los alemanes José Mezner, Juan Hogeen y José Kart S. J. entre 1753 y 1760, trasladado más tarde a la sacristía de la Catedral de Santiago. Museo de la Catedral, Santiago.




Retrato del Illust.mo S.
D. D. Alonso del Pozo y
Silva natural de la Corun.a Colegial
en dho Convictorio de S.to Thom.s Cantor
Cura de la Ciudad de Chillan, Canonigo
Magistral deste Obispado, y en ha sido
de la Sta Iglesia Concat.l Electo año de 1744 para
el Obispado de Cuyo, de donde acavo de venir de Sant.o y de el
del Arzobispado de la Plata. Murio
dignam.te de tanta prudencia dignidad, amor
de Dios, y de retiro a vivir en esta Ciudad, donde
murio en 11 de Sep.re de 1785 años con
mucha opinion de Santidad. Fue sepultado
en el Colegio Maximo de la Compañia de Jesus
de esta Capital de Santiago de Chile.

Todo se puso a disposición para reparar los daños en el templo de la Compañía, que estaba en construcción. Cuando se consagró, en 1766, se consideró "sin disputa el más adornado y el más rico de todos los de esta ciudad".[2] No obstante, la preponderancia artística de los jesuitas, en Santiago y el país, fue breve. Razones políticas llevaron al rey de España a expulsar a la Orden de sus dominios y luego, en octubre de 1767, se produjo la aprehensión de los padres de la Compañía en Chile, la mayoría de ellos en el Colegio Máximo de San Miguel. Se detuvo a 335 jesuitas, entre ellos a 70 hermanos coadjutores que fueron enviados por mar a Lima y luego a Europa. Ninguno de ellos regresó. Su partida significó un golpe dramático para Chile, que paralizó su economía e hizo tambalear la civilización.[3]



Renovación de edificios

El terremoto de 1730 dejó inservible a la Catedral de Santiago, que pasó a funcionar en una provisoria capilla de madera hasta que en 1746 el obispado decidió comprar el solar al poniente del templo, cambiando su orientación. La fachada principal debía estar perpendicular a la Plaza Mayor y el presbiterio al extremo poniente, junto a la actual calle Bandera. Desde ahí comenzó la reconstrucción de la Catedral pero, a pesar de contar con la colaboración de los hermanos jesuitas, avanzó lentamente.



Alonso del Pozo y Silva, obispo de Santiago desde 1724 a 1731. Pintura anónima realizada con posterioridad al fallecimiento del obispo en Santiago, en 1745. Museo Histórico Nacional, Santiago.

Fachada de la iglesia de Santo Domingo de Santiago, construida con piedra del cerro Blanco por el cantero portugués Juan de los Santos Vasconcelos a partir de 1747. Dibujo de Manuel Eduardo Secchi, 1941. Archivo de Arquitectura Chilena, Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, Santiago.

Portada de la sacristía de la Catedral de Santiago, atribuida al arquitecto Matías Vásquez de Acuña, mayordomo de fábrica de la segunda Catedral, Santiago 1747-1770.



En 1736 terminó de colapsar el templo de Santo Domingo, gravemente dañado por el terremoto, y se dio inicio a su reconstrucción en 1747. Esta monumental obra de piedra, que se conserva hasta hoy, fue realizada por el capitán Juan de los Santos Vasconcelos, maestro de cantería, a la cabeza de un equipo de canteros portugueses. Se inauguró solemnemente en 1771, aunque las torres se concluyeron en 1798.

Los agustinos también reconstruyeron su templo, entre 1799 y 1803. Los mercedarios rehicieron su iglesia desde los cimientos, tarea que iniciaron en 1736 y concluyeron hacia 1760. Entre sus colaboradores destacó el tallador flamenco Jorge Lanz, autor del notable púlpito barroco que aún conserva dicho templo.

La Orden de San Francisco reparó los daños de la iglesia y el Convento Grande de la Cañada. Su torre fue la única de Santiago que sobrevivió al terremoto de 1730 pero, debilitada, se vino abajo en el temblor de 1751. Se rehízo en madera y fue la más alta de Santiago, con tres órdenes o divisiones de estilos griego, romano y egipcio. Los franciscanos también debieron rehacer la Recoleta, en la Chimba, y el Colegio de San Diego, en la Cañada, dos cuadras al poniente del Convento Mayor. Allí comenzaron a construir una iglesia de una torre y una nave, con el interior más suntuoso de Santiago. Estas obras se iniciaron en 1732 y terminaron en 1778.

No fue menor el esfuerzo de los monasterios. Clarisas, agustinas y carmelitas de San José tuvieron que reconstruir capillas y claustros. Lo mismo que las capuchinas, que llegaron en 1726 y perdieron todo en 1730. Con posterioridad a esta fecha se crearon nuevos monasterios: de las monjas rosas que vinieron de Lima, en 1753, y el del Carmen de San Rafael, fundado en el edificio que se comenzó a construir en la Chimba en 1767 y se concluyó tres años más tarde.

◀ Armario de sacristía del monasterio de las monjas capuchinas de Santiago, donado por el gobernador Manuel de Amat y decorado con el escudo de sus apellidos. Pintura anónima, *ca.* 1760. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▶ Púlpito de la iglesia de La Merced de Santiago. Madera tallada y policromada atribuida al escultor flamenco Jorge Lanz, Santiago, *ca.* 1769/1770.







La casa colonial urbana

Con posterioridad al terremoto de 1730, se consolidó un modelo de casa urbana que tipificó elementos arquitectónicos propios. Generalmente su planta era de tres patios, con el primero o principal empedrado, comunicado con la calle a través de un amplio zaguán con portón que, abierto durante el día, generaba un espacio semipúblico para el acceso de vendedores, jinetes y carruajes. Este primer patio se separaba del segundo con un cuerpo construido, destinado a los recintos principales de la casa: sala y cuadra, con ventanas enrejadas que daban al primer patio y con puertas al segundo, que estaba íntegramente rodeado por corredores, en torno a un jardín con árboles y flores. Otro cuerpo donde se encontraban los dormitorios, separaba el segundo patio del tercero, al fondo del cual corría la acequia y estaba la cocina, en pabellón aparte, para precaver incendios.

◀ Casa conocida como Posada del Corregidor, construida a mediados del siglo XVIII en la Plazuela de las Ramadas de Santiago, en el acceso sur del puente de palo que cruzaba el río hacia Recoleta.

▲ Casa llamada de Velasco construida con posterioridad a 1730 en la calle de Santo Domingo de Santiago, ampliada con segundo piso hacia 1820 cuando era propiedad de José Antonio Rodríguez Aldea.



▲ Casa Colorada construida para Mateo de Toro y Zambrano por el maestro portugués José de la Vega entre 1769 y 1779, en la calle de la Merced de Santiago.

◀ Posada de Santo Domingo que existió frente a la puerta principal de ese templo de Santiago, con una portada de piedra labrada realizada hacia 1750. Dibujo de Roberto Dávila Carson, Archivo de Arquitectura Chilena, Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, Santiago.



La fachada de la casa colonial tuvo varios elementos característicos. Primeramente la portada, flanqueada de pilastras y con un mojinete o quiebre en la techumbre que realzaba y protegía un espacio donde solía colocarse un escudo, una imagen de devoción o el monograma familiar. También fue característica de la casa colonial el pilar de esquina, con base, fuste y capitel de piedra, y una puerta a cada lado, marcando el ingreso a un almacén con acceso por dos calles. Finalmente, esta casa fue pródiga en balcones de madera, porticados y apoyados sobre canes, bajo generosos aleros de tejas. Se les llamó acertadamente balcones volados o corridos y, de alguna manera, estaban inspirados en el balcón limeño y en la costumbre oriental de mirar pero no ser mirado, manteniéndose oculto tras las celosías.

Los servicios del Cabildo

La institución del Cabildo provenía de los municipios hispanos de la Edad Media y su función era representar a la comunidad, al común, ante el Gobierno y la Administración de la ciudad. Desde la fundación de Santiago, el Cabildo tuvo su sede en la Plaza Mayor y estaba constituido por dos alcaldes y seis regidores, además de procurador, fiel ejecutor y alférez real. Entre sus funciones estaba la de velar por el aseo y ornato de plazas y calles, por el abastecimiento y el tráfico, por los servicios de agua e higiene y por la seguridad de los vecinos y la prisión de los malhechores. Controlaba terrenos, construcciones, usos y oficios de la ciudad y tenía jurisdicción sobre un territorio o corregimiento amplio, que limitaba con Quillota al norte y con Colchagua al sur. El Cabildo participó directamente o asociado con la Audiencia, el obispo o el gobernador, en todas las acciones de desarrollo y servicios que se llevaron a cabo en la ciudad.

Desde temprano, los vecinos supieron que la fundación de una universidad elevaría el rango e importancia de Santiago, ya que acudirían a ella no sólo estudiantes de todo Chile, sino también de Tucumán y Paraguay. El Cabildo solicitó este privilegio a la Corona en 1717, pero sólo lo obtuvo en 1738. Compró entonces un par de solares contiguos al convento de San Agustín –calle de por medio– y construyó un edificio. En 1747, en la sala del Cabildo, se dio inicio formal a la Real Universidad de San Felipe, con la asistencia de oidores, cabildantes y vecinos, ante los cuales el rector juró su cargo.





Medalla de la Jura Real de Carlos IV, acuñada en cobre por Rafael Nazaval en la Casa de Moneda de Santiago, 1789. Museo Histórico Nacional, Santiago.

Moneda de 8 escudos con la efigie de Fernando VII, acuñada en oro por Ignacio Fernández Arrabal en la Casa de Moneda de Santiago, 1817. Museo Histórico Nacional, Santiago.

p. 93. Francisco García Huidobro, fundador de la Casa de Moneda de Santiago en 1743 y nombrado por ello primer marqués de Casa Real de Moneda. Pintura atribuida a Martín de Petris, Santiago, *ca.* 1797. Museo Histórico Nacional, Santiago.


D.n Franco
Garzia Huidobro
primer Marq.d de Casa-
Real: Cavallero profeso del
orn.d Santiago Alguacil m.r d
Corte d la R.l Aud.a d Sant.o de
Chile. Thesorero gral. d la S.ta
Cruzada; y establecedor de la
R.l Casa d Moneda en la mis-
ma Ciu.d q fallesio el dia 23
d Oct.re del añ. d 1773 a
los 76 y ocho dias
d su nasimien-
to.

A la independencia intelectual que significó contar con universidad, siguió la independencia económica que trajo la instalación de una Casa de Moneda. Era una antigua aspiración que la ciudad esperaba de la Corona, pero nunca se concretó, hasta que decidió hacerla un comerciante. Francisco García Huidobro, después de obtener el respaldo del gobernador y, luego, la autorización del rey, compró un solar en Huérfanos con Morandé, construyó un edificio y lo equipó con maquinaria que trajo de España. En septiembre de 1749 selló la primera moneda de plata de cordoncillo, una media onza con el busto de Fernando VI. La fundación de la Casa de Moneda fue un gran progreso, tal vez el mayor que se realizó en la Colonia por iniciativa privada, impulsando el comercio interior y creando poder comprador estable para la minería.[4]

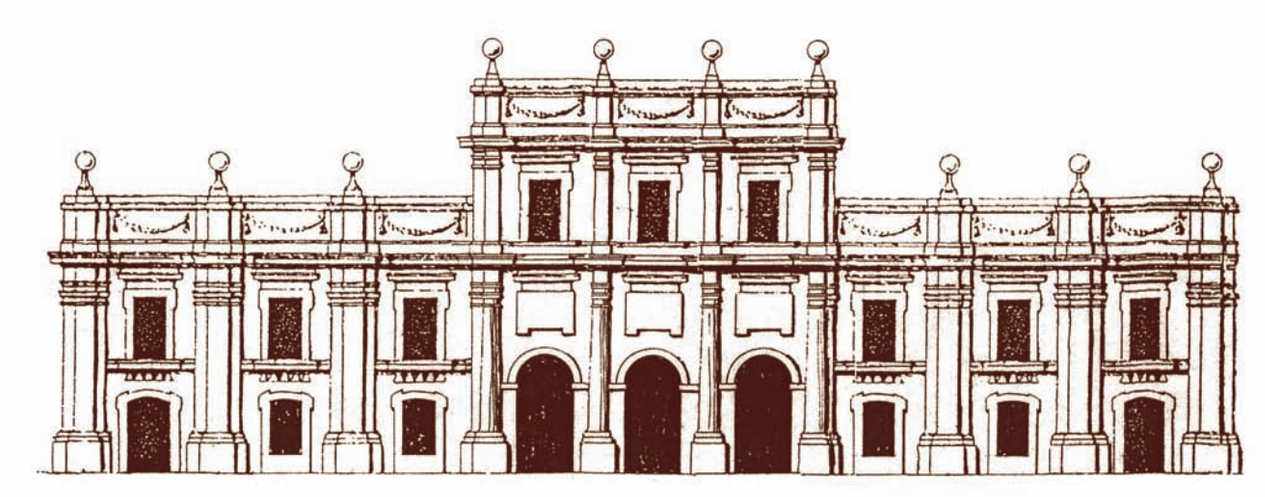
La salud de los vecinos fue otro tema ciudadano. El hospital fundado en la Cañada al lado de la iglesia de San Francisco y atendido por los hermanos hospitalarios de San Juan de Dios, debió reconstruirse después del terremoto de 1730 y ampliarse veinte años más tarde. Sucesivas epidemias de tifus y viruela, más el permanente crecimiento de la población, hicieron insuficiente el edificio, donde no había espacios diferenciados para hombres y mujeres. En 1786 se adecuó y amplió el antiguo noviciado de los jesuitas, San Francisco de Borja, para hospital de mujeres. Diez años después hubo que reconstruir íntegramente el hospital San Juan de Dios, en un conjunto que cubrió una manzana entera entre las calles San Francisco y Santa Rosa. Tuvo amplias salas comunes para enfermos, entre ellas la conocida como Crucero de Avilés, recordando el nombre del gobernador que impulsó la obra.

El Cabildo se preocupaba del cuidado de los vivos y en un momento debió comenzar a preocuparse también por el de los muertos, una vez que la sepultura en las iglesias comenzó a ser privilegio de los vecinos más pudientes. Surgió así el cementerio de La Caridad a orillas del río, tras Santo Domingo, y hacia 1750 el cementerio de la Pampilla, en calle Santa Rosa, donde solía enterrarse a quienes morían en el hospital.





▲ Valle de Santiago mostrando un proyecto para regarlo con aguas del río Maipo. Dibujo del Capitán Nicolás de Abos Padilla, 1746. Sociedad Canal de Maipo, Santiago.



Hubo algunas iniciativas para abordar los problemas sociales que fueron surgiendo de un vecindario populoso y mayoritariamente pobre. Una de ellas fue la Casa de Recogidas, otra, la Casa de Huérfanos. Fue el obispado de Santiago, respaldado por la Audiencia, el que tomó la iniciativa de crear una Casa de Recogidas para reformar a mujeres de mal vivir, "prostitutas, amancebadas, adúlteras y sospechosas", y logró construir para ellas un edificio contiguo al monasterio de Santa Clara, al pie del cerro Santa Lucía.[5] Funcionó allí desde 1735 hasta 1810, siempre en zozobra por la falta de recursos. Este último año, las "recogidas" se distribuyeron en otras instituciones y el edificio se convirtió en cuartel. La Casa de Huérfanos fue creación de un rico vecino, Juan Nicolás de Aguirre, que en 1758 regaló una manzana para que se construyera un albergue para pobres y expósitos. Estuvo situado en la calle Huérfanos (de ahí su nombre) entre las de San Martín y Manuel Rodríguez y fue un amplio edificio de ladrillo que administró el Cabildo. En 1779 fue lazareto durante la fulminante epidemia de cólera morbo, "el malcito", que diezmó a la población. Continuó siendo hospicio de pobres hasta 1812, cuando la Junta de Gobierno de entonces lo destinó a cuartel del recién creado Regimiento de Granaderos. Volvió a ser casa de pobres y huérfanos después de la Independencia, en 1818.

La cárcel fue otra responsabilidad del Cabildo y ocupó siempre un sector de su edificio en la Plaza, reconstruido después del terremoto de 1647 y vuelto a reparar luego del sismo de 1730. Los presos ocupaban un pequeño sector del primer piso, con puerta hacia la calle lateral –hoy 21 de Mayo– por donde salían a buscar su comida a la Plaza; la mayoría de las veces lograban arrancarse, burlando la seguridad y removiendo las rejas y las puertas de la antigua construcción de adobes. En 1787 el Cabildo encargó la construcción de un nuevo edificio y mientras duraron las obras, los presos se trasladaron al cercano Cuartel de Dragones, en la calle del Puente. Regresaron a nuevas



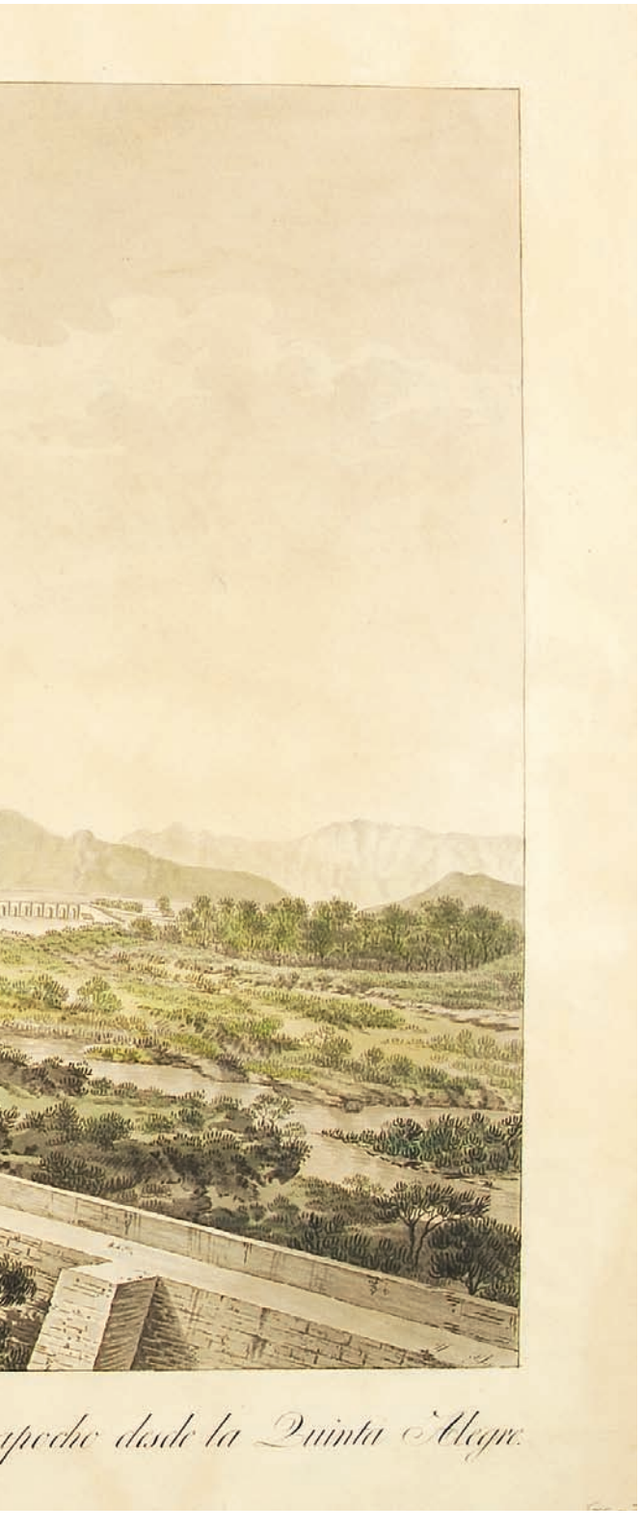
Reconstrucción de la fachada sur o principal del Cabildo de Santiago, a partir de la planta y elevación oriente realizada por Joaquín Toesca. Publicada por Gabriel Guarda O. S. B., Santiago, 1997.

Virgen de la Merced con los donantes Gregorio de Ugarte, Alcalde y Regidor de Santiago, y Jerónima Salinas, su mujer. Pintura anónima, Santiago, *ca.* 1750. Museo Histórico Nacional, Santiago.

dependencias, en el segundo patio del noble edificio del Cabildo, de ladrillo y estilo dórico, donde hubo una sección para hombres y otra para mujeres y, también separadas, una Cárcel de Corte y otra de Cabildo. Si bien se solucionó el problema del espacio de los reclusos, no hubo mayores cambios en su alimentación y cuidado. El espectáculo que daban a diario los detenidos, sucios y en harapos, impresionaba a los viajeros. Siempre falto de recursos, el Cabildo muchas veces recurrió a la caridad y el buen corazón de los vecinos para asegurar comida y vestido a los presos de Santiago.



Vista de la Ciudad de Santiago de Chile con parte del Fajamar del Rio



Capital del reino. Ordenamiento y población

Santiago consolidó su capitalidad, no sólo por ser sede de Gobierno, Audiencia y Obispado. Al ser la ciudad más rica, atraía a la población, captaba nuevos capitales y generaba más comercio y riquezas para la población. Esto contribuyó a que se transformara en un modelo para el resto del país, al cual todos miraban, imitaban y querían repetir.[6]

En 1778 se realizó el primer censo detallado de población del Corregimiento de Santiago y sus resultados sumaron la cantidad de 23.991 habitantes en las parroquias urbanas de entonces: el Sagrario, Santa Ana, San Isidro y San Borja, además del curato de Renca. De estos, 62% eran españoles, 15% mestizos, 5% indios y 18% mulatos. El mismo año, y a iniciativa de los oidores Rezabal y Gorbea, el Cabildo dividió la ciudad en cuatro cuarteles separados por dos líneas cruzadas. Una, de norte a sur, corría por la Cañadilla –actual avenida Independencia–, seguía por la calle del Puente, por la de Ahumada y continuaba hacia el Llano, por la actual calle Arturo Prat. Otra línea, que corría de oriente a poniente, iba desde el cerro Santa Lucía por la calle Merced y calle Compañía, hasta la chacra de Portales. Estos nuevos cuarteles permitieron mayor ordenamiento, identificación y cuidado de la ciudad. Hasta entonces se había implementado una milicia del comercio que en 1760 fue reemplazada por el servicio que comenzaron a dar los recién creados Dragones de la Reina. Un servicio de alguaciles se sumó al resguardo público y a partir de 1804 se estableció el cuerpo de serenos, encargado de velar por las calles durante la noche.[7]

Vista de Santiago de Chile con parte del Tajamar del río Mapocho desde la Quinta Alegre. Dibujado por J. Espejo, del original de Fernando Brambila. Expedición de Alejandro Malaspina, 1791-1795. Museo Histórico Nacional, Santiago.



El río, generador de obras públicas

El espíritu ilustrado que marcó el norte de la monarquía española a partir de mediados del siglo XVIII se traspasó al Cabildo y originó numerosas reformas edilicias, cuyos referentes se estaban realizando en la península y en otras capitales del imperio. Estos modelos teóricos contemplaban al personal que los llevaría a la práctica, los ingenieros militares, que debían cumplir al menos cinco años de servicio en las colonias. Muchos de estos profesionales vinieron a Chile, principalmente a ocuparse de las fortificaciones, pero también para atender desafíos urbanos. En Santiago, el mayor reto provenía del río.

Desde el siglo XVII se realizaban permanentemente dos obras en torno al Mapocho: tajamares y puente. Uno y otro se construyeron y reconstruyeron tantas veces como hubo crecidas y desbordes. Hacia mediados de la centuria la ciudad cruzó esporádicamente el río por el puente de ladrillo que construyó el maestro García, y que comunicaba la Plazuela de las Ramadas por el sur –hoy Plaza del Corregidor– con la Recoleta Franciscana por el norte. Este puente se destruyó y reparó al menos tres veces entre 1700 y 1760, ante lo cual el Cabildo decidió iniciar la construcción de un puente definitivo. La capacidad técnica de los ingenieros militares, más la tenacidad del corregidor Luis Manuel de Zañartu, designado por el Cabildo para tal fin, lograron levantar un puente que fue orgullo de la ciudad ilustrada: el Calicanto. Los ingenieros Juan Garland y José Antonio Birt calcularon los arcos, diseñaron las pilastras y eligieron el sitio. El Corregidor asumió la responsabilidad de la obra y se hizo cargo de los obreros, los recursos y los plazos. Definido el nuevo emplazamiento, frente a la calle que llevaba a la Catedral, las faenas se iniciaron en 1765 y se extendieron al menos hasta 1778, cuando se entregó al uso público. Zañartu alcanzó a ver su obra terminada y murió en 1782. Un año más tarde se produjo la "avenida grande", con un torrente que causó



espanto a la población y dejó a Santiago convertido en un mar. Si bien el puente nuevo resistió, el río destruyó la tumba del Corregidor en el convento del Carmen de San Rafael, donde hubo que rescatar a las religiosas, con lazo y a caballo. El Calicanto fue símbolo identitario de la ciudad, hasta que, un siglo más tarde, otra crecida del río, concertada con la insensibilidad histórica de una generación, decretó su demolición en 1888.

Los tajamares fueron otro desafío permanente entre la ciudad y el río. En 1574 el Cabildo propuso construir los primeros tajamares, después de que Santiago se anegara por una crecida del Mapocho. Construidos, destruidos y vueltos a construir, después de la "avenida grande" de 1783, el Cabildo decidió acometer la construcción de tajamares definitivos. Se le encargaron al ingeniero Leandro Badarán, que dio inicio a trabajos que se prolongaron hasta la víspera de la Independencia, construyendo un muro de ladrillo macizo y de enorme extensión, de casi tres kilómetros de largo. La construcción de los tajamares involucró la participación de muchas personalidades y la magnitud de la obra causó admiración a los vecinos y visitantes. El viajero Vancouver describió el Tajamar en 1795 como una "muralla de catorce pies de cimiento que se levanta otro tanto sobre el nivel del río: parece sólidamente construida, bien ejecutada y capaz de resistir todos los empujes de las aguas. Suministra a los habitantes no solamente entera seguridad contra la inundación, sino un agradable paseo".[8]

◀ Tajamares del río Mapocho, con iglesia de Santo Domingo y el puente de Calicanto a la distancia. Acuarela firmada por Sally, Santiago, *ca.* 1830. Colección particular.

▲ Puente de Calicanto. Grabado de Louis Philippe Alphonse Bichebois, París, 1828, basado en dibujo de Edmond Bigot de la Touanne, artista de la expedición del barón Hyacinthe de Bouganville en el Mar del Sur, 1824-1826. Museo Histórico Nacional, Santiago.





Sociedad. Ricos y pobres

Los mercaderes, que durante el siglo XVII reemplazaron a los primeros conquistadores en importancia económica, no habían logrado ascender socialmente como aspiraban, a pesar de su riqueza y de participar activamente en el gobierno de la ciudad. No sucedió en Santiago lo que en Lima, donde tempranamente se creó una nueva nobleza. Sólo a mediados del siglo XVIII la Corona fue pródiga en otorgar mercedes y títulos de Castilla a varios vecinos de Santiago y la nobleza de la ciudad se enriqueció con media docena de condes y marqueses.

Pero así como hubo nobleza, hubo también pobreza. Durante todo este período llegaron a Santiago, en forma incesante, individuos provenientes de otras localidades, mayormente rurales, "sin costumbres ni ocupación", que se fueron estableciendo en rancheríos o guangualíes en los suburbios.[9] En Chuchunco, al poniente; en las orillas del río, al norte, y en la amplia extensión que mediaba entre la Cañada y el Zanjón de la Aguada, al sur. Se calcula que a fines del siglo un 25% de las viviendas de la ciudad eran ranchos. La mayoría de sus ocupantes –que a veces se identificaron despectivamente como "viciosos y mal entretenidos"– se dedicaba al comercio ambulante y a diario colmaban la Plaza ofreciendo modestas mercaderías o esperando oportunidades de trabajo.[10] Estos rancheríos dieron origen a los arrabales de Santiago, donde comenzaron a establecerse nuevas capillas o casas de religiosos, como la Recoleta de los padres dominicos en 1754, la parroquia de San Lázaro, en 1775, la iglesia de San Miguel –hoy Gratitud Nacional– a mediados del siglo XVIII y la parroquia de La Estampa, a principios del XIX. Desde entonces, los arrabales marcaron los caminos de acceso a la ciudad, y crecieron a su vera: por la Cañadilla o camino de Chile –actual avenida Independencia– se llegaba desde el norte; por la calle San Pablo transitaba el camino de Valparaíso, y por la de San Diego se iniciaba el camino del sur.





◀ Retrato de José Antonio de Rojas y Urtuguren, pintura anónima de fines del siglo XVIII. Museo Histórico Nacional, Santiago.

◀ Retrato de María Mercedes de Salas y Corvalán, pintura anónima, *ca.* 1780. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▲ Vista de la Cañada de Santiago, hacia el oriente, desde la capilla de San Miguel, hoy iglesia de la Gratitud Nacional. Acuarela firmada por Sally, Santiago, *ca.* 1830. Colección particular.

▶ Trajes de la gente del pueblo. Dibujo de Louis Choris, artista de la expedición rusa que vino a Chile en 1816, comandada por Otto von Kotzebue. Museo Histórico Nacional, Santiago.





Entretenciones

La ciudad era pequeña y ricos y pobres permanentemente compartían calles, plaza y mercado, en una urbanidad mestiza. También participaban juntos en las devociones, las costumbres, las comidas, el vestuario y, sobre todo, en las entretenciones.

Las más populares fueron las carreras de caballos, las riñas de gallos y la lidia de toros, que atraían a una gran cantidad de público que hacía fuertes apuestas y luego celebraba o se consolaba en compañía. La Iglesia no miraba con buenos ojos estas alegrías. "Las carreras a caballo que en todas las calles se frecuentan más parecen fiestas bacanales" se quejaba un canónigo en 1748 y otro en 1768 se lamentaba de que los jugadores "pierden las talegas de monedas, las vajillas de plata, las manadas enteras de ganados mayores y aun esclavos".[11] Todos los domingos y muchos días de semana había carreras en las canchas de Santiago, en el Tajamar, en la Pampilla, al sur de la actual calle Santa Rosa, o en el Llano de Portales, al poniente, donde había chivateo para animar a los caballos y a los jinetes, mientras el público comprometía gruesas apuestas. "La carrera de caballos es una de las diversiones principales de los chilenos y a ellas concurren hombres y mujeres de todas edades y condiciones, clases y colores" escribió en 1814 el viajero Samuel Burr.[12]

Las carreras se remataban y con sus ingresos el Cabildo contribuía a mantener a los presos de la cárcel y a los enfermos del hospital.

También las riñas de gallos contribuyeron a financiar el magro presupuesto del Cabildo y fueron tan populares como las carreras, aunque nunca se llegó a construir el coliseo que soñaban sus adeptos y funcionaron largo tiempo en locales provisorios, próximos a la Cañada. Hacia 1800, había un local en el Tajamar que, según el oidor Ballesteros, "es otra de las diversiones de esta ciudad que bien ordenada como se haya y con el concurso de la mayor parte de personas decentes no ofrece el menor reparo que impida su continuación".[13] A la cancha del Tajamar acudía con sus gallos el gobernador García Carrasco.

◀ Olla, cobre forjado y remachado de autor anónimo, siglo XVIII. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▲ Cartas de juego, Venecia, segunda mitad del siglo XVIII. Museo Histórico Nacional, Santiago.



▲ Paseo del Tajamar. Grabado de Agostino Anglio, Londres, 1824, basado en un dibujo de Peter Schmidtmeyer realizado en Santiago, 1820-1821. Museo Histórico Nacional, Santiago.

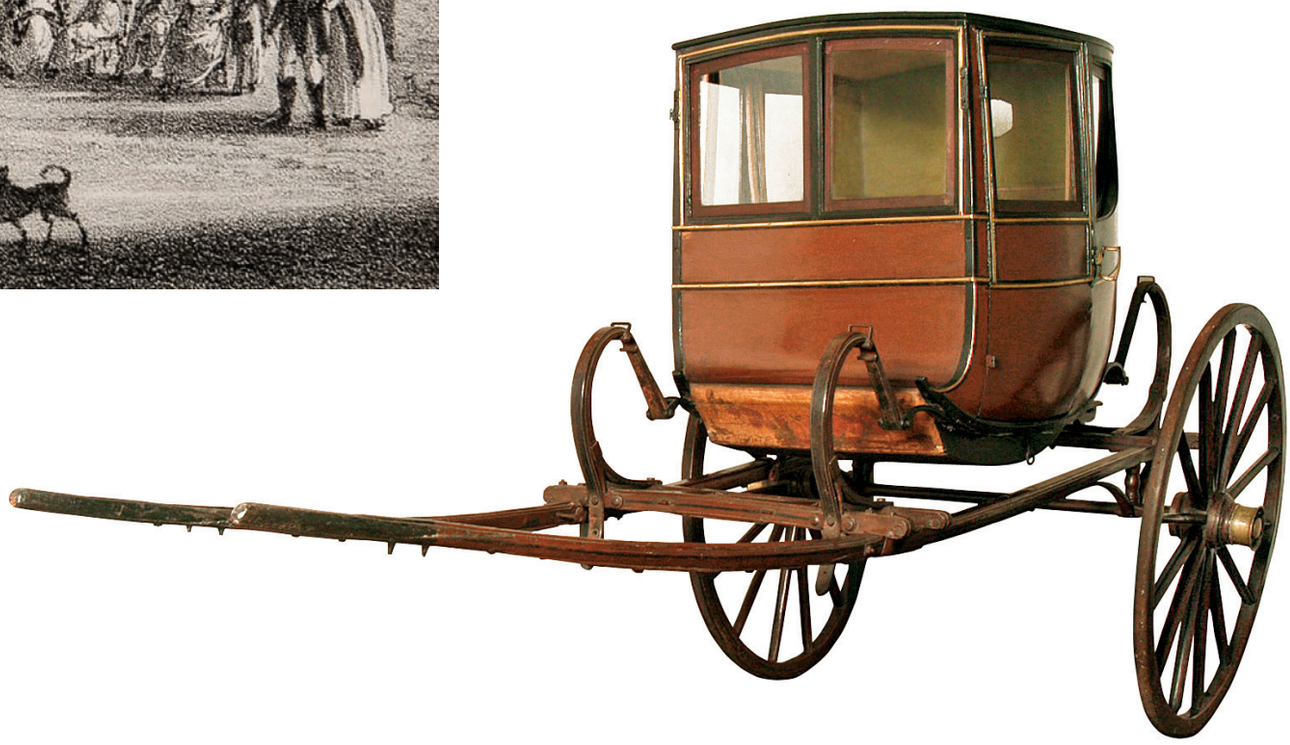
▶ Calesa de Francisco Casimiro Marcó del Pont, último gobernador español en Chile, 1815-1817. Museo Histórico Nacional, Santiago.



La corrida de toros, considerada "profano festejo" por un obispo, que en 1732 amenazó con excomunión a sus asistentes, tuvo altos y bajos. En 1760 el Cabildo autorizó un toril provisorio y poco más tarde un corral permanente en la alameda del Tajamar, donde hubo corridas esporádicas, ya que los contratistas no siempre recuperaban lo que invertían en toros y toreros. Hubo también cancha de pelota vasca, con frontón, en la calle San Isidro y numerosas canchas de bolos en todos los sectores de la ciudad.[14]

Pero la mayor entretención de las familias eran los paseos. A Peñalolén, a Colina, a la Angostura, a Pudahuel. A caballo los hombres y las jóvenes, las señoras y los niños en carretas. Se organizaban juegos, se preparaban comidas, se hacía música y baile y a la sombra de improvisadas ramadas se pasaba el día hasta la puesta del sol. El viajero Alexander Caldcleugh, que hacia 1820 participó en estos paseos, describió la visión de la ciudad a la distancia:

> "Nada puede ser más irregular, aunque pintoresco, que el aspecto de Santiago. Mirado desde la gran cordillera aparece como una masa de vegetación en medio del llano improductivo. El follaje oscuro de los olivos y las higueras con los tonos más claros de las mimosas y de los algarrobos, están tan entremezclados con las torres y las casas, que el efecto es nuevo e imponente. Distinto de París y de otras grandes ciudades, en que cada casa tiene un jardín propio pero en cierto modo escondido por los altos edificios que lo rodean, aquí, desde un pequeña altura, visto el pueblo desde lejos, aparece sombreado por el follaje".[15]











Fiestas

Casi un tercio del año transcurría en celebraciones de fiestas religiosas o civiles. La ciudad despertaba con repique de campanas o salvas de cañonazos y todo el mundo salía a las calles, a ser actor o espectador de procesiones y desfiles.

El año religioso se iniciaba con un modesto carnaval previo a la cuaresma –se conoció como "la challa" hasta 1900– y luego con una multitudinaria Semana Santa, en la que a diario había procesiones que salían de todos los templos, seguidas de numerosos penitentes con capas blancas, altos bonetes y duras disciplinas para azotarse. Seguía el Corpus Christi, con la preparación de altares y arcos en las cuatro esquinas de la Plaza, además del "aliño de la pila", con arquitecturas y jardines efímeros. La procesión en torno a la Plaza, con representación de todas las autoridades y los estamentos de la ciudad, acompañando a las andas religiosas, era precedida por figuras de gigantes y de tarascas o serpientes monstruosas que fascinaban a los vecinos. "En los días de las fiestas del Corpus Domini hay grandes procesiones [...] semejantes a las de otros países católicos, con la diferencia que aquí van precedidas de mascaradas cuya licencia no es posible describir".[16] El 24 de julio era la fiesta del patrono Santiago, fiesta que a lo largo del siglo XVIII fue cambiando su significado religioso por otro civil de homenaje al monarca. Salía la figura del Apóstol de la Catedral y se le unía el Estandarte Real, que el gobernador entregaba en persona al Cabildo, todo lo que era seguido por una procesión enorme de jinetes engalanados. Al finalizar el siglo, la gente se refirió a esta fiesta como Paseo del Estandarte. Ella alcanzó proporciones gigantescas, ya que se sumaron al desfile las calesas de las autoridades y los vecinos ricos, aumentados por los jinetes y los huasos venidos de todas las haciendas cercanas a la ciudad. El último Paseo del Estandarte, y del Apóstol, fue en julio de 1814.

De las fiestas civiles, entre las que sobresalió el Paseo del Estandarte, destacaban las convocadas por el fallecimiento o el nacimiento de un príncipe, por la llegada del gobernador y, la más importante, la jura por la coronación de un nuevo rey, al que se le prometía fidelidad. La más fastuosa de las juras en Santiago fue al iniciarse el reinado de Carlos IV en 1788. Se hizo "con gravedad,

◂◂ pp. 108-109. Paseo del Tajamar con el obelisco erigido frente a la entrada de la quinta de los condes de Quinta Alegre. Óleo de Ernest Charton, Santiago, 1862. Colección particular.

◂ Real Estandarte del Regimiento de Dragones de Santiago. Seda bordada con hilo metálico, 1773. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▲ Tertulia en el interior de una casa de Santiago. Grabado de Agostino Anglio, Londres, 1824, basado en un dibujo de Peter Schmidtmeyer realizado en Santiago, 1820-1821. Museo Histórico Nacional, Santiago.





con ostentación, con bizarría" como se describió en un documento de la época.[17] Fueron 22 días de fiesta y celebración, con diario repique de campanas y con la ciudad iluminada durante tres noches con fuegos artificiales que levantaban canastillos y gigantes de luces. La Plaza, adornada con arcos de triunfo, fue escenario del desfile de carros de los gremios de la ciudad, cada uno haciendo alegoría de su oficio.

La Navidad, última fiesta del año, estaba constituida por celebraciones múltiples en torno a los lugares donde se exhibían las figuras del Nacimiento. En iglesias, capillas y casas de vecinos se reproducían enormes y creativos pesebres con cientos de figuras de madera venidas de Quito o elaboradas por manos de monja en mazapán o greda. Ante el pesebre se cantaba, se payaba y se oraba, mientras los niños miraban fascinados.

▲ Mestizo con traje de torero, Santiago, hacia 1800. Grabado de Choubard basado en un dibujo de Leopold Massard publicado en la *Bibliothèque Universelle des Voyages* dirigida por Albert-Etienne Montemont, París, 1833-1836. Colección particular.

▲ Modo de vestir que usaban las chilenas en 1790. Grabado en Madrid, España, en 1795, basado en un dibujo de Fernando Brambila, artista de la expedición de Alejandro Malaspina, Santiago, 1790. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▶ Español de Chile. Grabado basado en un dibujo de Jacques Grasset de Saint-Sauver, 1784. Museo Histórico Nacional, Santiago.





Sociabilidad y género

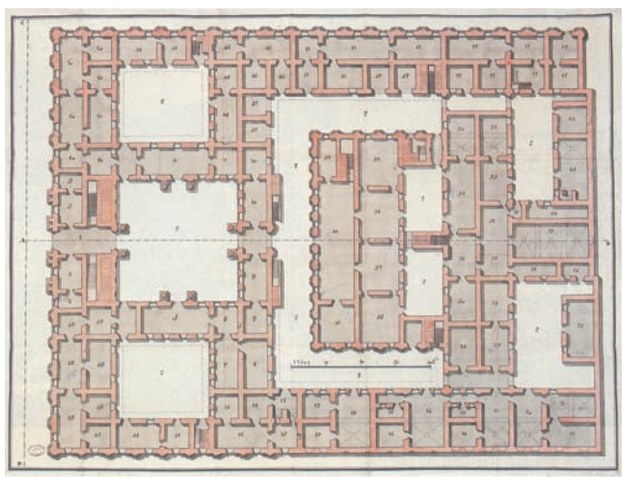
A partir de la segunda mitad del siglo XVIII la mujer comenzó a tener su propia esfera de sociabilidad en la casa, recibiendo visitas, y en la calle, asistiendo a paseos y diversiones. Fue usual que las mujeres organizaran paseos a la Pampilla o al Tajamar, en generosas carretas donde se cargaban vituallas e instrumentos para hacer música. A todos los extranjeros que visitaron Santiago en la época les llamó la atención la sencillez, naturalidad y libertad de la mujer en sociedad. "Se hace la diversión con la música y el baile, porque rara casa es la que no tiene alguna señorita que no tenga habilidad de cantar y tocar algún instrumento".[18] Las mujeres más acomodadas sociabilizaban en los estrados y las más modestas en las pulperías, donde se concertaba una tertulia popular, o en las chinganas, suerte de ramada o bodegón donde se recibía contertulios, se comía y, muchas veces, se hacía música y baile. Hubo pulperías y chinganas próximas al paseo del Tajamar, donde los vecinos iban en las tardes a caminar sobre el grueso parapeto de ladrillo o a pasear en calesa los más adinerados.

El café fue exclusivo de los hombres. El primero se abrió en la calle Santo Domingo, en 1772, y luego se creó otro, con billar, en Ahumada. El último y más célebre café de la Colonia se inició hacia 1800 en el portal de la Plaza, que en 1817 tomó el nombre de su concesionario, Francisco Dinator, y fue el gran espacio de reunión de los primeros ciudadanos de la República.

Toesca y la transformación del gusto

En la segunda mitad del siglo XVIII la construcción de la Catedral de Santiago era problema no resuelto para las autoridades religiosas y civiles. La ciudad ilustre, noble y leal, no tenía Iglesia Mayor. El Obispo escribió muchas cartas pidiendo ayuda pero sólo una tuvo un resultado insospechado, para la Catedral y la ciudad: la venida del arquitecto Joaquín Toesca, recomendado por un hermano del Abate que era corresponsal del Obispo. Toesca tenía 28 años cuando llegó a Santiago en 1780. Venía de Madrid, de trabajar con su maestro y mentor el palermitano Francisco Sabatini, arquitecto de la corte, y su formación era superior a todas las conocidas en la ciudad hasta entonces; también su capacidad de trabajo. Asumió la fábrica de la Catedral y pocos meses más tarde la construcción de la Real Casa de Moneda. Se ocupó también de levantar la nueva casa del Cabildo, el Tajamar y el hospital de San Juan de Dios. Hizo además muchas otras obras, en Santiago y en Chile, y enseñó a una generación de arquitectos y constructores. Murió en Santiago en 1799.

Toesca, en menos de veinte años transformó la ciudad y dejó instalado un nuevo ideal de belleza y armonía urbana en el espíritu de sus habitantes. La Moneda fue su obra más relevante, no sólo en la ciudad de Santiago, sino en toda la América hispana. Tuvo la genialidad de construir una fábrica de acuñación con la majestad de un palacio. La fachada de La Moneda introdujo en Santiago el llamado "orden gigante" en que las columnas no corresponden a un piso sino a dos, y se coronan con un entablamento monumental, proporcional al orden gigante que lo sostiene. Este orden barroco se expresa en una sucesión de pilastras y traspilastras, que marcan fuertemente la luz y la sombra y producen una suerte de vibración que da movimiento y expresividad a sus fachadas.

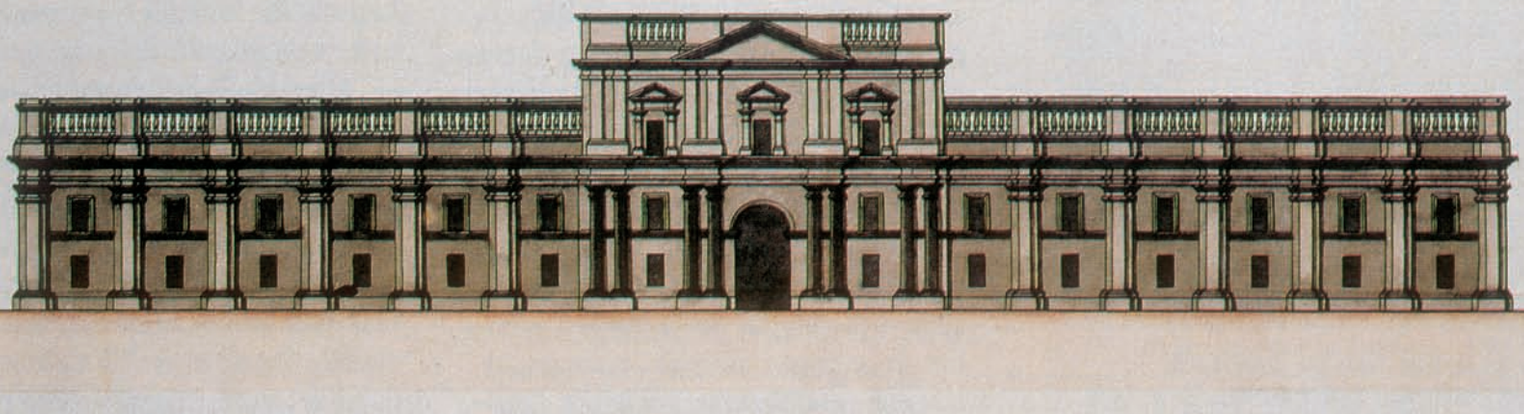


▲ Planta baja de la Casa de Moneda de Chile. Dibujo del ingeniero militar Agustín Caballero, Santiago, 1800. Archivo General de Indias, Sevilla, España.

▶ Elevación de la fachada norte de la Casa de Moneda de Chile. Dibujo del ingeniero militar Agustín Caballero, Santiago, 1800. Archivo General de Indias, Sevilla, España.

▶ Corte longitudinal de la Casa de Moneda de Chile. Dibujo del ingeniero militar Agustín Caballero, Santiago, 1800. Archivo General de Indias, Sevilla, España.

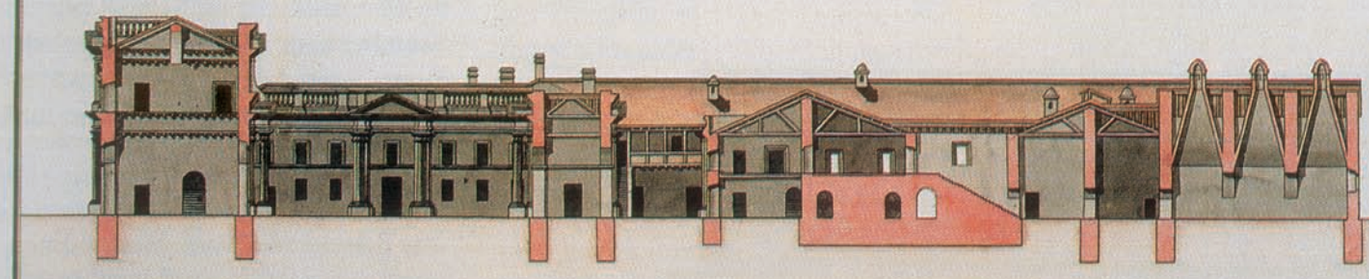
Clevacion que pasa por la Linea C D de los 3 planos, relativos à la Real Casa de moneda de Santiago de Chile.



1 2 3 4 5 10 20 30 50 vas.

Santiago de Chile 28 de Octubre de 1800.
Agustin Caballero

Perfil cortado por la Linea A B de los 3 planos relativos à la Real Casa de moneda de Santiago de Chile.



Santiago de Chile 28 de Octubre de 1800.
Agustin Caballero











Estilo y pensamiento nuevos

La majestuosa perfección del orden gigante, su alusión a la antigüedad clásica, al reconocimiento de un mundo, de una cultura nueva, ilustrada, impresionó fuertemente en el espíritu de las nuevas generaciones que soñaban con la independencia y con la libre determinación. Los discípulos de Toesca y, sobre todo, los vecinos más informados de la ciudad, hicieron de la fachada de La Moneda un modelo urbano repetible que se reprodujo en la Real Audiencia, el Consulado, la Real Aduana, las casas de las familias Toro, Valdivieso, de la Cruz y Alcalde, y en la nueva iglesia de Santa Ana.

Cuando todavía no se terminaba de construir La Moneda, se convocó al Cabildo Abierto de septiembre de 1810. Los sucesos de la Independencia tuvieron como escenario fachadas y espacios neoclásicos, que pronto hicieron suyos los patriotas. Curiosamente, el espíritu neoclásico que trajo a Santiago el arquitecto enviado por la Corona se convirtió en expresión de la revolución que derrocó al rey de España y construyó una nación. Mucho más tarde, hacia 1840, don Manuel Montt, Presidente de Chile, pidió que la fachada de su casa fuera de orden gigante, porque era expresión de un pensamiento nuevo.[19]

◀◀ pp. 116-117. Real Casa de Aduana de Santiago, obra del capitán del cuerpo de ingenieros Miguel María de Atero, en Santiago 1804/1807, actualmente sede del Museo Chileno de Arte Precolombino. Fotografía anónima, *ca.* 1865. Museo Histórico Nacional, Santiago.

◀ Catedral de Santiago con la fachada original de Joaquín Toesca. Fotografía anónima, *ca.* 1870. Museo Histórico Nacional, Santiago.

◀ Catedral de Santiago con la torre que construyó el ingeniero Juan Murphy a partir de 1874. Fotografía anónima, *ca.* 1880. Museo Histórico Nacional, Santiago.

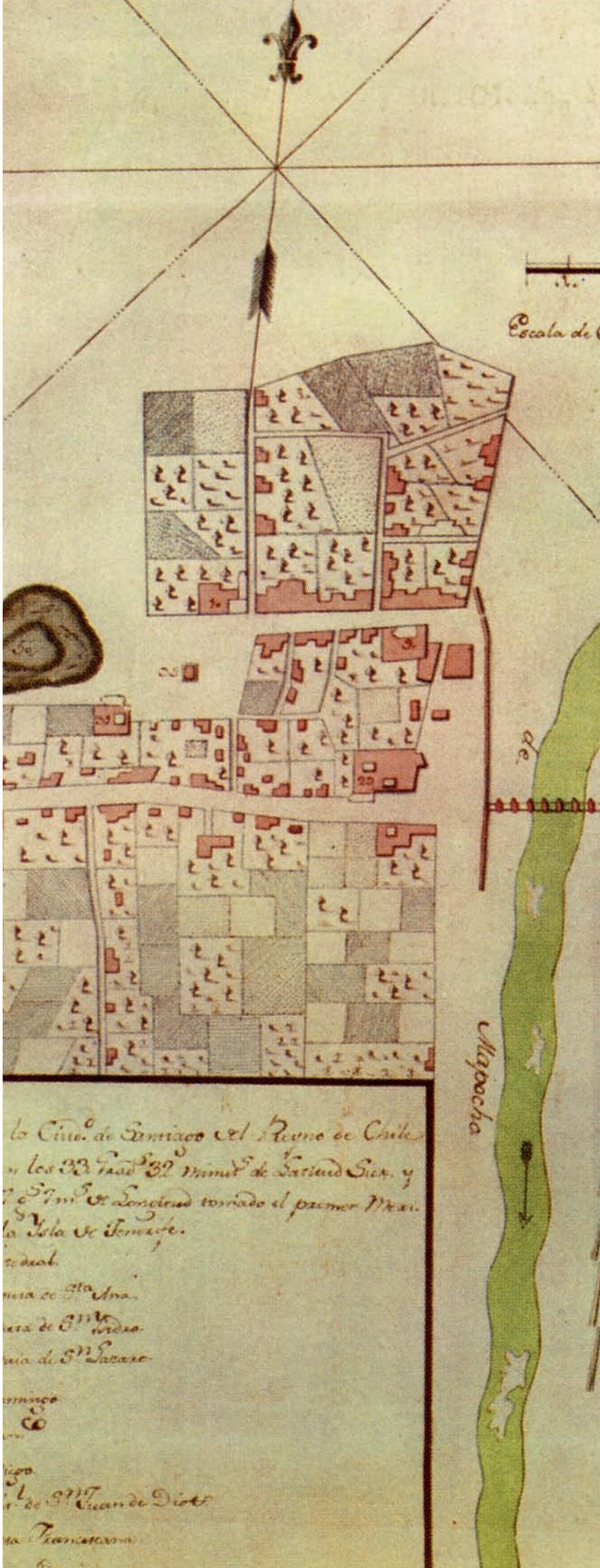
◀ Catedral de Santiago luego de la intervención realizada por el arquitecto Ignacio Cremonesi, entre 1898 y 1906. Fotografía anónima, 1926. Archivo Chilectra, Santiago.

▶ Interior de la Catedral de Santiago.

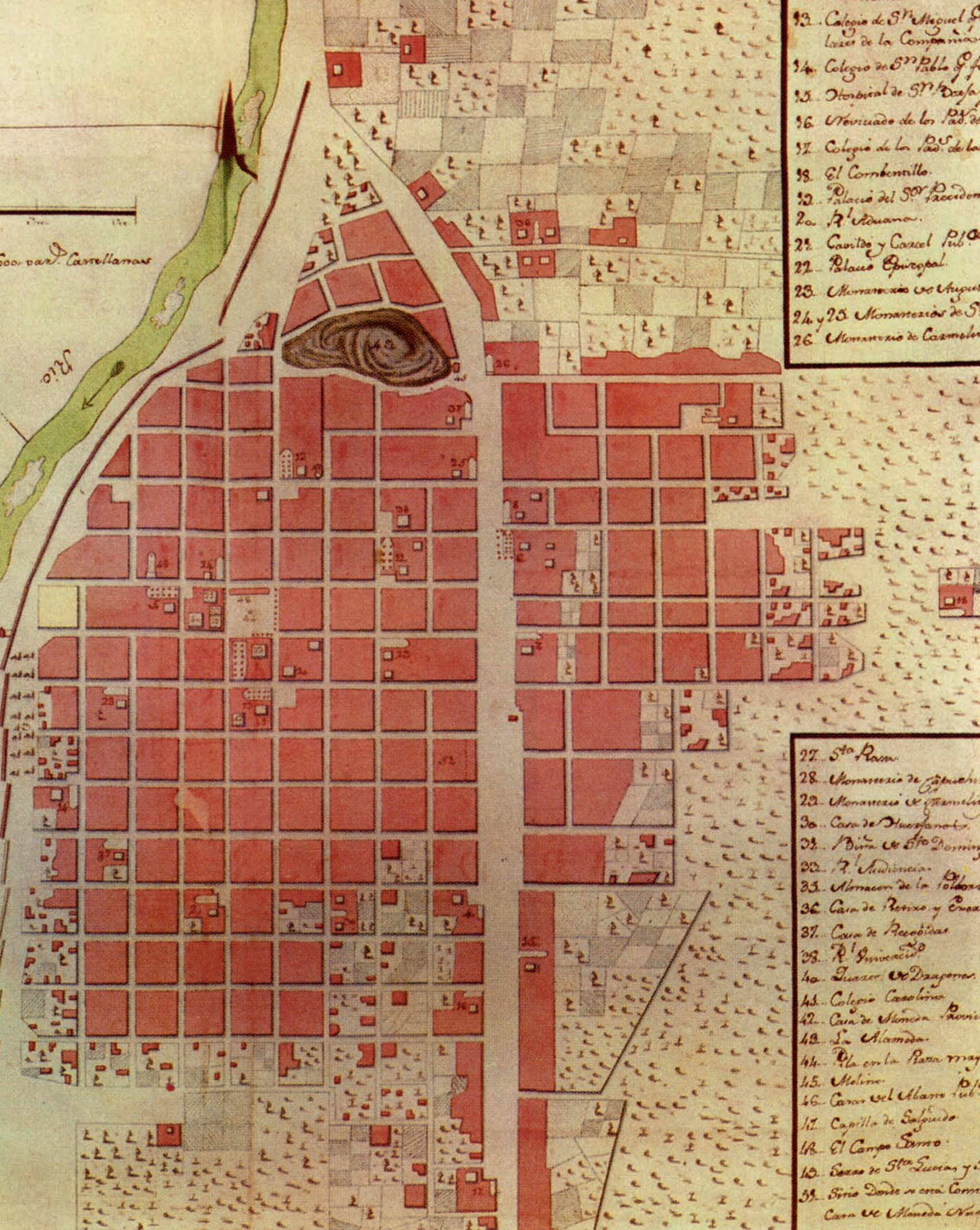


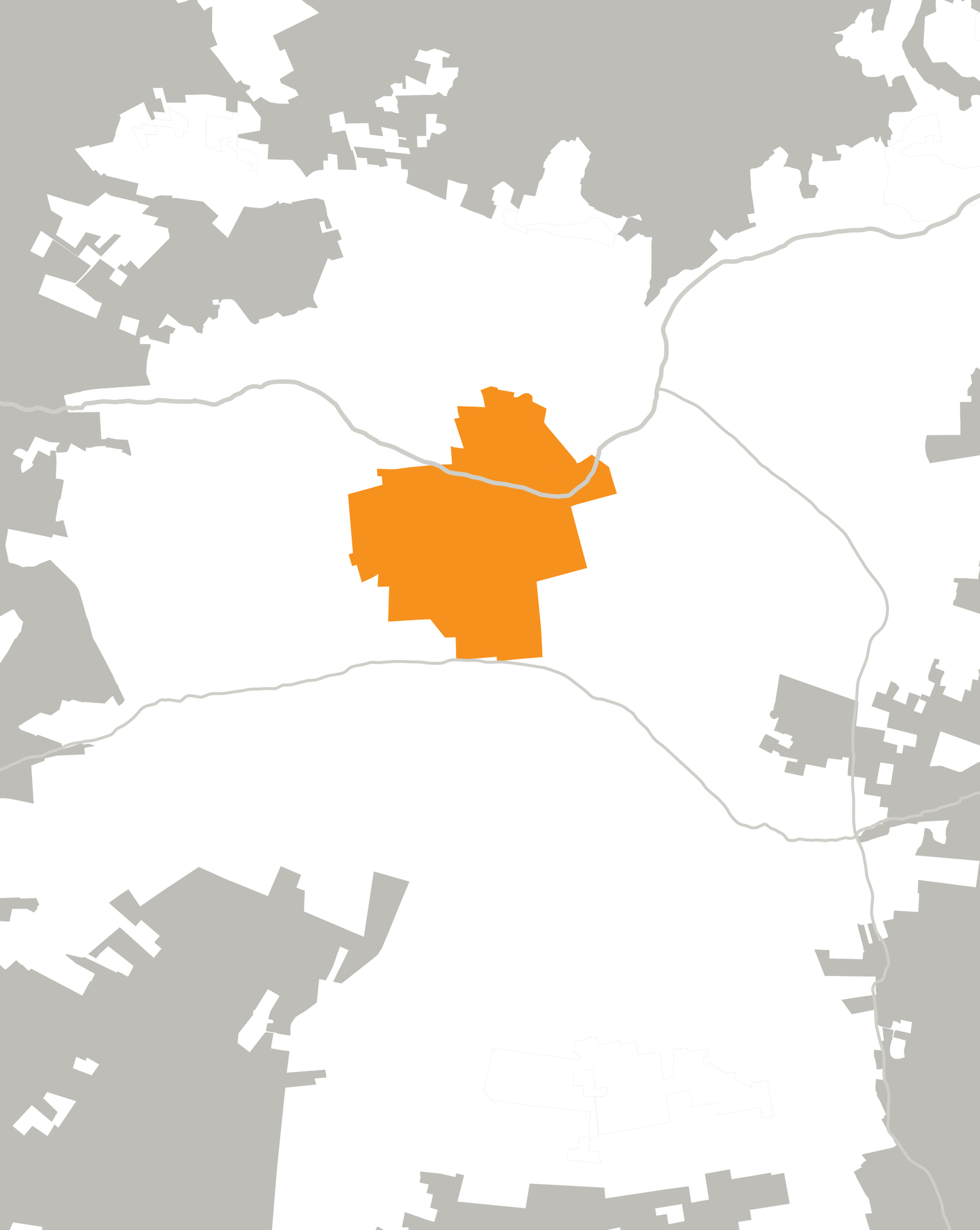
Cambio en el paisaje

Le correspondió a la República inaugurar una obra cuya primera idea se mencionó en el Cabildo Abierto de 1726 y fue aspiración constante de los santiaguinos durante todo el siglo XVIII. La realización de un canal que llevara las aguas del río Maipo hasta el río Mapocho y asegurara este vital elemento para la población y la agricultura. Así como el Mapocho era demoledor en sus crecidas, también lo era en sus temporadas secas, que muchas veces se convertían en prolongada sequía. En esas ocasiones, el Cabildo y los vecinos clamaban por tener un canal que aumentara el caudal del Mapocho, desviando las aguas del Maipo. Hubo proyectos en 1742, 1746, 1772 y 1800, iniciándose finalmente en 1802 la obra del canal San Carlos, bautizado así por Carlos IV. Abrir el canal tomó 20 años, durante los cuales cambió el Gobierno y la mentalidad del país, que dejó de ser colonia y se transformó en un Estado independiente. Sólo a fines de 1821 o comienzos de 1822, el agua del Maipo se sumó al cauce del Mapocho. Con ello, las miles de hectáreas inhóspitas e improductivas del Pedregal o Llano de Maipo, entre el llamado Zanjón de la Aguada y la ribera del Maipo, desde los faldeos cordilleranos hasta los cerros de Chena, se convirtieron en terrenos regados y fértiles, que cambiaron el paisaje y el clima. Los vientos del sur que cruzaban el Llano gran parte del año ya no trasmitían el calor ni el polvo del pedregal, sino el frescor de las alamedas, las praderas y las viñas que crecieron en esa, hasta entonces, tierra eriaza.



Plano de Santiago, dibujo anónimo 1790. Museo Naval de Madrid, España. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.


Río
Coco var.d Castellanos
13. Colegio de S.n Miguel
lazer de la Compañia
14. Colegio de S.n Pablo
15. Hospital de S.n
16. Noviciado de los Pad.s
17. Colegio de los Pad.s de la
18. El Conventillo.
19. Palacio del S.or
20. R.l Aduana.
21. Cavildo y Carcel Pub.o
22. Palacio Episcopal.
23. Monasterio de Augu
24 y 25. Monasterios de S.
26. Monasterio de Carmelit
27. S.to Ram
28. Monasterio de
29. Monasterio de
30. Casa de Huerfanos.
31. Yglesia de S.to Domin
32. R.l Audiencia.
33. Monasterio de la Soledad
36. Casa de Retiro y
37. Casa de Recogidas
38. R.l Inquisicion
40. Quartel de Dragones.
43. Colegio Carolino
42. Casa de Moneda
43. La Alameda.
44. Plaza de la Plaza may
45. Molino.
46. Casa del Alamo
47. Capilla de Belgudo
48. El Campo Santo
49. Casas de S.ta Lucia y
50. Sitio Donde se está Com
Casa de Moneda





Capítulo V

De los albores de la Independencia al Centenario

1818 - 1910

Francisco Javier González Errázuriz





En los albores de la República

En los inicios del siglo XIX, la ciudad de Londres contaba con cerca de 1.200.000 habitantes, la de París con 700.000 y la de Madrid con 158.000. En la América hispana, la población de Ciudad de México era de 130.000 habitantes, la de Lima cercana a los 80.000 y Buenos Aires contaba con unos 60.000 habitantes. En este contexto, para el extranjero que visitaba Santiago, con sus 40.000 habitantes, la villa bien podía parecerle un pueblo. Según el relato de Antoine-Zacharie Helms, polaco experto en mineralogía al servicio de la Corona española, hacia 1808 la capital de Chile tenía un contorno no mayor a cinco kilómetros y sus calles más largas apenas superaban los 1.500 metros.[1] En 1802, con motivo del empedramiento de las calles de Santiago, se hizo un levantamiento que permitió tener un cuadro sobre la extensión de la ciudad: Santiago tenía 62 calles, 179 cuadras, 2.169 casas y 809 ranchos.[2] En definitiva, desde el punto de vista poblacional y de superficie, Santiago poseía un número de habitantes trece veces menor a París y una superficie siete veces más pequeña que la de dicha ciudad. Concebida según el clásico esquema de damero, tan propio de las ciudades de la América española, sus calles rectilíneas y anchas, sus construcciones mayoritariamente de un piso, los huertos de las casas, las innumerables acequias que la recorrían y, en fin, las costumbres y las vestimentas de sus habitantes, le daban, a pesar de ser la principal ciudad y capital del reino, un aire rural que sorprendía a muchos extranjeros.

Los rasgos generales de la ciudad eran modestos y, en muchos sectores, más propios de una aldea grande. Como consecuencia de los terremotos que la habían azotado, primaban las casas bajas. En las construcciones más cercanas a la Plaza algunas poseían portalones rematados por mojinetes, en los que se lucía el escudo familiar. Por lo común, contaban con dos patios: el primero y principal, con corredores laterales, a los que daban las habitaciones principales, el segundo correspondía al servicio, donde funcionaban la cocina, las habitaciones de los empleados, las bodegas, el gallinero y, si el espacio lo permitía, un pequeño huerto. Los muros de adobe eran anchos y con amarres, porque debían soportar pesados

techos de teja. Las calles principales estaban empedradas, aunque en forma desigual y varias de ellas, por mala preparación de la base o por irregularidad del terreno, eran convexas, lo que generaba una pequeña acequia central en la que no siempre escurría fluidamente el agua u otros líquidos arrojados por los vecinos. La Plaza de Armas era, en realidad, un espacio de tierra con barriales. Como era utilizada para el comercio de abastos, a pesar de las ordenanzas del Cabildo y las multas, era frecuente encontrar en ella restos de verduras y otros desperdicios. En su costado sur se extendía un irregular portal llamado de Sierra Bella, con arcos y veinte pilares, donde se establecieron más de veinte tiendas y diecinueve baratillos. Los rubros que se concentraban en estos locales estaban relacionados, según lo declara un viajero francés, con la ornamentación y el menaje de las casas: mercerías, joyerías, quincallerías y mueblerías.[3] Por ser el centro de las actividades religiosas y cívicas, y por concentrar buena parte del comercio de la capital a sus alrededores, la Plaza de Armas se constituía, sin lugar a dudas, en el principal espacio de sociabilidad de la capital.

Al otro lado del Mapocho, el barrio de la Chimba había experimentado un crecimiento importante. Se trataba de un conjunto bastante heterogéneo, compuesto por pobres ranchos de paja y barro y hermosas quintas. En las laderas del cerro San Cristóbal existían varios molinos que funcionaban con aguas sacadas del Mapocho a través de acequias. La Recoleta Franciscana, la Recoleta Dominica, el convento del Carmen de San Rafael y la antigua iglesia de la Viñita otorgaban al sector un ambiente religioso.[4] Sin embargo, como era tradicional, lo apartado del lugar había permitido el surgimiento de varias fondas y chinganas que, por los excesos ocasionados por los borrachos, las riñas y el mal ambiente que generaban, eran preocupación constante de las autoridades. Las cosas llegaron a tal punto, que fue necesario tomar cartas en el asunto. "No se permitirá que continúen ciertas casas públicas que el vulgo



◂◂ pp. 124-125. Vista de Santiago desde el Santa Lucía, en primer término el convento e iglesia de La Merced. Dibujo acuarelado de T. R. Harvey, Santiago, 1860. Colección particular.

▲ Tomando mate durante una tertulia. Grabado de Agostino Anglio, Londres, 1824, basado en un dibujo de Peter Schmidtmeyer, Santiago, 1820-1821. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▲ Señoras de comerciantes. Dibujo de John Constance Davie, Santiago, 1811-1814, grabado y publicado en Londres, 1819. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▸ Calle de Santo Domingo, vista tomada desde la casa de la familia Cotapos, donde vivió la autora. Dibujo de María Graham en 1821, grabado por Edgard Finden y publicado en Londres, 1824. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.





llama chinganas –señalaba una ordenanza de 1813–, por ser especie de lupanares o escuelas de todos vicios, reconviniendo buenamente por primera vez a los dueños, y en caso de reincidencia los remitirá a la cárcel, a disposición de los Alcaldes Ordinarios".[5]

La gravitante presencia de la Iglesia fue un poderoso factor regulador de la vida de la ciudad. En el transcurso de la existencia de los habitantes de Santiago, como del resto del reino, ella era omnipresente en todas las etapas de la vida; desde el origen mismo de la vida de cada cual, con el bautismo, hasta la extremaunción para quienes estaban próximos a abandonar este "valle de lágrimas". Finalmente, los acompañaba a la última morada y los continuaba recordando a través de los sufragios. Pero la Iglesia poseía igualmente una gran presencia e influencia en la vida comunitaria de la villa, desde las campanadas de las iglesias y conventos, que hora tras hora señalaban con sus toques los distintos actos litúrgicos, reforzando por tanto la idea de la precariedad de lo terrenal, hasta las procesiones en que Santiago se volcaba para dar culto a Dios, celebrar un santo o dar testimonio de una fe común. Lo religioso marcaba y orientaba la vida de la ciudad. Además, la Iglesia ejercía su influencia a través de la educación que, en su gran mayoría, estaba en sus manos. El Santiago de comienzos del siglo XIX era una ciudad creyente y devota.

En buena medida, la vida de la ciudad estaba ordenada por los ritmos de las horas y las estaciones. Según relatos de contemporáneos, se podría afirmar que no era una villa tempranera, porque las actividades solían empezar después de las ocho de la mañana. Tampoco existía vida nocturna; por disposición del Cabildo los faroles se encendían al anochecer y ya a las once de la noche se habían consumido, quedando las calles oscuras como boca de lobo. Por seguridad, las autoridades habían dispuesto la interrupción del tránsito más allá de cierta hora. Como es lógico, durante el estío las cosas cambiaban bastante y la vida de la ciudad, sobre todo en días de fiesta, se prolongaba ya bien entrada la noche. En los arrabales, donde las casas poseían patios más pequeños, era costumbre después de la cena "tomar el fresco" en las aceras, lo que daba lugar a agradables tertulias entre los vecinos. Este arte de "tertuliar", tan característico en estas australes tierras de América, también se practicaba a otras horas, especialmente cuando no abundaban el quehacer y el trabajo. El agente francés Jullien Mellet –que, aparentemente por orden de Napoléon, había iniciado en 1808 un viaje de información por América del Sur–, señalaba que en Santiago quienes no se dedicaban al comercio se levantaban muy tarde y ocupaban las horas fumando y conversando con otros vecinos. Por las tardes, según relata este francés, se paseaban a caballo hasta encontrar un grupo de conocidos; entonces desmontaban para



seguir conversando, fumando, tomando mate o alguna bebida espirituosa.[6]

A pesar de ese "aire rural" que poseía la capital, es preciso reconocer que a comienzos del siglo XIX, y como consecuencia de los impulsos reformistas de los borbones y la sabia actuación de varios gobernadores locales, la ciudad presentaba adelantos significativos. Sus calles empedradas, la construcción de aceras, los nuevos edificios públicos y una serie de ordenanzas tendientes a mejorar la limpieza, permitían verificar ese progreso. Desde el punto de vista arquitectónico, los años finales del siglo XVIII y los primeros del XIX representan la irrupción de las líneas neoclásicas en algunos edificios públicos e iglesias. Estos parámetros estéticos contrastaron con la arquitectura barroca mestiza imperante, que hasta ese momento caracterizaba las edificaciones locales. El nuevo estilo no sólo tenía un impacto urbanístico, sino que representaba el inicio de un movimiento reformador que tuvo un amplio impacto en las diversas expresiones artísticas y en la creación de una "escuela" arquitectónica, con importantes discípulos locales. Sobresalían algunos edificios civiles que destacaban por sus líneas neoclásicas y su atrayente sobriedad. Entre ellos se contaba el edificio del Consulado, obra de Juan José Goycoolea, discípulo de Toesca. Se trataba de una elegante construcción, cuya amplia fachada estaba dividida en siete módulos separados por pilastras de estilo jónico. En aquella época se le llegó a considerar el edificio de más perfectas proporciones, por su simplicidad clásica. Lamentablemente, fue demolido en 1928. También es obra de este arquitecto chileno imbuido en los patrones del neoclasicismo la iglesia de la Estampa Volada, finalizada en 1807 y destruida por el terremoto de 1822.[7]

Probablemente era en el plano de las costumbres donde no se observaban grandes cambios en la capital del reino. Por ejemplo, al igual que en los siglos anteriores, los vendedores ambulantes continuaron recorriendo las calles y siendo los principales abastecedores de los barrios más lejanos a la plaza principal. Las fiestas y ceremonias civiles y religiosas seguían marcando el ritmo de sus habitantes. Aunque existía la costumbre de pasearse por algunos lugares públicos y de acudir a los pocos cafés abiertos hasta este momento, Santiago continuaba

◀ Plaza de la Independencia. Dibujo de Claudio Gay, Santiago, *ca.* 1835, grabado por Federico Lehnert en París, 1854. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

▲ Vendedores callejeros. Dibujo de Claudio Gay, Santiago, *ca.* 1835, grabado por Federico Lehnert en París, 1854. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.





siendo una ciudad donde los espacios de sociabilidad quedaban reservados más bien a la esfera privada: salones, sacristías, claustros de conventos y quintas en las afueras. Tampoco se observaban cambios respecto a los ya seculares malos hábitos de la población. Continuamente, el Cabildo dictaba bandos para "remediar el desaseo provenido de la libertad con que muchas personas hacen unas diligencias que, aunque naturales y forzosas, reserva el pudor para lugares ocultos, [...] lo que a más es perjudicial a la salud, indecoroso a la Ciudad y que fomenta la impudencia tan contraria a las buenas costumbres".[8] También se notaba la falta de higiene en la suciedad de las acequias que cruzaban las calles y los patios de las casas, donde era frecuente que se arrojara todo tipo de desperdicios.

Pero una ciudad no existe sin sus habitantes. Y es en este aspecto donde más parecía destacar el Santiago de la época de la emancipación. Son innumerables los testimonios de viajeros que resaltan la cordialidad, simpatía y hospitalidad de los santiaguinos. Para Helms, "la manera



de vivir de esta capital ofrece todo el carácter de alegría, hospitalidad y sensibilidad que distingue tan ventajosamente a los españoles del Nuevo Mundo [...] La conversación en los círculos más elegantes toma el tono de simplicidad y libertad que se encuentra en las mejores tertulias de Europa".[9] El comerciante inglés Samuel Haigh, que llegó a Chile en 1817, declara que "los santiaguinos son sumamente afables y de hábitos caballerosos [...] son preferentemente atentos con los extranjeros, tanto que no era fuera de uso que detuvieran a un extranjero en la calle, en la puerta o ventana de alguna casa para invitarle y darle hospitalaria acogida". Y respecto a las santiaguinas –quizá recordando a alguna en particular– dice: "Las niñas son muy bonitas, con su cutis mucho mejor de todas las que he visto en Sud-América; algunas tienen ojos azules y pelo oscuro, tienen muy buen humor y son muy amables".[10]

◀ Tertulia de 1840. Dibujo de Claudio Gay, Santiago, *ca.* 1840, grabado por Federico Lehnert en París, 1854. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

◀ Mate de plata del tipo llamado Coquimbano, con un asa. Autor anónimo, mediados siglo XIX. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▲ Señora a caballo. Dibujo acuarelado de autor anónimo, *ca.* 1830. Colección particular.



Los difíciles años de la emancipación (1810-1820)

La invasión napoleónica a España en 1807 y la consecuente acefalía monárquica que se produjo en la península, provocaron grandes convulsiones en los territorios de América y llevaron a la formación de distintos gobiernos autónomos. Con ello, se inició un largo proceso de maduración política y de conflictos bélicos que culminaron con la independencia de las distintas provincias del Nuevo Mundo. En Chile, los sucesos se precipitaron a partir de 1810 y, luego de diversas vicisitudes, finalizaron con la instauración de la República, a partir de 1817. En el transcurso de este período, y como consecuencia de las nuevas ideas que circulaban por el territorio, los santiaguinos fueron testigos de algunas iniciativas que tuvieron gran impacto en el plano social, económico y urbanístico.

La revisión de las Actas del Cabildo posteriores al 18 de septiembre de 1810 da cuenta de un nuevo impulso reformista, fruto del entusiasmo de la nueva realidad que se vivía, que beneficiaba directamente a la capital. Entre otras realizaciones, se construyeron molinos, se arreglaron edificios públicos, se continuaron las obras del canal del Maipo, se mejoró el empedrado de varias calles, se fundó una sociedad filantrópica y se mejoró considerablemente el alumbrado y el sistema de rondas y serenos. Sin embargo, lo más interesante de estos años fue la creación en 1813, por parte de la Junta que gobernaba



Chile, de la Biblioteca Nacional y del Instituto Nacional, este último un importante establecimiento que significó un gran progreso para la educación pública. Con la reinstauración de la monarquía, a partir de octubre de 1814, luego del triunfo realista en Rancagua, también se realizaron obras de cierta consideración. El 15 de septiembre de 1815 se precisaron claramente los límites de los cuatro cuarteles en que había sido dividida la ciudad en 1787, labor que permitió dimensionar mejor el estado y la extensión de Santiago. Además, con motivo de establecer planes de defensa de la ciudad, el gobernador Marcó del Pont ordenó en 1816 la construcción de fortificaciones en el cerro Santa Lucía. Se decidió construir dos fuertes: uno al norte con el nombre de Fuerte Hidalgo –en homenaje a Manuel Hidalgo, capitán de granaderos a caballo muerto en combate–, y otro al sur llamado Batería Marcó. A fines de 1817 sólo se había levantado el primero, con dos cañones que protegían el norte y el poniente. Estas edificaciones fueron muy mal vistas por los ciudadanos por las erogaciones forzadas para su construcción, porque la mano de obra estuvo a cargo de muchos prisioneros patriotas y porque se dudaba de la verdadera utilidad de ellas. Hacia 1831, el oficial de la marina de los Estados Unidos William Ruschenberger daba a conocer el sentimiento que despertaban las construcciones, aunque equivocaba respecto del autor de las mismas:

▲ Vista panorámica de Santiago desde el cerro Santa Lucía. Litografía de T. Sinclair, basada en daguerrotipos de Edmond Reuel Smith, Santiago, *ca.* 1850, publicada en Washington, Estados Unidos, por James M. Gilliss en 1856. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.



"Un cerrito de rocas se alza abruptamente cerca del río, en los suburbios de la ciudad, en el cual se halla el fuerte Santa Lucía, construido en tiempos del presidente español Osorio con el propósito no ignorado de bombardear la ciudad en caso de una revuelta. [...] Fue construido por prisioneros patriotas, algunos de ellos gente respetable y padres de familia, [a] quienes [...] se les ordenó trabajar aherrojados en esta dura labor, por el mayor de la plaza, el famoso San Bruno".[11]

▲ Cerro Santa Lucía. Litografía de P. S. Duval, basada en un dibujo de la expedición científica norteamericana en Chile 1849-1851, comandada por James M. Gilliss, y publicada en Washington, Estados Unidos, en 1856. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

▶ *Santiago desde el Santa Lucía*. Acuarela de Charles Ch. Wood Taylor, Santiago, 1831. Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago.



Otra obra importante para la ciudad, también realizada bajo el difícil período de la Restauración, fue el arreglo y la reinauguración del Coliseo Provisional (se encontraba en la esquina de las actuales calles Merced y Mosqueto). En diciembre de 1815 la *Gazeta del Gobierno* daba la gran noticia de su inauguración:

"El domingo 24 del corriente se abre el coliseo provisional de esta capital en que se representará la famosa comedia titulada *El sitio de Calahorra,* o *La constancia española.* Su primer galán, Nicolás Brito y la primera dama Josefa Morales, que con tanta justicia han merecido siempre los aplausos de todas las personas de buen gusto, es de esperar hayan perfeccionado las gracias de que los dotó la naturaleza y que den a los espectadores una noche digna de la ilustración de nuestro siglo [...] Principia a las ocho y media de la noche".[12]





Capital de una República (1820-1870)



En la tarde del 13 de febrero de 1817, luego de la huida despavorida de autoridades y soldados españoles y de algunos vecinos identificados con la causa realista, las primeras tropas del Ejército de los Andes, vencedor el día anterior en la batalla de Chacabuco, entraban a Santiago. Pocas veces se habían visto escenas de tanto júbilo. Aunque aún faltaban meses de lucha para consolidar la anhelada independencia, Chile y su capital iniciaban una nueva era. A partir de este año y durante los siguientes decenios, en Santiago se realizarían una serie de iniciativas de progreso que, paulatinamente, fueron modificando su fisonomía urbana.

El primer gran cambio fue la transformación de la inhóspita Cañada, brazo seco del Mapocho que corría por la actual Alameda, en un magnífico paseo que dio nueva imagen a Santiago. Hasta fines de 1817, la Cañada era un basural. El decreto publicado en la *Gaceta del Supremo Gobierno* prohibía "correr o enlazar vacas, u otra clase de animales, permitirles andar sueltos, matarlos y despostarlos en la misma cañada [...] estacar o secar cueros y lavar los intestinos de las reses, bajo pena de que a los contraventores se les aplicará la multa de diez pesos".[13] La mejora de tan poco grato espacio fue obra del Director Supremo Bernardo O'Higgins, quien quiso dotar a la ciudad de un paseo público "para desahogo honesto y recreación en las horas de descanso", como decía el decreto que ordenaba su construcción. Desde mediados de 1818 y bajo la supervisión diaria del propio O'Higgins, se iniciaron los trabajos, los cuales implicaron desmontar terrenos, nivelar, aplanar y plantar cuatro hileras de álamos. Entre ellas corrían dos acequias de ladrillo. Como declaraba un testigo:

> "la Alameda de la cañada es de más o menos una milla de largo, por cien pies de ancho, plantada en ambos lados con dos hileras de álamos por entre las que corre una acequia, y protegidas por la sombra de los árboles, de trecho en trecho, algunas bancas de piedra donde descansar. Es sin duda el paseo más hermoso de toda la América del Sur, y es mantenido en perfecto estado".[14]

El nuevo lugar de esparcimiento fue bautizado como Alameda de las Delicias y se transformó, sobre todo en los domingos, en lugar obligado de recreación y encuentro de los habitantes de Santiago. Desde las damas de alta sociedad y los caballeros influyentes hasta los miembros de los sectores más populares se daban cita en él para caminar, conversar, jugar, ver y ser vistos.



◀◀ pp. 136-137. *Santiago desde el cerro Santa Lucía.* Pintura del artista bávaro Juan Mauricio Rugendas, Santiago, 1841. Colección particular.

▲ La Cañada. Grabado de Louis-Philippe-Alphonse Bichebois basado en un dibujo de Edmond Bigot de la Touanne publicado por el barón Hyacinthe de Bougainville, 1828. Museo Histórico Nacional, Santiago.


VIVA CHILE!
SE VENDE CHICHA BAYA.
AQUI ESTA SILVA


ORCHATA CON MALICIA



Otra obra nacida en los primeros años de la República, igualmente por iniciativa de O'Higgins, fue el cementerio de la ciudad, que llevaría el nombre de Cementerio General. El encargado de su realización fue Manuel Joaquín Valdivieso, quien obtuvo de los frailes dominicos un terreno de tres cuadras que éstos poseían en la Chimba. A fines de 1821, el nuevo lugar de enterramiento estaba listo y se dispuso la obligación de sepultar en adelante allí todos los cadáveres. A pesar de que la medida produjo bastante resistencia en algunos sectores, que preferían continuar utilizando las iglesias para ello, la firmeza de la autoridad y la evidencia del colapso y los problemas de higiene que se producían en los templos, terminaron por acallar las críticas. Contaba el Campo Santo con cuatro patios llamados "de los mausoleos", "de las losas", "de las hermandades" y "de las sepulturas de solemnidad".

◀◀ pp. 140-141. Dieciocho de septiembre en el Campo de Marte de Santiago. Acuarela del pintor francés Ernest Charton, Santiago, *ca.* 1858. Museo del Carmen de Maipú, Santiago.

▲ Plaza de la Independencia en Santiago. Dibujo de José Selleny, artista de la expedición científica austríaca que vino en la fragata Novara, 1859. Museo Histórico Nacional, Santiago.



Para los indigentes o personas muy pobres, normalmente enterradas sin cajón y conducidas a su última morada a hombros o en una vieja carreta, se había reservado una zona llamada "de las zanjas", pues literalmente se les enterraba en excavaciones comunes que se iban rellenando a medida que aumentaban los cadáveres. Los primeros moradores fueron enterrados la noche del 10 de diciembre del año mencionado. Fueron los cuerpos de María Durán y las niñas María de los Santos García y Juana Muñoz, que habían fallecido en el Hospital San Juan de Dios.[15]

Pero las transformaciones de Santiago después de la Independencia no sólo incluyeron manifestaciones urbanísticas. Conforme la nueva realidad política impactaba en la sociedad y en la cultura, los habitantes de la ciudad comenzaron a adquirir costumbres y comportamientos que eran reflejo de profundos cambios en las mentalidades. En el período colonial, las formas de integración social normalmente estaban reservadas a las esferas oficiales y religiosas. Todo lo demás quedaba en la esfera de lo privado y se manifestaba en tertulias privadas y poco más. Ahora, y sin abandonar los antiguos usos, la sociedad ocupó los nuevos espacios públicos que habían surgido y los transformó en centros de sociabilidad. Instituciones como los cafés, aunque anteriores a la Independencia, se multiplicaron y transformaron en bien visitados lugares de conversación política y comercial por parte de los hombres más ilustrados. La materialidad del café pasó a ser secundaria, primando el interés de enterarse de las últimas novedades, leer la prensa o discutir un negocio. Igualmente, los teatros crecieron en número y, junto con





cumplir con su fin primordial de entretener, eran también lugares de reunión, que marcaban pertenencia o estatus. Asistir a tal o cual obra, en tal o cual teatro, era dar al resto de la sociedad una señal de la posición social que se tenía, o se creía tener. Desde luego, sobre el mérito de los actores y la calidad de las obras representadas existían opiniones contrapuestas. Para un europeo, acostumbrado a espectáculos de envergadura, no eran muy positivas. El inglés Gilbert Farquhar Mathison, que visitó Chile en 1822, señala que el teatro en Santiago "es de lo peor que pueda imaginarse, y las representaciones tan absurdas, que no podrían tolerarse en cualquier pequeña ciudad inglesa de provincia".[16]

Además de los cambios en su paisaje y sus costumbres, también la población de Santiago creció significativamente: en 1835 sus habitantes eran cerca de 70.000 y en 1854 habían aumentado a 100.000, acrecentando con ello el área de expansión urbana. A partir de 1840 las autoridades tomaron cartas en el asunto, con el fin de dar cierta racionalidad al crecimiento de la ciudad. Para este efecto se elaboraron planes de arquitectura urbana a cargo de la Municipalidad, lo que redundaría en un efectivo progreso para la capital. Una de las medidas aplicadas fue prohibir el levantamiento de ranchos en el centro de la urbe, disposición que, a pesar de cumplirse a medias, permitió un mayor nivel de ordenamiento urbano y evitó el aumento de los delitos y los desórdenes que causaban los habitantes de estas precarias construcciones. Otras medidas de las autoridades se relacionaron con la regulación de las características de las edificaciones, con lo cual paulatinamente se fueron reemplazando las construcciones de adobe y se comenzó la edificación de casas de ladrillos, algunas de ellas de dos o más pisos. En esta época el vecino Antonio Aldunate construyó en la Plaza de Armas el primer edificio de cuatro pisos, lo que significó toda una novedad en Santiago. Respecto a las calles, una de las herencias negativas de la Colonia era la existencia de calles tapadas o interrumpidas por construcciones, que las nuevas orientaciones buscaron eliminar. Una de ellas fue la llamada "del Chirimoyo" (actual calle Moneda), que en su sector poniente estaba obstruida por el convento de las monjas agustinas. Una sentencia judicial de 1841 obligó a las monjas a dar paso por su predio, que abarcaba desde Agustinas hasta la Alameda, al curso de la mencionada calle. Además, las autoridades se preocuparon de las nuevas urbanizaciones que se extendían al sur de la Alameda, donde

varias calles comenzaron a ponerse de moda entre los miembros de la alta sociedad.

Otro adelanto importante fue el alumbrado público a gas, creado por José Tomás Urmeneta en 1857, que reemplazó al antiguo sistema de lámparas de aceite dentro de una linterna con reflectores, que se había instaurado en 1843. Pocos años después se estableció un sistema paralelo al de las bombillas de gas, que funcionaba a parafina. De este modo, hacia fines de la década del sesenta se contaba con un alumbrado público de 825 faroles a gas y 140 a parafina.[17] Santiago empezaba a dar la posibilidad de transitar en horas de la noche por sus calles y también permitía, aunque sólo en el día, agilizar el movimiento de sus vecinos mediante la creación de un sistema de carros urbanos y el empadronamiento de todos los existentes. En 1855 la ciudad concedió 4.500 patentes para vehículos (carretas, birlochos, carretelas, cabriolés, calesas, tilburíes y cupé). Dos años más tarde las autoridades inauguraron un servicio de transporte de tracción animal –los famosos "carros de sangre"– cuyo paradero se encontraba frente a la Universidad. Partieron recorriendo parte de la Alameda y las calles Ahumada y Estado, pero paulatinamente, a la par del crecimiento de la ciudad, fueron extendiendo su radio de acción. Los carros, con capacidad para unos 16 a 18 pasajeros sentados, corrían sobre vías de hierro y eran tirados por una pareja de vigorosos caballos. Según la propaganda de la empresa, salían cada siete minutos de los respectivos paraderos, pero según los clientes esto no era verdad y el tiempo de un recorrido era muy variable, pues, comenzando con lo que sería una tradición en el transporte público chileno, los conductores se detenían en cualquier lugar con tal de recoger un pasajero. Tan importante como el debut de los carros urbanos fue la inauguración, en 1863, del ferrocarril de Santiago a Valparaíso. Con ello se unían la capital social y política con la capital comercial de Chile.

Era inevitable que una ciudad con más de cien mil habitantes tuviera que hacer frente a una serie de problemas relacionados con los ciudadanos y disponer de instituciones y servicios importantes. Aparte de las escuelas para los niños, el sistema hospitalario y de beneficencia, hubo de ponerse a la altura del crecimiento de la capital. A mediados del siglo XIX ya existían en la ciudad cuatro hospitales: San Juan de Dios, San Francisco de Borja, San Vicente de Paul y el Salvador; una Casa de Maternidad (calle Compañía); una Casa de Huérfanos; un Hospicio y una Casa de Orates. Además, algunas órdenes religiosas atendían establecimientos de beneficencia como el Buen Pastor, la Casa de San Vicente, la Casa de María y el Patronato de San José. Por los datos de los archivos, se aprecia que todas estas instituciones estaban casi siempre colapsadas, pues la poca salubridad general de



◀ Edificios de la Plaza de Armas. Pintura y enconchado en el respaldo de un sillón, realizado en Francia o Inglaterra, *ca*. 1850. Museo del Carmen de Maipú, Santiago.

◀ Palacio de La Moneda. Pintura y enconchado en la cubierta de una mesa, realizado en Francia o Inglaterra, *ca*. 1850. Museo del Carmen de Maipú, Santiago.

▶ Muebles enconchados realizados en Francia o Inglaterra para Ramón Ocón, comerciante de Santiago, adquiridos luego por la familia Echeverría Blanco. Museo del Carmen de Maipú, Santiago.



Santiago hacía a sus vecinos candidatos frecuentes de diversos males. Un problema secular era el de las aguas. El agua potable muchas veces sólo tenía el nombre de tal, y las servidas, aparte de hacer honor a su nombre, circulaban por acequias abiertas donde los niños jugaban y las mujeres lavaban. El tifus y otras enfermedades infecciosas eran endémicas y daban cuenta año a año de un buen número de la población.

Además de educar y cuidar a sus habitantes, una ciudad debe preocuparse de abastecerlos. La industria y el comercio fueron dos rubros de explosivo crecimiento a mediados del siglo y su crecimiento aumentaría aún más a medida que se acercaba la nueva centuria. Hacia 1870 había en Santiago cerca de 200 industrias, 273 tiendas de mercaderías surtidas, más de 30 zapaterías, 26 sastrerías, nueve sombrererías, cinco casas de fotografía, 25 boticas, 10 imprentas, 14 mercerías, 11 mueblerías, 32 panaderías, nueve hoteles, 17 bancos y 86 cafés.[18] Para una ciudad cercana a los 130.000 habitantes, las cifras anteriores dan cuenta de un gran progreso y de una importante actividad económica. Ello también se refleja en la vida más refinada que llevaban los sectores altos de la sociedad y en muchas obras que de alguna manera equiparaban a la capital con las grandes capitales europeas. El gran Teatro Municipal, construido en 1857, era una de aquellas obras; por desgracia, se incendió en 1870. Según Recaredo Tornero, tenía capacidad para 1.848 personas, una gran platea, tres pisos de palcos y un gran salón para la filarmónica. Su fachada poseía un pórtico de treinta metros de ancho. Otra obra imponente construida en esta época fue el edificio del Congreso Nacional, iniciado en 1857 y terminado en 1876. Igualmente, la apertura de lujosos baños públicos, manifestaba el nuevo esplendor que comenzaba a reinar en Santiago. El más importante era el Bouquet, en la calle Merced: "Tiene grandes pozas de agua fría, baños calientes en tina, baños de ducha, y de vapor".[19] Al más puro estilo de París



y Londres, también hicieron su entrada en escena en la capital de Chile los clubes sociales de caballeros, siendo el más elegante y principal el Club de la Unión. También era muy reputado el Club de Septiembre, que funcionaba en los altos del portal de la Plaza de Armas y que poseía espaciosos y elegantes salones. Ambos tenían por propósito procurar comodidades, buenas comidas, agradables tertulias y un sinfín de entretenciones a sus miembros. Las damas de sociedad no poseían establecimientos como los señalados, pero ellas también sabían entretenerse practicando la "visita", costumbre importada de Francia y que reemplazó a las tertulias de antaño. Estas consistían en visitarse en las casas por las tardes simplemente para conversar alrededor de una mesita de té con galletas y siguiendo cierto protocolo.

Si, como hemos visto, a lo largo de su historia Santiago ha tenido que sufrir los rigores de la naturaleza y otras calamidades, también en el siglo XIX hubo de recibir embates que dejaron honda huella en sus habitantes. Aparte de los siempre presentes terremotos, inundaciones y pestes, una de las tragedias más graves y dolorosas ocurrió el 8 de diciembre de 1863. Fue el incendio de la Iglesia de la Compañía de Jesús mientras se celebraba solemnemente la fiesta de la Inmaculada Concepción y se concluía el Mes de María, con un templo abarrotado de fieles. Una llama inflamó los hilos de unos adornos que colgaban en el presbiterio y, a pesar de los esfuerzos por extinguir el fuego, este se propagó rápidamente. Los asistentes, llenos de pánico, trataron de salir de la iglesia sin ningún orden, lo que provocó una gran aglomeración en la parte

◀ Teatro Municipal de Santiago, construido de acuerdo al proyecto del arquitecto francés Claude-François Brunet des Baines, entre 1853 y 1857. Fotografía de Leslye Hermanos, Santiago, *ca.* 1860. Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, Santiago.

▲ Portal Fernández Concha en la Plaza de Armas de Santiago, realizado por el arquitecto inglés William Hovenden Hendry entre 1869 y 1872. Grabado de Frédéric Sorrieu, de fotografía (Tornero 1872). Museo Histórico Nacional, Santiago.





trasera que impedía finalmente todo movimiento, dejando aprisionadas a cientos de personas. La alarma cundió por toda la ciudad; se hicieron presentes las más altas autoridades encabezadas por el propio Presidente de la República, don José Joaquín Pérez. Tratando de salvar a la gente se formaban cadenas de hombres empapados en agua con el fin de, literalmente, tomar a quienes, amontonados, obstruían la puerta y tirarlos hacia fuera. También algunos huasos bien intencionados tiraban sus lazos hacia el interior por si lograban "amarrar" a alguien y sacarlo. Pero todo fue en vano. De improviso se derrumbó la iglesia sepultando entre escombros y llamas a los que estaban en su interior. En total murieron cerca de dos mil personas. Como consecuencia de esta tragedia se creó el Cuerpo de Bomberos de Santiago.

En los cincuenta años transcurridos desde la Independencia, Santiago experimentó grandes progresos y transformaciones. Creció en población, en extensión y en lujo. Pero, sin lugar a dudas, el principal cambio se produjo en sus mismos vecinos. Benjamín Vicuña Mackenna, destacado político e historiador chileno, escribía: "La sociedad misma se sentía como de suyo arrastrada a las emociones de una vida de novedad en cambios y encantos".[20] Y para un Santiago que se circunscribía a las manzanas centrales, esos encantos debían venir de Europa y, en concreto, de París.

Fachada de la iglesia de la Compañía después del incendio del 8 de diciembre de 1863. Fotografía anónima, Santiago, 1864. Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, Santiago.

Monumento al Dolor, encargado al escultor francés Albert-Ernest Carrier-Belleuse para recordar a las víctimas del incendio de la iglesia de la Compañía de Santiago, en 1863. Originalmente estaba ubicado en los jardines del Congreso Nacional, pero se trasladó posteriormente a la plaza que enfrenta la puerta principal del Cementerio General de Santiago.





Mirando a Europa (1870-1910)

Europa continuaba siendo el referente de las ideas y la política en Occidente. Y dentro de ella, indiscutiblemente destacaba Francia como cabeza de ese mundo europeo que tanto atraía a las nuevas naciones. Sus experiencias políticas y culturales parecían dignas de imitarse en aquellos países que necesitaban reforzar su identidad nacional. Francia se transformó en un arquetipo para Latinoamérica.

A partir de 1870 el desarrollo económico de Chile le permitió un mayor intercambio, en todos los planos, con el extranjero. El aumento de la riqueza facilitó una fluida relación con el admirado mundo europeo. Fue también a partir de la década del setenta y hasta comienzos del siglo XX cuando se desarrolló el contacto más estrecho con lo francés debido a que durante esos años muchos miembros de la elite nacional viajaron y residieron en París, logrando captar los modelos franceses desde sus propias raíces. Sin la existencia de estos viajeros difícilmente la influencia francesa en Chile hubiese sido tan marcada. Santiago, capital política, social y cultural del país, fue la más beneficiada con este contacto, de tal manera que, sin exagerar, se puede decir que inició un proceso de afrancesamiento en todos los planos, incluyendo, por cierto, a sus habitantes.

Destacado papel en los cambios urbanísticos de la ciudad tuvieron una serie de arquitectos franceses contratados por el Gobierno de Chile. Uno de los primeros fue Juan Herbage, quien vino a Chile en 1840 por recomendación del Encargado de Negocios de Chile en Francia, Francisco Javier Rosales. Realizó los planos del Instituto Nacional y de otros edificios públicos de Santiago. También construyó en la ciudad de La Serena la Catedral y la Iglesia de San Agustín.[21] Por esos mismos años fue contratado otro arquitecto galo, Claude-François Brunet des Baines, que había estudiado en la Escuela de Bellas Artes de París y realizado importantes obras en su patria. La labor de los profesionales europeos se hizo sentir en primer lugar en





◀ Universidad de Chile, iniciada por el arquitecto francés Lucién-Ambrose Henault en 1863 y concluida por el chileno Fermín Vivaceta en 1865, en la Alameda de Santiago. Fotografía anónima, *ca.* 1875. Museo Histórico Nacional, Santiago.

◀ Palacio de la Exposición Internacional de Santiago de 1875, luego Museo Nacional, construido por el arquitecto francés Paul Lathoud en la Quinta Normal de Santiago, 1874-1875. Fotografía anónima, *ca.* 1880. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▲ Fachada de la casa conocida como La Alhambra, obra del arquitecto chileno Manuel Aldunate para el empresario minero Francisco Ignacio Ossa, en la calle de la Compañía en Santiago, 1860-1862.

▲ Torre de la iglesia de San Francisco de Santiago, realizada por Fermín Vivaceta entre 1859 y 1860.



la enseñanza de las Bellas Artes y, en segundo término, en la estética arquitectónica, debido a las múltiples construcciones que se les encomendaron. A Brunet des Baines le correspondió la carrera de arquitectura en la Universidad de Chile y escribió un manual llamado *Curso de Arquitectura.* Siendo arquitecto del Gobierno, trabajó en el diseño del primer Teatro Municipal junto a Augusto Charme.[22] "Las soluciones de Brunet des Baines –señala Eugenio Pereira Salas–, novedosas para el país, pero que responden a las habituales de la arquitectura de la Restauración y de Louis Philippe, inician la arquitectura señorial del siglo XIX. Corresponde en su interior un cambio en el mobiliario, el predominio del dorado sobre la oscura caoba; a las arañas de cristal, a los grandes espejos de espléndidos marcos".[23]

Sucesor de Brunet des Baines como Arquitecto del Gobierno fue Lucién-Ambrose Hénault. Nacido en Baziches en 1823, ingresó a la Escuela de Bellas Artes de París en 1844. Allí estudió arquitectura con Le-Bas y pintura con Ingres y Vernet. Llegó a Chile en 1857. Plasmó sus conocimientos en la cátedra y en diversos proyectos como la reconstrucción del Teatro Municipal tras el incendio de 1870, el edificio del Portal Fernández Concha en la Plaza de Armas, el pasaje Bulnes, el edificio del Congreso Nacional, el inicio de la construcción de la Universidad de Chile, los bancos Nacional de Chile y Mobiliario, además de numerosas casas particulares.

Los arquitectos franceses contratados por el Gobierno chileno no sólo dejaron su huella a través de diversas obras. También supieron formar discípulos que continuarían con su estilo, tales como Manuel Aldunate y Fernando Vivaceta. Los grandes cambios arquitectónicos que se produjeron en el Santiago de la segunda mitad del siglo XIX se deben, en buena medida, a la labor de estos maestros que crearon una escuela, de orientación francesa, a la que adscribieron varios discípulos chilenos. Pero junto al talento, las grandes transformaciones urbanísticas requieren de hombres tenaces y capaces de impulsar los cambios. En Chile ese hombre fue Benjamín Vicuña Mackenna.

Fruto de los trabajos realizados por el prefecto Haussmann, París se había transformado sin discusión en la ciudad más hermosa de Europa. Su belleza y esplendor atraían y eran fuente de inspiración de muchas proyecciones urbanísticas que se realizaban en otras ciudades de Francia y Europa. Y para los viajeros latinoamericanos que la conocían no dejaba de invitarlos a soñar, al compararla con sus atrasadas ciudades coloniales. Benjamín Vicuña Mackenna fue uno de aquellos viajeros soñadores que, a diferencia de otros, pudo plasmar en la realidad muchos de esos sueños desde su cargo de Intendente de Santiago (1872-1876), convirtiéndose en verdadero artífice de la transformación de la ciudad. Con la colaboración del arquitecto francés Paul Lathoud, inició un plan urbanístico que tomaba a París como modelo para el nuevo rostro que le quería dar a Santiago. En 1872, bajo el nombre *La transformación de Santiago*, presentó a diversas autoridades una serie de notas e indicaciones sobre los cambios que se debían realizar. Todas ellas iban acompañadas de lo que al respecto se había efectuado en París. Así, por ejemplo, al proponer varias medidas de saneamiento del barrio popular la Chimba, señalaba que era preciso erradicar, al igual como se hizo en la capital de Francia, todos los conventillos por ser éstos fuentes de insalubridad. Al referirse a la pavimentación de las calles indicaba que debía ser similar a la de las calles parisinas Saint-Honoré, Richelieu y Vivienne. Respecto al ancho y el estilo del camino de circunvalación de la ciudad, proponía como ejemplos la Avenue des Champs-Élysées y la Avenue de Montreuil en Versalles. Y como estos, sugería muchos ejemplos parisinos para adoptar en Santiago.[24] El impulso urbanístico del Intendente fue notorio, a tal punto que una revista parisina comentaba en 1873: "Solamente en Santiago, durante el año 1873, se han construido 314 edificios públicos, por un valor total de 3.939.430 piastras".[25]

Unido a su conocimiento personal de la capital europea, Vicuña Mackenna pidió a su amigo Claudio Gay –científico francés que había trabajado en Chile al servicio del Gobierno– que le enviase material bibliográfico desde París para poder sacar ideas. Queriéndolo o no, Vicuña





◀ Benjamín Vicuña Mackenna. Retrato realizado por el pintor chileno Marcial Plaza Ferrand, en 1909. Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago.

▲ La Cañada de Santiago con la iglesia y el monasterio de Santa Clara y el cerro Santa Lucía. Fotografía de Pedro Adams y Emilio Garreaud en el *Álbum del Santa Lucía*, Santiago, 1874. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

▲ Vista de Santiago desde el cerro Santa Lucía, hacia el oriente. Fotografía de Pedro Adams y Emilio Garreaud en el *Álbum del Santa Lucía*, Santiago, 1874. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

Mackenna se transformó en *el pequeño Haussmann* para sus compatriotas y así se lo hacía saber Gay desde París:[26]

> "Todas las cartas que recibo de Chile me hablan con admiración y entusiasmo de mi buen Benjamín, y este concierto de homenajes hace también eco en París, donde no hay un miembro de la colonia chilena, que aquí es bastante numerosa, que no tome parte en él. Todos con gran contento se enorgullecen de la brillante transformación que comienza a tomar Santiago bajo su activa e inteligente Intendencia. Es un Haussmann en miniatura que poseemos, dicen, y que con el tiempo y nuestra gran prosperidad esta capital va a llegar a ser la ciudad de gusto y placer de la América del Sur, como París lo es de Europa entera".[27]

Del material enviado por Gay el Intendente sacó, entre otras, ideas para completar la transformación del cerro Santa Lucía con un paseo que se convirtió en orgullo para la ciudad y en centro social. Lo dotó de varias terrazas y miradores, pérgolas, fuentes de agua, senderos empedrados, plazoletas con bancos, quioscos, un teatro, forestación con especies autóctonas y extranjeras, etc. Destacaban las numerosas estatuas de bronce mandadas a hacer a Francia.[28]

En un informe a la Corona británica, el diplomático inglés Horace Rumbold daba cuenta de los trabajos del Santa Lucía en los que se habían invertido 2.210.865 francos. Criticaba su magnificencia y el que se hubiese gastado ese dinero que podría haber servido para cosas más útiles como arreglar el estado de algunas calles o aumentar el salario de la policía.[29] No dejaba de tener razón, pues el estilo europeo de la ciudad sólo se circunscribía al centro de la misma, quedando sus arrabales en el más completo abandono. Pero si los suburbios permanecían en el olvido, el centro de Santiago había cambiado de fisonomía: calles anchas franqueadas por casas estilo *petit hôtel* parisino, importantes paseos (Parque Cousiño, Quinta Normal y Santa Lucía), edificios públicos de formas europeas, pavimentación, alumbrados, sistemas de transporte colectivo, etc. Y esto no pasó desapercibido para los extranjeros.[30]

Los habitantes de Santiago se sentían orgullosos de las transformaciones de la ciudad. A veces, con más exageración que realismo, de buena gana tendían a hacer comparaciones con algunos lugares de París. Al respecto, Camille de Cordemoy escribía: "En Chile se compara de buena gana la Alameda con los Campos Elíseos".[31] Por su parte *Le Magasin Pittoresque*, en un artículo sobre las ciudades de Santiago y Valparaíso, también hacía referencia a estos paralelos:

> "Los habitantes de Santiago llaman a esta ciudad el París de la América del Sur. Para justificar tal nombre se muestra a los extranjeros numerosos edificios, algunos de ellos muy destacados; largas avenidas regularmente trazadas y donde se han construido casas de gusto parisino; bellos paseos, donde circulan elegantes carruajes que podrían ser vistos en cualquier gran ciudad europea [...]".

Y el redactor de la revista francesa le concedía el mérito de ser, al menos, un pequeño París, pero con una salvedad: "Si se quiere, Santiago es un pequeño París, pero un París donde se trabaja poco".[32]

Lo francés producía admiración y como la admiración suele tender a la imitación, conscientemente o no, en la sociedad santiaguina, sobre todo las elites, se adoptaron usos y costumbres propias del país europeo que comenzaron a ser parte de la vida diaria. Este influjo francés en lo cotidiano también llegó de distintas maneras a la clase media urbana y a las elites regionales. Por esta razón, no es extraño que para nacionales y extranjeros la sociedad criolla, en su vida de relaciones sociales y en la intimidad de sus familias, presentase muchas formas que la acercaban a

El Intendente Vicuña Mackenna y sus colaboradores posan en la "Roca Tarpeya" del cerro Santa Lucía. Fotografía de Pedro Adams y Emilio Garreaud en el *Álbum del Santa Lucía,* Santiago, 1874. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

Vista del cerro Santa Lucía desde la calle Carmen. Pintura de autor anónimo, Santiago, *ca.* 1880. Museo Histórico Nacional, Santiago.







una "vida a la francesa". Y en la medida en que se ascendía en la escala social, esas formas pasaban a ser, si no un retrato, al menos una copia –elegante o burda– de ese vivir de la alta sociedad parisina. Muchos hábitos fueron asimilados de manera digna y contribuyeron a la sociabilidad y el progreso, pero también hubo costumbres que, por ajenas y no acordes con la idiosincrasia nacional, ya en la época, a varios parecieron ridículas y exageradas. Jóvenes con aire de *dandies*, que usaban un lenguaje rebuscado en el que forzosamente tenían que aparecer palabras y giros en francés, podían ser considerados como extravagantes. Una dama demasiado afrancesada era candidata a ser catalogada de cursi. Y caer en situaciones como las descritas no era algo demasiado raro. El literato y diplomático chileno Alberto Blest Gana, en sus novelas santiaguinas que reflejaban a la sociedad, presentaba personajes de este tipo. Imposible no recordar los ridículos modos de Agustín Encina en su novela *Martín Rivas*.[33] Encina representaba lo que en París era un *gommeux*, y si bien era un personaje ficticio, tuvo sus colegas de carne y hueso. El belga Eugéne Robiano se los encontró en la Alameda de Santiago: "Es aquí donde el *gommeux* del lugar viene a mostrar las gracias perfumadas de su pequeña persona, el encolado de su chaqueta, lo esponjoso de sus formas o el arte con el que domina su caballo".[34] Alberto del Solar fue uno de los críticos de esa extremada facilidad en adoptar costumbres ajenas por parte de ciertos chilenos: "[...] la *nouveauté* tan perseguida nos parece desde luego cosa propia, y la usamos adoptándola no sólo de igual manera, sino que las más veces, de manera exagerada, que en ocasiones, degeneraba en ridícula".[35]

En Chile, la moda francesa se fue imponiendo gradualmente hasta que, a fines del siglo XIX, predominaba en las clases altas y medias, no sin tener cierta influencia también en los sectores populares. En Santiago, desde mediados del siglo XIX, en las clases altas el vestido estuvo muy relacionado con las relaciones sociales. Cada circunstancia exigía una tenida específica, por lo que había atuendos para cada ocasión: mañana, tarde, ceremonias oficiales, bailes, cenas íntimas, cenas de gala, recepciones, ópera, paseos, etc. La elección del vestido, el tipo de género, el sombrero y demás accesorios estaban





Vista de la laguna del Parque Cousiño. Fotografía de Félix Le Blanc (at.), *ca.* 1885. Museo Histórico Nacional, Santiago.

Catedral, Palacio Arzobispal y Plaza de Armas. Pintura de autor anónimo, *ca.* 1880. Banco Santander, Santiago.

Pila de mármol realizada en Génova, Italia, por el escultor Orsolino con alusión a la independencia americana. Fue emplazada al centro de la Plaza de Armas en 1838 a instancias de Francisco Javier Rosales y se la conoció como la "pila de Rosales".

sujetos a un verdadero ritual en el que no podían cometerse errores sin hacer prueba de falta de educación. El respeto de estos usos venía del mundo de la alta sociedad, pero también era observado por las *demi-mondaines*. Con relación al estilo de la moda, para el caso de las mujeres, éste se caracterizaba por la amplitud de las formas, la abundancia de la ornamentación, la profusión de los accesorios, la variedad de las telas y una estricta reglamentación respecto a la manera de usarla.[36]

En la difusión de la moda francesa al resto del mundo, jugó un papel de primer orden la creación de los *grands magasins* y su sistema de venta por catálogos. Con el paso de los años, en Santiago y otras ciudades del país igualmente se fueron abriendo grandes tiendas que importaban la moda parisina y también la fabricaban de acuerdo a los patrones dictados en esa ciudad europea. Sus vitrinas y dependencias ofrecían una buena oportunidad de conocer los nuevos dictados de la alta costura. También fueron importantes las crónicas sobre el tema aparecidas en diversos periódicos y revistas nacionales y europeas que circulaban en Santiago, como también la







◀◀ pp. 158-159. El río Mapocho y los tajamares durante el paseo de los seminaristas. A mano derecha se ve el cerro San Cristóbal y a la izquierda el templo de la Recoleta Franciscana. Pintura anónima, Santiago, *ca*. 1875. Colección particular.

▲ Canalización del río Mapocho. Pintura de Rafael Correa, Santiago, *ca*. 1890. Museo Histórico Nacional, Santiago.



creación de publicaciones especializadas que, vía correo, llegaban a las manos de los futuros consumidores. Indudablemente que el viaje a Francia igualmente representó una excelente oportunidad para conocer las nuevas tendencias y renovar la indumentaria.

Tal vez en esto de asimilar usos franceses fueron las mujeres las que más destacaron por su mezcla de coquetería refinada y buen gusto en el comportamiento social. Y precisamente siendo las damas parisinas maestras del *charme*, se constituyeron en modelos para el resto. No sólo importaba vestirse a la última moda, sino que, literalmente, había que actuar según las instrucciones que llegaban desde la capital francesa: cubrir con el abanico un posible sonrojo producido por la mirada indiscreta de un desconocido, pero a la vez mostrarle los ojos; en los paseos públicos aparentar indiferencia frente a los admiradores; juguetear con el quitasol con el fin mostrar y a la vez ocultar; en la calle y durante la mañana caminar con rapidez, pero en la tarde y en los paseos hacerlo con más lentitud y cadencia, etc. Estas costumbres, y muchas otras, se hicieron comunes y normales, de tal modo que el juego de la coquetería con desconocidos, antaño quizá no bien visto, pasó a ser considerado parte de la gracia de toda mujer bella.

Al igual que en el París del Segundo Imperio y de la Tercera República, en Chile, y principalmente en su capital, la sociabilidad en esa época se fue volcando también hacia los espacios públicos. Un terreno fiscal de más de ochenta hectáreas, destinado antes a Campo de Marte, fue entregado en 1870 a Luis Cousiño. Este, de su peculio, lo transformó en un paseo público al estilo del parque Bois de Boulogne. Contaba con más de ocho kilómetros




AQUI ESTA SILVA
A la Chicha
de Aconcagua



de caminos y senderos interiores, un lago con islas, puentes y embarcaderos, viveros, restaurante, pabellón de música y un cuerpo de guardabosques uniformados. Tal paseo y el de la Quinta Normal, que más de algún osado de buena gana quiso compararlos con los respectivos Bois de Boulogne y de Vincennes, se transformaron en lugares de encuentro de la alta sociedad que, al igual que en París, acudía a ellos en elegantes carruajes tirados por caballos de raza. Luis Orrego Luco recuerda que "los jueves estaba de moda el paseo al Parque Cousiño. Alrededor de la laguna desfilaban lentamente carruajes de lujo, tirados por caballos bastante bien enjaezados que poseían las familias de alta sociedad [...]".[37]



◀◀ pp. 162-163. Nochebuena en la Cañada. Dibujo y grabado de Frédéric Sorrieu, de fotografía (Tornero 1872). Museo Histórico Nacional, Santiago.

◀ Paseo nocturno en la Plaza de Armas. Grabado de Théodore Child publicado en *Harper's New Monthly Magazine,* noviembre de 1890. Cornell University Library, Nueva York.

▲ Procesión del Corpus Christi. Grabado de Théodore Child publicado en *Harper's New Monthly Magazine*, noviembre de 1890. Cornell University Library, Nueva York.







El gusto por lo francés lo inundaba todo y no dejaba de sorprender a quienes eran oriundos de esa tierra de paso por Chile. En 1894, el hijo del presidente francés Sadi Carnot visitó Chile y tuvo oportunidad de asistir a una fiesta en casa de los Antúnez Cazotte, a quienes había conocido en París. En unas declaraciones el visitante señaló: "Si me hubiese trasladado aquí, con los ojos cerrados, de una fiesta parisiense, habría jurado que todavía me encontraba en ella [...] He visto en otras ciudades de América el mismo lujo en el amueblado y en la decoración, pero en ninguna he encontrado esta suprema elegancia de figuras y vestidos, esta rara armonía de la gracia y la severidad en el espíritu [...]".[38]

Lamentablemente, la adquisición de nuevos patrones de conducta por parte de algunos miembros de la aristocracia les significó el debilitamiento de esa sobriedad y modestia que los había distinguido. La sugestión ejercida por lo francés los empujó hacia un mayor lujo y refinamiento que los distanció material y espiritualmente de los sectores populares.[39] Sin las grandes riquezas amasadas a partir de la década del setenta no hubiese sido posible ese cambio de estilo de vida que perduraría hasta la Gran Guerra de 1914.





◀ Mujeres de manto. Cerámicas moldeadas y policromadas hechas por Sara Gutiérrez, Santiago, *ca.* 1890. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▲ Santiago desde la Chimba en 1889. Dibujo de Melton Prior que muestra las obras de canalización del río Mapocho y el puente de tranvías que entra por la calle 21 de Mayo, las torres del Mercado Central, las de la iglesia de Santo Domingo, la de los bomberos y la de la Catedral. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▶ Vendedor de jaulas y juguetes junto al Mercado Central. Fotografía anónima, *ca.* 1880. Museo Histórico Nacional, Santiago.







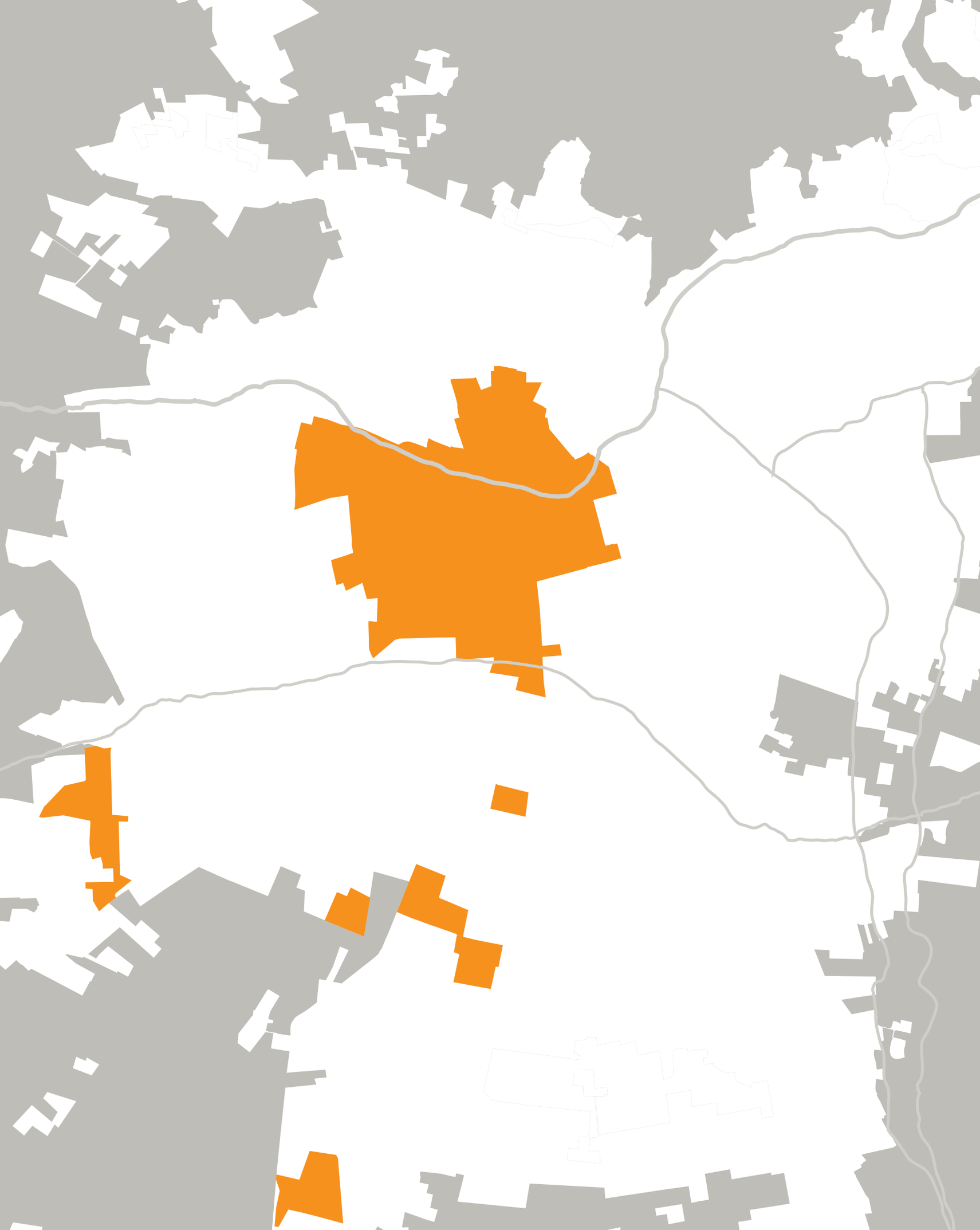


Al iniciarse el siglo XX, Santiago se había transformado en una ciudad de contrastes radicales. El afrancesamiento que hemos descrito fue dejando una profunda huella en calles, decoración, costumbres y habitantes. Pero todo esto quedó restringido a aquellos que vivían en el centro de la ciudad, a diez cuadras a la redonda y poco más. En los suburbios la realidad era muy distinta, pues comenzaron a crecer explosivamente las chozas y conventillos que acogían una pobreza y una marginalidad frente a las cuales no se tuvo respuestas adecuadas. Comienza la llamada cuestión social que, aunque se enuncia como tal en los primeros decenios del siglo XX, será un problema siempre presente durante el resto de la centuria.

Santiago de Chile iniciaba el siglo XIX en medio de las convulsiones de un proceso político que llevaría a Chile a la Independencia. Transcurriría un siglo entero de paulatinos progresos y transformaciones radicales que elevaron la ciudad, según muchos, al nivel de las principales urbes de Europa. Para el Centenario de 1910 la capital mostró un esplendor y una grandeza que llamaron la atención dentro y fuera del país. Pero ese momento parecía ser un clímax que pronto daría paso a peores tiempos. La pobreza y la miseria que empezaban a rodearla, junto con un sistema político ineficaz, oscurecerían ese esplendor.

◀◀ pp. 168-169. Alameda de las Delicias desde la calle Vergara. A la distancia se ve la torre de la iglesia de San Vicente de Paul. Óleo de Alberto Orrego Luco, Santiago, *ca.* 1890. Colección particular.

◀ Nuevos jardines de la Plaza de Armas. Fotografía anónima, *ca.* 1890. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.





Capítulo VI

El Centenario

1910

Hernán Rodríguez Villegas


SANTIAGO
Y
SUS ALREDEDORES
Parte de la Zona central de Chile
regada por los acueductos
de la Sociedad del
CANAL DE MAIPO
(FUNDADA EN 1827)
Publicado por acuerdo del
Directorio de la Sociedad
del Canal de Maipo de fe-
cha 15 de Abril de 1901.
Este plano se ha formado tomando por
base el levantado por el Estado Mayor del
Ejército, los existentes en el Archivo de la
Sociedad i algunos planos particulares.
Los acueductos trazados en este plano son
los canales jenerales de propiedad de la So-
ciedad, de donde arrancan las acequias que
conducen los regadores de los accionistas.
N.A
SANTIAGO

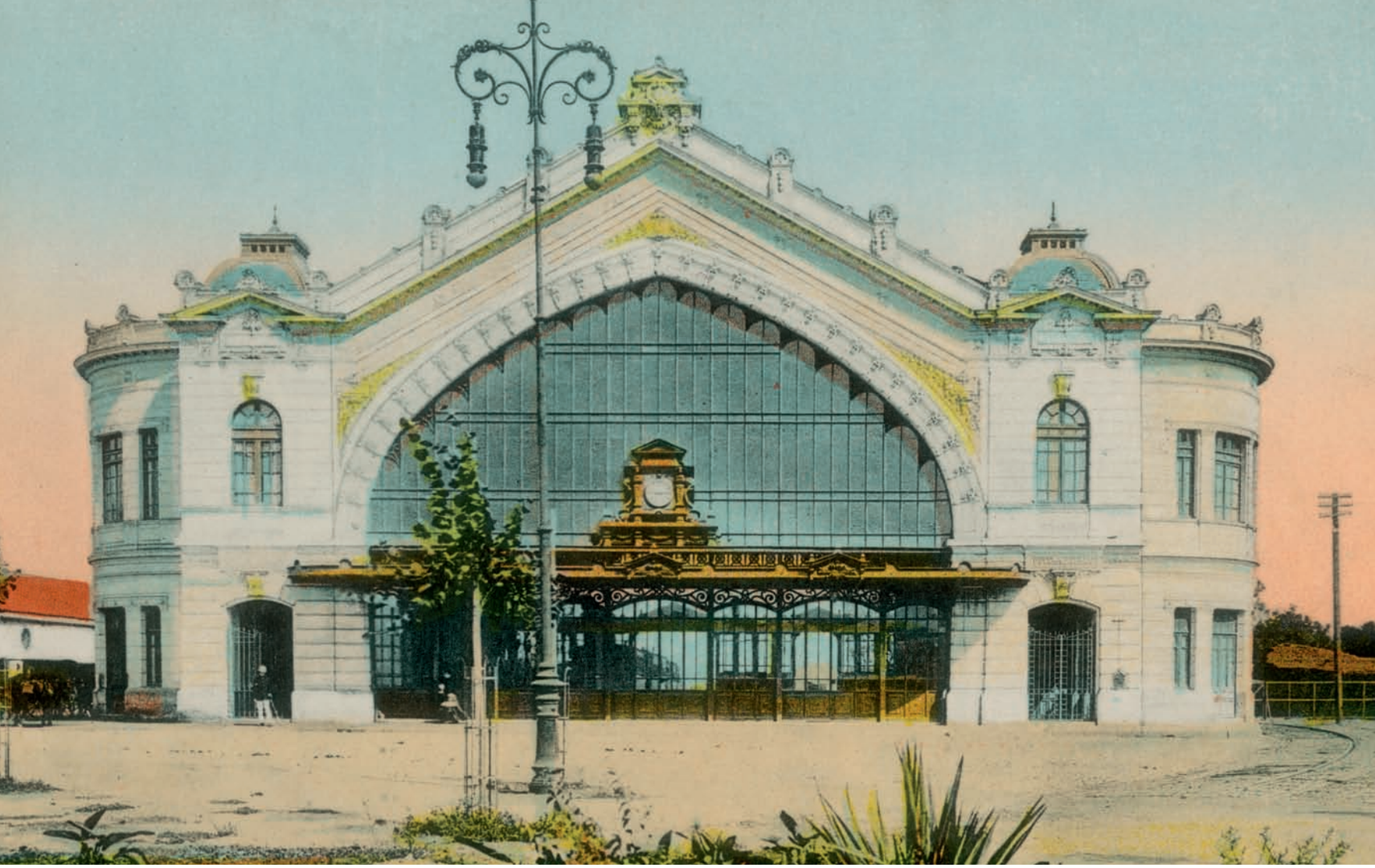
Luces y sombras de un aniversario

La celebración del Centenario de la Independencia de Chile en septiembre de 1910 originó más expectativas que realizaciones y después de los desfiles, discursos y banquetes de rigor, la ciudad volvió a ser la misma. No hubo una propuesta o un proyecto global para hacer de Santiago la capital de una república consolidada. De alguna manera se siguieron llevando adelante algunos conceptos planteados por el intendente Benjamín Vicuña Mackenna en 1872; se continuó avanzando en la implementación de nuevos sistemas de transporte, comunicación y servicios, y se permitió que la ciudad siguiera creciendo aceleradamente, sin orden ni concierto, sin saber si ello era señal de progreso o subdesarrollo.

Más población y más comunas

Los 256.000 habitantes de 1895 fueron 332.000 en 1907 y posiblemente 365.000 en 1910.[1] La ciudad, que en 1872 era un rectángulo relativamente ordenado que se quiso rodear con un "camino de cintura", se había convertido en una figura compleja que avanzaba desordenadamente hacia el oriente, el poniente y el sur. La Ley de Comuna Autónoma, que se dictó en 1891, motivó la creación de nuevos municipios con territorios mixtos, urbanos y rurales. Entre 1891 y 1901, en terrenos que originalmente pertenecieron a Santiago, se crearon las comunas de Ñuñoa, Providencia, Las Condes, Renca, Barrancas, Maipú, San Miguel, La Florida, La Granja y Puente Alto, cada una de las cuales tendió a crear su propio centro urbano, atraer vecinos e instalar industrias.[2] Sobre todo esto último, porque una fuente de trabajo era, más que un atractivo, una necesidad para una población siempre en aumento: minería en La Disputada y en El Volcán, industrias en Providencia y en Puente Alto, faenas de tracción eléctrica en el Cajón del Maipo, agricultura en San Bernardo, Buin y Melipilla, lugares todos adonde llegaba el tren.[3]

Santiago y sus alrededores. Plano del valle de Santiago con su red de canales de riego, encargado por el Directorio de la Sociedad del Canal de Maipo al ingeniero Agustín Rengifo y publicado en Santiago en 1902. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.



Trenes, tranvías y plazas

El ferrocarril ayudó a extender la ciudad. En 1895 ya funcionaba el tren a Pirque que salía desde la estación Providencia, en la plaza Colón. Pronto originó el ramal a San Enrique, que subía por la orilla del río hasta la Cervecería, inmediata al Canal San Carlos. Para unir las estaciones Providencia y Central se creó en 1899 el Ferrocarril de Circunvalación, que tuvo paraderos en Matadero y en San Diego, donde crecieron extensas barriadas.[4] Si en el siglo XIX el ferrocarril y el gas habían sido símbolos de la modernidad, en el XX lo fueron el teléfono, el asfalto, los automóviles y la electricidad.

La modernidad alcanzó a los "carros de sangre" que comenzaron a electrificarse. En 1900 se inauguró el primer recorrido de tranvías eléctricos por las calles Bandera y San Pablo, y a pesar de los sombríos pronósticos de algunos –"esto tiene que acabar mal, porque una cosa que se mueve sin que se sepa cómo, tiene que ser cosa del

▲ Estación de Pirque o Providencia. Construida por el arquitecto Emilio Jecquier en Plaza Italia, hacia 1908. Postal coloreada, *ca.* 1910. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▶ *Calle Ahumada*. Óleo del pintor Enrique Lynch, 1902. Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago.


BOTICA


15
MATADERO
115
EMPOR


CIGARRILLOS
POPULARES
DEPOSITO
GENERAL
STO DOMINGO 684



diablo"– el nuevo sistema se extendió por toda la capital.[5] A la red de ferrocarriles pronto se sumó la de tranvías. Llegaron a San Bernardo en 1902, a Tobalaba y a la avenida Pedro de Valdivia en 1905, a Los Guindos en 1906 y a Barrancas en 1908.[6]

La ampliación de la red de líneas, recorridos y tráfico de pasajeros motivó la creación de nuevas plazas que se convirtieron en hitos importantes para la ciudad y la identidad de los nuevos barrios que crecieron en su alrededor. En 1892 se creó la plaza Colón, convertida en plaza Italia en 1910 y, poco más tarde, en Baquedano. La plaza Ñuñoa surgió en 1894 y un año más tarde la plaza Pedro de Valdivia. En 1901 se inauguró la plaza Vicuña Mackenna, al pie del cerro Santa Lucía y en 1906 la plaza Brasil.[7] El tráfico creciente y populoso de tranvías obligó a retirar sus paraderos de la Plaza de Armas, donde producían congestión. Se trasladaron frente al Mercado, en terrenos que se ganaron al río.

◀ El carro Matadero por la calle Arturo Prat. Fotografía anónima, 1920. Archivo Chilectra, Santiago.

◀ Monumento de la Colonia Italiana en Plaza Italia. Fotografía de Aureliano Vera (at.), *ca.* 1915. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▲ Tranvía Plaza de Armas – Tobalaba. Fotografía anónima, *ca.* 1920. Museo Histórico Nacional, Santiago.





Tranvías en Estación Mapocho. Fotografía anónima, *ca.* 1915. Museo Histórico Nacional, Santiago.

Pareja conversando. Grabado anónimo publicado por la Lira Popular, Santiago, *ca.* 1900. Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares, Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

Alrededores de la Vega central. Fotografía anónima, *ca.* 1900. Museo Histórico Nacional, Santiago.

Los terrenos del río

La canalización del río Mapocho, parcialmente concluida en 1891, originó amplios terrenos en el corazón de la ciudad. En el costado sur del río se habilitó la Plaza de los Tranvías, inmediata al Mercado, la que pronto se convirtió en un nudo vial lleno de animación. Al frente, río de por medio, se amplió la feria de productos que ya se conocía como la Vega del Mapocho y donde, a partir de 1895, se comenzaron a construir galpones para resguardar carretas, productores y caseros que, a diario, colmaban el sector.[8]

Similar función y vitalidad que la Plaza de los Tranvías o del Mercado tuvo la llamada plaza Argentina o de la Estación, frente a la Estación Central. Estaba siempre pletórica de tranvías y coches que recibían –o más bien aturdían– al viajero que llegaba a la capital. Ahí estuvo el Hotel Melossi, inmortalizado en muchas crónicas y en la memoria del deporte, ya que ahí funcionó el primer club de boxeo del país en 1899.[9]

En ambas plazas hubo sucursales bancarias, casas comerciales, hoteles, restoranes, chinganas y prostíbulos. Sus alrededores fueron sinónimo de barrio bravo donde, entre otras cosas, los llamados "cafés asiáticos" amparaban tanto la venta de licores como a las mujeres de "mala vida". En 1899 había 24 "casas de citas" en el cuadrante de San Antonio, Bandera, Santo Domingo y San Pablo.[10]





La cuestión social

En líneas generales, la ciudad tenía un ordenado corazón de cuadrícula, pero un cuerpo desordenado, rodeado de pobreza. Un centro que miraba a Europa y un borde sin horizontes, desarraigado del mundo rural, donde, en callejones de tierra o huevillo, había ranchos construidos con quincha, tablas y zinc, o conventillos de fachada continua que ocultaban patios húmedos colmados de artesas, ropa colgada y chiquillos descalzos.

La ciudad se convirtió en un motivo literario. La novela *Un idilio nuevo* (1900) de Luis Orrego Luco, utilizó a la capital como telón de fondo, retratada detalladamente con vívidos colores. *Juana Lucero* (1902), la novela de Augusto D'Halmar, situó el drama de su protagonista en el barrio Yungay. *Casa grande* (1908), también de Orrego Luco, transcurre sobre elegantes carruajes en las calles asfaltadas del centro. Santiago fue también el contexto en el que se desarrolló después la escritura de autores como José Santos González Vera, Carlos Sepúlveda Leyton, Alberto Romero y Nicomedes Guzmán.

▲ Conventillo en Avenida Brasil. Fotografía anónima, 1920. Archivo Chilectra, Santiago.

▶ Comercio en la Alameda esquina de calle San Antonio. Fotografía anónima, *ca.* 1910. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▶ Primera edición de *Juana Lucero*. Imprenta y Litografía Turín, Santiago, 1902. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

En la capital, el siglo XX se inició con dramáticas expresiones de miseria y descontento que dieron cuenta de un urgente desafío para el país, la "cuestión social", de la que no se tomó clara conciencia. En mayo de 1903 se produjo un gigantesco encuentro de trabajadores en la plaza Argentina, frente a la estación, y hubo varios oradores –entre ellos una mujer– que, según el parte policial, "tendían a incitar al pueblo a la revuelta y alzarse contra las autoridades y el orden social".[11] Más tarde, en octubre de 1905, a raíz de un impuesto sobre la importación y el costo de carne, se movilizaron entre 25.000 a 50.000 personas, muchas de las cuales se reunieron frente al palacio de gobierno. Mientras un grupo de ellos fue a conversar con el presidente Riesco, que estaba en su casa, otros generaron desórdenes y confusión, lo que hizo intervenir a bomberos y a voluntarios armados. Al finalizar la jornada de la "semana roja" o "huelga de la carne" se contabilizaron más de 200 muertos.[12]




Pina







La arquitectura

El centro de la capital, y del país, era un pequeño triángulo pletórico de actividad y arquitectura, limitado por la Alameda, el cerro Santa Lucía, el río y la calle Teatinos. Su eje era la Plaza de Armas, donde estaba la síntesis de los poderes: la tierra, el cielo y la modernidad. De derecha a izquierda estaban los edificios del Correo Central, el Telégrafo, la Ilustre Municipalidad, los portales de comercio, el Palacio Arzobispal y, finalmente, la Catedral Metropolitana.

La antigua iglesia de Toesca se sometió a una completa remodelación, a cargo del arquitecto italiano Ignacio Cremonesi. Se inauguró en 1906 con dos esbeltas torres en la fachada principal y sobre el altar mayor una alta cúpula, que pasó a ser característica en el perfil de la ciudad. El arquitecto porteño Ramón Fehrman intervino la fachada del Correo y el arquitecto Eugenio Joannon, francés, la fachada del Municipio.[13] La plaza también se

◀◀ pp. 184-185. *El niño enfermo*. Óleo de Pedro Lira, 1902. Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago.

◀ Pabellón París, construido por Henri Picq para albergar la muestra de Chile en la Exposición Internacional de París en 1889. Trasladado a Chile e instalado en la Quinta Normal de Santiago, hoy es sede del Museo Artequín.

▲ Virgen del cerro San Cristóbal, tuvo como modelo la Inmaculada de la Plaza España, obra de Giuseppe Obici. Es de fierro fundido en Val D´Osne, Francia, gracias a los generosos aportes de los vecinos de Santiago. Fotografía de Obder Heffer, Santiago, *ca.* 1910. Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, Santiago.





▲ Edificio Undurraga en la esquina de Alameda y calle Estado, proyectado por el arquitecto catalán José Forteza en 1913. Fotografía anónima, *ca.* 1925. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▲ Palacio de los Tribunales de Justicia en la Plaza Montt Varas, construido por el arquitecto Emilio Doyere entre 1905 y 1925. Fotografía anónima, *ca.* 1915. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▶ Edificio Iñiguez en la esquina de Alameda y calle Dieciocho, obra de los arquitectos Ricardo Larraín Bravo y Alberto Cruz Montt. Fotografía anónima, *ca.* 1920. Museo Histórico Nacional, Santiago.

modificó y el ordenado diseño del siglo XIX se cambió por un jardín "a la inglesa", con caminos sinuosos y lagunas de forma irregular.

El terremoto de 1906, que destruyó Valparaíso, afectó la densificación creciente del núcleo del centro que, a partir de entonces, cambió definitivamente su sistema constructivo. La noche de terror que vivieron los santiaguinos luego del terremoto, durmiendo a la intemperie o arriba de los coches en plazas y avenidas, hizo que el cambio fuera drástico.[14]

Se popularizaron el hormigón, el cemento armado y el uso de estructuras metálicas, aunque no era algo nuevo. En 1892 se había levantado un edificio metálico en la Plaza de Armas, diseñado por el arquitecto Joannon para doña Enriqueta Jara. Un año más tarde se construyeron puentes metálicos para cruzar el canalizado río Mapocho. En 1894 llegó a Chile, desarmado, el pabellón metálico que representó a Chile en la Exposición Internacional de París de 1889 y se reconstruyó en la Quinta Normal. En



1900 se cubrieron los andenes de la Estación Central con una gran cubierta metálica hecha por Schneider Creusot en Francia.[15] Hasta la Virgen con que se coronó el cerro San Cristóbal el día de la Inmaculada en 1908 era de macizo fierro, aunque su misión fue espiritual y trascendente, velando por la ciudad y sus habitantes.[16]

Santiago en 1900 seguía atento a la arquitectura y a los arquitectos europeos, los franceses Joannon y Doyere, los italianos Provasoli y Cremonesi, el español Forteza. No obstante, comenzaron a destacar profesionales chilenos como Alberto Cruz Montt, Ricardo Larraín, Josué Smith Solar, Carlos Barroilhet y Manuel Cifuentes, a quienes se les encargaron muchas obras relevantes.

Si bien en este período disminuyó la construcción de "palacios" familiares, aumentó la de edificios de renta, comerciales y públicos. Es el caso de los edificios Iñiguez y Undurraga, ambos en la Alameda, uno en la esquina de calle Dieciocho y el otro en la esquina de Estado; el Portal Edwards, también en la Alameda; la Bolsa de Comercio en la calle Bandera; la Estación Providencia o Pirque en la antigua plaza Colón, que luego se llamó Italia y finalmente Baquedano; el Palacio de los Tribunales en la plaza Montt Varas; la Estación Mapocho y el Palacio de Bellas Artes, posiblemente las dos obras más emblemáticas del Centenario.[17 y 18]




HOTEL
FERRETERIA


MAIZENA SAN MIGUEL





El Bellas Artes y la Estación Mapocho

El Bellas Artes se levantó en terrenos que se ganaron al río y al apetito inmobiliario de entonces. Porque hubo presión para lotear y construir viviendas, pero pudo más el buen criterio del intendente Enrique Cousiño y de vecinos ilustrados como Paulino Alfonso. En 1894 el paisajista Jorge Dubois entregó su propuesta para hacer un parque, el Forestal, en el espacio que surgió al canalizar el río, y comenzó a plantar los plátanos orientales que le dieron carácter.[19] En 1905 el Parque pareció el sitio más apropiado para levantar un edificio que albergara museo y escuela de bellas artes. Se convocó un concurso y lo ganó el arquitecto Emilio Jequier. La inauguración del Palacio de Bellas Artes, en septiembre de 1910, fue símbolo de las



◀◀ p. 190. Bolsa de Comercio de Santiago en calle Bandera, construida por el arquitecto Emilio Jecquier en 1917. Fotografía de Aureliano Vera (at.), *ca.* 1920. Museo Histórico Nacional, Santiago.

◀◀ p. 191. Portal Edwards en Alameda, proyectado por el arquitecto Carlos Barroilhet en 1901. Fotografía de Juan M. Sepúlveda (at.), *ca.* 1910. Museo Histórico Nacional, Santiago.

Municipalidad de Santiago en Plaza de Armas, fachada diseñada por el arquitecto Eugenio Joannon en 1895. Fotografía anónima, *ca*. 1925. Colección particular.

◀ Inauguración del Palacio de Bellas Artes durante el Centenario. Fotografía anónima, 1910. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▲ Exposición de pinturas y esculturas en el Museo de Bellas Artes en la Quinta Normal. Fotografía anónima, *ca.* 1900. Museo Histórico Nacional, Santiago.



festividades del Centenario: su gran cúpula de cristal iluminó una exposición internacional de obras de arte, que vino para celebrar el aniversario de Chile.[20]

La Estación Mapocho también se levantó en terrenos ganados al río y, como el Bellas Artes, fue obra de Jequier, ganada en concurso. Si bien se inició en 1905 y estaba previsto inaugurarla para el Centenario, dificultades en sus cimientos demoraron la obra que sólo pudo concluirse en 1912. A partir de entonces, fue la puerta internacional de Santiago, tanto de los pasajeros que venían de Valparaíso como de los que cruzaban la cordillera en el Ferrocarril Trasandino, que comenzó a operar en 1910.[21]





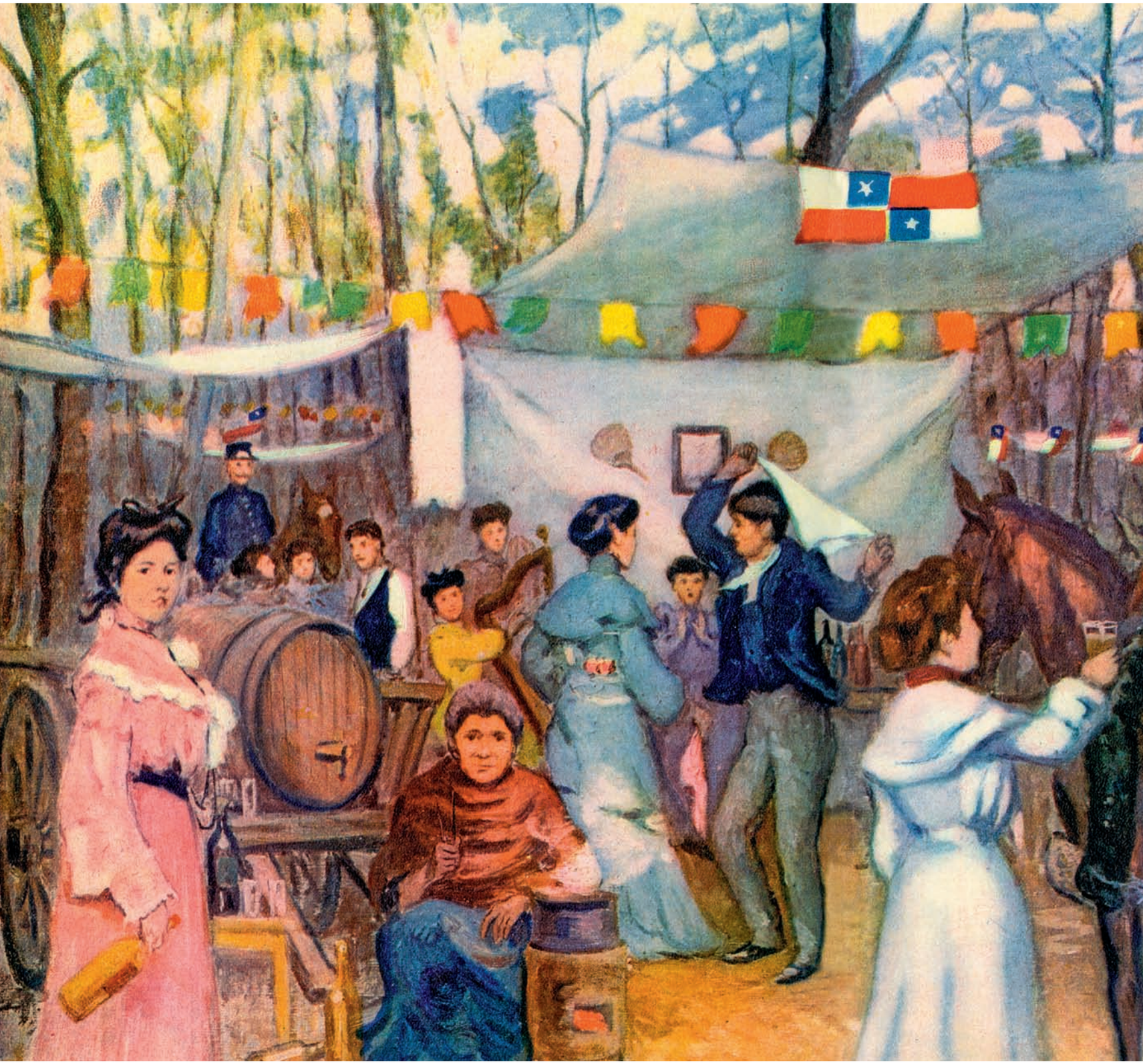


◀ Invernadero de la Quinta Normal. Óleo del pintor Ernesto Molina, Santiago, *ca.* 1900. I. Municipalidad de Santiago.

▲ Estación Mapocho construida entre 1905 y 1912 por el arquitecto Emilio Jecquier. Fotografía anónima, *ca.* 1920. Museo Histórico Nacional, Santiago.

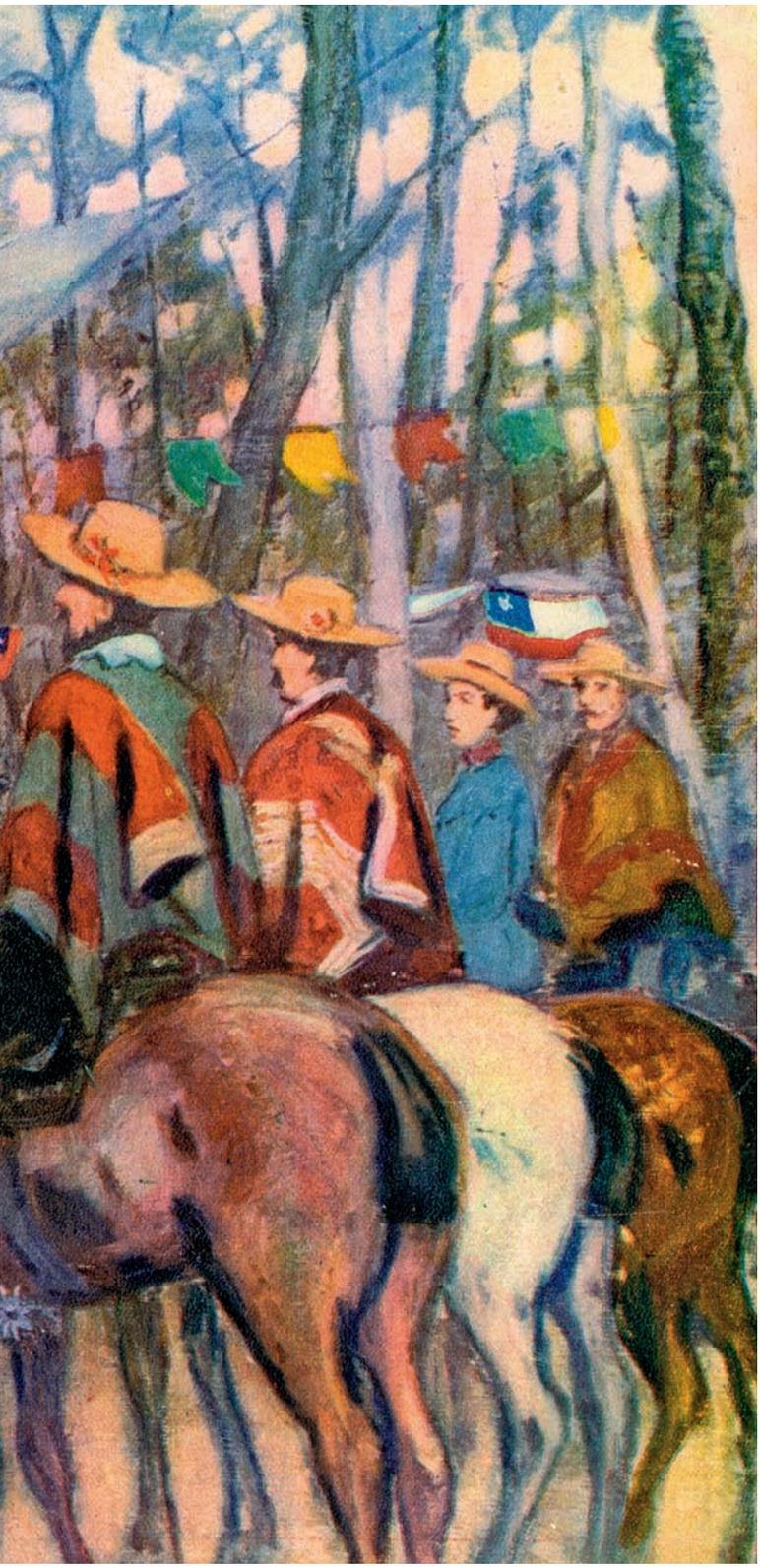
▲ Interior de la Estación Mapocho. Fotografía anónima, *ca.* 1920. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▶ El Trasandino, viaje a Buenos Aires. Dibujo del caricaturista Moustache, publicado en la revista *Zig-Zag*, 1910. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.



▲ Dieciocho de septiembre en el Parque Cousiño. Ilustración del pintor Ricardo Richon Brunet para la revista *Zig-Zag*, 1905. Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, Santiago.

▶ Luminaria con el escudo de Chile que proviene de la fachada del Palacio de La Moneda, 1910. Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile.





1910

Para Chile, el año del Centenario fue, de alguna manera, una tragicomedia. Se inició con un crimen, descubierto tras incendiarse la Legación Alemana de Santiago, en calles Nataniel y Alonso Ovalle. En sus ruinas se encontró el cuerpo del secretario Becker, pero un examen dental comprobó que el muerto era otro y el secretario, desaparecido, el posible asesino. Los carabineros, la policía y la opinión pública se movilizaron para encontrar a Becker, apresado cuando estaba a punto de escapar por el sur de Chile. Mientras se debatía su fusilamiento –que ocurrió el 5 de julio– el presidente Pedro Montt se enfermó gravemente y decidió viajar a Alemania en busca de salud, pero murió al llegar a Bremen, el 10 de junio. Asumió como vicepresidente don Elías Fernández Albano, que luego de presidir los solemnes funerales de don Pedro se habría resfriado y empeorado hasta fallecer el 6 de septiembre, cuando comenzaban a llegar a la capital las primeras delegaciones extranjeras. Asumió entonces don Emiliano Figueroa "medio huaso, payador valiente enamorado y sencillote", quien "de fornida envergadura y rojizas barbas, cumplió a carta cabal su función de animador de las fiestas del centenario", al decir de Joaquín Edwards Bello.[22]

Durante el mes de septiembre nadie se quedó en la casa. Familias completas deambularon por el centro admirando las luminarias, los carruajes, los todavía escasos automóviles, los escaparates del comercio y, sobre todo, la nueva tienda Gath y Chavez, *The Chilean Stores*, que se inauguró el día 10 con bombos y platillos en la esquina de calles Estado y Huérfanos, en un excepcional edificio de cuatro pisos que el periodista Daniel de la Vega





▲ Desfile militar por la Alameda de las Delicias durante las fiestas del Centenario. Fotografía de Julio A. Morandé, 1910. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▲ El Presidente Emiliano Figueroa en el desfile por Alameda durante el Centenario. Fotografía de Julio A. Morandé, 1910. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▶ Laguna del Parque Forestal. Fotografía de Obder Heffer (at.), *ca.* 1910. Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, Santiago.

describió, entusiasmado, como "catedral metálica".[23] Todas las noches la ciudad se iluminaba con fantasiosas luminarias de gas que reproducían emblemas y frases patrióticas, que aparecían y desaparecían mágicamente, acorde a la fuerza o quietud del viento. El 17 y 18 hubo tedeum en la Catedral y desfile de tropas y carruajes. El Parque Cousiño se cubrió de ramadas, donde se bailó dos días y dos noches. El 20 se inauguró el edificio y la exposición del Bellas Artes.[24]

Pero no sólo se celebró en septiembre. Durante todo el año hubo banquetes, ceremonias y encuentros, especialmente protagonizados por las colonias extranjeras que rivalizaron y se hicieron presentes inaugurando monumentos. El de Italia en la plaza Colón; el de Suiza en la Alameda; el de Francia frente al Bellas Artes; el de Alemania en el Parque Forestal: un gran barco de bronce que parecía navegar sobre la laguna donde se arrendaban



botes y bicicletas de agua. Los monumentos, los edificios, las delegaciones y los visitantes extranjeros crearon, de alguna manera, el deseo de embellecer y hacer más entretenida la ciudad. Eso motivó la construcción de la Casa de Botellas en la Quinta Normal, regalo de misiá Isidora Goyenechea, y del Pabellón del Panorama de la Batalla de Maipú en el Parque Cousiño, salón curvo donde se exhibía una pintura extremadamente realista del italiano Giacomo Grosso, con muertos y heridos en primer plano que impactaban en la sensible imaginación de los niños.[25] En agosto el aviador César Copetta se elevó en un biplano sobre la chacra Valparaíso, en Ñuñoa, y poco después, en diciembre, otro italiano, Bartolomeo Cattaneo, despegó en aeroplano sobre el Parque Cousiño e hizo piruetas y vuelos rasantes sobre la ciudad ante la mirada atónita de cientos de espectadores.[26] Hubo carreras con premios especiales, temporada de ópera extraordinaria, primeras piedras, bendiciones, escritos eufóricos y autocomplacientes, así como ensayos de crítica y denuncia. Mientras, la alcaldía, la prefectura de policía y los vecinos mantuvieron limpias plazas, calles y veredas. Hubo bandos formales que prohibieron la presencia de ambulantes, de cocinerías y venta de comidas, e impidieron vagabundear y dormir en la calle.[27] Pero se hizo el esfuerzo mientras hubo visitas; después de la fiesta, todo pareció volver a su estado original.





Nuevas expresiones de cultura urbana

Hasta el Centenario la cultura era casi exclusividad de la elite. Sus lugares de encuentro eran el Teatro Municipal, el Club Hípico, el Club de la Unión, los paseos en el cerro Santa Lucía, en la Alameda de las Delicias, en la Plaza de Armas, en el Parque Cousiño y en la Quinta Normal, establecidos de acuerdo a modas que imponían horarios, vestuario y todo tipo de códigos. También estaban normados por reglamentos que comenzaron a ser necesarios para convivir en una ciudad en la que a diario se incorporaban ciclistas, tranvías, carruajes y automóviles.[28] En 1908 no se permitía andar a más de 14 kilómetros por hora y se obligaba a tocar la bocina en todas las bocacalles.[29]

Los diarios y las revistas fueron un vehículo de socialización y cultura importante, que incorporaron la fotografía como complemento fundamental de la información. Surgió *El Diario Ilustrado*, que introdujo el fotograbado, sistema que pronto fue incorporado por *El Mercurio*. Las revistas ilustradas *Instantáneas* e *Instantáneas de Luz y Sombra*, dirigidas por Alfredo Melossi en 1900, fueron un prólogo de las numerosas revistas que surgieron luego, lideradas por *Zig-Zag*, semanario de excepcional calidad que creó Agustín Edwards en 1905 y se publicó hasta 1970. Las revistas *El Peneca* (1908), para público infantil; *Corre Vuela* (1908) de humor popular; *Selecta* (1909); *Familia* (1910); *El Pacífico Magazine* (1913); *Selva Lírica* (1916); *Chile Magazine* (1921), y *Los Sports* (1922) son algunos de los títulos que contribuyeron notablemente a modernizar y masificar la cultura en Santiago y en todo el país.[30]



Grupo familiar en Alameda frente a calle Bandera. Fotografía anónima, Santiago, *ca.* 1910. Museo Histórico Nacional, Santiago.

Tarde de carreras en el Club Hípico. Fotografía anónima, *ca.* 1905. Museo Histórico Nacional, Santiago.

Automovilista y peatón. Dibujo del caricaturista Moustache, publicado en la revista *Zig-Zag,* Santiago, 1910. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

Tranvía eléctrico en la Alameda de las Delicias esquina calle Carmen, con "imperial" para llevar pasajeros en el segundo piso. Fotografía de Karl Linderholm, *ca.* 1916. Museo Histórico Nacional, Santiago.



El cine, creación de los Lumière, llegó a la capital un año después que se diera a conocer en París. El Teatro Variedades exhibió un programa cinematográfico, animado, en agosto de 1896. Desde entonces, se mostraron ininterrumpidamente películas extranjeras y, mayoritariamente, documentales o imágenes de actualidad nacional, animadas con la música de pianistas, dúos y hasta cuartetos que, ubicados bajo la pantalla, tocaban atentos a las circunstancias que iban sugiriendo las imágenes. El Salón Apolo en la calle Estado se habilitó para cine en 1903 y su vecino, el Teatro Variedades, se hizo célebre acogiendo al Biógrafo Kinora donde el todavía niño Jorge Délano, Coke, vio las primeras películas y decidió volcar su vocación a este arte.[31] En 1910 se produjo la primera película nacional, *Manuel Rodríguez*, y el cine se convirtió en una importante expresión de la creatividad nacional, ampliando sistemáticamente sus audiencias.[32]

Además del público operático que colmaba las temporadas del Teatro Municipal, donde se exhibía la elite en costosos palcos y localidades de platea, hubo numerosos teatros para compañías cómicas, para zarzuelas y operetas. Como el Teatro Santiago en calle Merced, frente a la Casa Colorada; el Teatro Lírico en calle Moneda; el Edén



▲ *Foyer* del Teatro Municipal. Fotografía de José María León (at.), *ca.* 1915. Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, Santiago.

▶ En el palco. Ilustración del pintor Ricardo Richon Brunet para la revista *Zig-Zag*, Santiago, 1905. Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, Santiago.

▶ Futbolistas ganadores de una copa. Fotografía anónima, *ca.* 1905. Museo Histórico Nacional, Santiago.





donde actuaba el célebre Pepe Vila, en calle San Antonio; el Roma en avenida Matta; el Politeama, en el Portal Edwards, o el San Martín, que ofrecía espectáculos de lucha romana.[33, 34] También hubo circos, que atraían a un público más numeroso y popular, como el Circo Inglés en la ribera sur del río; el Bravo en la calle Bandera; el Océano, especializado en campeonatos de boxeo, el Santiago, en la plaza Italia, con animales bravos, o la gran carpa de Echiburú en la orilla norte del río, con capacidad para 500 personas en platea y 1.500 en galería.[35] En esta época comenzaron a perfilarse nuevas entretenciones, nuevas pasiones. Surgieron salones y pistas de baile donde las parejas aprendían nuevos pasos y ritmos que venían de Estados Unidos y Europa. Se hizo famoso el Salón de Patinar, en calle Moneda, donde la juventud tenía oportunidad de hacer nuevos amigos, y también tomaron fuerza los encuentros de equipos de fútbol en las canchas de la Quinta Normal, que pronto se vio sobrepasada por el público que seguía a tal o cual grupo de su preferencia: el Atlético Unión (1897), la Unión Española (1898), el Santiago National (1900), el Magallanes Fútbol Club (1904), el Audax Italiano (1910), el Santiago Badminton (1912), el Green Cross (1916).[36] En 1916 el gobierno prometió la construcción de un "estadium" en la ribera norte del río Mapocho, proyecto que al parecer no se realizó.[37] Surgió en cambio, en 1918, el Campo de Sports de Ñuñoa, creado gracias al legado del filántropo José Domingo Cañas, que dejó terrenos de su antigua chacra para que los colegios y la juventud de Santiago contaran con el espacio necesario para realizar juegos y deportes.[38]













▲ Portadas de revistas.
El Peneca, Nº 830, octubre de 1924.
Corre Vuela, Nº 142, septiembre de 1910.
Familia, Nº 27, marzo de 1912.
Corre Vuela, Nº 147, octubre de 1910.
Zig-Zag, Nº 526, marzo de 1915.
Dibujo de Edmundo Searle, "Mundo".
El Peneca, Nº 799, enero de 1924.
Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

▶ *Zig-Zag,* Nº 150, enero de 1908.
Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

ZIG-ZAG REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO 4.º Nº 150

Santiago de Chile, Enero 5 de 1908





▲ Alameda de las Delicias en día de lluvia. Óleo del pintor Fernando Laroche, *ca.* 1900. Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago.



Intelectualidad y ciudad

Después del Centenario, la cultura alcanzó a una diversidad mayor de estratos a los que se sumaron, entre otros, los egresados de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica, que se había fundado en 1888; de la Escuela de Artes y Oficios, de las escuelas normales, y los numerosos extranjeros que comenzaron a interactuar en los medios, el comercio, y la industria. La gente que vino de provincias, en busca de mejor educación o de más trabajo y que se incorporó a una creciente y consolidada clase media, comenzó también a tener clara conciencia de su capacidad laboral, intelectual y política.

En 1904 tres jóvenes santiaguinos intentaron crear un grupo filantrópico inspirado en la figura del escritor ruso León Tolstoi a quien admiraban por sus ideas filosóficas y morales y por la vida comunitaria que realizaba con sus campesinos de Yásnaia Poliana. Finalmente, la Colonia Tolstoyana, que integraron los escritores Augusto Thomson (Augusto D'Halmar) y Fernando Santiván y el pintor Julio Ortiz de Zárate, se instaló en San Bernardo.[39] Su vida de "ascéticos monjes laicos" produjo impacto entre los intelectuales y los artistas de la capital. Si bien los tolstoyanos no pudieron mantener su utópico proyecto, su ejemplo dejó huella entre sus pares.[40]



▲ Casa de los Diez en calle Santa Rosa.

▶ Pablo Neruda y sus amigos en el Bar Hércules de calle Bandera. Entre ellos el poeta Alberto Rojas Giménez, los escritores Julio Barrenechea, Orlando Oyarzún y Tomás Lago, los periodistas Antonio Roco del Campo y Renato Monestier, los pintores Julio Ortiz de Zárate y Abelardo Bustamante. Fotografía anónima, 1932. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▶ Señoritas en la plazuela del Teatro Municipal. Fotografía anónima, *ca.* 1927. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▶ Grupo de jóvenes en el centro. Fotografía anónima, *ca.* 1905. Museo Histórico Nacional, Santiago.

En 1912, por ejemplo, vivía permanente o circunstancialmente en Santiago una generación representativa –aunque diversa– de intelectuales: Augusto D'Halmar y Víctor Domingo Silva, ambos de 30 años; Pedro Prado, Mariano Latorre, Armando Donoso y Fernando Santiván, todos de 26; Joaquín Edwards Bello, de 25; Gabriela Mistral y Acario Cotapos, de 23; Hernán Díaz Arrieta, 21; Teresa Wilms Montt y Vicente Huidobro, 19; Pablo de Rokha, 18. Pablo Neruda, entonces Neftalí Reyes, era un niño de ocho años que vivía en la lejana ciudad de Temuco. Gran parte de estos creadores se reunieron en torno al grupo de Los Diez, en 1916, cofradía misteriosa y alegre que, con sentido crítico e ironía buscó el cambio, especialmente en reconocer nuevas fuentes de interés e inspiración, volviendo la mirada hacia lo propio para descubrir una estética nacional y americana. Se expresaron a través de poesía, narrativa, música, bellas artes y arquitectura, y aspiraron a crear obras colectivas. En Santiago queda una de ellas: la antigua casa que intervinieron en la década de 1920 para convertirla en residencia de uno de ellos. Conocida como Casa de los Diez, en calle Santa Rosa, destaca por su torre, símbolo del grupo, desde donde debían observar el mundo y alumbrarlo, como un faro.[41]


TALLARINES
ESPECIALES
$1.00 plato
PASAJES A EUROPA
VIAJES DE PLACER
ALMUERZO
COMIDA
botella
PIDA
CARACOLES
HERCULES
$1.00 plato







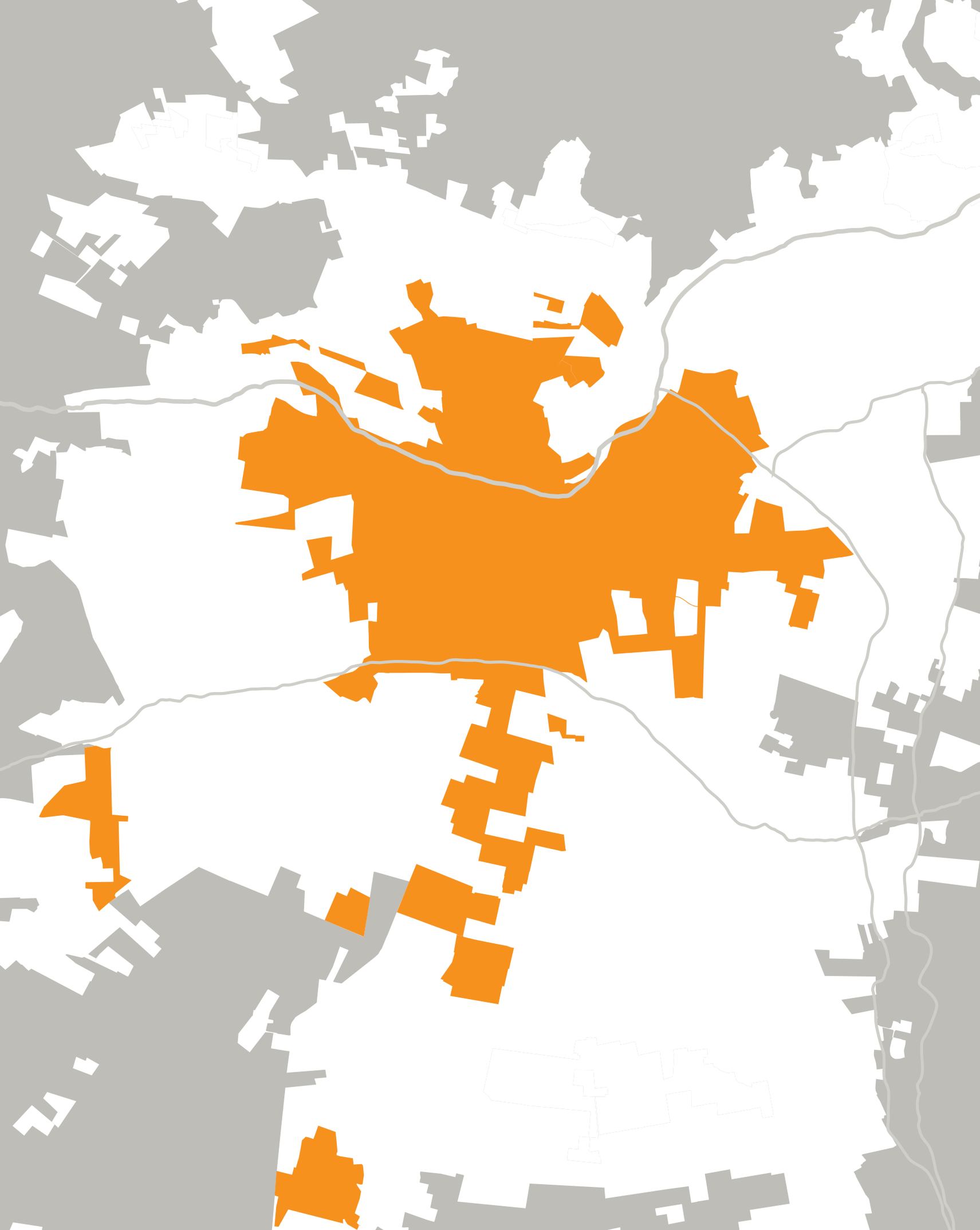
Rascacielos

La torre espiritual de estos artistas se levantó al mismo tiempo que otras torres materiales, de acero y hormigón, que comenzaron a modificar el perfil y la fisonomía de Santiago. El modelo urbano ya no eran las elegantes fachadas neoclásicas de París, sino los densos y esbeltos rascacielos de Nueva York. El primero y más representativo de ellos se levantó en 1921. Se le conoció como Edificio Ariztía y tuvo 13 pisos. Construido en cemento armado, fue diseñado por los arquitectos Alberto Cruz Montt y Ricardo Larraín Bravo con cálculo del ingeniero Guillermo Franke. En el último piso se habilitó un elegante restaurant, el Armenonville, donde bailó *charleston* el maharajá de Kapurthala. En el piso 10 comenzó sus transmisiones la Radio Chilena en 1923, cuando en Santiago ya había 200 receptores.[42] Otros tiempos, nuevos tiempos.

▲ Calle Nueva York y Edificio Ariztía, litografía del pintor Pablo Vidor publicada en 1927. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▶ Calle Nueva York y Edificio Ariztía.







Capítulo VII

Santiago en el siglo XX

Rafael Sagredo Baeza

Una ciudad de masas



Una de las imágenes más importantes de la modernidad del siglo XX es la vida urbana, la ciudad. Modelo por excelencia, Nueva York representó a comienzos de la centuria la aspiración futurista de toda población que, como Santiago, hasta fines del siglo XIX era todavía una ciudad semirrural; ajena prácticamente a las masas, al movimiento febril, a la aglomeración automotriz, a la edificación en altura, a la luz eléctrica y a tantos otros índices de modernización que sólo adquiriría andando el siglo XX.

Para entender la evolución de la ciudad de Santiago a lo largo del siglo pasado, y hasta hoy, es preciso tener presente el continuo proceso, en ocasiones explosivo, de aumento de su población. Desde por lo menos 1930 en adelante, y en forma sostenida, el crecimiento demográfico ha transformado a la ciudad en una mega metrópoli.

A comienzos del siglo XX, al momento del Centenario de la Independencia, Santiago tenía una población de casi 350.000 habitantes, los cuales ocupaban una superficie cercana a las tres mil hectáreas según el *Anuario estadístico* de 1915. En la actualidad, se calcula que la población capitalina supera los cinco millones de habitantes repartidos en más de 65.000 hectáreas.

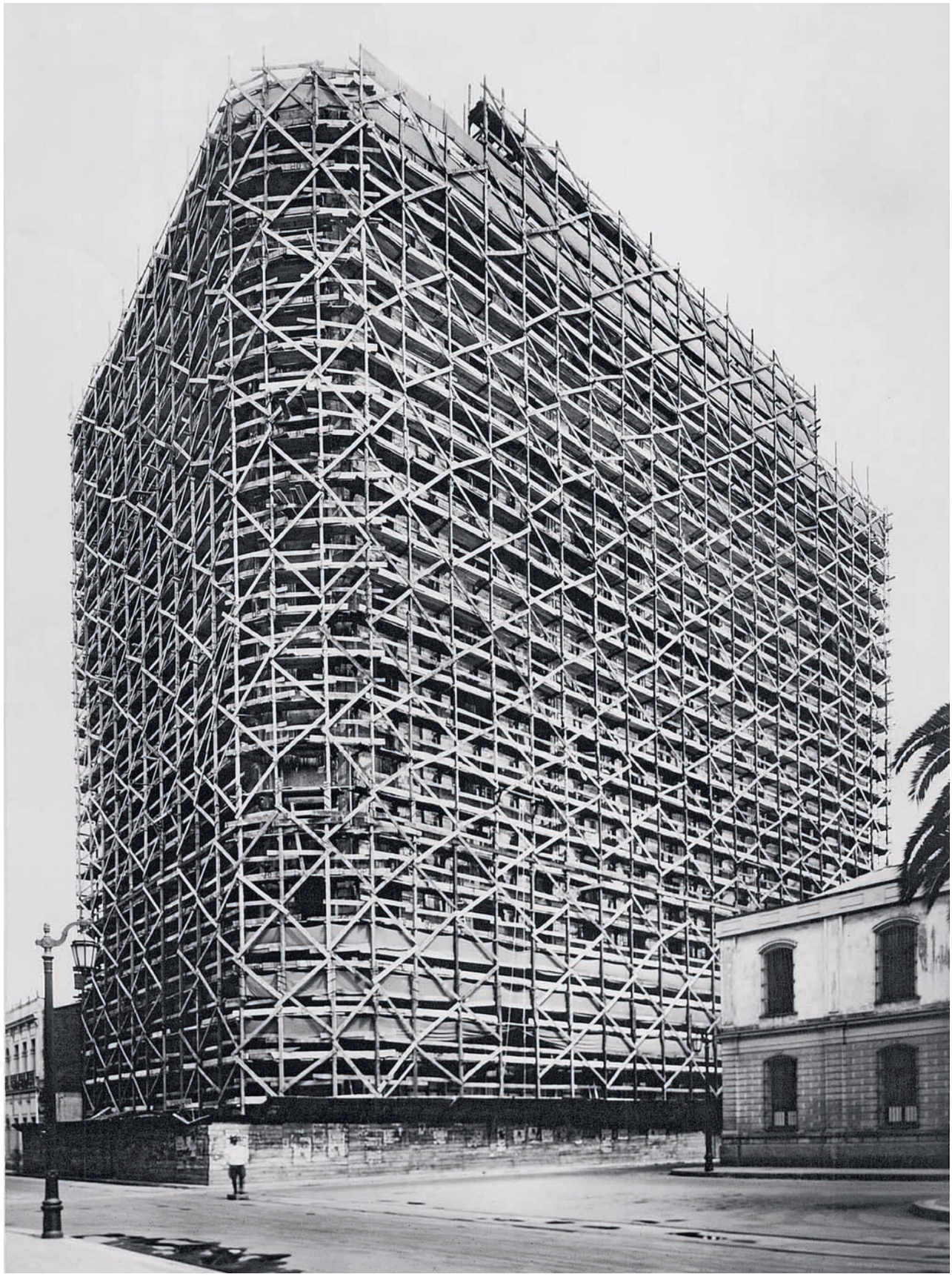
El vertiginoso crecimiento de la población de Santiago, que durante cuatrocientos años había sido pausado y con relativo orden, rompió cualquier esquema, explicando su caótica extensión hacia los cuatro puntos cardinales y hacia las alturas. La notable extensión de la ciudad a lo largo de este siglo ha generado múltiples efectos en prácticamente todos los ámbitos de la existencia de los habitantes de la capital.

Numerosos factores explican la explosión demográfica experimentada por Santiago, entre ellos, uno de los fundamentales fue y es la migración campo-ciudad, provocada por las mejores expectativas de vida que sujetos de toda condición esperan encontrar en las ciudades y particularmente en la capital. Santiago ofrecía y ofrece hasta el día de hoy los mejores servicios, la más completa infraestructura urbana, las más amplias oportunidades de trabajo, las más atractivas ofertas culturales, los mejores centros educacionales y los principales centros de poder político, económico, cultural y social; es decir, prácticamente todas las buenas razones para que una muy heterogénea masa de población de provincias decidiera trasladarse a la capital.

En un contexto de sostenido crecimiento de la población nacional –debido a factores relacionados con la expansión económica del país que venía del siglo XIX, pero también a causa del mejoramiento de las condiciones sanitarias de existencia, el aumento de las expectativas de vida y, en definitiva el aumento



Faldeos de la hacienda Apoquindo con la iglesia San Vicente Ferrer, de los padres dominicos. La construcción del templo se inició en 1809 y la propiedad agrícola se mantuvo hasta mediados del siglo XX. Fotografía de Roberto Gertsmann, 1924. Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, Santiago.





vegetativo de la población–, Santiago experimentó un notable aumento de su población, muy por sobre el resto de las ciudades del país. En suma, la capital de este milenio representa una realidad social y urbana radicalmente diferente no sólo a la de comienzos del siglo XX, sino también a la de mediados de la centuria e incluso a la de los años sesenta y setenta.

Desde una ciudad que era poco más que su centro histórico y unas cuantas cuadras a su alrededor, dominada esencialmente por los valores y la cultura de una elite que se ufanaba de haber levantado una nación luego de la Independencia, el Santiago del siglo XX fue creciendo y expandiéndose aceleradamente, viendo llegar a sus inmediaciones a sucesivas oleadas de población venidas de todos los rincones del país, la mayoría de ellos traídos por necesidades de orden material. Mineros cesantes del salitre en los años treinta, pero sobre todo sujetos de origen campesino, contribuyeron a cambiar el rostro y las condiciones de vida en la ciudad. Junto a ellos, los grupos medios formados al amparo de un sistema educacional en expansión, y asociados a los servicios –los bancos, la burocracia estatal, las profesiones liberales y otra gran cantidad de actividades productivas, culturales y educacionales–, hicieron posible la transformación de la capital en una urbe cada vez más diversa y heterogénea social y culturalmente, extensa y segregada en términos espaciales, densa y consistente si se mira desde el punto de vista del poder, y extraordinariamente poderosa si se aprecia la realidad desde la perspectiva económica.

◀ Edificio del Ministerio de Hacienda en construcción, obra del arquitecto Josué Smith Solar en calle Teatinos esquina de Moneda. En primer plano el antiguo Ministerio de Guerra y Marina, demolido poco después para dar paso a la Plaza de la Constitución. Fotografía de E. Merton, 1929. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▲ Cité Las Palmas en avenida Matucana, conjunto habitacional construido por el arquitecto Julio Bertrand para la familia Pastor en 1914.



Expansión urbana

El extraordinario aumento de población en el siglo XX implicó una también notable expansión de la superficie urbana de Santiago. A fines del siglo XIX la avenida Vicuña Mackenna por el sur, los tajamares del Mapocho por el oriente, el barrio de la Chimba por el norte y la Estación Central por el poniente, parecían marcar los límites de la ciudad, y fue a partir de ellos que Santiago creció ocupando terrenos que alguna vez fueron tierra agrícola. La expansión no sólo tuvo efectos en términos de área urbana efectivamente ocupada, sino también con relación al progresivo, y cada vez más intenso, proceso de segregación de la población en razón de sus características socioeconómicas.

Durante las primeras décadas del siglo XX el centro de la capital siguió habitado principalmente por las familias de la elite, las cuales en forma progresiva se fueron desplazando hacia el oriente de la ciudad, hasta alcanzar, ya en los años sesenta, los contrafuertes cordilleranos, para seguir subiendo en las décadas posteriores. Santiago Centro fue perdiendo su carácter residencial y se transformó en un área de comercio, servicios y negocios. Los grupos

▲ Paseo dominical en la Plaza de Armas de Santiago. Fotografía de Enrique Cood, *ca.* 1925. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▶ Vista de Santiago con la iglesia de San Francisco en primer plano y a continuación la iglesia del hospital San Juan de Dios. Fotografía de Roberto Gertsmann, *ca.* 1935. Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, Santiago.



sociales que lo habitaban se desplazaron hacia nuevos barrios residenciales, por ejemplo Providencia y Las Condes, en los cuales se crearon jardines, parques y clubes deportivos. Entre los parques, el Metropolitano, cuyas obras se iniciaron en 1921, y el Balmaceda, inaugurado en 1930, resultan algunos de los más conocidos.

Las clases medias, esparcidas por toda la ciudad, se concentraron en comunas como Ñuñoa, mientras que las masas de inmigrantes venidos de la provincia comenzaron a ocupar la periferia semirrural. Este fenómeno, que a medida que avanzaba el siglo XX fue adquiriendo cada vez mayor magnitud y visibilidad, entre otras razones por las reivindicaciones políticas que hacían los pobladores que ocupaban los terrenos, fue el que terminó dando forma a las "poblaciones callampas", también llamadas "campamentos", donde sus habitantes llevaban una vida totalmente ajena a cualquier tipo de servicios públicos, educación o salud, en condiciones de existencia infrahumana. Esta realidad, que paulatinamente ha ido desapareciendo gracias a la expansión




27



económica del país y a las políticas públicas asistenciales aplicadas, se quiere erradicar definitivamente en el Bicentenario.

La extraordinaria expansión de la superficie urbana tuvo entre sus efectos graves problemas de desplazamiento de la población que, limitada al transporte público, ha debido soportar largos viajes para trasladarse desde sus hogares hasta sus lugares de trabajo o estudio; signo a su vez de una ciudad segregada y carente de cualquier orden urbanístico coherente que integre los espacios en que sus habitantes desempeñan sus quehaceres básicos y cotidianos.

La creciente lejanía de las viviendas sociales construidas para los grupos más desposeídos, respecto de los centros laborales, comerciales y educacionales, trajo consigo la necesidad de ampliar los servicios de transporte público. Si en algún momento del siglo XX estos se desarrollaron de manera planificada, a través de la Empresa de Transportes del Estado, a partir de los años setenta se expandieron de modo inorgánico, ajenos a cualquier plan o sistema, sólo entregados a las necesidades del mercado.

La aparición de nuevos sectores y barrios es uno de los fenómenos resultantes de la ampliación del radio urbano capitalino. A los originales del XIX, en torno del centro de la ciudad, durante el siglo XX se sumaron muchos otros que han terminado conformando comunas de gran magnitud y densidad poblacional, como es el caso de La Florida al suroriente de Santiago. La distribución espacial de las comunas, respecto de Santiago Centro, también muestra la segregación existente en la capital en razón de las condiciones socioeconómicas de sus habitantes. Es así como en las situadas al oriente –como Lo Barnechea, Las Condes y Vitacura–, habita la población más pudiente; mientras que en las del poniente, como Renca, Cerro Navia y Pudahuel, la más modesta.

Muestra de la expansión de la ciudad hacia el piedemonte cordillerano son, además, las comunas de La Reina y Peñalolén; mientras que hacia el poniente se encuentran Maipú y Quilicura. Todas ellas, junto a otras de relativamente reciente creación, como por ejemplo Huechuraba, Independencia y Recoleta, señalan cómo la división

◀ Tribunas del Club Hípico de Santiago, construidas por el arquitecto Josué Smith entre 1918 y 1923. Fotografía de Josué Smith, *ca.* 1925. Colección particular.

◀ Electrificación de las líneas del tranvía en la Alameda al llegar a Plaza Italia. Fotografía anónima, 1927. Archivo Chilectra, Santiago.

▲ Funicular del cerro San Cristóbal, construido por el arquitecto Luciano Kulczewski en 1924. Biblioteca de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Universidad Católica de Chile, Santiago.



político-administrativa santiaguina ha debido adecuarse al crecimiento de su población, a la individualización de los espacios urbanos y, también, a la necesidad de enfrentar de forma acotada y sectorial los desafíos derivados de la vida en una ciudad cada vez más compleja.

Entre los cambios más evidentes de la ciudad está el surgimiento de subcentros periféricos, como por ejemplo los *mall* o *shopping*, que satisfacen la demanda de los habitantes residenciales de las periferias; la aparición de nuevos barrios industriales en los márgenes, que buscan mayor accesibilidad y facilidades de carga y descarga, crecientemente dificultosas en el centro urbano, y, por todo lo anterior, un evidente proceso de desconcentración de actividades económicas, fruto, a su vez, de la fuerte expansión residencial, tanto pública como privada. Todo lo cual ha cambiado el papel tradicional que cumplía el centro como único núcleo de actividad comercial.

▲ Gasómetros en la fábrica de gas San Borja. Fotografía anónima, *ca.* 1930. Archivo Fundación Gasco, Santiago.

▶ Alameda de las Delicias entre las calles Nataniel y Gálvez. Fotografía de Roberto Gertsmann, *ca*. 1925. Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, Santiago



Infraestructura urbana

Lejanas están las imágenes del centro de la capital abierto hasta sus entrañas a raíz de la construcción del alcantarillado que finalmente fue entregado el año del Centenario. También las vistas de la Compañía Chilena de Electricidad que, luego de instalar las líneas para las máquinas –algunas de las cuales todavía se aprecian en medio del cemento capitalino–, comienza el servicio de tranvías y el de iluminación eléctrica. A comienzos del siglo XX, alcantarillado, tranvías y electricidad marcan el inicio de un proceso de modernización de la capital que, más tarde y hasta la actualidad, es una de las características de su infraestructura urbana.

Aunque con retraso respecto de las reales necesidades de su población, antes limitada sólo al sector más acomodado, la infraestructura de los servicios básicos ofrecidos en Santiago se ha expandido tratando de seguir el ritmo de crecimiento de la ciudad. A los primeros servicios públicos en operación, más tarde se sumaron los telefónicos y de gas, aunque con cobertura muy limitada y sólo para el centro de la ciudad. Progresivamente, se agregó la infraestructura vial, que en la actualidad muestra su aspecto más moderno bajo la fórmula de carreteras urbanas, la primera de ellas la Autopista Central,





inaugurada en diciembre de 2005. Con varios kilómetros de longitud, estas carreteras hoy superan con creces el paso bajo nivel Santa Lucía, que fue una de las más impactantes obras viales inauguradas en la capital a fines de los sesenta.

Verdaderas autopistas de alta velocidad fueron construidas para mitigar la congestión vehicular capitalina, uno de los problemas recurrentes de la ciudad desde hace ya décadas, que aún no ha podido ser resuelto. El parque automotriz capitalino, que se incrementa a un ritmo muy superior al del crecimiento económico del país, no cesa de expandirse, haciendo prácticamente inútiles los esfuerzos por superar la congestión. Algo similar había ocurrido ya en los años sesenta cuando se construyó la Circunvalación Américo Vespucio, o ruta CH70 como normativamente se llama. Entonces se creyó que una vía que recorriera la ciudad en forma de anillo, delimitando el perímetro entre la urbe misma y sus suburbios, sería una solución que facilitaría el desplazamiento entre los diversos sectores de la ciudad. Al igual que las autopistas urbanas actuales, la circunvalación nació atrasada y aun


36
MATADERO-PALMA
JC 44


DE NIGE
OPTICA
ROTTER
36
MATADERO-PALMA
79



antes de completarse estaba dentro de la ciudad, perdiendo así su carácter de vía extra urbana destinada a aliviar el tránsito.

Entre los nuevos elementos del paisaje urbano, las ciclovías constituyen una de las adquisiciones del panorama capitalino en los años 2000. Definidas como pistas para bicicletas demarcadas en las calzadas, contribuyen a contrarrestar la congestión vehicular y la contaminación ambiental, alentando de paso la práctica de algún tipo de ejercicio en una población crecientemente sedentaria. De este modo, una práctica que por décadas estuvo limitada al ámbito recreativo, al entorno cercano a la vivienda y protagonizada esencialmente por niños y niñas, en el Santiago del siglo XXI surge como una nueva alternativa de transporte, forma de ejercicio y fuente de ahorro familiar que, para el 2012, espera tener casi 700 kilómetros.

◀◀ p. 224. Palacio de La Moneda con la nueva Plaza de la Constitución y el Barrio Cívico que propuso el urbanista Karl Brunner hacia 1930. Fotografía anónima, 1940. Centro de Información y Documentación Sergio Larraín García-Moreno, Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Universidad Católica de Chile, Santiago.

Edificio Santa Lucía en la esquina de esa calle con Merced, construido por los arquitectos Jorge Arteaga y Sergio Larraín en 1932-1934. Fotografía anónima, *ca*. 1940 Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, Santiago.

◀◀ p. 225. Micro del recorrido Matadero-Palma en el centro de la capital. Fotografía de Miguel Rubio, *ca.* 1940. Museo Histórico Nacional, Santiago.

Calle Ahumada esquina de Huérfanos. Fotografía de Miguel Rubio, *ca.* 1940. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▲ Pérgola de las flores e iglesia de San Francisco en la Alameda. Óleo del pintor Luis Herrera Guevara, Santiago, 1941. Colección particular.

▶ Plaza Bulnes y Barrio Cívico en la Alameda. Óleo del pintor Luis Herrera Guevara, Santiago, 1941. Museo de Arte Contemporáneo, Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago.



Uno de los servicios públicos que mayor efecto ha tenido sobre la población capitalina es el Metro. La preocupación de que Santiago contara con un medio masivo de transporte surge en la segunda mitad del siglo XX, cuando se toma conciencia del crecimiento geográfico y densificación de la ciudad. Entonces, la mirada se dirigió hacia otras grandes ciudades del mundo que experimentaron problemas de congestión vial similares y donde, antes que en Santiago, una de las soluciones más recurridas y aceptadas fue la de un transporte subterráneo.

En sus orígenes en los años sesenta, la red del Metro se concibió en cinco líneas con una extensión de ochenta kilómetros, aproximadamente. La primera de ellas se entregó, en parte, para su uso público en 1975, cubriendo desde la estación San Pablo hasta La Moneda. Desde entonces, se concluyó la Línea 1 y se construyeron otras cuatro líneas que, una vez completadas las obras en curso, alcanzarán una longitud de 104,5 kilómetros, con 105 estaciones.

Junto con su extensión, uno de los cambios más drásticos ocurridos en el tiempo con relación al Metro es su masificación, en especial luego de que se implementara, en 2007, el sistema de transportes conocido como Transantiago. Así, si por décadas el Metro sólo transportó a sectores altos y medios, que sólo en horas muy precisas se encontraban apretados en los carros, su prolongación hacia densas áreas populares, tanto como su conexión con el transporte público de superficie, explican las grandes aglomeraciones que hoy lo caracterizan prácticamente a toda hora.





Formas de convivencia social

A lo largo del siglo XX las formas de sociabilidad propias de la capital fueron evolucionando, pasando de usos, costumbres y espacios característicos en que los sectores altos y medios dictaban la pauta, a modalidades muy numerosas y heterogéneas que aprovechan una multitud de espacios públicos y privados.



Si a nivel familiar, hasta bien entrado los sesenta, el barrio fue el espacio de convivencia y encuentro por excelencia –donde destacaban esquinas, plazas y comercios como lugares referenciales–, progresivamente la vida se ha ido retrayendo hacia el interior de las casas, clubes e instituciones privadas que acogen, no ya a los vecinos, sino que a todo aquel que forme parte de la agrupación, sin importar su lugar de residencia.

Los antiguos grandes espacios de sociabilidad como parques, estadios, calles, cines, teatros y estaciones de ferrocarril, fueron perdiendo su calidad de centros de



encuentro de la población capitalina que, en muchas ocasiones ajena a toda diferenciación socioeconómica, acogían entre sus muros y límites a sujetos de la más variada condición. Diversos factores explican el fenómeno, entre ellos la televisión ayer y el cable hoy; el agitado ritmo de vida, frenético dirán algunos, de los capitalinos; la extensión de la ciudad que obliga a recorrer grandes distancias y perder mucho tiempo en desplazamientos, o la sensación de inseguridad que progresivamente se ha ido apoderando de parte de la población. La progresiva diferenciación en términos socioeconómicos de las personas y de los espacios urbanos en que se desenvuelven fue la verdadera y gran causa de este fenómeno.

En los últimos años, a impulso del sostenido crecimiento económico experimentado por el país, Santiago muestra nuevas formas de convivencia entre sectores y grupos de su población, normalmente diferenciados por razones socioeconómicas que, sin perjuicio de segregarlos, son reflejo de la heterogeneidad de la ciudad. Entre las nuevas formas de sociabilidad urbana están los megaconciertos de estrellas del pop o rock internacional; cafés y bares que ofrecen *happy hour*; restaurantes, galerías de arte y

◀◀ p. 228. Departamentos construidos por la Caja de la Habitación Popular creada en 1936. Fotografía de Miguel Rubio, *ca.* 1940. Museo Histórico Nacional, Santiago.

Población Miguel Claro en Providencia, construida por el arquitecto Josué Smith, *ca.* 1930. Centro de Información y Documentación Sergio Larraín García-Moreno Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Universidad Católica de Chile, Santiago.

◀◀ p. 229. Templo votivo de Maipú, construido por erogación pública para cumplir la promesa que hizo el general Bernardo O'Higgins a la Virgen del Carmen en 1818, agradecido por el triunfo de los patriotas. Obra del arquitecto Juan Martínez, iniciada en 1948.

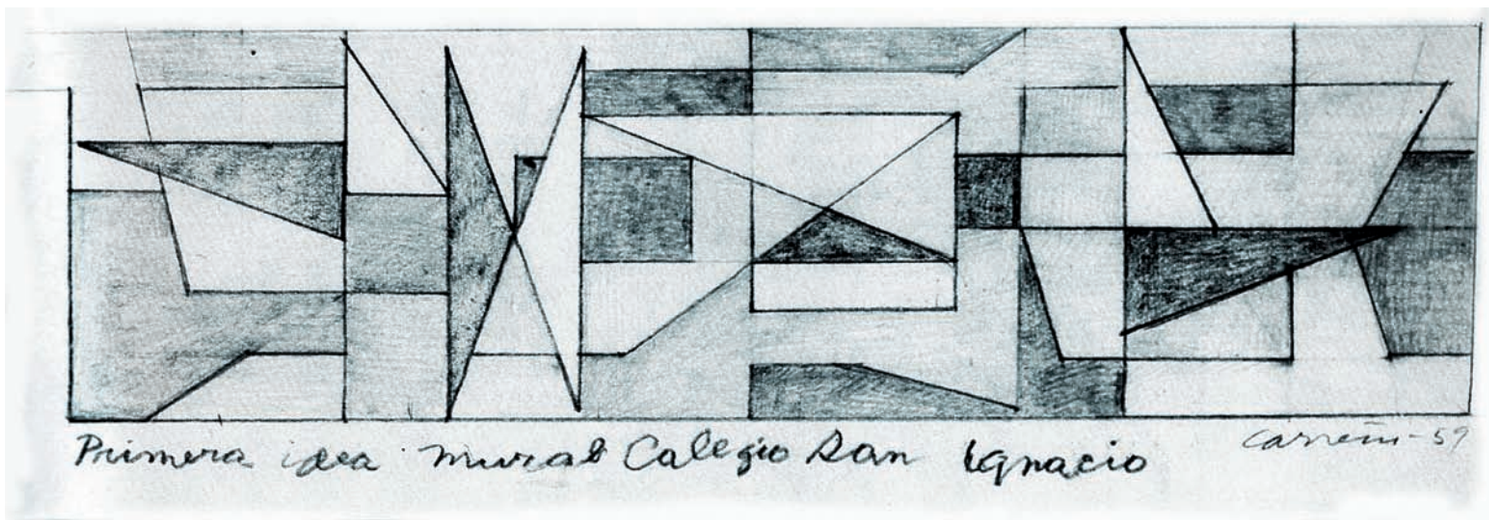
Dieciocho de septiembre o almacén de barrio durante las Fiestas Patrias. Óleo del pintor Oskar Trepte, Santiago, 1956. Colección particular.

▲ Torres Turri en Plaza Baquedano, construidas por el arquitecto Guillermo Schneider en 1929. En primer plano el monumento al general Manuel Baquedano realizado por el escultor Virginio Arias e inaugurado en 1928. Fotografía de Roberto Gertsmann, *ca.* 1935. Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, Santiago.

▶ *Homenaje a Fray Angelico*, mural de Mario Carreño en el Colegio San Ignacio, en avenida Pocuro, Providencia. El edificio fue proyectado por el arquitecto Alberto Piwonka y concluido en 1962.

▶ Proyecto de mural para la fachada del colegio San Ignacio de Pocuro. Dibujo del pintor Mario Carreño, Santiago, 1959. Colección particular.




Primera idea mural Colegio San Ignacio
Carreño-59

todo tipo de espectáculos culturales y artísticos, la mayor parte de ellos asociados a la capacidad de consumo. Lejanos están, si es que todavía existen, los recuerdos de los programas de radio en vivo y con público; las compañías de revistas; las veladas románticas en Las Brujas; las peñas para disfrutar del neofolclor; los sábados en el Coppelia de Providencia y otras tantas formas y espacios de reunión, muchos de los cuales murieron irremediablemente con el toque de queda luego de 1973; entre ellas, los circuitos bohemios capitalinos en torno al Bim-Bam-Bum, el Picaresque y el Humoresque. También desaparecieron centros de gran actividad social, como los clubes radicales, las fondas y las quintas de recreo. Muy atrás quedaron también las fiestas de la primavera y la mayor parte de las expresiones de sociabilidad colectiva y masiva que entre los años veinte y cincuenta ocuparon la atención de los santiaguinos. Entre ellas, las grandes manifestaciones de carácter político con que corrientemente se cerraban las campañas electorales. La llamada "Marcha de la Patria Joven" en 1964, las concentraciones de 1970, las "marchas de las cacerolas" y los desfiles partidarios, incluidos fuerzas de choque y combates callejeros, de la época de la Unidad Popular, hoy son sólo un recuerdo de un Chile totalmente desconocido para muchos.



Entre las grandes transformaciones de la vida nacional y, por tanto, de la cotidianeidad santiaguina, está la incapacidad de reunir muchedumbres, de movilizar grandes masas, salvo que se trate de espectáculos callejeros extraordinariamente novedosos y atractivos como las Fiestas de la Cultura y el Teatro a Mil, o de estrellas pop, oportunidad en que, sin embargo, la concentración popular es en recintos cerrados y pagada. La individualización de la existencia, el fin de las utopías, el ritmo de vida frenético, la sociedad de consumo, y muchos otros factores, terminaron con lo que alguna vez fue una característica relevante de la vida urbana.

Si durante gran parte del siglo XX la población vivió, disfrutó y utilizó los espacios públicos, uno de los signos de los últimos tiempos es la privatización de la recreación, la diversión y en último término la sociabilidad, en el sentido de que ahora la mayor parte de las actividades se desarrollan en espacios cerrados, exclusivos, limitados y ajenos a los que, o no tienen capacidad de consumo, o están sencillamente excluidos.



▲ Unidad Vecinal Portales en la Quinta Normal, con dos mil viviendas para sectores medios y populares construidas por los arquitectos Carlos Bresciani, Héctor Valdés, Fernando Castillo Velasco, Carlos Huidobro, entre 1957 y 1968. Fotografía de René Combeau, *ca.* 1957-1963, Santiago. Centro de Información y Documentación Sergio Larraín García-Moreno, Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Universidad Católica de Chile, Santiago.



▶ Torres de Tajamar en Providencia, conjunto de departamentos proyectado por las oficinas de arquitectura B.V.C.H (Carlos Bresciani, Héctor Valdés, Fernando Castillo Velasco, Carlos Huidobro) y Bolton, Larraín, Prieto, Lorca, entre 1962 y 1967. Fotografía de René Combeau, 1967. Centro de Información y Documentación Sergio Larraín García-Moreno, Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Universidad Católica de Chile, Santiago.





▲ Planta de pastas y fideos Carozzi, en Nos, construida por los arquitectos Luis Mitrovic, Emilio Duhart y Cristián de Groote en 1965. Fotografía anónima, *ca.* 1965. Museo Histórico Nacional, Santiago.

◀ Repartidor de gas en las calles de Santiago. Fotografía de Ramón López, *ca.* 1970.

▶ Carretón repartidor. *Pool* fotográfico *Zig-Zag*, *ca*. 1960. Museo Histórico Nacional, Santiago.

▶ Carretón repartidor de Leche Delicias. *Pool* fotográfico *Zig-Zag*, *ca*. 1960. Museo Histórico Nacional, Santiago.


ANEXA VIENESA
San Diego 756
Miguel Barberán


Leche Delicias
Av. B. O'HIGGINS 3724 - TEL. 90564
4





Vistas de la evolución capitalina

Para los habitantes de la capital, el siglo XX ha sido un siglo de contrastes. Tanto en términos de época, sin duda unas mejores que otras, como de acceso a comodidades, servicios, diversiones y otra gran variedad de situaciones propias de la vida cotidiana y urbana. Algunos trazos de la evolución de aspectos esenciales de la vida en la urbe ilustran los cambios experimentados por la ciudad. Si, por ejemplo, nos adentramos en la realidad materno-infantil de comienzos de la centuria y nos detenemos en la experiencia del parto y la crianza de los niños, se apreciarán realidades dolorosas y duras como las experimentadas en los conventillos y arrabales, en muchas ocasiones transformadas en tenue límite entre la vida y la muerte e íntimamente relacionadas con la pobreza de la mayor parte de la población que entonces no recibía atención médica ninguna.

Ejemplo de esta situación era la multitud de mujeres y niños andrajosos vagando y pidiendo limosna por las calles de la capital, reflejando la dura realidad de una sociedad en que la miseria todavía afectaba un gran porcentaje de la población. Sólo el tiempo, la evolución económica



y una nueva concepción del papel del Estado en la sociedad fueron dando respuestas a necesidades básicas que, en la actualidad, y una vez más como consecuencia del desenvolvimiento nacional, está también en manos privadas. De este modo hoy, en el ámbito ajeno a lo público, clínicas y hospitales privados de la capital son verdaderos centros de atención de enfermos y también de una forma de sociabilidad ligada a este aspecto esencial y cada vez más presente en la población que es la salud; que por lo demás también tiene una expresión en la proliferación de farmacias que han venido a transformar la imagen de la capital.

Si nos atenemos a la evolución de la vivienda, apreciamos el cambio que implicaba pasar de vivir en un rancho, como ocurría con muchos en 1910, a una habitación sólida, en una vivienda social, propia de los años cuarenta en adelante. La evolución del tipo de habitación popular no releva las características de las condiciones básicas de existencia de una gran mayoría de la población a lo largo del tiempo, ni tampoco las transformaciones operadas en las expectativas y modos de vida de los chilenos. En la actualidad, y luego de décadas de conformidad, la vida en una morada sólida, pero en una población aislada o segregada, insegura, sin centros de sociabilidad y esparcimiento, resulta crítico. Los pobladores ya no son campesinos emigrantes, sin lazos en la ciudad e ignorantes del mundo, sino pobladores altamente ricos en relaciones interpersonales que, intempestivamente, por obra y gracia de la "solución habitacional", ven modificadas abruptamente las características de su existencia, entre ellas el espacio más preciado, el de la vida cotidiana.

Entre las distracciones que la población capitalina y nacional hizo suyas, el fútbol es la más masiva y popular. Transformado en instancia de convivencia y reunión familiar y colectiva en las décadas de los cincuenta y sesenta, entre otras razones debido a la existencia de centro deportivos como el Estadio Nacional, el Santa Laura y el Club Deportivo Independencia, mudó desde una práctica multitudinaria y pública hacia una individual e íntima, puertas adentro, gracias a las transmisiones futbolísticas televisivas iniciadas regularmente en los años setenta. Esta evolución, junto con explicar el



cambio histórico de un aspecto concreto de la realidad de la población capitalina, muestra también las profundas transformaciones experimentadas por la sociedad, reflejadas en el comportamiento del público en los estadios, el papel de los clubes deportivos y la función de los medios de comunicación en la intimidad del hogar. Las nuevas formas de ver los partidos, a su vez, han generado otras tantas instancias de sociabilidad familiar, como los asados, y aquellas comunitarias o asociativas, si es que los partidos se observan en lugares públicos, clubes privados o restaurantes.

Por otra parte, el trastorno político experimentado a partir de 1973 dio un nuevo sentido a la experiencia cotidiana en la capital. Lo que antes eran actividades espontáneas y prácticamente inconscientes de pronto adquirieron diversas connotaciones, muchas de ellas negativas, con motivo del toque de queda y otras restricciones. La ciudad mostró entonces un lado más conflictivo, una vez más también segregado, pues no todos los sectores de la capital experimentaron de igual forma estas consecuencias.

◂◂ pp. 236-237. Transformación del perfil de Santiago con nuevas torres en el sector céntrico sobresaliendo de la construcción tradicional. Fotografía de Fernando Maldonado, *ca*. 1970.

◂◂ p. 236. Iglesia de la Merced desde un edificio en altura de calle MacIver. Óleo de Hernán Rodríguez, 1970. Colección particular.

▲ Iglesia de la abadía benedictina de Las Condes, proyectada en 1954 por los arquitectos hermanos benedictinos Martín Correa y Gabriel Guarda. Centro de Información y Documentación Sergio Larraín García-Moreno, Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Universidad Católica de Chile, Santiago.

▸ Edificio de la CEPAL en Vitacura, obra del arquitecto Emilio Duhart construida entre 1963 y 1968 con la colaboración de los arquitectos Roberto Goycoolea, Cristián de Groote y Oscar Santelices. Fotografía, *ca*. 1968. Centro de Información y Documentación Sergio Larraín García-Moreno, Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Universidad Católica de Chile, Santiago.









Los protagonistas de la ciudad

Las masas en febril movimiento se han transformado en el principal actor de la capital. Si en las primeras décadas del siglo XX éstas se apreciaban ocasionalmente y sólo en el centro, progresivamente se fueron haciendo cada vez más presentes y ocuparon otros espacios públicos, convirtiéndose así en uno de los rasgos característicos de Santiago. Fragmentada, la masa ha ocupado como nuevos espacios de sociabilidad e interacción multicines, calles y barrios bohemios, centros culturales, estaciones del Metro, circuitos de galerías de arte, multicanchas y canchas de fútbol en los sectores populares, y muchos otros. La masa con poder adquisitivo explica también la presencia del automóvil y del automovilista como otro actor relevante de la ciudad.

La modernidad está también tras la desaparición de personajes que alguna vez fueron cotidianos, como el lechero, el panadero o el afilador de cuchillos, incluso "el hombre del saco". Reemplazados por el limpiavidrios,

◀ Palacio de La Moneda tras el bombardeo e incendio del 11 de septiembre de 1973. Fotografía de Luis Poirot, 1973.

◀ Manifestación en el centro de Santiago. Fotografía de Fernando Maldonado, *ca.* 1970.

▲ Torres de la remodelación San Borja en construcción, desde el cerro Santa Lucía. Fotografía de Ramón López, *ca.* 1970.





Interior del bar La Piojera, próximo a la Estación Mapocho. Funciona desde 1916 y su nombre provendría del comentario del presidente Arturo Alessandri cuando lo visitó en 1922: "¿y a esta piojera que me han traído?".

Aviso luminoso de la champaña Valdivieso, instalado en 1952 en la esquina de avenida Bustamante con calle Rancagua, y declarado Monumento Nacional en 2010.

Confitería Torres, desde 1879 abierta al público que la identificó con el nombre de su primer propietario, el pastelero José Domingo Torres. Desde 1910 atiende en su tradicional local de la Alameda.

el acomodador de autos, el cartonero, los comerciantes ambulantes, los repartidores *express* en sus motocicletas, los artistas urbanos, los dedicados a la compra y venta de dólares, las promotoras de variada condición y, en un pasado no tan remoto, los "sapos" que servían a la movilización colectiva. A ellos se suman quienes, en los barrios más acomodados, practican deportes en los parques y avenidas, identificables por sus tenidas deportivas, hace unas dos o tres décadas prácticamente inexistentes. Todos ellos, junto con dar cuenta de la evolución en la calidad de vida, gustos y costumbres, oficios y necesidades de la población, contribuyen a caracterizar una urbe en perpetuo movimiento, otro de los signos de la modernidad.



El paisaje urbano capitalino

El Santiago del siglo XX ha experimentado evidentes y radicales transformaciones en su paisaje, apreciables a simple vista por todos quienes lo habitan. Tal vez uno de los más elocuentes, y que todavía se experimenta de manera evidente, es la construcción en altura. Desde los primeros "rascacielos" en la década de 1920, pasando por el Barrio Cívico en los años treinta, las Torres de Tajamar en los sesenta, las San Borja en los setenta, la Santa María en los ochenta y el edificio de la Telefónica en los noventa, la proliferación de torres y edificios ha sido constante, constituyéndose algunos de ellos en hitos de la ciudad. Ahí están para muestra la torre Entel, de los setenta, y la llamada Titanium, la más alta de Chile, actualmente en construcción. Junto con cambiar el paisaje de barrios y casas por grandes edificaciones, densificando la población de barrios y comunas completas, como Providencia, El Golf, Colón, Las Lilas, Gran Avenida, Parque Almagro, Balmaceda, Santiago Centro, y muchos otros, los edificios han transformado costumbres arraigadas, introduciendo nuevas prácticas cotidianas.

Asociada a los edificios, la publicidad a través de las luminarias y los grandes avisos luminosos fue otra de las modernidades que la capital fue adquiriendo a lo largo del siglo XX. Si ésta apareció tímidamente en las vitrinas de la Compañía Eléctrica, no tardó en saltar a las paredes de los edificios, llamando la atención de generaciones de capitalinos. Ahí estaban, y en algunos casos están como demostración, el gran y circular aviso de Coca-Cola en la Alameda al llegar a Lira, o el de la champaña Valdivieso en Rancagua con Bustamante. En la actualidad la luz, los avisos con diseños llamativos y la proliferación de luminarias es algo cotidiano, sin embargo, durante décadas, sólo unos pocos avisos sirvieron para dar algún grado de modernidad a la sencilla publicidad callejera de la capital.






357

















◂◂ p. 244. Oficios de la ciudad. El algodonero, los chinchineros, el afilador de cuchillos. El malabarista, el empajador de sillas, el organillero. La florista, el fotógrafo de cajón, los pescaderos.

◂◂ p. 245. El volantinero Boris Prado en su taller.

▲ Hotel Sheraton, obra de la oficina de arquitectura Alemparte, Barreda y Asociados, inaugurado en 1979. A su lado la Torre Santa María, proyecto del arquitecto Carlos Alberto Cruz y la oficina Alemparte, Barreda y Asociados, construida entre 1977 y 1979. Fotografía de Francisco Aguayo, 1979.

▸ Torre Entel, construcción de 127 metros de altura que se levantó en la esquina de la Alameda y calle Amunátegui entre 1970 y 1974, en la que participaron los ingenieros Rodrigo Flores y Mario Canales, y los arquitectos Carlos Alberto Cruz, Jorge Larraín, Ricardo Labarca y Daniel Ballacey. Fotografía de Fernando Maldonado, 1975.

▸ Heladero con su carro en calle Serrano. Al fondo, el edificio Santiago Centro en construcción, proyecto del arquitecto Jorge Aguirre en 1965. Fotografía de Ramón López, *ca.* 1970.

▸ Construcción de la estación Moneda del Metro de Santiago, bajo el monumento al general San Martín en la Alameda. Fotografía de Francisco de Silvestri, *ca.* 1970. Museo Histórico Nacional, Santiago.

La aparición de cadenas de supermercados en los años sesenta, con su arquitectura e imagen corporativa características, como los Almac y Unimarc, también ha contribuido al cambio del paisaje urbano y de las costumbres sociales. Ellos no sólo han provocado la virtual desaparición de los negocios de barrio, la venta a granel y las verdulerías; también han limitado el impacto de las ferias locales o de la feria central de Santiago, antes proveedores habituales de la población, espacios de peregrinación semanal y puntos de encuentro de la población capitalina. Los súper e híper mercados, repartidos prácticamente por toda la capital, con su universalidad de productos, heladerías, cafeterías, farmacias, lavanderías, venta de periódicos y otros tantos servicios, se anticiparon a los grandes accidentes del paisaje citadino, los *mall,* verdaderos íconos de la sociedad y de la economía de mercado que han venido a transformar tanto las pautas de consumo, como las costumbres de entretenimiento y de sociabilidad. El fin de semana en el centro comercial, con sus tiendas, cines, restaurantes, cafés, juegos y gente circulando, mirando y dejándose ver, para muchos, es el paradigma de la entretención familiar.

Entre las actividades nocturnas, el comercio sexual capitalino no ha estado ajeno a los cambios de la capital. La existencia de barrios rojos, ayer boyantes







en calles como San Camilo y Emiliano Figueroa, han experimentado una progresiva decadencia que los ha llevado a languidecer bajo la dura competencia de nuevas formas de prestaciones sexuales. Las prostitutas, antes visibles al atardecer y anochecer en esquinas emblemáticas de la capital, no sólo han visto aparecer la dura competencia de travestis, sino que progresivamente han debido irse replegando ante la escasez de clientes ahora seducidos por moteles, departamentos clandestinos de comercio sexual, saunas, cafés con piernas y otra serie de pantallas para la práctica del sexo casual.

Otro de los aspectos que muestra una clara transformación a lo largo del siglo capitalino es el relacionado con la vestimenta de sus habitantes. Curiosamente, la diferenciación que en términos de ocupación del espacio es posible apreciar entre la población de mayores y menores recursos, es cada vez menos posible de distinguir si nos atenemos al vestuario. La economía de mercado a escala global, el mejoramiento del poder adquisitivo de la población, la existencia de notables imitaciones de prácticamente todo tipo de prendas y accesorios de las grandes marcas, la simplificación del vestir, la uniformidad del vestuario independiente de la ocasión, la comodidad, la moda y el afán de imitación, son algunos de los factores que explican que





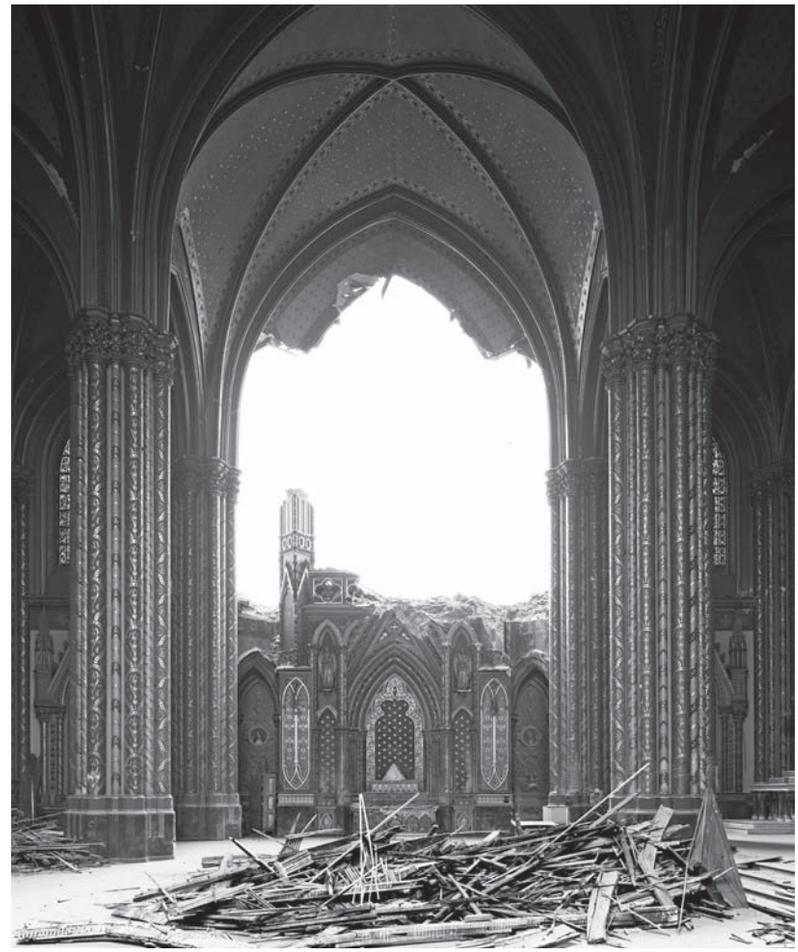
hoy la población capitalina, especialmente los jóvenes, ofrezca un panorama uniforme en términos de vestuario, donde los *jeans* y las zapatillas constituyen las prendas esenciales. Incluso, en ocasiones, se hace difícil distinguir los sexos por el modo de vestir.

La evolución desde la tenida formal, el ambo o terno en la primera mitad del siglo XX, hasta la informalidad del presente, que en muchos ámbitos ha desterrado incluso el uso de la corbata, es uno de los síntomas de un cambio. Tanto como la popularidad del pantalón entre las mujeres, antes corrientemente ataviadas con faldas y vestidos, o el creciente uso de prendas de color en una población corrientemente calificada de "gris", precisamente, por el abuso de los tonos oscuros en su vestuario. El también cada vez mayor uso de ropa deportiva, pantalón corto y polera, entre los hombres de toda edad, especialmente los fines de semana primaverales y veraniegos, es otro de los rasgos del Santiago de los últimos tiempos. En este aspecto, el vestuario ha uniformado a la

▲ pp. 248-249. Daños del terremoto de 1985 en Santiago Poniente. Fotografías de Luis Poirot, 1985.

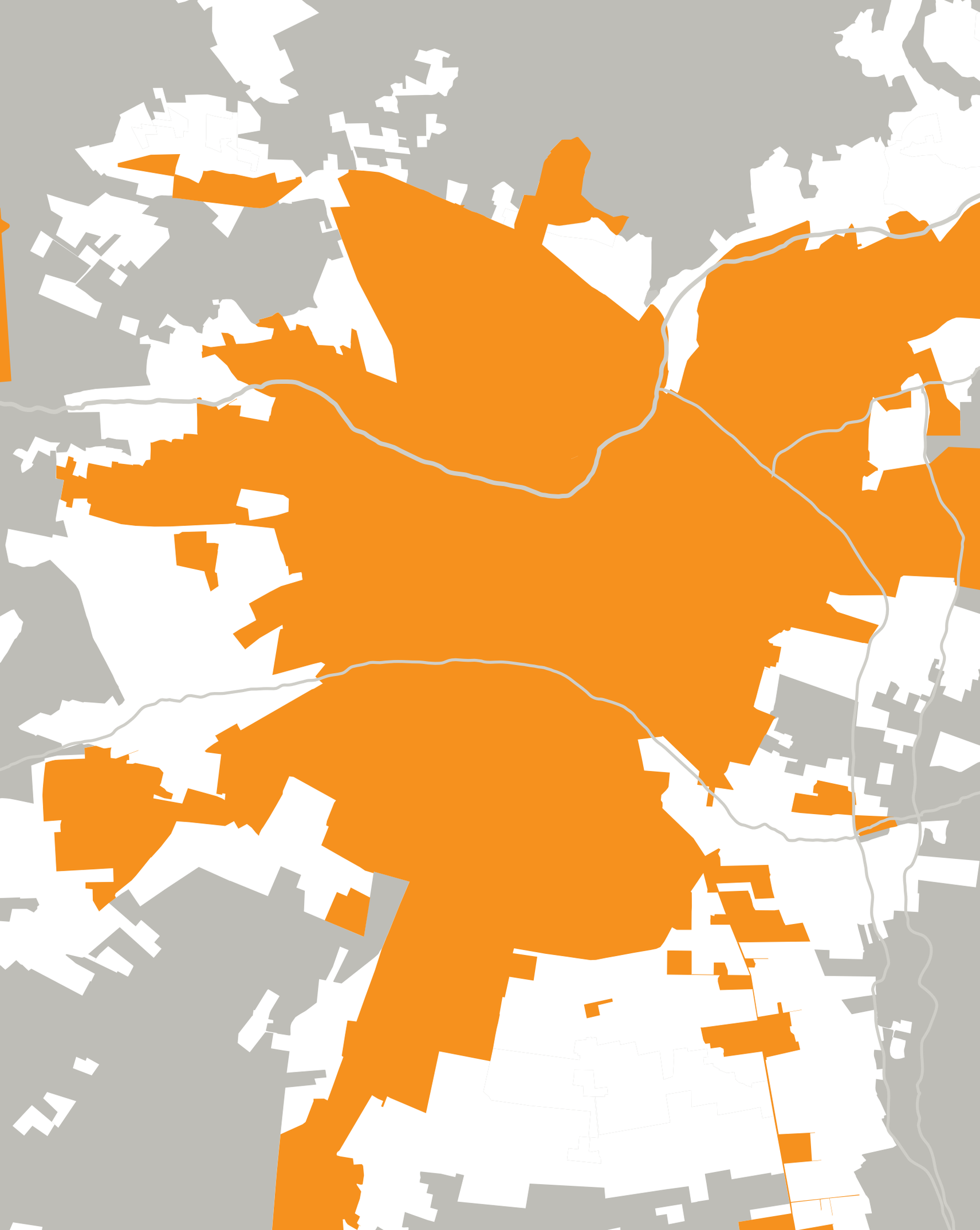
▶ p. 249. Interior de la Basílica del Salvador después del terremoto. Proyectada en 1873 por el arquitecto Teodoro Burchard para reemplazar a la iglesia de la Compañía, se consagró en 1900 y sólo pudo concluirse en 1927 con el trabajo de los arquitectos Smith Solar y Smith Miller. Fotografía de Luis Poirot, 1985.





población y ha eliminado las distinciones socioeconómicas, aunque todavía no tanto para hacer desaparecer el respeto que la corbata impone, especialmente a la hora de hacer trámites y diligencias en servicios públicos o bancos; los cuales, por otra parte, también han tendido a desaparecer, y con ellos las formas de sociabilidad a que daban lugar, a raíz de la propagación de internet.

Pero uno de los fenómenos más notorios del Santiago moderno es la extraordinaria extensión del uso de los celulares, a tal punto que hay más teléfonos móviles que habitantes. Esta realidad, que abarca a todas las clases y grupos sociales no sólo es una muestra del impacto del crecimiento económico del país, pues a su vez ha generado una serie de cambios en la vida social, cotidiana y privada de los sujetos. Increíbles resultan hoy aquellos tiempos en que tener un teléfono era prácticamente un lujo, o, ya en la segunda mitad del siglo, conseguir una línea telefónica una verdadera odisea que podía implicar años de espera. El celular es una expresión elocuente de democratización en la medida que todos pueden acceder a él, transformando por tanto la vida en la ciudad al generar nuevos usos y costumbres, antes impensados, que ahora es posible observar y experimentar a todo lo largo y ancho de la ciudad. Ahí están como muestra la pérdida de pudor de los usuarios que ahora conversan y exponen su vida privada a todos quienes los rodean, sea en espacios públicos o no. El abuso del lenguaje que la familiaridad y el apuro por comunicarse provocan, incluidas las groserías, malas palabras y errores gramaticales y de pronunciación que todos deben resignadamente escuchar. Los cambios en la gestualidad que el celular ha provocado, desde la posición del brazo para hablar, hasta el movimiento que el ruido imprevisto del móvil sonando provoca. Pero sobre todo el ruido. No sólo el generado por los millones de vehículos, también la multitud de tonos de llamada existentes, sonando a cada momento, y las personas conversando, muchas veces en voz alta, motivados por la desesperación de ser escuchadas. Otro de los signos de la ciudad moderna.





Capítulo VIII

Los caminos de Santiago

Rodrigo Pérez de Arce Antoncich



Desde 1910 hasta el presente

En cualquier día diáfano de invierno, una brillante mancha horizontal marca el límite de la nieve estacional sobre el imponente y árido trasfondo de la cordillera de los Andes. Las mismas condiciones atmosféricas permiten que los cerros se acerquen visualmente al entorno urbano de Santiago, hasta hacer casi palpables sus pliegues e inflexiones; pero cuando esa atmósfera extraordinaria revierte a las condiciones habituales de visibilidad, ese paisaje se torna tenue, alejándose y a veces desapareciendo como si las distancias a los confines del valle se ensancharan y contrajesen dependiendo del humor del clima. De todos modos, en cualquier estación, bajo el reflejo del ocaso, el atardecer trae de vuelta la presencia refulgente del macizo cordillerano develando ese monumental juego de escalas que caracteriza tan fuertemente a esta ciudad. El brillo de algunas torres y, más distantes, los destellos del centro de esquí La Parva, complementan esta impresión. El paisaje de Santiago es inconstante.

Quizá no exista otra ciudad como esta, donde el tumulto de unos cinco millones de habitantes discurre a no más de una hora de distancia de parajes tan magníficos, inmensos, salvajes y silenciosos como son los de nuestra alta montaña. El buen manejo de este privilegiado capital natural –incluyendo, por cierto, el destino de las serranías agrestes de secano– es uno de los importantes desafíos urbanos actuales, cuando prácticamente todos los espacios agrícolas del valle, incluyendo importantes humedales, han sido sepultados bajo la urbanización.

Aunque no sea evidente, la ciudad es producto y heredera de un oasis de riego, un gran artificio forjado mediante extensas obras hidráulicas iniciadas en épocas indígenas anteriores a su fundación. Al igual que la ciudad misma o que cualquier obra de transformación extensiva del paisaje, tal artificio representa el esfuerzo mancomunado de muchas generaciones decididas a transformar el valle semiárido en un vergel. Esa condición originaria gesta una estructura territorial estratificada, por cuanto la ley gravitacional a la cual se somete la irrigación por acequias ordena las cualidades de la vegetación según el alcance de los cursos de riego. Así, abajo, cubriendo el valle urbanizado, se despliega un follaje exótico exuberante; más arriba, por sobre los canales, una dispersión de manchas de vegetación xerófita originaria cubre los faldeos agrestes hasta los niveles más altos, donde el desierto mineral de las cumbres se empina por sobre los límites superiores de la vegetación.

Esta estratificación del paisaje aún caracteriza la estructura urbana de Santiago, de tal modo que sus límites urbanos más formidables están hacia arriba, más que en el entorno de los llanos, donde su periferia, inestable y permanentemente sobrepasada, desdibuja la transición hacia el espacio agrícola y agreste. Reforzando esta condición del límite, la normativa urbana actual ha definido un alcance vertical máximo de las áreas urbanizadas hacia el macizo cordillerano designándolo según una cota de nivel que recorre el piedemonte andino: es la "cota mil" que en Santiago (al igual que en Caracas) marca mediante una horizontal un límite urbano superior, concebido como un camino balcón que algún día permitirá compartir la vivencia del entorno desde esa privilegiada altura. Poco a poco esta condición del límite se inscribirá como un lugar memorable en el lenguaje y el imaginario común.

Vista aérea sobre Santiago Centro, de cerro San Cristóbal, cerro Santa Lucía y río Mapocho. Fotografía de Guy Wenborne, 2008.





La mirada del paisaje

Hacia 1872, el Intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna, podía apreciar desde la cumbre del "paseo aéreo" del cerro Santa Lucía, aún sin dificultad, a Santiago como un cuerpo unitario, entero y coherente. Podemos imaginar cómo el polvo, los rumores de la ciudad, los gritos y los ladridos, acompañaban esa experiencia que abarcaba visualmente hasta unos confines urbanos nítidos, que se extendían por el norte hacia poco más allá del cerro Blanco, por el sur hacia los espacios del Zanjón de la Aguada, por el oriente poco más arriba de la actual avenida Vicuña Mackenna y por el poniente hasta el entorno de la Quinta Normal. Podrían percibirse las humaredas de los arrabales, las hileras de árboles en torno a los

▲ Condominio de viviendas en Peñalolén.

▲ Estación Metro Universidad de Chile, en Línea 1.

▶ Avenida Ricardo Lyon, Providencia.

▶ Cableado en altura de la calle Eliodoro Yañez.

▶▶ pp. 256-257. Tres modalidades del comercio: feria libre de barrio, *mall* en Las Condes y tiendas en calle Patronato.





caminos y las manchas verdes de unos cultivos agrícolas ceñidos por los cerros isla, el macizo del San Cristóbal y el Manquehue que irrumpe como una cuña en el valle segmentando la trama urbana y el trasfondo de cordilleras hacia el oriente y poniente.

Hacia el Centenario, la canalización del río habilitaba la ribera sur, formando el Parque Forestal, dando pie a una nueva relación entre ciudad y cauce caracterizada por la extensión de los prados, las arboledas y la laguna (actualmente desaparecida pero reconocible en la hondonada que caracteriza al tramo de parque comprendido entre los puentes Loreto y Purísima). Las distancias urbanas cortas permitían que cualquiera accediese a estos nuevos espacios sin dificultad.

Desde entonces, la explosión de la "mancha urbana" pondría fin a esta experiencia. Además de la imposibilidad de aprehender visual y sensorialmente la ciudad desde un solo punto de vista, la transformación radical del sentido de lo urbano, de la manera de entender la ciudad y su textura de cosas y eventos, hizo que fuera aún más difícil caracterizarla.

Mal pueden ahora los vecinos de Chicureo, Ñuñoa, Cerro Navia o Lampa compartir una imagen común de la ciudad: a lo más un sentimiento de filiación a una "entidad urbana" más abstracta que aquella del siglo XIX, aunque el marco geográfico aún provea un insustituible elemento de identidad. Con toda seguridad sus miradas jamás se cruzarán en un espacio unitario como la Plaza de Armas,


#700
EL KILO
CEBOLLINES
2 LB # 500


open
MIRADOR del ALTO









lugar emblemático de representación que fue a la vez retrato colectivo, medida de poblamiento, signo de riqueza y de poder cívico e inevitable sitio de convergencia. Y, sin embargo, la figura urbana actual, aunque desescalada y formalmente menos cohesiva, es a la vez más compleja y poderosa, mejor conectada con el mundo, más anónima, fluida y dinámica. Quisiéramos pensarla además como representativa de una sociedad más democrática, abierta y moderna.

Desde esta perspectiva, y mediante una mirada que sólo puede ser fragmentaria y sesgada, hemos privilegiado una comprensión de la ciudad a partir de sus obras y escenarios. La obra urbana es siempre polifónica, abierta e inacabable; gestada bajo múltiples propósitos, estimulada por la imaginación y realizada a partir de experiencias, saberes, visiones, y una buena dosis de astucia. La suma de obras que constituye la base material de la ciudad encaja en su escenario geográfico, imponente y desmesurado, caracterizado por el "telón" de los Andes con el cual interactúa en cierta medida, modificándolo. Basados en esa condición polifónica y múltiple, hemos caracterizado los distintos acápites bajo el encabezamiento de paisajes: residenciales, del juego y del ocio, viales. Otros deberían sumarse, pero la extensión limitada del ensayo hace preferible focalizarse en ciertos rasgos para enunciar al menos algunas líneas significativas de reflexión acerca de esta ciudad reciente, respecto de la cual carecemos de suficiente perspectiva histórica.

La acción de ciertos urbanistas jalona las transformaciones del siglo. Entre ellos destacamos al vienés Karl Brunner (1887-1960), al arquitecto Juan Parrochia (1930-) y a los equipos de la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU) (1965-1973) quienes dejaron una impronta significativa: un casco central modernizado que incluye los espacios simbólicos del "barrio cívico", un esquema radio-concéntrico de anillos viales que organizan las relaciones urbanas y territoriales de la cuenca reorientando la forma urbana, y unos polos urbanos gestados mediante la creación de parques que inauguran nuevos centros, señalando algunas de las áreas de mayor desarrollo que fueron concebidas desde entornos semi-rurales.



En comparación a estas importantes obras, otras transformaciones urbanas significativas más recientes, como el Metro y las redes de autopistas, han desatendido importantes aspectos. Así es como, a pesar de su impacto modernizador, el Metro de Santiago no ha aportado espacios de superficie igualmente significativos. Por su parte, las autopistas –de autoría difusa o desconocida– que han revolucionado las relaciones geográficas, han dificultado muchos flujos de barrio, obstruyendo también la accesibilidad de la ciudadanía a algunos de sus bienes naturales principales como las riberas del Mapocho y el Parque Metropolitano.

Nuestro itinerario describe, entonces, el paso desde una figura urbana más neta a una figura más incierta, desde un liderazgo público definido, a un liderazgo más confuso y burocrático, pero también desde una ciudad en modernización a otra en tránsito hacia una vocación metropolitana de grandes potencialidades.

La ciudad es, en cierto sentido, un artefacto. No hay ciudad sin construcción de paisaje, sin obras de arquitectura y obras civiles de múltiples artífices, sean de autoría singular o colectiva. La mayor parte de estas obras representa respuestas contingentes y circunstanciales al crecimiento urbano, las menos serán visionarias. No es posible explicar cabalmente la creatividad que las origina, pero de todos modos, sin el impacto concreto y tangible de las obras urbanas, la ciudad sería distinta, como sin duda seríamos también distintos nosotros sus ciudadanos.

▲ Nuevo perfil urbano en el sector de La Portada, destacándose la torre Titanium, de 190 metros de altura, proyectada en 2007 por la oficina Senarq, del arquitecto Abraham Senerman.

▶ La Plaza de Armas durante una multitudinaria función de *Cascanueces*, presentada por el Ballet de Santiago, en 2009.



El paisaje residencial: modos de habitar en Santiago

Al igual que muchas otras ciudades, el Santiago constituido tuvo su contraparte "informal" y miserable, simbolizada en este caso principalmente por su chimba. Hasta bien entrado el siglo XX y a pesar de muchos avances, hubo "poblaciones callampas" y tomas en las que se vivía en condiciones de abyecta miseria, enclaves marginales como sistema de vida, aunque a veces estuvieran ubicados en sectores centrales. Ellos constituían una suerte de contracara arisca de la ciudad. Los cartógrafos nunca supieron cómo registrar sus trazas o bien prefirieron omitirlas en aras de una descripción urbana más aséptica. En torno a estos espacios se incubaron algunas de las acciones urbanas más violentas del historial de Santiago, incluyendo erradicaciones forzadas destinadas a llevar a los pobres fuera del radio de acción habitual de los ciudadanos mejor establecidos. Buena parte de la política urbana del siglo XX está marcada por estos hechos que aún pesan en ciertos sectores de periferia originados en el desalojo obligado.

Casas y departamentos, poblaciones y suburbios, calles residenciales y barrios, representan modos de convivencia urbana, ideas de privacidad y aspiraciones de relación con la naturaleza, prácticas y conceptos vinculados al espacio cotidiano. La casa propia es también, a lo largo del siglo XX, una consigna y aspiración reiterada de importantes consecuencias políticas. Comparecen hoy, en distinta medida, casas en barrios de elite, conjuntos de clase media, "viviendas sociales", barriadas y poblaciones de emergencia, por lo general segmentadas en territorios distintivos, mientras que, como complemento y contrapunto, los cementerios o "ciudades de los muertos" se instituyen en el destino final de los habitantes urbanos asumiendo también la función de simbolizar los sentimientos de nuestra cultura respecto a la noción misma de destino.

En el plano arquitectónico, la transformación irreversible y generalizada de la antigua "casa de patios" por la casa



aislada (*bungalow* o *chalet* como se la llamó en jerga inmobiliaria) caracteriza el paso desde ciertas formas residenciales tradicionales a la modernidad. Así la casa patio preindustrial, introvertida, conservadora, de resabios campestres, fuertemente jerarquizada y destinada a una familia extendida, dio pie a un modelo aireado, abierto al paisaje, destinado al uso de una familia menos extensa. Fueron reestructuradas sus relaciones internas en dependencias de servicio y dependencias de familia, aparecieron los garajes y se la separó de la calle con un antejardín, conformando así una construcción representativa de mayores libertades formales incubando nuevas fisonomías urbanas. Apoyada en modelos ampliamente difundidos, la casa aislada se instituye en un poderoso patrón urbano, reproduciéndose en los diversos sectores de la ciudad, sea en sus formatos más amplios, sea jibarizada a sus dimensiones mínimas. Aunque de origen anglosajón, el modelo adquiere en Santiago un mayor aislamiento, rodeándose los jardines de muros y vegetación.

Una casa abierta en sus cuatro frentes es a una casa patio como el anverso al reverso de una figura, de tal modo que esta transformación supone consecuencias en los hábitos domésticos, en las calidades de los espacios, y, también, en las características del entorno urbano. Respirando en sus cuatro flancos, esta casa moderna ambiciona la luz, el paso del aire y el goce del jardín, en un esquema en el que las relaciones urbanas quedan cada vez más

▲ Centro Cultural Palacio La Moneda, diseñado por el arquitecto Cristián Undurraga e inaugurado en 2006, durante la exhibición *La antigua China y el ejército de Terracota* en 2010.

▶ Canchas de *skate* en el Parque de los Reyes en Santiago Poniente.

▶ Juegos infantiles en el Parque Bicentenario en Vitacura.

▶ Caminantes y ciclistas ascienden al Parque Metropolitano en el cerro San Cristóbal.









relegadas a las posibilidades del transporte vehicular y en el cual nuevos modos de insularidad construyen barreras entre vecinos.

Paralelamente, en sectores desposeídos, el modelo del conventillo –por lo general un hacinamiento de cuartos en hilera con frente a pasajes peatonales– es sustituido por casas y bloques de población donde se privilegia el espacio colectivo por sobre el jardín individual. Hacia fines del siglo pasado, aún quedan campamentos provisorios y tomas destinadas a presionar por una "solución habitacional" de factura sólida y con derecho de propiedad, pero la vivienda urbana es a estas alturas mayoritariamente "formal", es decir, construida conforme a los procedimientos legales, en contraste con las tomas o poblaciones de emergencia llamadas "informales" que surgían al margen de la legalidad; lo mismo ocurre con las urbanizaciones. Poco a poco desaparecen las poblaciones de emergencia y las apropiaciones de terrenos, para dar paso a grandes conjuntos homogéneos en la periferia, sentando las bases de un problema de segregación que constituye un tópico urgente de abordar.

Un aire rural caracterizó a amplios sectores de Santiago hasta mediados de siglo, no sólo en los suburbios más alejados, sino también en barrios residenciales establecidos. Así, los jardines privados, hoy primordialmente ornamentales, también incluyeron huertos productivos, frutales y hortalizas, en continuidad con el uso anterior de los suelos fértiles sobre los cuales se establecieron. Los patios traseros han evolucionado desde una semblanza del huerto agreste provisto de frutales y gallineros a versiones más asépticas, como lo revelan, por ejemplo, los barrios jardín de la precordillera, donde

▲ Panorámica de Santiago desde los faldeos cordilleranos de La Reina hacia el nororiente.

▶▶ p. 264. La Autopista del Sol junto al Zanjón de la Aguada.

▶▶ p. 265. Vista aérea del río Mapocho y el puente de la avenida de la circunvalación Américo Vespucio, en Vitacura. Se aprecia el Parque Metropolitano del cerro San Cristóbal, que limita al sur con la comuna de Providencia, al poniente con la de Recoleta y al norte con la de Huechuraba. Fotografía de Guy Wenborne, 2007.



proliferan las piscinas sustituyendo otras funciones del patio, mientras que el garaje ampliado revela el progresivo incremento del parque automotriz. Hasta hace no demasiado tiempo debe haber habido un porcentaje considerable de pobladores de primera generación en la ciudad.

Una red de pequeños locales de comercio, complementados por la distribución domiciliaria de leche y de productos básicos en carretelas o vehículos de carga, abastecía a los barrios residenciales, cuando la calle era también un escenario de intercambios, porque el radio de acción de las compras habituales estaba medido por un abastecimiento cotidiano a pie y el almacén de la esquina aseguraba un surtido complementario. Con la excepción de las ferias libres, estos sistemas de abastecimiento barrial han sido sustituidos por el supermercado, cuya evolución ha gestado unidades cada vez mayores, alojadas en grandes contenedores urbanos. Estos cambios en los hábitos han privado a los barrios de sus focos de micro urbanidad, creando a su vez otros centros urbanos más anónimos cuyo desarrollo se caracteriza hasta ahora por una fuerte dinámica de adaptación y cambio.

La vivienda en departamentos constituye una novedad del siglo XX. Ciertos grupos de elite intentaron radicarse en el centro haciendo por ejemplo de la Plaza de Armas un sector residencial, pero las tendencias hacia el barrio alto fueron demasiado poderosas, quedando sólo algunos reductos residenciales de alto nivel en torno al Parque Forestal y el cerro Santa Lucía, luego frente al Parque Providencia (también llamado Japonés y Gran Bretaña) creado en 1931 por el paisajista Oscar Praguer con los arquitectos Jorge Arteaga y



Sergio Larraín García-Moreno. En sus planes de vivienda popular, y en paralelo con las antiguas cajas de previsión, el Estado incluyó los edificios de departamentos para las clases medias. Por un tiempo, grandes conjuntos residenciales como la Unidad Vecinal Portales en Quinta Normal o la Villa Frei en Ñuñoa lograron materializar la idea de barrio residencial con la amplitud de sus espacios verdes colectivos; la generosidad del arbolado, que en ambos casos incorporó huertos ya formados, y la calidad de los edificios.

Hacia mediados de la década del sesenta, el Estado introdujo las torres de vivienda para grupos medios en un plan modernizador liderado por CORMU. El principio rector que guió sus acciones fue, por lo general, el de crear altas densidades de habitación con el fin de liberar suelos para usos recreativos, de modo que el generoso espacio colectivo de parques y canchas de juego compensara el mayor volumen de habitantes. Así nacieron los parques San Borja y Araucano, con sus respectivos núcleos de torres y departamentos.

La densidad urbana sin compensaciones en los espacios de dominio público caracteriza los modelos más crudos de especulación inmobiliaria actual. Mientras tanto, los grandes conjuntos habitacionales construidos por el Estado o corporaciones privadas han visto cerrarse sus amplios espacios comunes, originalmente previstos como de usos colectivos y no siempre cultivados como se les concibió. Al igual que en otras ciudades, Santiago sufre un proceso de reformulación de los usos de estos espacios fraguados originalmente en torno a una idea igualitaria y al principio del libre acceso.

El actual condominio, marcado por tendencias de exclusión social y por el miedo a la delincuencia, introvertido y hostil al entorno urbano, representa una suerte de regresión a una ciudad más claustral y fragmentaria,






Costanera Norte Al Oriente
Costanera Norte Al Poniente
COSTANERA NORTE
AL ORIENTE
AL PONIENTE





curiosamente afín a ciertos rasgos urbanos que Vicuña Mackenna intentó revertir mediante la apertura de las calles "tapadas" cuya continuidad interrumpían los amplios predios monásticos del siglo XIX. El condominio ofrece en su interior ciertas posibilidades de vida de barrio, donde el encuentro está determinado por su propio vecindario y donde otros modos de roce urbano quedan excluidos. Este modelo urbano internacional parece marcar una tendencia, cuyas consecuencias imprevisibles serán quizá fundamentales en los años venideros.

pp. 266-267. Cruce de autopistas de circunvalación sobre el cerro San Cristóbal en el sector La Pirámide.

Antiguos mausoleos familiares en el Cementerio General.

Nueva modalidad de cementerio parque en el Parque del Recuerdo.

Tradicionales sepulturas en tierra en el Cementerio General.

El paisaje de los muertos

Durante el siglo XX, los escenarios en que la ciudad rindió culto a los muertos sufrieron cambios quizá aún más radicales que los que afectaron a la residencia urbana. Así, mientras la casa se transformaba por la creación de nuevos barrios hacia los suburbios y por el traslado conceptual que implicaba la sustitución del modelo de la ciudad de patios por el de la ciudad jardín, la necrópolis –contraparte de la "ciudad de los vivos"– sufrió una mutación igualmente radical e irreversible, pero con retardo. En los antiguos cementerios, de fuerte impronta urbana, los materiales fueron incluso más nobles que los utilizados en las casas de su tiempo, como es el caso por ejemplo de la mampostería de piedra, utilizada extensivamente en el camposanto tradicional pero cuyo uso urbano es prácticamente inexistente en Santiago. Allí estaban presentes todos los fenómenos de diferenciación





social, como en un retrato fiel de la sociedad que los engendró: mausoleos ostentosos, barrios de villas urbanas, bloques de nichos y periferias de tumbas rústicas. Sin embargo, progresivamente fueron sustituidos por un modelo de "cementerios parque", localmente inédito hasta mediados del siglo, en el que la igualdad social era al menos efectiva en apariencias y donde el parque arbolado sustituía a la imagen urbana.

El modelo es nuevamente importado, no sólo en su estilo (el Parque del Recuerdo fue diseñado por una firma norteamericana), sino también en sus principios comerciales y de gestión, por cuanto lo impulsa ahora un negocio inmobiliario más que la filantropía, la solución a un problema de higiene pública o la inquietud institucional frente a los problemas fundamentales de la muerte y su sitio simbólico y real en la ciudad. De todas maneras es significativo el aporte que estos grandes parques han hecho a la dotación de espacios verdes urbanos, como también es sorprendente la adaptabilidad del público que acude a ellos apropiándose de sus espacios como nuevos lugares de sociabilidad. Así también, a los muertos del siglo XX se les ofrece descanso en un modelo urbano alterno, en el que, ante la ausencia de las alusiones a la calle, la casa, el barrio y el monumento, aparece en cambio la epifanía del barrio-jardín glorificado en su imagen más poderosa, el parque de ascendiente anglosajón.



Paisajes del ocio y el tiempo libre

En el siglo XX las actividades al aire libre asociadas mayoritariamente al deporte adquirieron gran importancia. Durante este período las colonias de inmigrantes introdujeron los "clubes de campo" en el barrio alto, inaugurando así nuevos escenarios del ocio focalizados precisamente en un "campo" –de flora exótica– que se constituyó en centro de las actividades del juego y el deporte al "aire libre". Cada club revive alguna de las añoranzas de la tierra de origen, si no en los escenarios, al menos en sus rituales. Extensivos y modelados en la idea del parque, estos establecimientos complementaron a los clubes urbanos, cuya imagen más clásica es el palacio, como lo es el antiguo y elitista Club de la Unión en la Alameda.

Tan prestigiosa es la institución del "aire libre" que el Club de Golf Los Leones se convirtió en el foco fundacional de un barrio de elite que hereda su nombre. También el Stade Français y el Prince of Wales Country Club representan aún hoy la idea del parque privado, premunido de espacios para diversos deportes. Otras colonias de inmigrantes construyeron a escala más modesta sus lugares de juego y reunión en diversos enclaves extramuros: así, en Santiago hay clubes de ascendiente europeo y otros que remiten al Medio Oriente, al igual que hay colegios que respondieron a los planes de las diversas colonias. A diferencia del Club Hípico, cuyo origen se remonta al período de Vicuña Mackenna, el énfasis en estos lugares es más participativo, con campos de juego para el uso de sus socios, siempre complementados con la piscina que constituye también una novedad y un objeto de prestigio. Gravitando hacia el oriente, todos ellos se insertan en el corazón de barrios jardines o bien actúan como atractores

▲ Parque Bicentenario en Vitacura, proyectado por el arquitecto Teodoro Fernández en 2007.

▶ Montaña rusa de Fantasilandia al interior del Parque O'Higgins, antiguo Parque Cousiño.







para la gestación de estos. Paralelamente, incontables clubes de provincia, de intereses políticos o gremiales o simplemente lúdicos, se acomodan en edificios urbanos, mientras que los clubes deportivos populares también organizan sus canchas de juego hacia la periferia.

Hacia los años recientes, la piscina privada se disemina con tal fuerza que hoy es normal en los jardines de casas acomodadas, de tal modo que para los socios de los mejores clubes gradualmente la piscina del club deja de constituir una atracción especial. Es más: al multiplicarse las posibilidades de excursión hacia la montaña o la costa –sacando provecho de la fortuna que Santiago posee en su patrimonio de balnearios de invierno y verano a corta distancia–, los hábitos del ocio han registrado cambios. Quizá por esta razón el ocio no ha engendrado en esta ciudad una comparable oferta de atracciones urbanas a la de Buenos Aires. De todos modos, la disponibilidad de litorales costeros y de montaña confirma la función recreativa que los ciudadanos adscriben primariamente al espacio natural.

En un proceso que pareciera indicar una tendencia de los clubes de campo, las canchas cubiertas y los gimnasios sustituyen gradualmente sus áreas de parques para ofrecer una programación de actividades de toda temporada y en horarios más amplios, más focalizados en el *fitness* que en la programación de familia y estableciendo una abierta competencia con los gimnasios. Sin embargo, la idea del club deportivo como foco del barrio residencial adquiere suficiente fuerza como para que ciertos condominios exclusivos se organicen enteros en torno al campo de juego con sus casas enfrentando una cancha de golf, según un modelo inaugurado en Estados Unidos que llega con varias décadas de retraso. Así, en vez de una plaza o una calle urbana, son los espacios arbolados de este deporte los que congregan las miradas. Mientras tanto, en los barrios populares, es la cancha de fútbol la que construye un ámbito significativo del juego, particularmente cuando esta se organiza en series, como ocurre en los márgenes de la Ruta 69 y de la circunvalación Américo Vespucio, mientras que las piscinas municipales atraen a un público masivo creando en la ciudad un símil del balneario de verano.

La calle, que en ambientes populares siempre fue escenario del juego, dejó de ser tal, primero copada por el tráfico y, más recientemente, tildada de insegura. Sin embargo, las prácticas deportivas siempre cambiantes gestan nuevos escenarios del juego en todos los barrios. El culto al cuerpo ha resultado en actitudes más desinhibidas en los usos del espacio público, de tal modo que





el *jogging* ocupa, al menos parcialmente, algunos de los vacíos que ha dejado el progresivo abandono de la calle como espacio de diversión. Aparecen las maratones urbanas en imitación de los eventos masivos neoyorquinos, mientras se disemina el *skate* y el ciclismo, combinando este último su atractivo deportivo con su efectividad como medio de transporte. La alternancia de los cauces de vialidad urbana entre estos modos de desplazamiento y el vehicular es al menos intermitente, registrando una pugna creciente entre el monopolio de este último con los otros medios más amables, ecológicos y conviviales.

Nuevas conciencias ecológicas estimulan el reconocimiento del espacio agreste. Inseguro, pero prometedor, el Sendero de Chile introduce la idea de paseos ahora concebidos en largos trechos y a escala geográfica. En el caso local, permite reconocer a la ciudad en toda su extensión, desde el faldeo cordillerano revirtiendo la clásica vista de Santiago, siempre mirado desde abajo y contra el monumental fondo de sus montañas. La posibilidad de este circuito peatonal de alcances desmesurados revierte de un modo significativo la tendencia acusada en todo el siglo XX por desplazar al peatón a favor del transporte motorizado. Por eso y también desde el punto de vista de la creación de nuevas conciencias territoriales, el Sendero de Chile implica un aporte de enorme significación. A la espera de acciones decisivas, el cauce del Mapocho podrá constituirse en un recorrido jalonado por parques y paseos en el sentido perpendicular, desde lo más alto del valle urbanizado hasta su encuentro con el valle agrícola antes de su desembocadura en el Maipo.

Asumido como obligación institucional por el Estado y los municipios, el espacio de juego es incorporado desde los años sesenta al ideal del barrio y de la "unidad vecinal", a la vez que los nuevos colegios de prestigio hacen de su equipamiento deportivo una clave de sus programas educacionales.

En las últimas décadas, innumerables dispositivos tecnológicos concurren a la programación del tiempo libre –desde las maquinarias de los gimnasios hasta los juegos digitales– y, sin embargo, los modos de sociabilidad colectiva en torno al ocio no decaen sino quizá proliferan. En otro plano, los cines que lograron constituirse en verdaderos monumentos han sido abandonados para cambiar de giro a bodegas o espacios de congregación de ciertos grupos religiosos, siendo sustituidos en la esfera pública por los multicines usualmente asociados a un centro comercial.



Ciudad y geografía: las relaciones exteriores

El arrabal urbano del siglo XIX era campo cultivado o espacio agreste a los pies de una ciudad semi-rural. Desde entonces la presencia de la cultura campesina se hizo sentir de diversos modos. Hasta la década de 1940 los arrieros conducían sus ganados por la Costanera hacia las veranadas de la cordillera. Más tarde, pasando mediados del siglo, eran caravanas de carretelas y camiones los que abastecían la Vega Central y las ferias libres de productos de hortaliza y chacarería, provenientes de Colina, reflejando sistemas de abastecimiento y consumo fuertemente basados en la producción local.

El campo agrícola, ya industrializado, queda hoy más lejos. Es posible que los alrededores de Santiago posean ahora más "parcelas de agrado" que chacarerías o potreros productivos. Erradicadas de la cuenca, por efecto de la presión urbana, las viñas más antiguas sólo mantienen en este ambiente urbano sus bodegas representativas. Los recientes satélites urbanos instalados como enclaves hasta ahora autónomos, como el poblamiento de Lo Aguirre, surgen entre la estepa de espinales mientras que los de Chicureo se instalan entre chacras de cultivo. Las líneas del Metro que alcanzan a Puente Alto están a punto de integrar también Maipú a la red urbana, reforzando la incorporación de antiguos centros rurales a la ciudad y creando inéditos tiempos de recorrido.

Las funciones industriales que se desenvolvían en lugares urbanos, se instalan en las últimas décadas en torno a los corredores viales: Vicuña Mackenna, Cerrillos, Ruta 5. Así, los terrenos que fueron de una fábrica de cervezas dan pie al conjunto de edificios más altos de Chile, mientras que el corredor industrial

◀◀ p. 272. Santiaguinos celebran en Plaza Italia el triunfo de Chile ante Suiza en el Mundial de Fútbol de Sudáfrica 2010. Gentileza diario *El Mercurio* / Héctor Yáñez.

◀◀ p. 273. Maratón de Santiago avanzando por la Alameda. Gentileza Adidas Chile.

◀ Feria del Libro al interior del Centro Cultural Estación Mapocho, remodelado por los arquitectos Teodoro Fernández, Montserrat Palmer y Rodrigo Pérez de Arce, luego de un concurso convocado en 1992.

▲ Restaurantes en el interior del Mercado Central de Santiago, cuya estructura de fierro fue inaugurada por el intendente Benjamín Vicuña Mackenna en 1873.


DISPONIBLE
BURGER
BURGER



del Zanjón de la Aguada es lentamente sometido a un proceso de reconversión consistente con otras instalaciones de gran envergadura: la fábrica de gas, las maestranzas ferroviarias, el matadero, que por obsolescencia esperan un destino urbano.

Desde el aire se aprecian las texturas y vacíos urbanos: entre estos últimos, las cuencas y los cerros representan los espacios singulares de mayor importancia. Esta ciudad andina posee al mismo tiempo numerosos cerros en su interior: espacios que incluso hoy son mayoritariamente marginales pero que constituyen su capital agreste más importante, en particular los cerros isla que en virtud de su configuración quedan rodeados de áreas construidas.

La transformación del cerro Santa Lucía marca un punto de inflexión en la conciencia que se tuvo desde la ciudad hacia sus cerros. Para el Intendente Vicuña Mackenna, en su visión higiénica y recreativa, esta debía ser la primera iniciativa de colonización de los espacios agrestes con un fin público. La creación del Parque Metropolitano en el cerro San Cristóbal es la más importante secuela de esa iniciativa sometida hoy al conflicto entre la vialidad urbana intercuencas y los requerimientos del parque público. Además del mirador de su cumbre, las piscinas de Tupahue y Antilén crean espacios excepcionales, coronando la obra de forestación y habilitación de caminos, senderos y equipamientos, implementada sobre su faldeo oriente. Otros cerros como Blanco, Renca y Chena, también designados como áreas verdes o reservas naturales, esperan su habilitación. Hay cerros de carácter institucional como Calán y Los Piques, sobre cuyos faldeos se instala la comunidad benedictina consagrándolo como reserva natural y creando a los pies de su iglesia uno de los miradores más notables de la ciudad. El cerro San Luis, dividido a medias entre la urbanización y el Club de Golf, oculto entre las torres, no ofrece miradores y el Manquehue ofrece el destino más cercano de excursión hacia un territorio agreste, aún dotado del follaje original. Nuevos recorridos urbanos han abierto paisajes hasta ahora inaccesibles, haciendo presente esta condición topográfica de la ciudad, la que será acrecentada cuando se establezca la carretera de la cota mil.

Si los puntos altos constituyen lugares extramuros, lo mismo ocurre con los cauces fluviales, cuyas orillas han sido manipuladas por efecto del control del cauce, alejándolas del acceso que a ellas alguna vez tuvieron los ciudadanos. Sin embargo, con los años se han ido constituyendo una serie de áreas verdes en torno al río Mapocho, las que con poco esfuerzo podrían constituir el mayor parque lineal de la ciudad. La reconversión del área del Zanjón de la Aguada, asociada al anillo de instalaciones ferroviarias, fábricas, presidios e instituciones, posibilitará asimismo la recuperación de otro sistema de jardines lineales de gran impacto en áreas menos favorecidas por espacios públicos.

◀◀ pp. 276-277. La Pequeña Gigante y su tío Escafandra de la compañía Royal de Luxe, espectáculo multitudinario organizado por el Festival Internacional de Teatro Santiago a Mil, en la Alameda con avenida Bulnes, en 2010.

▶ La Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, realizada por el arquitecto Juan Martínez en 1934 en el barrio Bellavista, inmediata al puente Pío Nono.

▶ Biblioteca de Santiago, en avenida Matucana, en un antiguo edificio construido en 1928 y remodelado por los arquitectos Carlos Ugarte, Arturo Cox y Matías Córdoba luego de un concurso en 2001.




BIBLIOTECA DE SANTIAGO





El paisaje vial, los caminos y la ciudad

La historia vial del siglo XX discurre entre la transformación urbana progresiva de huellas, caminos, recorridos y trazas. Como las estructuras viales predominantes poseen una notable inercia podemos recorrer todavía hoy los mismos trazos que el alarife Gamboa –quizá también basado en algunas huellas ancestrales– consagró hace poco más de cuatro siglos como las calles de una ciudad que las ordenanzas describían como abierta "hacia los cuatro compases".

La cuadrícula original del centro de la ciudad representó un modelo abstracto e impuesto, pero con el crecimiento hacia las periferias, las nuevas estructuras urbanas se ajustaron a las condiciones y las preexistencias del territorio. Así, en el desborde hacia los campos fértiles, las nuevas calles y avenidas se sobrepusieron a huellas, senderos, callejones, caminos rurales y acequias, endureciendo trazas agrícolas previas. Una atenta lectura del plano actual permite colegir, por un lado, la estructura predial de los campos de cultivo a partir de las manzanas edificadas y, por otro, de los circuitos rurales –caminos y canales– a partir de las trazas viales. Las comunas de La Reina y La Florida y el barrio de San Damián son ejemplos de esta transformación gradual. El trazado de la Alameda, en cambio, revela la condición de un límite urbano más impreciso, producido en parte por su origen en un cauce ocasional de perfiles cambiantes y geometría incierta. Ciertos barrios fueron construidos mediante trazados singulares manteniendo hasta hoy esa impronta: Concha y Toro en el centro poniente y Población Huemul hacia el centro sur. Los barrios de El Golf y Jardín del Este al oriente son ejemplos de organizaciones unitarias caracterizadas por sus propios trazados y tipos de edificación.

Desde mediados del siglo XX, la concentración del poder permite otras lógicas de trazado basadas en niveles de operación infinitamente mayores de parte de los agentes públicos o inmobiliarios. Las autopistas son emprendidas bajo un proyecto unitario, realizado en un plazo breve con la impronta de la ingeniería vial. Grandes paños destinados a la urbanización revelan poderosos intereses inmobiliarios con una capacidad hasta ahora desconocida de manejo territorial. Poblaciones, condominios y enclaves como la Ciudad Empresarial en Huechuraba o Enea en Pudahuel, representan esta modalidad de gestión y proyecto. Lo mismo ocurre con la vivienda económica, cuya expresión predominante, desde la década de los setenta, es la de extensos paños de suelo urbano cubiertos por construcciones. Las funciones residenciales homogéneas de estos conjuntos excluyen la mixtura de usos urbanos que caracteriza a los centros bien constituidos. Es sólo a partir del siglo XX que en Santiago es posible construir grandes unidades urbanas mediante la repetición de innumerables unidades tipo que se repiten en la extensión del conjunto.

◀ Campus de la Universidad Adolfo Ibáñez en Peñalolén, obra de los arquitectos José Cruz, Juan Purcell, Ana Turell y Hernán Cruz, construido entre 2005 y 2007.

◀ Barrio universitario en la avenida República, Santiago Poniente.





Distintos modelos viales articulan la conectividad urbana: el primero fue el sistema de red, el mismo de la antigua cuadrícula fundacional luego extendida excéntricamente con adaptaciones. Posteriormente, el modelo del anillo, que intenta abrazar el conjunto urbano estableciendo relaciones entre un interior más denso y un exterior más difuso, que se implementó primero con el cinturón concebido por Vicuña Mackenna y Ansart, luego con la circunvalación de Américo Vespucio y hoy con la orbital metropolitana, correspondiéndose este último con el modelo de la macrovialidad, novedad del siglo XX con escalas ya territoriales y cuyos modos de uso segregados serán incompatibles con las rutinas cotidianas de la calle. De todos estos modelos, es sólo en la autopista donde la vía adquiere sus propios rasgos topográficos, desprendiéndose del suelo urbano para definir sus propias condiciones de uso mediante terraplenes, puentes, zanjas y túneles. Remontando obstáculos geográficos, las autopistas han acercado los espacios agrestes de las sierras y cordilleras del entorno. De este modo, sobrepasada la cuenca del Mapocho han establecido nexos hacia los valles del norte abriendo los notables paisajes de las serranías de secano, hasta entonces ausentes de la experiencia cotidiana y la imaginación urbana, acentuando así la condición andina de Santiago.

En un proceso inverso, las rutas excavadas en trinchera a cielo abierto bajo el nivel de las calles circundantes –originadas en el trazado de la Avenida Norte Sur ideada por Juan Parrochia– han gestado sus propios modos de experiencia, desagregando conexiones de superficie, en particular la relación del Centro y el barrio poniente, y haciendo del viaje una experiencia más abstracta, alejada del reconocimiento visual del entorno. Los túneles urbanos introducen, por su parte, la disociación entre vialidad y ciudad en un símil del Metro aplicado a recorridos viales expresos, materializando recién en los últimos años una posibilidad enunciada por Karl Brunner hace unas siete décadas: por primera vez los automovilistas cruzan la ciudad sin mayor contacto con ella.



No obstante la proeza técnica, la magnífica apertura a nuevos paisajes y la eficacia en articular nuevas conexiones modeladas en una concepción más estrecha de infraestructura, las nuevas autopistas no han significado un aporte directo a los territorios adyacentes, sino más bien segregación de alto costo para los vecindarios afectados, repitiendo los errores ya cometidos en ciudades más desarrolladas. Destinadas a permanecer y a ampliarse, estas grandes estructuras deberán emprenderse a futuro según principios más integradores.

◀ Edificio Manantiales, en Las Condes, construido en 1999 por los arquitectos Luis Izquierdo, Antonia Lehmann, Raimundo Lira y José Domingo Peñafiel.

◀ Edificio Consorcio en la avenida El Bosque de Las Condes, proyecto de los arquitectos Enrique Browne y Borja Huidobro desarrollado entre 1990 y 1993.

▲ Parque Almagro y Basílica de los Sacramentinos, construida por Ricardo Larraín Bravo entre 1913 y 1922.

Mientras tanto, hemos heredado nuevos espacios urbanos de los trazados abandonados del ferrocarril que constituyeron en su tiempo las más impresionantes obras de ingeniería. Así, por ejemplo, del ferrocarril de Pirque heredamos el Parque Bustamante y también ciertos trazados viales de La Florida y del ferrocarril hacia Valparaíso, los amplios terraplenes del actual Parque de los Reyes.

Santiago Centro todavía mantiene, en la primera mitad del siglo XX, las calles "secas" según la descripción que se hacía de las vías originales del casco urbano central, cuyas fachadas continuas escondían la vegetación de los patios, jardines y huertos. Pero la progresiva sustitución de patios arbolados por patios de luz y de edificaciones bajas por bloques en altura, hizo desaparecer las huellas rurales y el follaje de los interiores con la sola excepción de los claustros de La Merced y de San Francisco. Hacia la primera mitad del siglo pasado la modernización del centro urbano contemplaba sombrear las calles secas mediante marquesinas proyectadas desde los edificios,





▲ *Santiago de Chile*, acrílico del pintor Samy Benmayor, 1994. Colección particular.



según la normativa implementada por Brunner, mientras que un magnífico sistema de pasajes peatonales cruzaba las manzanas, articulando una extensa red de espacios peatonales que constituye uno de los patrimonios urbanos más importantes del sector.

La tendencia predominante es, sin embargo, el esquema de calles arboladas consagrado, en parte, por la acción de Vicuña Mackenna, que hizo del árbol en hileras el elemento característico del espacio urbano. En muchos casos el follaje en la vía pública llego a ser más protagónico aun que las obras de arquitectura en la imagen urbana, extendiéndose finalmente a las calles de barrio. Su dependencia de una cultura de cuidado permanente ha hecho del arbolado urbano un proyecto todavía incompleto, sin lograr la consistencia que es propia a ciudades como Buenos Aires, Mendoza o Montevideo. Incluso en el área central, la peatonalización introducida hacia las últimas décadas del siglo aporta su propio arbolado, que se instala por primera vez en la cuadrícula fundacional.

En Santiago el arbolado urbano distingue condiciones geográficas y sociales, como lo atestigua la presencia, por una parte, de un Santiago forestal –donde los árboles se funden con la vegetación de los jardines, coincidiendo con las cotas más altas del valle y con los barrios más opulentos– y, por otra parte, de un Santiago seco y polvoriento, coincidente con los sectores bajos y los barrios populares. Como sólo se utilizan especies caducifolias para este efecto, cambia notablemente la expresión de las calles según la estación, de modo que tras las ramas desnudas y el tejido de cables aéreos cada invierno reaparecen desnudas las fachadas de la arquitectura residencial.

La vialidad fue asumida tradicionalmente como un instrumento clave de mejoramiento urbano, función que recaía en particular en la "avenida", su proyección jerárquica más importante, conjugando el tráfico y el paisajismo urbano en una sola entidad. Así lo concebía Brunner, quien se refería a las veredas como "andenes", clarificando la doble funcionalidad del cauce vial en tanto paso y llegada, donde la vereda –en un símil del andén ferroviario– es también un espacio que recibe al viajero, articulando el arbolado, los paseos y el espacio vial. Dominante hasta mediados del siglo pasado, este modelo logró integrar el tráfico urbano, la calidad espacial y de vida peatonal, instituyéndose en las costaneras del Mapocho y en otras vías. Las nuevas vialidades que han prescindido



casi enteramente del árbol y enteramente del peatón han creado cauces desprovistos de sombra, pero esta vez a gran escala y con evidente daño ambiental.

Al igual que en otras ciudades, las decisivas modernizaciones del equipamiento en infraestructuras de energía, de transporte, de aguas y de comunicaciones se han ido agregando a los corredores viales en asaltos progresivos al subsuelo y al espacio aéreo. La pugna de parte de los servicios públicos por esta última área caracteriza el desarrollo urbano del siglo XX, resultando en un enjambre de cables cada vez más sobrecargado, que dificulta hasta hoy la arborización de las calles. Las postaciones originales, realizadas con los mejores troncos disponibles provenientes de remotos bosques del sur, fueron sustituidas más tarde por los característicos postes de hormigón que tanto inciden en la imagen de Santiago. En tanto el espacio vial es el más representativo de lo público, por su envergadura territorial y por su importancia en la experiencia cotidiana, constituye sin duda uno de los desafíos de la ciudad y una de las claves de integración social y de mejoramiento de su calidad de vida.

▲ Fachadas de casas en calle Viña del Mar, en Providencia.

▶▶ p. 288. Fuente de fierro en la esquina de calles Bandera, Moneda y Nueva York. Al fondo, puente aéreo del Banco Santander realizado en 2005 por el arquitecto Gonzalo Martínez de Urquidi.

▶▶ p. 289. Pintores en la Plaza de Armas, frente al Palacio Arzobispal y a la Catedral.



Caminos pendientes

Santiago enfrenta las encrucijadas propias del paso desde una escala de ciudad en el valle a la escala de ciudad-valle. Las tendencias indican que a mayor nivel de ingresos hay mayor demanda por el consumo de tierras y la opinión de algunos urbanistas avala esta tendencia, otorgándole además un cierto valor de paradigma. De ser así, el valle del Maipo podrá ser cubierto por infinitas redes de calles y enclaves, cubriendo a la vez los mejores suelos fértiles, agravando la segregación social y la contaminación y forjando un modelo urbano desmedido y de muy difícil administración. Es una tendencia que pareciera oponerse a la mirada más actual que valoriza los beneficios de la densidad, la concentración, el encuentro urbano y la infinita mezcla de situaciones y personas que engendra una cultura urbana vigorosa, moderna y productiva. Hay muchos caminos pendientes de los cuales los siguientes esbozan ciertas ideas matrices. Cualquiera de ellas podría incidir positivamente en el destino de la ciudad, pero conjuntamente se potenciarían.

Santiago ciudad de miradores: según lo señalado por Vicuña Mackenna, la conquista de las cumbres próximas debería constituirse en un plan urbano para recuperar los cerros isla degradados, habilitando miradores accesibles desde muchos barrios, mientras que la plena habilitación del Sendero de Chile ofrecería un recorrido-balcón, al igual que el trazado de la avenida de la cota mil, acentuando este rasgo de ciudad de miradores. El programa



podría culminar en el funicular y mirador del San Ramón, un proyecto varias veces enunciado sin que hasta ahora se avizore su concreción. Sectores al límite del valle, como el cordón de Lo Prado, deberían constituirse en parques nacionales, siguiendo la pauta más previsora de otras ciudades de equivalente tamaño, donde el patrimonio natural cercano ha sido correctamente asumido como tarea urbana.

Santiago, ciudad de corredores verdes: cumpliendo con uno de los mejores atributos del oasis de riego, un plan de avenidas arboladas de la calidad de los actuales corredores Pedro de Valdivia o Lyon. Ellos han demostrado no sólo sus cualidades urbanas y ambientales, sino también la sostenida valorización inmobiliaria de sus bordes, que podría replicarse sin mayor dificultad. Tales corredores, cada uno de dos o tres kilómetros de longitud, podrían favorecer a los barrios más desprovistos de vegetación, iniciando un plan de revalorización urbana a partir del cauce vial. Santiago cuenta con infinitos kilómetros de calles y avenidas, y veinte o treinta cauces, manejados de este modo, gestarían cambios urbanos de profunda importancia, creando lugares de identidad y ambientalmente amables. Así se desencadenarían procesos de mejoramiento favorecidos por el incremento en el valor de los suelos que tales acciones han demostrado en el transcurso del tiempo.



Santiago ciudad cohesionada: la única forma de cohesión social es el encuentro cara a cara. La ciudad debe ser un mecanismo de encuentros contrariamente a la tendencia de dispersión urbana que actúa como mecanismo de desencuentro. La mejor salvaguarda de la naturaleza no es la ciudad-jardín, que consume suelos y genera polución por el gasto energético de la movilidad requerida, sino la concentración.

Santiago exhibe exitosos ejemplos de densidades medias: edificaciones de hasta cinco pisos podrían ofrecer condiciones extraordinarias de convivencia, versatilidad urbana, disfrute del follaje e incluso, según modelos probados en otras ciudades, integración social. Todos los modelos actuales de manejo territorial sustentable apuntan a la concentración del asentamiento, coincidiendo con los criterios de seguridad que apuntan al repoblamiento de las calles con actividades cotidianas. No hay cohesión social sin encuentro y no hay encuentro sin convergencia en un mismo territorio.

Santiago de las aguas públicas: la limpieza de las aguas del Mapocho permitirá contar en poco tiempo con un cauce sin peligro de contaminación, lo mismo deberá ocurrir con el cauce del Zanjón de la Aguada. Un parque lineal del Mapocho que sume todos los parques actuales de orilla, complementándolos con recorridos, bandejones y parques nuevos, así como un Parque de la Aguada que recupere este cauce en una acción vinculada a la regeneración de los tejidos urbanos de su entorno, son iniciativas actualmente en consideración que, de implementarse en su totalidad, significarán la regeneración urbana de amplios sectores actualmente degradados. Ello complementará la disponibilidad peatonal y ciclística del Sendero de Chile al oriente con dos recorridos de amplio desarrollo sobre el eje oriente-poniente. De este modo, el Santiago del siglo XXI podrá contar con recorridos peatonales y ciclísticos en la medida de su dimensión urbana.

Sin duda hay muchas iniciativas que esperan una urgente implementación: hay diversos caminos que recorrer en búsqueda de una transformación positiva de esta ciudad. Los cuatro lineamientos que hemos propuesto deben ser examinados desde una perspectiva integradora y abierta a otras ideas complementarias.





◀ Parque Forestal, realizado sobre los terrenos que se ganaron al río hacia 1900 y diseñado por el paisajista Jorge Dubois en 1910.

▲ *La fundación de Santiago,* acrílico del pintor Carlos Maturana, Bororo, 1984. Colección Juan Salinas Lyon, Santiago.

▶ Detalle de *La fundación de Santiago*, de Bororo. Cita a la obra de Pedro Lira (en páginas 38-39)















Para amar a Santiago

Pedro Gandolfo

Para amar Santiago primero es preciso contemplarlo y contemplar una ciudad cualquiera no consiste en medirla, pesarla ni inventariar su historia. Sin duda, ese enfoque científico-técnico o historiográfico cumple una función loable y necesaria, aunque, pienso, en él la mirada del habitante común y corriente queda excluida.

Las ciudades son individuos: sus nombres no remiten a generalidades o abstracciones: "Santiago" es "alguien" singular como un amigo querido o un pariente cercano que podemos ver o palpar pero que a la vez se nos oculta. Así, de ese Santiago yo sólo conozco fragmentos, trozos dispersos, incongruentes, desajustados y en movimiento: los barrios en que he vivido, los lugares que por razones de trabajo, de una pasión o de un dolor visité con alegre o afligida reiteración. Me gustaría conocer más de él, llegar a una mayor intimidad, poder distinguir su "sello personal", esa voz que lo hace único.

A veces, desde la ventana de mi escritorio que da a la calle José Miguel de la Barra, detengo mi trabajo y me quedo observando la luz poniente que da sobre Ismael Valdés Vergara y relumbra sobre los edificios lejanos y más acá sobre los techos del Museo Nacional de Bellas Artes o, al alba, me sobrecoge el cuadrante luminoso que se forma por Loreto y Recoleta hacia el fondo azulino de los cerros. Las luces de Santiago poseen la sorprendente calidad de algunas atmósferas granulosas, rosadas y frescas de los grandes balnearios y, así las disfruto, sentado una tarde en la Plaza de Armas, como si estuviera en una banca frente al mar. Porque toda visión contemplativa de esta ciudad debería dar cuenta de sus nupcias con la naturaleza, que en Santiago en su tesoro más escondido; que no se reduce, como suele señalarlo el lugar común, a la presencia de la cordillera, sino a la ronda de sus distintos cerros, a la agitación de sus horas, a su ciclo anual ligado a los cambios de estación, a su cielo movedizo, a sus nubes, a sus distintos tipos de lluvias, a sus rachas y ventarrones.

Me gustaría, de otro lado, poder seguir los caminos y los gestos con que la ciudad penetra en la propia morada, en la vida doméstica, cómo llega, por ejemplo, a nosotros la noche de Santiago, cómo se incorporan a nuestra intimidad su respiración, sus ritmos y la mixtura de sus ruidos. Y, sobre todo, me fascina el Santiago que está más allá de los ojos del cuerpo, el Santiago invisible o subterráneo. Aunque viéramos muy bien, veríamos una parte insignificante de esta ciudad, quizás una parte engañosa y empobrecida. Hay ocasiones, por ejemplo, en que yendo a algún lugar me extravío y, de pronto, me encuentro con un Santiago provinciano, pero semejante a lo que era una provincia de hace cuarenta años, con calles y esquinas que me recuerdan a Talca o Curicó de mi infancia. En mi barrio, en torno al Parque Forestal, me basta caminar por Monjitas hasta la Plaza para que vengan a mí distintas facetas de Santiago, no sólo en estilos arquitectónicos, sino en formas de vida que se ocultan en rincones y galerías, como si habitara en una frontera, a veces amable, a veces peligrosa, pero siempre atrayente.

A ese Santiago invisible, con tantas capas superpuestas, que solamente alcanzo a atisbar, lo encuentro sobre todo, con sus anversos y reversos, sus tinieblas, grisuras y esperpentos (que son también dignos de ser amados) en nuestros cronistas, poetas y novelistas –José Donoso, Joaquín Edwards Bello, Alfredo Gómez Morel, Pedro Lemebel, Enrique Lihn, Jorge Edwards, Alfonso Calderón, entre otros– y es allí, en las letras, transfigurado y real a la vez, donde irradia su encanto más fuerte y donde el arte debe seguir construyendo su mito.

◀◀ pp. 292-293. Panorámica de la ciudad de Santiago desde el helipuerto de la torre del Banco Santander, en calle Bandera.

◀ Vista aérea del Parque Forestal y el Palacio de Bellas Artes.





Notas

Referencias

Indice de láminas

Acerca de los autores

Agradecimientos

Créditos

Índice

Notas

Capítulo I

Santiago antes de la ciudad
(12.000 a.C.-1541)

1 Montane 1968; Núñez *et al.* 1994.
2 Cornejo *et al.* 1998.
3 Cornejo y Sanhueza 2003.
4 Sanhueza *et al.* 2003.
5 Falabella y Planella 1979.
6 Sanhueza 2004; Sanhueza *et al.* 2007.
7 Falabella 2000.
8 Falabella y Stehberg 1989; Falabella y Sanhueza 2005-2006.
9 Cornejo y Sanhueza 2003.
10 Cornejo 2009.
11 Falabella *et al.* 2007.
12 Durán y Massone 1979; Durán y Planella 1989; Sánchez y Massone 2000.
13 Cornejo *et al.* 2003-2004.
14 Gonzáles 2000; Planella y Stehberg 1997.
15 Cornejo 2001.
16 Salazar *et al.* 2001; Hidalgo y Aldunate 2001.
17 Cornejo 2008.

Capítulo II

De campamento a ciudad
(1541-1647)

1 Valdivia 1970 [1545].
2 Una vara equivale a 83,5 centímetros.
3 La manzana se divide en cruz dejando cuatro partes o cuadrados iguales. En una manzana de 138 varas, cada solar quedaba de 69 x 69, es decir, 4.761 varas "cuadradas".
4 De Ramón 2000.
5 Peña Otaegui 1944.
6 Pereira Salas 1965.
7 Ovalle 1888.
8 Amunátegui 1882.

Capítulo III

Años de superación, reconstrucción y cambios
(1647-1730)

1 Peña Otaegui 1944.
2 Peña Otaegui 1944.
3 Frézier 1902 [1712].
4 Encina 1983.
5 De Ramón 2007.

Capítulo IV

Plenitud colonial, barroco y neoclásico
(1730-1818)

1 Martínez Lemoine 2007.
2 Carvallo Goyeneche 1875.
3 Pereira Salas 1965.
4 Encina 1983.
5 De Ramón 2000.
6 De Ramón 2000.
7 Guarda 1978.
8 Pereira Salas 1965.
9 De Ramón 2000.
10 De Ramón 2000.
11 *Primer Synodo Diocesano celebrólo el Ilmo. Señor Doctor Don Pedro Felipe de Azúa e Iturgoyen* 1749.
12 Burr 1917.
13 Vicuña Mackenna 1869.
14 Pereira Salas 1947.
15 Stuardo y Eyzaguirre 1952.
16 Cruz 1995.
17 Pereira Salas 1947.
18 Peña Otaegui 1944.
19 Guarda 1997.

Capítulo V

De los albores de la Independencia al Centenario

1 Helms 1815: 186.
2 Barros Arana 2001: v. 7, 324.
3 Mellet 1823: 68.
4 León Echaiz 1975: T. II, 45.
5 *Gazeta del Gobierno de Chile*...1813-1817.
6 Mellet 1823: 71.
7 Para profundizar más en el tema de Toesca y su gran influencia en Chile, es imprescindible consultar la obra de Gabriel Guarda O. S .B., 1997. *El arquitecto de la Moneda. Joaquín Toesca, 1752-1799: una imagen del imperio español en América.*
8 Actas del Cabildo de Santiago: Sesión del 11 de febrero de 1803.
9 Helms 1815: 187.
10 Haigh 1917: 34, 44.
11 Ruschenberg 1956: 113.
12 Feliú Cruz 1952: vol. II, 31.
13 *Viva la Patria. Gaceta del Supremo Gobierno de Chile* 1817.
14 Ruschenberg 1956: 87.
15 Laval 1997: 18.
16 Mathison 1825: 187.
17 León 1975: 75.
18 Anuario Estadístico de la República de Chile 1871: 587-588.
19 Tornero 1872: 224.
20 Vicuña Mackenna 1902.
21 Pereira Salas s/d: 10.
22 Pereira Salas s/d: 14-15.
23 Pereira Salas s/d: 16.
24 Vicuña Mackenna 1872: 39-40.
25 Fénoux 1874: 116.
26 *Correspondencia de Claudio Gay* 1962: 172.
27 *Correspondencia de Claudio Gay* 1962: 175-176.
28 Vicuña Mackenna 1872: 30.
29 Rumbold 1877: 46.
30 Rumbold 1877: 45.
31 De Cordemoy 1899: 41.
32 *Le Magasin Pittoresque* 1880: 84.
33 Latorre 1941: 66.
34 Robiano 1882: 48.
35 Del Solar 1886: 86.
36 Del Solar 1886: 388.
37 Orrego Luco 1984: 166.
38 Vicuña Subercaseaux 1903: 272-273.
39 Eyzaguirre 1955: 17.

Capítulo VI

El Centenario

1 Aguirre y Castillo 2002.
2 De Ramón 2000.
3 De Ramón 2000.
4 De Ramón 2000.
5 Castedo 1981.
6 De Ramón 2000.
7 Aguirre y Castillo 2002.
8 De Ramón 2000.
9 Boxeo, en <http://www.chiledeportes.gov.cl/biblioteca.php> [acceso enero de 2010].
10 De Ramón 2000.
11 De Ramón 2000.
12 Castedo 1981.
13 Ossandon Vicuña 2005.
14 Castedo 1981.
15 Palmer 1970.
16 Torechio 1982.
17 Ministerio de Obras Públicas 1992.
18 Ortega *et al.* 1975.
19 Aguirre y Castillo 2002.
20 *Exposición Internacional de Bellas Artes: Santiago de Chile. Catálogo oficial ilustrado*, en <http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0026267> [acceso enero de 2010].
21 Calderón 2005.
22 Edwards Bello 1968.
23 Calderón 2009.
24 Castedo 1981.
25 Plath 1997.
26 Torechio 1982.
27 Aguirre y Castillo 2002.
28 Aguirre y Castillo 2002.
29 Torechio 1982.
30 López 1955.
31 Délano 1954.
32 Vega 1979.
33 Castedo 1981.
34 De Ramón 2000.
35 De Ramón 2000.
36 Fútbol, en <http://www.chiledeportes.gov.cl/biblioteca.php> [acceso enero de 2010].
37 Márquez 1917.
38 Portal de Ñuñoa, en <www.nunoa.cl> [acceso enero de 2010].
39 *Guía Patrimonial de San Bernardo* 2008.
40 Santiván 1957.
41 Rodríguez 1976.
42 Torechio 1982.

Referencias

ABEL N. & R. SAGREDO BAEZA, 1991. *Los primeros cincuenta años de la Coca-Cola en Chile*. Santiago: Sociedad Editora Los Andes S.A.

AGUIRRE, B. & S. CASTILLO, 2002 Ms. Para una comprensión del espacio público urbano en Santiago de Chile: la segunda mitad del siglo XIX y la época del Centenario. Documento de trabajo interno CEAUP. Santiago: Universidad Central.

AMUNÁTEGUI, M. L., 1882. *El terremoto del 13 de mayo de 1647*. Santiago: Rafael Jover, Editor.

Anuario Estadístico de la República de Chile correspondiente a los años 1870 y 1871. Santiago: Imprenta Nacional.

BANNEN, P., 1995. *Santiago de Chile, quince escritos y cien imágenes*. Santiago: Ediciones ARQ.

BARROS ARANA, D., 2001. *Historia de Chile*. Segunda Edición. Santiago: Editorial Universitaria – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

BURR JOHNSTON, S., 1917 [1814]. *Cartas escritas durante una residencia de tres años en Chile.* Traducción de José Toribio Medina. Santiago: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.

CABEZA, A., 1984. El santuario inca en el cerro El Plomo. *Creces* 5 (8):4-10.

CALDERÓN, A., 2005. *Memorial de la Estación Mapocho.* Santiago: RIL Editores.

---- 2009. La fiesta del Que Dirán. *Foco 76* 9: 88-91, Santiago.

CARVALLO GOYENECHE, V., 1875. *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. Colección de Historiadores de Chile. Santiago: Imprenta de la Librería de El Mercurio.

CASTEDO, L., 1981. *Resumen de la Historia de Chile* 1891-1925. Santiago: Editorial Zig-Zag.

Chilectra, 75 años. 1996. Santiago: Departamento de Relaciones Públicas de Chilectra.

CORDEMOY, C. DE, 1899. *Au Chili*. París: Librairie Hachette et Cie.

CORNEJO, L., 2001. Los Inka y sus aliados Diaguita en el extremo austral del Tawantinsuyu. En *Tras las Huellas del Inka en Chile,* C. Aldunate & L. Cornejo, Eds., pp. 74-88. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.

---- 2008. El sitio inka Puente de Tierra (Alto río Maipo, Chile) y la frontera sur del Tawantinsuyu. *Clava* 7: 73-84.

---- 2009. Hacia una hipótesis sobre el surgimiento de la cultura Aconcagua. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Sociedad Chilena de Arqueología, Universidad Austral (en prensa).

CORNEJO L. & L. SANHUEZA, 2003. Coexistencia de cazadores recolectores y horticultores tempranos en la cordillera andina de Chile Central. *Latin American Antiquity* 14 (4): 389-407.

CORNEJO, L., F. FALABELLA & L. SANHUEZA, 2003-2004. Patrón de asentamiento y organización social de los grupos Aconcagua de la cuenca del Maipo. *Revista Chilena de Antropología* 17: 77-104.

CORNEJO, L., M. SAAVEDRA & H. VERA, 1998. Periodificación del Arcaico en Chile Central: Una propuesta. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 25: 36-39.

CRUZ, I., 1995. *La fiesta: Metamorfosis de lo cotidiano.* Santiago: Ediciones Universidad Católica.

DAVIE, J. C., 1819. *Letters from Buenos Ayres and Chile. With and original History of the latter country.* London: Printed for R. Ackermann, 101, Strand.

DE HERRERA, A., 1646. *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas i Tierra firme del Mar Océano.* Madrid: Impr. Real, por Juan Flamenco.

DE RAMÓN, A., 2000. *Santiago de Chile*. Santiago: Editorial Catalonia.

---- 2007. *Santiago de Chile. Historia de una sociedad urbana.* Santiago: Editorial Catalonia.

DEL SOLAR, A., 1886. *De Castilla a Andalucía, seguido de artículos sueltos y versos.* París: Imprenta Pablo Dupont.

DÉLANO, J., 1954. *Yo soy tú. Biografía de Coke.* Santiago: Editorial Zig-Zag.

DURÁN, E. & M. MASSONE, 1979. Hacia una definición del complejo cultural Aconcagua y sus tipos cerámicos. En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile,* Altos de Vilches, Sociedad Chilena de Arqueología. Santiago: Editorial Kultrún.

DURÁN, E. & M. T. PLANELLA, 1989. Consolidación agroalfarera, zona central (900-1.470 d.C.). En *Culturas de Chile. Prehistoria*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 313-327. Santiago: Editorial Andrés Bello.

EDWARDS BELLO, J., 1968. *Crónicas del Centenario.* Selección y ordenación de Alfonso Calderón. Santiago: Editorial Zig-Zag.

EL MERCURIO, 2003. *1973. Imágenes*. Santiago: Aguilar.

ENCINA, F. A., 1983. *Historia de Chile.* Santiago: Sociedad Editora Revista Ercilla.

ENERSIS S. A., 2002. *Luces de modernidad. Archivo Fotográfico Chilectra*. Santiago: Larrea Editores.

EYZAGUIRRE, J., 1955. *Chile bajo el gobierno de Errázuriz Echaurren 1896-1901*. Santiago: Editorial Zig-Zag.

FALABELLA, F., 2000. El sitio arqueológico de El Mercurio en el contexto de la problemática cultural del período alfarero temprano en Chile Central. En Arqueología de Chile Central (II Taller-1994) <http://www.arqueologia.cl/actas2/falabella.pdf> [acceso marzo de 2008].

FALABELLA, F. & M. T. PLANELLA, 1979. Curso inferior del río Maipo: Evidencias agroalfareras. Tesis para optar al grado de Licenciada en Arqueología y Título de Arqueóloga, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.

FALABELLA, F. & L. SANHUEZA, 2005-2006. Interpretaciones sobre la organización social de los grupos tempranos de Chile central: alcances y perspectivas. *Revista Chilena de Antropología* 18: 105-134.

FALABELLA, F. & R. STEHBERG, 1989. Los inicios del desarrollo agrícola y alfarero: Zona Central (300 a.C. a 900 d.C.). En C*ulturas de Chile. Prehistoria.* J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 295-311. Santiago: Editorial Andrés Bello.

FALABELLA, F., M. T. PLANELLA, E. ASPILLAGA, L. SANHUEZA & R. TYKOT, 2007. Dieta en sociedades alfareras de Chile central: Aporte de análisis de isótopos estables. *Chungara Revista de Antropología Chilena* 39: 5-27.

FELIÚ CRUZ, G., 1952. *Viva el Rey. Gazeta del Gobierno de Chile*...1813–1817, Vol. I y II. *Colección de Antiguos Periódicos Chilenos*. Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional.

FELIÚ CRUZ, G. & C. STUARDO ORTIZ, 1962. *Correspondencia de Claudio Gay.* Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional.

FÉNOUX, H., 1874. Revue Politique Américaine. En *Revista Latino-Americana,* Tomo I, junio-septiembre, París.

FRÉZIER, A. F., 1902 [1712]. *Relación del viaje por el mar del sur a las costas de Chile y al Perú durante los años 1712, 1713 y 1714.* Traducción de Nicolás Peña. Santiago: Imprenta Mejía.

GAY, C., 1854. *Atlas de la historia física y política de Chile*. París: Impr. de E. Thunot.

GILLISS, J. M., 1856. *The US Naval Astronomical Expedition to the Southerm Hemisphere.* Washington: A. O. P. Nicholson, printer.

GONZÁLES, C., 2000. Comentarios arqueológicos sobre la problemática inca en Chile Central (Primera Parte). *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología* 29: 39-50.

GRAHAM, M., 1824. *Journal of a Residence in Chile during the year 1822 and voyage from Chile to Brazil in 1823*. London: Printed for Longman, Hurst, Rees, Orme, Brown, and Green, paternoster-row; and John Murray, Albemarles-Street.

GROSS P. & A. DE RAMÓN, 1984. *Imagen ambiental de Santiago. 1880-1930*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.

GUAMÁN POMA DE AYALA, F., 1980 [1612/1615]. *Nueva corónica i buen gobierno.* Caracas: Biblioteca Ayacucho.

GUARDA O.S.B., G., 1978. *Historia urbana del Reino de Chile.* Santiago: Editorial Andrés Bello.

---- 1997. *El arquitecto de La Moneda, Joaquín Toesca, 1752-1799: una imagen del imperio español en América.* Santiago: Ediciones de la Universidad Católica de Chile.

Guía Patrimonial de San Bernardo, 2008. Santiago: Universidad de los Andes.

HAIGH, S., 1917. *Viaje a Chile durante la época de la Independencia.* Santiago: Imprenta Universitaria.

HELMS, A. Z., 1815. *Voyage dans L'Amérique Méridionale, Commençant par Buenos-Ayres et Potosi jusqu'a Lima.* París: A la Librairie Française et Etrangère de Galignani.

HIDALGO, J. & C. ALDUNATE, 2001. El oro de Chile. En *Tras las Huellas del Inka en Chile,* C. Aldunate & L. Cornejo, Eds., pp. 72-73. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.

HIDALGO DATTWYLER, R., 2004. *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

I. MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO, 2006. *Plan estratégico de desarrollo comunal*. Santiago: SECPLAN. Administración y Finanzas.

INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR, 1986. *Geografía de la Región Metropolitana de Santiago*. Santiago: Instituto Geográfico Militar.

LATORRE, M., 1941. *La literatura chilena.* Buenos Aires: Instituto de Cultura Latinoamericana.

LAVAL, E., 1997. El Cementerio General de Santiago. Manuscrito inédito. En *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932.* M. A. León. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, LOM Ediciones.

Le Magasin Pittoresque. París, Septiembre 1880.

LEÓN ECHAIZ, R., 1975. *Historia de Santiago,* Tomo II, La República. Santiago: Imprenta Ricardo Neupert.

LÓPEZ, F., 1955. Nuestra propia historia. En *Medio siglo de Zig-Zag 1905-1955*. Santiago: Editorial Zig-Zag.

MÁRQUEZ, A., 1917. *Libro Internacional Sud-Americano.* Sección Comercial Chilena. Tomo I. Chile Central. Santiago: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.

MARTÍNEZ LEMOINE, R., 2007. *Santiago de Chile. Los planos de su historia. Siglos XVI a XX. De aldea a metrópolis.* Santiago: Ilustre Municipalidad de Santiago.

MATHISON, G. F., 1825. *Narrative of a visit to Brazil, Chile, Peru, and the Sandwich Islands, during the years 1821 and 1822.* Printed for Charles Knight, London.

MELLET, J., 1823. *Voyage dans l'Amérique Méridionale depuis 1808 jusqu'en 1919*. Agen, de l'Imprimerie de Prosper Noubel.

MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS, 1995. *Espacio públicos de Santiago. Fotografías de Luis Poirot*. Santiago: Dirección de Arquitectura.

MOLINA, J. I., 1776. *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile.* Bolonia: Nella stamperia di S. Tommaso D'Aquino.

Monumentos Nacionales. 225 fichas, 1992. Santiago: Ministerio de Obras Públicas.

MONTANE, J., 1968. Paleoindian remains from Laguna Tagua-tagua Central Chile. *Science* 161: 1137-1138.

MOSTNY, G., 1957. *La momia del cerro El Plomo.* Santiago: Museo Nacional de Historia Natural.

NÚÑEZ, L., J. VARELA, R. CASAMIQUELA, V. SCHIAPPACASSE, H. NIEMEYER & C. VILLAGRÁN, 1994. Cuenca de Taguatagua en Chile: el ambiente del Pleistoceno superior y ocupaciones humanas. *Revista Chilena de Historia Natural* 67: 503-519.

ORREGO LUCO, L., 1984. *Memorias del Tiempo Viejo*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.

ORTEGA, O., M. ANDUAGA, C. MIRANDA, S. PIROTTE, F. RIQUELME & A. SAHADY, 1975. *Guía de la Arquitectura de Santiago.* Santiago: Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile.

ORTEGA, O. & S. PIROTTE, 1978. *Apuntes sobre Arquitectura Colonial Chilena de Roberto Dávila.* Santiago: Facultad de Arquitectura y Urbanismo Universidad de Chile.

OSSANDON VICUÑA, D., 2005. *Guía de Santiago.* Décima edición, Santiago.

OVALLE, A., 1888 [1646]. *Histórica relación del reino de Chile.* Santiago: Sociedad Editora Revista Ercilla.

OYARZÚN, A., 1912. *El Trinacrio. Conferencia leída en la sesión celebrada por la Sección de Etnología de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en el gran salón de la Biblioteca Nacional, el 25 de noviembre de 1911.* Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.

OYARZÚN, L., 1971. *Álbum de las pinturas que representan el nacimiento, vida, milagros, santidad y último trance de Nuestro seráfico Padre San Francisco, ejecutadas hace tres siglos para la Orden Franciscana de Santiago de Chile y en cuyo Convento se hallan.* Zurich: Moulinette Books.

PALMER, M., 1970. *50 años de arquitectura metálica en Chile: 1863-1913.* Santiago: Universidad de Chile.

PEÑA OTAEGUI, C., 1944. *Santiago de siglo en siglo.* Santiago: Empresa Editora Zig-Zag.

PEREIRA SALAS, E., s.d. *La arquitectura chilena en el siglo XIX.* Santiago: Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile.

---- 1947. *Juegos y alegrías coloniales en Chile.* Santiago: Editorial Zig-Zag.

---- 1965. *Historia del Arte en el Reino de Chile.* Santiago: Ediciones Universidad de Chile.

PLANELLA M. T. & R STEHBERG, 1997. Intervención Inka en un territorio de la cultura local Aconcagua de la zona centro-sur de Chile. *Tawantinsuyu* 3: 58-78.

PLANELLA, M. T. & F. FALABELLA, 1987. Nuevas perspectivas en torno al período alfarero temprano en Chile central. *Clava 3*: 43-110.

PLATH, O., 1997. *El Santiago que se fue. Apuntes de la memoria*. Santiago: Biblioteca Nacional, Grijalbo.

Primer Synodo Diocesano celebrólo el Ilmo. Señor Doctor Don Pedro Felipe de Azua e Iturgoyen. Lima, 1749.

PURCELL, F., 2009 Ms. Una mercancía irresistible. El cine norteamericano y su impacto en Chile. 1910-1930.

RINKE, S., 2002. *Cultura de masas: reforma y nacionalismo en Chile*. 1910-1931. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

ROBIANO, E., 1882. *Chili. Le Chili, L'Araucanie, le Détroit de Magellan et retour par le Senegal.* París: E. Plon et Cia. Imprimeur-Editeurs.

RODRÍGUEZ, H., 1976. Los Diez y la arquitectura. En *"Los Diez" en el arte chileno del siglo XX,* V. Maino, J. Elizalde & A. Ibáñez, Eds. Santiago: Editorial Universitaria.

RODRÍGUEZ A. & L. WINCHESTER, 2001. Santiago de Chile. Metropolización, globalización, desigualdad. *EURE* 27: <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612001008000006&lng=es&nrm=iso&tlng=es> [acceso marzo de 2009].

ROUX, H., 1828. *Album pittoresque de la fregate La Thetis et de la corvette L'Esperance. Collection de dessins relatifs a leur voyage autour du monde en 1824, 1825 et 1826, sous les ordres de M. le Baron de Bougainville recueillis et publiés par M. le Vicomte de la Touanne.* París: Chez Bulla, éditeur.

RUMBOLD, M. H., 1877. *Le Chili. Rapport de M. Horace Rumbold, Ministre de la Grande-Bretegne à Santiago, sur le progres et la condition générale de la Republique.* París: Typographie Lahurre.

RUSCHENBERG, W. S. W., 1956. *Noticias de Chile: (1831-1832)*. Santiago: Editorial del Pacífico.

SAGREDO BAEZA R. & C. GAZMURI (directores), 2007. *Historia de la vida privada en Chile. El Chile contemporáneo*. De 1925 a nuestros días, tomo III. Santiago: TAURUS.

SALAZAR, D., C. JIMÉNEZ & P. CORRALES, 2001. Minería y metalurgia: del cosmos a la tierra, de la tierra al Inka. En *Tras las Huellas del Inka en Chile,* C. Aldunate & L. Cornejo, Eds., pp. 60-71. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.

SÁNCHEZ, R. & M. MASSONE, 1995. *Cultura Aconcagua.* Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

SANHUEZA, L., 2004. Estilos tecnológicos e identidades sociales durante el Período Alfarero Temprano en Chile Central: Una mirada desde la alfarería. Tesis para optar al grado de Magíster en Arqueología, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.

SANHUEZA L., M. VÁSQUEZ & F. FALABELLA, 2003. Las comunidades alfareras iniciales en Chile Central. *Revista Chilena de Antropología* 15: 29-47.

SANHUEZA, L., L. CORNEJO & F. FALABELLA, 2007. Patrones de asentamiento en el período Alfarero Temprano de Chile Central. *Chungara Revista de Antropología Chilena* 39 (1): 103-115.

SANTIVÁN, F., 1957. *Memorias de un tolstoyano*. Santiago: Editorial Zig-Zag.

SCHMIDTMEYER, P., 1824. *Travels into Chile over the Andes in the years 1820 and 1821.* London: Longman, Hurst, Rees.

SECCHI, E., 1941. *Arquitectura en Santiago, siglo XVII a siglo XIX*. Santiago: Editado por la Comisión del IV Centenario de la Ciudad.

Sociedad Canal de Maipo 170 años, 1997. Santiago: Asociación de Canalistas.

STUARDO, C. & J. EYZAGUIRRE, 1952. *Santiago: contribuyentes, autoridades, funcionarios, agentes diplomáticos y consulares, 1817-1819.* Santiago: Academia Chilena de la Historia.

TORECHIO, D., 1982. *Hechos de Chile.* Santiago: Sociedad Filatélica de Chile.

TORNERO, R., 1872. *Chile ilustrado: guía descriptiva del territorio de Chile, de las capitales de Provincia, de los puertos principales.* Valparaíso: Libr. i ajencias del Mercurio.

VALDIVIA, P. DE, 1970 [1545-1552]. *Cartas de la relación de la conquista de Chile.* Santiago: Editorial Universitaria.

VEGA, A., 1979. *Re-visión del cine chileno.* Santiago: Editorial Aconcagua-CENECA.

VICUÑA MACKENNA, B., 1869. *Historia crítica y social de la ciudad de Santiago desde su fundación hasta nuestros días (1541-1868)*. Volumen II. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.

---- 1872. *La transformación de Santiago. Notas e indicaciones respetuosamente sometidas a la Ilustre Municipalidad, al Supremo Gobierno y al Congreso Nacional por el Intendente de Santiago.* Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio.

---- 1873. *El Paseo de Santa Lucía, lo que es y lo que debería ser. Segunda Memoria de los trabajos efectuados desde el 10 de septiembre de 1872 al 15 de marzo del presente año. Presentada a la Comisión Directiva del Paseo por el Intendente de Santiago.* Santiago: Imprenta de la Librería El Mercurio de Tornero y Garfias.

---- 1874. *Álbum del Santa Lucía. Colección de las principales vistas, monumentos, jardines, estatuas i obras de arte de este paseo.* Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio de A. y M. Echeverría.

---- 1902. *Los girondinos chilenos.* Santiago: Imprenta del Comercio.

VICUÑA SUBERCASEAUX, B., 1903. *Un país nuevo (Cartas sobre Chile).* París: Imprimerie André Eyméoud.

Viva la Patria. Gaceta del Supremo Gobierno de Chile 1817/1951. Santiago: Imprenta Universitaria Valenzuela Basterrica y Cía.

Índice de láminas

2 *Santiago Apóstol en las navas de Tolosa*. Maestro de San Roque (at.), s. XVII. Madera policromada, 140 x 85 cm. MNBA. Foto Fernando Maldonado, 2010.
4 *Santiago desde Peñalolén.* Alejandro Cicarelli, 1853. Óleo sobre tela, 70 x 90 cm. BS. Foto Fernando Maldonado, 2009.
6 *Venta de sandías en la Alameda*. Juan Mochi, *ca*. 1880. Óleo sobre tela, 39 x 45 cm. BS. Foto Fernando Maldonado, 2009.
8 *Cordillera de Santiago*. Pedro Lira, *ca*. 1890. Óleo sobre tela, 67 x 89 cm. BS. Foto Fernando Maldonado, 2009.
10-11 Panorámica de Santiago. Foto Fernando Maldonado, 2008.

CAPÍTULO I

14 *Espinos,* serie *Herbario del Valle Central.* Enrique Zamudio, 1997. Serigrafía esmaltada sobre hierro, 100 x 100 cm. CP.
16 Cabeza antropomorfa. Cultura Llolleo, 100 a.C.-900 d.C. Cerámica, 68 mm alto. MChAP. Foto Fernando Maldonado, 2010.
17 Tumba en cementerio El Mercurio. Cultura Llolleo. Foto cortesía Fernanda Falabella.
18 Guanaco y huemul. Grabados publicados por Juan Ignacio Molina, Bolonia, 1776. BNCh.
19 Puntas de proyectil. Piedra tallada, entre 3 y 6 cm aprox. MChAP. Foto Fernando Maldonado, 2009.
20 Fragmentos de vasijas. Cultura Bato. Cerámica. DA, FACSO-UCh. Foto Fernando Maldonado, 2009.
22 Botella. Cultura Llolleo, 100 a.C.-900 d.C. Cerámica, aprox. 9 cm alto. DA, FACSO-UCh. Foto Fernando Maldonado, 2009.
Vasijas. Cultura Llolleo, 100 a.C.-900 d.C. Cerámica, entre 15 y 20 cm alto. DA, FACSO-UCh. Foto Fernando Maldonado, 2009.
23 Vasijas. Cultura Llolleo, 100 a.C.-900 d.C. Cerámica, entre 15 y 20 cm alto. DA, FACSO-UCh. Foto Fernando Maldonado, 2009.
24 Olla polícroma. Cultura Aconcagua, 1100- 1500 d.C. Cerámica, 16 cm alto. MChAP. Foto Fernando Maldonado, 2009.
25 Dibujo de un cuenco Aconcagua. Dibujo publicado por Aureliano Oyarzún, Santiago, 1912, p. 11.
26 El otavo capitán Apocamac Inga. Dibujo de Felipe Guamán Poma de Ayala, Lima, *ca*. 1612/1615.
El décimo Inga Topainga IV. Dibujo de Felipe Guamán Poma de Ayala, Lima, *ca*. 1612/1615.
27 Vasija *Maka*. Cultura Diaguita, 1470-1532. Cerámica, 42 cm alto. MChAP. Foto Fernando Maldonado, 2009.
28 Pukara del Cerro Chena. Foto Fernando Maldonado, 2001.
29 Roca probablemente relacionada con rituales inka. MNBVM. Foto Fernando Maldonado, 2008.
30 Escudillas Inka-Diaguita. 1400-1530. Cerámica, aprox. 15-23 cm diámetro. MAS-MAVI. Foto Fernando Maldonado, 2009.
31 Escudillas Inka-Diaguita. 1400-1530. Cerámica, aprox. 15-23 cm diámetro. MC y MRR. Foto Fernando Maldonado, 2009.
32 Cuerpo saponificado del niño sacrificado en la cumbre del cerro El Plomo y parte de su ajuar. 1400-1530. MNHN. Foto Fernando Maldonado, 2006.
33 Figurilla de plata, parte del ajuar del niño sacrificado en el cerro El Plomo. 1400-1530. MNHN. Foto Fernando Maldonado, 2001.

CAPÍTULO II

37 Fuerte de Santiago de Chile. Grabado publicado por Antonio de Herrera, Madrid, 1730. BNCh.
38 *Fundación de Santiago* (estudio preparatorio). Pedro Lira, 1888. Óleo sobre tela, 90 x 121 cm. BS. Foto Fernando Maldonado, 2009.
39 *Fundación de Santiago.* Pedro Lira, 1888. Óleo sobre tela, 250 x 400 cm. MHN.
40-41 Libro Becerro, 1543-1563. ANCh. Foto Fernando Maldonado, 2009.
42 Aparición de la Virgen. Grabado basado en dibujo del padre Alonso Ovalle S. J., Roma, 1646. BNCh.
43 Pedro de Valdivia. Enrique Pérez Comendador, 1960. Bronce, aprox. 5 m alto. Plaza de Armas de Santiago. Foto Pablo Maldonado, 2009.
44 Escudo de armas de Santiago. Frontis de la Ilustre Municipalidad de Santiago. Foto Pablo Maldonado, 2009.
45 Don Álvaro Núñez de Pineda. Francisco Núñez de Pineda Bascuñán, *ca*. 1673. Dibujo acuarelado. ANCh. Foto Fernando Maldonado, 2009.
46 Don García Hurtado de Mendoza. Autor anónimo, s. XVII. Óleo sobre tela, MNAAH. Foto Daniel Giannoni, 2010.
47 La ciudad de Santiago. Dibujo de Felipe Guamán Poma de Ayala, Lima, *ca*. 1612/1615.
48 Tribunal de una Audiencia. Letra capitular iluminada sobre pergamino, de la Ejecutoria de Hidalguía de Antón de Azoca, Sevilla, 1538. ANCh.
49 El emperador Carlos V. Detalle de letra capitular, Sevilla, 1538. ANCh.
50 Virgen del Socorro. Autor anónimo, *ca.* 1500. Madera tallada y policromada, aprox. 30 cm. ISF. Foto Fernando Maldonado, 1984.
51 Virgen del Socorro. Detalle. ISF. Foto Andrea Torres, 2008.
52 Artesonado. Mateo de Lepe (at), *ca.* 1618. Madera labrada y ensamblada. ISF. Foto Fernando Maldonado, 2008.
53 Iglesia de la Compañía de Jesús en Santiago. Grabado basado en dibujo del padre Alonso Ovalle S. J., Roma, 1646. BNCh.
54 Sillería de coro. Autor anónimo, *ca.* 1630/1640. Madera tallada. ISF. Foto Fernando Maldonado, 2008.
55 Sillería de coro. Detalle. ISF. Foto cortesía CCPLM.
56 Puerta de la Gran Sacristía. Autor anónimo, *ca.* 1620. Madera tallada, 280 x 220 cm. MACSF. Foto Pablo Maldonado, 2010.
57 Pila bautismal. Miraval, 1603. Cobre. Capilla de la parroquia del Sagrario de la Catedral. Foto Fernando Maldonado, 2009.
58 Señor de Mayo. Fray Pedro de Figueroa, *ca.* 1610. Madera tallada y policromada, tamaño natural. ISA. Foto Fernando Maldonado, 2008.
59 Señor de Mayo con la Virgen María y San Juan. Autor anónimo, *ca*. 1700/1750. Óleo sobre tela, 190 x 140 cm. Foto cortesía MCSJ.

CAPÍTULO III

62-63 *San Francisco niño reparte pan a los pobres* (Serie de la vida de San Francisco). Autor anónimo, Cusco, *ca.* 1668-1684. Óleo sobre tela, 189 x 289 cm. MACSF. Foto Fernando Maldonado, 2008.
64 Perspectiva y planta de la ciudad de Santiago. Grabado basado en dibujo del padre Alonso Ovalle S. J., Roma, 1646. BNCh.
65 Caja de caudales, s. XVI. Hierro forjado, 42,5 x 76 x 44,5 cm. MHN. Foto Pablo Maldonado, 2010.
66 Pila de la Plaza de Armas de Santiago. Alonso Meléndez, 1671. Foto Fernando Maldonado, 2009.
Pila del monasterio de Santa Clara La Antigua de Santiago. Alonso Meléndez, 1682. Foto Pablo Maldonado, 2010.
67 Detalle de la pila del monasterio de Santa Clara La Antigua de Santiago. Foto Pablo Maldonado, 2010.
69 Claustro del convento de San Francisco de Santiago, 1623-1628. Cal y ladrillo. Foto Fernando Maldonado, 2009.
70 Claustro de la Basílica de la Merced de Santiago. Foto Fernando Maldonado, 2010.
71 *Fray Bernardo de Quintabal le pisa la boca* (Serie de la vida de San Francisco). Detalle. Autor anónimo, Cusco, *ca*. 1668-1684. Óleo sobre tela, 175 x 276 cm. MACSF. Foto Pablo Maldonado, 2009.
72 *Entierro de San Francisco* (Serie de la vida de San Francisco). Juan Zapaca Inca, Cusco, 1684. Óleo sobre tela, 205 x 381 cm. MACSF. Foto Fernando Maldonado, 2008.
73 *Entierro de San Francisco.* Detalle. Foto Fernando Maldonado, 2010.
74-75 Portal de Sierra Bella en Santiago. Grabado de Aubert impreso por Chardon, Francia, *ca.* 1840. MHN.
76 Santiago Peregrino. Joseph Ambrosi S. J., 1766. Óleo sobre tela, 124 x 83 cm. MCS. Foto Fernando Maldonado, 2008.
77 Apóstol Santiago. Autor anónimo, *ca.* 1900. Bronce, tamaño natural. Foto Fernando Maldonado, 2010.

CAPÍTULO IV

80 Felipe V, rey de España. Autor anónimo, *ca.* 1705. Óleo sobre tela, 83,5 x 63 cm. MHN.
81 Plano de la ciudad de Santiago. Grabado publicado por Amédée-François Frézier, París, 1712.
82 San Sebastián. Juan Bitterich S. J., *ca*. 1730. Talla policromada, tamaño natural. Foto María Paz Lira, cortesía CCPLM.
83 Mueble de sacristía. José Mezner, Juan Hogeen y José Kart S. J., 1753-1760. Madera enchapada y tallada. MCS. Foto Fernando Maldonado, 2008.

84 Obispo Alonso del Pozo y Silva. Autor anónimo, posterior a 1745. Óleo sobre tela, 196 x 147,2 cm. MHN.

85 Fachada de la iglesia de Santo Domingo de Santiago. Dibujo de Manuel Eduardo Secchi, 1941. AACh, FAU-UCh.
Portada de la sacristía de la Catedral de Santiago, 1747-1770. Foto Fernando Maldonado, 2008.

86 Armario de sacristía, *ca.* 1760. Madera, 228 x 147 x 77 cm. MHN. Foto Pablo Maldonado, 2009.

87 Púlpito de la Basílica de La Merced de Santiago. Jorge Lanz (at.), *ca.* 1769/1770. Madera tallada y policromada. Foto Fernando Maldonado, 2008.

88 Posada del Corregidor, mediados s. XVIII. Foto Fernando Maldonado, 2008.

89 Casa de Velasco, posterior a 1730. Foto Fernando Maldonado, 2009.

90-91 Casa Colorada. José de la Vega, 1769-1779. Foto Fernando Maldonado, 2008.

90 Posada de Santo Domingo. Dibujo de Roberto Dávila Carson, 1978. AACh, FAU-UCh.

92 Medalla Jura Real de Carlos IV. Rafael Nazaval, 1789. Cobre acuñado, 44 mm diámetro. MHN.
Moneda de 8 escudos. Ignacio Fernández Arrabal, 1817. Oro acuñado, 37,5 mm diámetro. MHN.

93 Francisco García Huidobro. Martín de Petris (at.), *ca.* 1797. Óleo sobre tela, 225,5 x 136,8 cm. MHN.

94-95 Valle de Santiago. Dibujo de Nicolás de Abos Padilla, 1746. Sociedad Canal de Maipo, Santiago. BNCh.

96 Reconstrucción de la fachada principal del Cabildo de Santiago. Dibujo publicado por Gabriel Guarda O. S. B., Santiago, 1997.

97 Virgen de la Merced con donantes. Autor anónimo, *ca.* 1750. Óleo sobre tela, 185 x 221 cm. MHN.

98-99 Vista de Santiago de Chile con parte del Tajamar del río Mapocho. Grabado de Espejo del dibujo original de Fernando Brambila, 1791-1795. MHN.

100 Tajamares del río Mapocho. Sally, *ca.* 1830. Acuarela y lápiz sobre papel, 25 x 37 cm. CP. Foto Fernando Maldonado, 2010.

101 Puente de Calicanto. Dibujo de Edmond Bigot de la Touanne, grabado por Bichebois. París, 1828. MHN.

102 Retrato de José Antonio de Rojas y Urtuguren. Autor anónimo, *ca.* 1770. Óleo sobre tela, 108 x 89 cm. MHN.
Retrato de María Mercedes de Salas y Corvalán. Autor anónimo, *ca.* 1770. Óleo sobre tela, 53 x 43,5 cm. MHN.

103 Vista de la Cañada de Santiago. Sally, *ca.* 1830. Acuarela y lápiz sobre papel, 25 x 37,5 cm. CP. Foto Fernando Maldonado, 2010.
Trajes de la gente del pueblo. Dibujo de Louis Choris, grabado por Langlumé, 1816. MHN.

104 Olla. Autor anónimo, s. XVIII. Cobre forjado y remachado, 21 x 15 cm. MHN.

105 Cartas de juego. Gio Battista y Fratelli Albrizzi, Venecia, segunda mitad del s. XVIII. Cartón impreso, 10 x 5,6 cm. MHN. Foto Pablo Maldonado, 2009.

106-107 Paseo del Tajamar. Dibujo de Peter Schmidtmeyer, grabado por Anglio, Londres, 1824. MHN.

107 Calesa de Francisco Casimiro Marcó del Pont. Autor anónimo, *ca.* 1815-1817. Madera y hierro, 237 x 476 cm. MHN.

108-109 Paseo del Tajamar. Ernest Charton, 1862. Óleo sobre tela, 45,5 x 75,8 cm. CP. Foto Fernando Maldonado, 2010.

110 Estandarte del Regimiento Dragones. Autor anónimo, 1773. Seda bordada. MHN.

111 Tertulia. Dibujo de Peter Schmidtmeyer, grabado por Anglio, Londres, 1824. MHN.

112 Torero. Dibujo de Leopold Massard, grabado por Choubard, París, 1833-1836. CP. Foto Fernando Maldonado, 2009.

112-113 Modo de vestir que usaban las chilenas en 1790. Grabado basado en dibujo de Fernando Brambila, Madrid, 1795. MHN.

113 Español de Chile. Grabado basado en dibujo de Jacques Grasset de Saint-Sauveur, 1784. MHN.

114 Planta baja de la Casa de Moneda de Chile. Dibujo de Agustín Caballero, Santiago, 1800. Archivo General de Indias, Sevilla, España. Tomado de Guarda O. S. B. 1997.

115 Elevación de la Casa de Moneda de Chile. Dibujo de Agustín Caballero, Santiago, 1800. Archivo General de Indias, Sevilla, España. Tomado de Guarda O. S. B. 1997.
Corte longitudinal de la Casa de Moneda de Chile. Dibujo de Agustín Caballero, Santiago, 1800. Archivo General de Indias, Sevilla, España. Tomado de Guarda O. S. B. 1997.

116-117 Real Casa de Aduana de Santiago. Foto anónima, *ca.* 1865. MHN.

118 Catedral de Santiago. Foto anónima, *ca.* 1870. MHN.
Catedral de Santiago. Foto anónima, *ca.* 1880. MHN.
Catedral de Santiago. Foto anónima, 1926. AFCh, Santiago.

119 Interior de la Catedral de Santiago. Foto Fernando Maldonado, 2008.

120-121 Plano de Santiago. Autor anónimo, 1790. Museo Naval de Madrid, España. BNCh.

CAPÍTULO V

124-125 Vista de Santiago. T. R. Harvey (at.), *ca.* 1860. Dibujo acuarelado. CP. Foto Fernando Maldonado, 2009

126 Tertulia con señoras tomando mate. Dibujo de Peter Schmidtmeyer, grabado por Anglio, Londres, 1824. MHN.
Señoras de comerciantes. Dibujo de John Constance Davie, Londres, 1819. MHN.

127 Calle de Santo Domingo. Dibujo de Maria Graham, grabado por Finden, Londres, 1824. BNCh.

128 Plaza de la Independencia. Dibujo de Claudio Gay, grabado por Lehnert, París, 1854. BNCh.

129 Vendedores callejeros. Dibujo de Claudio Gay, grabado por Lehnert, París, 1854. BNCh.

130 Tertulia de 1840. Dibujo de Claudio Gay, grabado por Lehnert, París, 1854. BNCh.
Mate. Autor anónimo, s. XIX. Plata repujada, 12 x 10 cm. MHN.

131 Señora a caballo. Autor anónimo, *ca.* 1830. Dibujo acuarelado. CP. Foto Fernando Maldonado, 2009.

132-133 Vista de Santiago desde el cerro Santa Lucía. Litografía de T. Sinclair, de daguerrotipos de Smith, publicada por Gilliss, Washington, 1856. BNCh.

134 Cerro Santa Lucía. Litografía de P. S. Duval publicada por Gilliss, Washington, 1856. BNCh.

135 Santiago desde el Santa Lucía. Charles Ch. Wood, 1831. Acuarela, 58 x 81 cm. MNBVM. Foto Fernando Maldonado, 2009.

136-137 Santiago desde el cerro Santa Lucía. Juan Mauricio Rugendas, 1841. Óleo sobre tela, 57,9 x 91,4 cm. CP. Foto Fernando Maldonado, 2010.

138-139 La Cañada. Dibujo de Edmond Bigot de la Touanne, grabado por Bichebois, París, 1828. MHN.

140-141 Dieciocho de septiembre. Ernest Charton, *ca.* 1858. Acuarela y pastel. MCM. Foto Fernando Maldonado, 2010.

142-143 Plaza de la Independencia en Santiago. José Selleny, 1859. Lápiz y acuarela sobre papel, 35 x 51 cm. MHN.

144 Edificios de la Plaza de Armas, *ca.* 1850. Pintura y enconchado. MCM.
Palacio de La Moneda, *ca.* 1850. Pintura y enconchado. MCM.

145 Muebles enconchados, *ca.* 1850. MCM.

146 Teatro Municipal de Santiago. Foto Leslye Hermanos, *ca.* 1860. CNPF.

147 Portal Fernández Concha. Grabado de Frédéric Sorrieu de fotografía, publicado por Tornero, Santiago, 1872. MHN.

148 Iglesia de la Compañía. Foto anónima, 1863. CNPF.

149 Monumento al Dolor. Albert-Ernest Carrier-Belleuse, *ca.* 1865. Bronce. Foto Pablo Maldonado, 2009.

150 Universidad de Chile. Foto anónima, *ca.* 1875. MHN.
Museo Nacional. Foto anónima, *ca.* 1880. MHN.

151 La Alhambra. Foto Fernando Maldonado, 2008.
Torre de la iglesia de San Francisco de Santiago. Foto Fernando Maldonado, 2010.

152 Retrato de Benjamín Vicuña Mackenna. Marcial Plaza Ferrand, 1909. Óleo sobre tela, 206 x 125 cm. MNBVM. Foto Fernando Maldonado, 2010.

153 Monasterio de Santa Clara. Foto Pedro Adams y Emilio Garreaud, publicada por Vicuña Mackenna, Santiago, 1874. BNCh.
Santiago hacia el oriente. Foto Pedro Adams y Emilio Garreaud, publicada por Vicuña Mackenna, Santiago, 1874. BNCh.

155 Vicuña Mackenna y sus colaboradores en la "Roca Tarpeya". Foto Pedro Adams y Emilio Garreaud, publicada por Vicuña Mackenna, Santiago, 1874. BNCh.
Vista del cerro Santa Lucía desde la calle Carmen. Autor anónimo, *ca.* 1880. Óleo sobre tela, 47,5 x 68,5 cm. MHN.

156 Laguna del Parque Cousiño. Foto anónima, *ca.* 1890. MHN.

157 Plaza de Armas de Santiago. Autor anónimo, *ca.* 1880. Óleo sobre tela, 34 x 47 cm. BS. Foto Fernando Maldonado, 2010.
Pila de la Plaza de Armas. Francesco Orsolino, 1827. Mármol. Foto Fernando Maldonado, 2010.

158-159 Río Mapocho y tajamares. Autor anónimo, *ca.* 1875. Óleo sobre tela, 55 x 110 cm. CP. Foto Fernando Maldonado, 2010.

160-161 Canalización del río Mapocho. Rafael Correa, *ca.* 1890. Óleo sobre tela, 104 x 180 cm. MHN.

162-163 *Nochebuena en la Cañada.* Dibujo y grabado de Frédéric Sorrieu, publicado por Tornero, Santiago, 1872. MHN.

164 Paseo nocturno en la Plaza de Armas. Grabado de Théodore Child publicado en *Harper's New Monthly Magazine,* Nueva York, 1890. CUL-MOADC.

165 Procesión del Corpus Christi. Grabado de Théodore Child publicado en *Harper's New Monthly Magazine,* Nueva York, 1890. CUL-MOADC.

166 Mujer de manto con abanico y sombrilla. Sara Gutiérrez, *ca*. 1890. Cerámica policromada, 9 x 4,3 cm. MHN.
Mujer de manto con palmas de Domingo de Ramos. Sara Gutiérrez, *ca*. 1890. Cerámica policromada, 10 x 4,5 cm. MHN
Mujer de manto con abanico y sombrilla. Sara Gutiérrez, *ca*. 1890. Cerámica policromada, 9,5 x 5,5 x 7 cm. MHN
167 Santiago desde la Chimba. Dibujo de Melton Prior, publicado en *The Illustrated London News,* Londres, 1889. MHN.
Vendedor de jaulas y juguetes junto al Mercado Central. Foto anónima, *ca.* 1880. MHN.
168-169 Alameda de las Delicias. Alberto Orrego Luco, 1891. Óleo sobre tela, 63 x 98,5 cm. CP. Foto Fernando Maldonado, 2010.
170-171 Plaza de Armas. Foto anónima, *ca*. 1890. BNCh.

CAPÍTULO VI

174 Mapa de Santiago y sus alrededores. Dibujo de Agustín Rengifo, 1902, publicado por Sociedad Canal de Maipo. BNCh.
176 Estación de Pirque. Autor anónimo, *ca*. 1910. Postal coloreada. MHN.
177 Calle Ahumada. Enrique Lynch, 1902. Óleo sobre tela, 76 x 57 cm. MNBA.
178 Carro Matadero por la calle Arturo Prat. Foto anónima, 1920. AFCh.
Monumento de la Colonia Italiana en Plaza Italia. Foto Aureliano Vera (at.), *ca.* 1915. MHN.
179 Tranvía Plaza de Armas-Tobalaba. Foto anónima, *ca*. 1920. MHN.
180 La Plaza de los Tranvías inmediata a la Estación Mapocho. Foto anónima, *ca*. 1915. MHN.
Pareja conversando. Grabado publicado por la Lira Popular, *ca*. 1900. ALOTP, BNCh.
181 Alrededores de la Vega Central. Foto anónima, *ca.* 1900. MHN.
182 Conventillo en Avenida Brasil. Foto anónima, 1920. AFCh.
183 Comercio en la Alameda esquina de calle San Antonio. Foto anónima, *ca*. 1900. MHN.
Primera edición de *Juana Lucero.* Imprenta y Litografía Turín, Santiago, 1902. BNCh.
184-185 *El niño enfermo*. Pedro Lira, 1902. Óleo sobre tela, 102 x 139 cm. MNBA. Foto Fernando Maldonado, 2010.
186 Pabellón París, hoy Museo Artequín. Foto Pablo Maldonado, 2010.
187 Virgen del cerro San Cristóbal. Foto Obder Heffer, *ca.* 1910. CNPF.
188 Edificio Undurraga. Foto anónima, *ca*. 1925. MHN.
Palacio de los Tribunales de Justicia. Foto anónima, *ca*. 1915. MHN.
189 Edificio Iñiguez. Foto anónima, *ca.* 1940. MHN.
190 Bolsa de Comercio de Santiago. Foto Aureliano Vega (at.), *ca.* 1920. MHN.
191 Portal Edwards. Foto Juan M. Sepúlveda (at.), 1940. MHN.
Municipalidad de Santiago en Plaza de Armas. Foto anónima, *ca.* 1925. CP, Santiago.
192-193 Inauguración del Palacio de Bellas Artes. Foto anónima, 1910. MHN.
193 Exposición en el Museo de Bellas Artes. Foto anónima, *ca.* 1900. MHN.
194 Invernadero de la Quinta Normal. Ernesto Molina, *ca*. 1900. Óleo sobre tela, 75 x 60 cm. IMS. Foto Fernando Maldonado, 2010.
195 Estación Mapocho. Foto anónima, *ca*. MHN.
Interior de la Estación Mapocho. Foto anónima, *ca*. 1920. MHN.
Viaje a Buenos Aires. Moustache, 1910. Caricatura publicada por revista *Zig-Zag.* BNCh.
196-197 Dieciocho de septiembre en el Parque Cousiño. Ricardo Richon Brunet, 1905. Ilustración publicada por revista *Zig-Zag* Nº 30. CNPF.
197 Luminaria con el escudo de Chile, 1910. Bronce. FAU-UCh. Foto Fernando Maldonado, 2009.
198 Desfile militar por la Alameda durante el Centenario. Foto Julio A. Morandé, 1910. MHN.
El Presidente Emiliano Figueroa en el desfile por Alameda durante el Centenario. Foto Julio A. Morandé, 1910. MHN.
199 Laguna del Parque Forestal. Foto Obder Heffer (at.), *ca*. 1905. CNPF.
200 Grupo familiar en Alameda frente a calle Bandera. Foto anónima, *ca*. 1910. MHN.
Tarde de carreras en el Club Hípico. Foto anónima, *ca*. 1905. MHN.
El automóvil. Moustache, 1910. Caricatura publicada por revista *Zig-Zag.* BNCh.
201 Tranvía eléctrico. Foto Karl Linderholm, *ca.* 1916. MHN.
202-203 *Foyer* del Teatro Municipal. Foto José María León (at.), *ca.* 1915. CNPF.
202 En el palco. Ricardo Richon Brunet, 1905. Ilustración publicada por revista *Zig-Zag* Nº 21. CNPF.
203 Futbolistas ganadores de una copa. Foto anónima, *ca.* 1905. MHN.
204 Portadas de revistas: *El Peneca* Nº 830, octubre de 1924; *Corre Vuela* Nº 142, septiembre de 1910; *Familia* Nº 27, marzo de 1912; *Corre Vuela* Nº 147, octubre de 1910; *Zig-Zag* Nº 526, marzo de 1915; *El Peneca* Nº 799, enero de 1924. BNCh.
205 Portada revista *Zig-Zag* Nº 150, enero de 1908. BNCh.
206-207 Alameda de las Delicias en día de lluvia. Fernando Laroche, *ca*. 1900. Óleo sobre tela, 70 x 118 cm. MNBA. Foto Fernando Maldonado, 2010.
208 Casa de Los Diez. Foto Pablo Maldonado, 2009.
209 Pablo Neruda y sus amigos en el Bar Hércules. Foto anónima, 1932. MHN.
Señoritas en la plazuela del Teatro Municipal. Foto anónima, *ca.* 1927. MHN.
Grupo de jóvenes en el centro. Foto anónima, *ca*. 1905. MHN.
210 Calle Nueva York y Edificio Ariztía. Litografía de Pablo Vidor, 1927. MHN.
211 Calle Nueva York y Edificio Ariztía. Foto Fernando Maldonado, 2009.

CAPÍTULO VII

214-215 Iglesia San Vicente Ferrer. Foto Roberto Gertsmann, 1924. CNPF.
216 Ministerio de Hacienda. Foto Merton, *ca.* 1925. MHN.
217 Cité Las Palmas. Foto Fernando Maldonado, 2009.
218 Plaza de Armas. Foto Cood, *ca.* 1920. MHN.
219 Vista de Santiago. Foto Roberto Gertsmann, *ca*. 1925. CNPF.
220 Club Hípico. Foto Josué Smith, *ca.* 1925. CP, Santiago.
Electrificación de tranvías en la Alameda. Foto anónima, 1927. AFCh.
221 Construcción del funicular. Foto anónima, *ca.* 1928. FADEU-PUC.
222 Fábrica San Borja. Foto anónima, *ca*. 1930. APFG.
223 Alameda. Foto Roberto Gertsmann, *ca.* 1925. CNPF.
224 Plaza de la Constitución. Foto anónima, 1940. CID-SLGM, FADEU-PUC.
Edificio Santa Lucía. Foto anónima, *ca.* 1940. CNPF.
225 Micro Matadero Palma. Foto Miguel Rubio, *ca*. 1940. MHN.
Calle Ahumada. Foto Miguel Rubio, *ca.* 1940. MHN.
226 *Pérgola de San Francisco.* Luis Herrera Guevara, 1941. Óleo sobre tela, 70,5 x 106 cm. CP. Foto Fernando Maldonado, 2010.
227 *Plaza Bulnes.* Luis Herrera Guevara, 1941. Óleo sobre tela, 69 x 100 cm. MAC, UCh. Foto Fernando Maldonado, 2010.
228 Edificios construidos por la Caja de la Habitación. Foto Miguel Rubio, *ca*. 1940. MHN.
Población Miguel Claro en Providencia. Foto Josué Smith, *ca*. 1930. CID-SLGM, FADEU-PUC.
229 Templo Votivo de Maipú. Foto Fernando Maldonado, 2010.
Dieciocho de Septiembre. Oskar Trepte, 1956. Óleo sobre tela, 55 x 65 cm. CP. Foto Fernando Maldonado, 2010.
230 Torres Turri. Foto Roberto Gertsmann, *ca.* 1930. CNPF.
231 Mural *Homenaje a Fray Angelico* en Colegio San Ignacio. Foto Pedro Mutis Johnson, *ca.* 1962. CP.
Mural *Homenaje a Fray Angelico.* Dibujo de Mario Carreño, *ca*. 1959. CP.
232-233 Unidad Vecinal Portales. Foto René Combeau, *ca.* 1957-1963. CID-SLGM, FADEU-PUC.
233 Torres de Tajamar. Foto René Combeau, *ca.* 1965. CID-SLGM, FADEU-PUC.
234 Instalaciones de la empresa Carozzi. Foto anónima, *ca*. 1965. MHN.
Repartidor de gas. Foto Ramón López, *ca.* 1970. CP.
235 Carretón de reparto. *Pool* fotográfico *Zig-Zag*, *ca*. 1960. MHN.
Carretón de la Leche Delicias. *Pool* fotográfico *Zig-Zag*, *ca*. 1966. MHN.
236-237 Vista de avenida Bulnes hacia el oriente. Foto Fernando Maldonado, 1970.
Iglesia de la Merced. Hernán Rodríguez, *ca*. 1970. Óleo sobre tela, 100 x 80 cm. CP. Foto Fernando Maldonado, 2010.
238 Iglesia de la abadía benedictina de Las Condes. Foto anónima, *ca*. 1960. CID-SLGM, FADEU-PUC.
239 Edificio CEPAL. Foto anónima, *ca.* 1965-1970. CID-SLGM, FADEU-PUC.
240 Palacio de La Moneda tras el bombardeo. Foto Luis Poirot, 1973.
Concentración en avenida Bulnes. Foto Fernando Maldonado, *ca*. 1970.
241 Torres San Borja. Foto Ramón López, *ca*. 1970.
242 Interior del bar La Piojera. Foto Fernando Maldonado, 2010.
Cartel de champaña Valdivieso. Foto Fernando Maldonado, 2008.
243 Interior de la Confitería Torres, en Alameda. Foto Fernando Maldonado, 2010.
244 Algodonero. Foto Fernando Maldonado, 1994.
Chinchineros. Foto Fernando Maldonado, 1994.
Afilador de cuchillos, Luis Román. Foto Fernando Maldonado, 1994.
Malabarista. Foto Fernando Maldonado, 2010.
Empajador de sillas, Luis Alberto Brito Jorquera. Foto Fernando Maldonado, 1994.
Organillero, Luis Lara. Foto Fernando Maldonado, 1994.
Florista. Foto Fernando Maldonado, 1994.
Fotógrafo de cajón. Foto Fernando Maldonado, 1980.
Pescadero. Foto Fernando Maldonado, 2010.
245 El volantinero Boris Prado. Foto Fernando Maldonado, 1994.
246 Torre Santa María y Hotel Sheraton San Cristóbal. Foto Francisco Aguayo, 1979.

247 Torre Entel. Foto Fernando Maldonado, 1975.
Heladero en calle Serrano. Foto Ramón López *ca.* 1970.
Construcción del Metro. Foto Francisco de Silvestri, *ca.* 1971. MHN.
248-249 Terremoto de marzo de 1985. Fotos de Luis Poirot.

CAPÍTULO VIII

252 Vista aérea sobre Santiago. Foto Guy Wenborne, 2008.
254 Condominio en Peñalolén. Foto Guy Wenborne, 2006.
Estación Metro Universidad de Chile, Línea 1. Foto Fernando Maldonado, 2009.
255 Avenida Ricardo Lyon, Providencia. Foto Fernando Maldonado, 2009.
Cableado en la calle Eliodoro Yáñez, entre Miguel Claro y Manuel Montt. Foto Fernando Maldonado, 2010
256-257 Feria libre. Foto Fernando Maldonado, 2010.
Mall Alto Las Condes. Foto Pablo Maldonado, 2009.
Calle Patronato. Foto Fernando Maldonado, 2010.
258 Torre Titanium La Portada. Foto Pablo Maldonado, 2009.
259 Función de *Cascanueces* en Plaza de Armas. Foto cortesía BS.
260 Centro Cultural Palacio La Moneda. Foto Fernando Maldonado, 2010.
261 Canchas de *skate* en Parque de los Reyes. Foto Fernando Maldonado, 2010.
Juegos infantiles en Parque Bicentenario. Foto Nicolás Aguayo Fuenzalida, 2009.
Caminantes y ciclistas en cerro San Cristóbal. Foto Fernando Maldonado, 2010.
262-263 Fragmento de imagen panorámica desde Álvaro Casanova hacia el nororiente. Foto Fernando Maldonado, 2008.
264 Zanjón de la Aguada. Foto Fernando Maldonado, 2009.
265 Vista aérea sobre aeródromo de Vitacura. Foto Guy Wenborne, 2007.
266-267 Cruce de autopistas en sector de La Pirámide. Foto Fernando Maldonado, 2009.
268-269 Cementerio General. Foto Pablo Maldonado, 2009.
Cementerio Parque del Recuerdo. Foto Pablo Maldonado, 2009.
Cementerio General. Foto Pablo Maldonado, 2009.
270-271 Parque Bicentenario, en Vitacura. Foto Pablo Maldonado, 2010.
271 Montaña rusa de Fantasilandia. Foto Nicolás Aguayo Fuenzalida, 2009.
272 Santiaguinos celebran en Plaza Italia. Foto Héctor Yáñez, 2010. Gentileza diario *El Mercurio*.
273 Maratón de Santiago 2010. Foto cortesía Adidas Chile.
274 Feria del Libro en Centro Cultural Estación Mapocho. Foto Luis Navarro, 2006.
275 Mercado Central de Santiago. Foto Fernando Maldonado, 2010.
277 Escuela de Derecho Universidad de Chile y puente Pío Nono. Foto Fernando Maldonado, 2010.
Biblioteca de Santiago. Foto Fernando Maldonado, 2009.
278-279 La Pequeña Gigante y su tío Escafandra. Foto Fernando Maldonado, 2010.
280 Campus Universidad Adolfo Ibáñez en Peñalolén. Foto Roland Halbe, 2007.
Barrio universitario en avenida República. Foto Fernando Maldonado, 2010.
282 Edificio Manantiales. Foto Pablo Maldonado, 2010.
Edificio Consorcio sede Santiago. Foto Pablo Maldonado, 2010.
283 Parque Almagro y Basílica de los Sacramentinos. Foto Fernando Maldonado, 2010.
284-285 *Santiago*. Samy Benmayor, 1994. Acrílico sobre tela, 176 x 320 cm. CP. Foto Fernando Maldonado, 2010.
286-287 Fachadas en calle Viña del Mar. Foto Fernando Maldonado, 2010.
288 Fuente de fierro y puente aéreo. Foto Fernando Maldonado, 2010.
289 Pintores de la Plaza de Armas. Foto Fernando Maldonado, 2010.
290 *La fundación de Santiago.* Carlos Maturana, Bororo, 1984. Acrílico sobre madera, 200 x 300 cm. CP. Foto Fernando Maldonado, 2010.
291 Parque Forestal. Foto Fernando Maldonado, 2010.
292-293 Panorámica de Santiago. Foto Fernando Maldonado, 2009.
296 Vista aérea del Palacio de Bellas Artes. Foto Nicolás Aguayo Fuenzalida, 2009.

SIGLAS

AACh, FAU-UCh	Archivo de Arquitectura Chilena, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile
ALOTP, BNCh	Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares, Biblioteca Nacional de Chile
AFCh	Archivo Fotográfico Chilectra
ANCh	Archivo Nacional de Chile
APFG	Archivo Patrimonial Fundación Gasco
BNCh	Biblioteca Nacional de Chile
BS	Banco Santander, Chile
CCPLM	Centro Cultural Palacio La Moneda
CID-SLGM, FADEU-PUC	Centro de Información y Documentación Sergio Larraín García-Moreno, Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile
CNPF	Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico
CP	Colección Particular
CUL-MOADC	Cornell University Library, Making of America Digital Collection
DA, FACSO-UCh	Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile
FADEU-PUC	Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile
FAU-UCh	Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile
IMS	Ilustre Municipalidad de Santiago
ISA	Iglesia de San Agustín
ISF	Iglesia de San Francisco
MCSJ	Monasterio del Carmen Alto de San José
MACSF	Museo de Arte Colonial de San Francisco
MAC, UCh	Museo de Arte Contemporáneo, Facultad de Artes, Universidad de Chile
MAS-MAVI	Museo Arqueológico de Santiago - Museo de Artes Visuales
MC	Museo de Colchagua
MCS	Museo de la Catedral de Santiago
MCM	Museo del Carmen de Maipú
MHN	Museo Histórico Nacional
MChAP	Museo Chileno de Arte Precolombino
MNBVM	Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna
MNAAH	Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia, Lima, Perú
MNBA	Museo Nacional de Bellas Artes
MNHN	Museo Nacional de Historia Natural
MRR	Museo Regional de Rancagua

Acerca de los autores

LUIS CORNEJO BUSTAMANTE
Arqueólogo, curador del Museo Chileno de Arte Precolombino. Su campo de investigación se ha centrado en las poblaciones precolombinas de Chile Central y en la presencia del Inka en Chile. Profesor en la Universidad de Chile. Visitador Especial de la Comisión de Patrimonio Arqueológico del Consejo de Monumentos Nacionales.

PEDRO GANDOLFO GANDOLFO
Abogado. Master en Filosofía, Universidad de Chile. Profesor de Derecho en la Universidad de Chile y en la Universidad Católica de Chile. Editor y columnista del diario *El Mercurio*.

FRANCISCO JAVIER GONZÁLEZ ERRÁZURIZ
Licenciado en Historia, Universidad Católica de Valparaíso. Magíster en Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctor en Historia Universidad de París I - Panthéon Sorbonne. Director del Instituto de Historia de la Universidad de Los Andes.

GABRIEL GUARDA GEYWITZ, O. S. B.
Arquitecto, Pontificia Universidad Católica de Chile. Posteriormente realizó especializaciones en Madrid y Sevilla. En 1958 ingresó a la orden Benedictina, estudiando Filosofía y Teología en Argentina, Santiago y Roma. Profesor de la Facultad de Teología y de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica. Premio Nacional de Historia en 1948.

RODRIGO PÉREZ DE ARCE ANTONCICH
Arquitecto, Pontificia Universidad Católica de Chile. Posgrado en el Architectural Association, Londres. Profesor en la Universidad Católica de Chile. Entre los proyectos de arquitectura que ha realizado en coautoría se cuentan el Centro Cultural Estación Mapocho, la Remodelación de la Plaza de Armas, y la Nueva Cripta de la Catedral Metropolitana.

HERNÁN RODRÍGUEZ VILLEGAS
Arquitecto, Pontificia Universidad Católica de Chile. Posgrado Restauración de Monumentos y Sitios PNUD/UNESCO, Cusco, Perú. Fue Gerente de Proyectos Culturales de la Fundación Andes. Miembro de la Academia Chilena de la Historia. Director del Museo Andino y Director del Magíster en Historia y Gestión del Patrimonio Cultural, de la Universidad de Los Andes.

RAFAEL SAGREDO BAEZA
Profesor de Historia y Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctor en Historia, El Colegio de México. En la actualidad, su labor profesional está dirigida a la historia de América y Chile, especialmente con relación al papel de los científicos en el proceso de independencia y en la organización y consolidación republicana.

CRISTIÁN WARNKEN LIHN
Profesor de literatura y comunicador. Creador y conductor de proyectos y programas radiales y del programa *La belleza de pensar*. Fue editor y luego director del periódico poético *Noreste*. Columnista de la página editorial de *El Mercurio*. Director de la Escuela de Literatura de la Universidad del Desarrollo.

Agradecimientos

Adidas Chile · Archivo de Arquitectura Chilena, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile · Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares, Biblioteca Nacional de Chile · Archivo Fotográfico Chilectra · Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional de Chile · Archivo Nacional de Chile · Archivo Patrimonial Fundación Gasco · Asociación de Oficinas de Arquitectos · Basílica de La Merced de Santiago · Catedral Metropolitana de Santiago · Centro Cultural Palacio La Moneda · Centro de Información y Documentación Sergio Larraín García-Moreno, Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile · Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico · Comisión Bicentenario · Cornell University Library, Making of America Digital Collection · Cuerpo de Bomberos de Santiago · Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile · Diario El Mercurio · Galería de Arte Jorge Carroza · Ilustre Municipalidad de Santiago · Ley de Donaciones Culturales · Monasterio del Carmen Alto de San José · Museo de Arte Colonial de San Francisco · Museo de Arte Contemporáneo · Museo de Artes Visuales - Museo Arqueológico de Santiago · Museo de Colchagua · Museo de la Catedral de Santiago · Museo del Carmen de Maipú · Museo Histórico Nacional · Museo de La Merced · Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna · Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia, Lima, Perú · Museo Nacional de Bellas Artes · Museo Nacional de Historia Natural · Museo Regional de Rancagua · Orden de la Merced · Orden de San Agustín · Orden de San Francisco · Parroquia de El Sagrario · Parroquia Santa Rosa de Los Andes

Laura Aguirre · Sergio Amunátegui · Guillermo Atria · Juan Ignacio Baixas · Samy Benmayor · Enrique Browne · Francisco Brugnoli · María José Bunster · Sandra Burgos · Rodrigo Camadros · Emma Cánepa · Jorge Carroza López · Jorge Carroza Solar · Nicole Chiffelle · Gloria Cortés · José Cruz Ovalle · Hermana Lucía de la Cruz · Ximena Cruzat · María Elena Cooper · Emma de Ramón · Bárbara de Vos · Carmen del Río · Wenceslao Díaz · Germán Domínguez · María Teresa Elton · Luisa Eyzaguirre · Fernanda Falabella · Tomás Figueroa · Carla Franceschini · Gisela Fuentes · Pedro Gandolfo · Hermano Francisco García · Marco Gatica · Sergio Grez · Gabriel Guarda O.S.B. · Claudia Guerra · María Teresa Irarrázaval · Milan Ivelic · Eugenio Joannon Rivera · Padre Mariano Labarca · Fernanda Larraín · Raimundo Lira · Rosita Lira · Claudio López · Iris López · Ramón López · Antonio Maldonado · Juan Manuel Martínez · Carlos Maturana, Bororo · Padre Marcelo Méndez · Christian Mesía · Carla Miranda · Francisco Miranda · Francisco Monge · Padre Vicente Montenegro · Bernardita Mujica · Micaela Navarrete · Paloma Parrini · Mario Pérez de Arce Antoncich · Cecilia Puga · Mauricio Repetto · Tomás Eleodoro Rodríguez · Felipe Salas · Juan Salinas · Samuel Salgado · Padre José Miguel San Martín · Marcelo Santander · Monseñor Juan de la Cruz Suárez · Josefina Tocornal · Ana Turell · María Paz Valenzuela · Ruperto Vargas · Eugenia Vergara · Osvaldo Villaseca · Marianne Wacquez · Cristián Warnken · Héctor Yáñez · Caroll Yasky · Enrique Zamudio · Diego Zabala · Margarita Zamorano · Susana Zúñiga

Proyecto FONDECYT Nº 1085253. "Santiago 1910. Construcción planimétrica de la ciudad pre-moderna. Transcripciones entre el fenómeno de la ciudad física y la ciudad reprensada" José Rosas, Wren Strabucchi, Germán Hidalgo, Italo Cordano, y Lorena Farías.

Edición
Carlos Aldunate del Solar
Hernán Rodríguez Villegas

Coordinación general
Gema Swinburn Puelma

Coordinación editorial
Andrea Torres Vergara

Asesoría artística
Benjamín Lira Valdés

Fotografía
Fernando Maldonado Roi

Arte, diseño y producción
Virtual Publicidad
Andrés Urrutia Rodríguez
Ximena Undurraga Machiçao
Vanessa Kusjanovic Garrido

Gestión de color
Bernardo Kusjanovic Díaz

Diseño portadillas de capítulos basado en planos realizados por
Rodrigo Camadros Sütterlin

Primera edición de 5.000 ejemplares

Registro Propiedad Intelectual
Inscripción Nº XXXXXX
ISBN 978-956-243-XXX-X

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede reproducirse o transmitirse por ningún medio, sin previa autorización de los editores.

Índice

003 SANTIAGO, PATRONO DE LA CIUDAD
Gabriel Guarda Geywitz O.S.B.

005 PRESENTACIÓN
Fundación Familia Larraín Echenique
Ilustre Municipalidad de Santiago

007 PRESENTACIÓN
Banco Santander

009 INTRODUCCIÓN
Museo Chileno de Arte Precolombino

010 SANTIAGO DESPUÉS DE LA LLUVIA
Cristián Warnken Lihn

013 Capítulo I
SANTIAGO ANTES DE LA CIUDAD
(12.000 a.C.-1541)
Luis Cornejo Bustamante

035 Capítulo II
DE CAMPAMENTO A CIUDAD
(1541-1646)
Hernán Rodríguez Villegas

061 Capítulo III
AÑOS DE SUPERACIÓN,
RECONSTRUCCIÓN Y CAMBIOS
(1647-1730)
Hernán Rodríguez Villegas

079 Capítulo IV
PLENITUD COLONIAL,
BARROCO Y NEOCLÁSICO (1730-1818)
Hernán Rodríguez Villegas

123 Capítulo V
DE LOS ALBORES DE LA
INDEPENDENCIA AL CENTENARIO
(1818-1910)
Francisco Javier González Errázuriz

173 Capítulo VI
EL CENTENARIO
Hernán Rodríguez Villegas

213 Capítulo VII
SANTIAGO EN EL SIGLO XX
Rafael Sagredo Baeza

251 Capítulo VIII
LOS CAMINOS DE SANTIAGO
Rodrigo Pérez de Arce Antoncich

295 PARA AMAR A SANTIAGO
Pedro Gandolfo Gandolfo

298 NOTAS

299 REFERENCIAS

301 ÍNDICE DE LÁMINAS

305 ACERCA DE LOS AUTORES

305 AGRADECIMIENTOS

306 CRÉDITOS

Este libro se editó con motivo del
Bicentenario de la República de Chile.
Se terminó de imprimir el día 25 de
julio de 2010, día de san Santiago,
en los talleres de Morgan S.A.,
Andes 4616, Quinta Normal.
En su composición fueron
utilizadas las tipografías
Dax, Swift y Fontin
Sans, y papel Couché
Novatech Gloss de
200 gramos.



MUSEO CHILENO
DE ARTE
PRECOLOMBINO

Santander

Patrocinado por

COMISION BICENTENARIO
CHILE 2010

ACOGIDO A LEY DE DONACIONES CULTURALES